EL AMO DEL MUNDO

Robert Hugh Benson

CUATRO PALABRAS AL LECTOR

No se me oculta en modo alguno que el presente libro está llamado a producir extraordinaria impresión, y que, por tal concepto--así como también por otros muchos, --ha de hallarse expuesto a innumerables críticas. Pero no he sabido encontrar otro medio de expresar las ideas que deseaba (y en cuya verdad creo apasionadamente) más que extremando su alcance y violentando, por decirlo así, sus contornos hasta hacerlos penetrar en los dominios del EFECTISMO. A pesar de todo, he procurado huir de inmoderadas exageraciones, guardando a la vez, en lo posible, los debidos miramientos a las opiniones de los demás. Si, en efecto, he logrado o no salir airoso en mi empeño, es otra cuestión, enteramente distinta.

ROBERTO HUGO BENSON.

Cambridge, 1907.

Prólogo

Tenéis que concederme un momento--dijo el anciano, arrellanándose en su sillón.

Percy se acomodó de nuevo en el asiento que ocupaba y aguardó con el rostro apoyado en la palma de la mano.

La pieza donde platicaban los tres personajes, era un cuarto en extremo silencioso, amueblado conforme al gusto más exquisito de la época. No tenía puertas ni ventanas; porque desde hacía sesenta años, los hombres, reconociendo que el espacio habitable no se limitaba a la superficie del globo, habían comenzado a establecer en serio el sistema de vivienda,, subterráneas. La casa del venerable Míster Témpleton, sepultada a la profundidad de trece metros poco más o menos bajo el nivel de los malecones del Támesis, gozaba de una posición que podía calificarse de bastante cómoda, ya que su dueño sólo necesitaba recorrer unos treinta metros para llegar al Segundo Círculo Central de Automóviles, y cosa de medio kilómetro hasta la estación de transportes aéreos sita en Blakfriars.

Verdad es que, a la fecha de nuestro relato, el nonagenario Témpleton rara vez emprendía viaje alguno. La habitación donde solía recibir a sus amigos se hallaba revestida de una capa de esmalte verde--claro de lemanita, conforme a lo prescrito por el Consejo de Salubridad Pública, e iluminada por un baño de luz solar artificial descubierta por el gran Reuter cuarenta años antes; el color de los muros y del cielo raso imitaba el tono delicado y apacible de los bosques en primavera; y el puro y templado ambiente que en ella se respiraba debíase a la influencia del clásico friso enrejillado, especie de ventilador--calorífero que mantenía la temperatura fija en los 18° centígrados. Míster Témpleton era hombre sencillo, que vivía satisfecho, imitando el ejemplo de su padre.

Poco atento a seguir las caprichosas evoluciones de la moda, conservaba todavía el mueblaje de años anteriores, no muy conforme por cierto con el gusto a la sazón dominante, aunque sí construido del material más en uso, que era tina pasta de hierro y amianto esmaltado, sustancia indestructible, suave al tacto y de un color muy parecido al de caoba. Un par de estantes bien repletos de libros guarnecían los lados de la estufa eléctrica montada sobre pedestal de bronce, ante la que conversaban los tres hombres; y, ocupando los ángulos más apartados, veíanse los ascensores eléctricos que llevaban, el uno al dormitorio y el otro a la galería superior que se abría quince metros más arriba sobre el malecón del río.

El Padre Percy Franklin, que era el más viejo de los dos visitantes, llamaba desde luego la atención por su singular aspecto. Sin embargo de no pasar de los treinta y cinco años, su cabello encanecido blanqueaba con el albor de la nieve; los ojos grises, sombreados por negras cejas, fulguraban con especial brillo revelador de cierta vehemencia pasional; pero la prominencia de su barba y nariz, así como la decisión extrema reflejada en el corte de su boca, caracterizaban al hombre dotado de voluntad enérgica e indomable. Los que por primera vez le veían, conservaban imborrable recuerdo de aquella personalidad vigorosa.

Bien al contrario sucedía con el Padre Francisco, su compañero, verdadero tipo de medianía vulgar, sin rasgo alguno de energía en el semblante, sin el más leve destello de vigor en la mirada apacible y tierna de sus ojos pardos, y con una expresión habitual de melancolía femenina pintada en las hundidas comisuras de los labios y en el abatimiento de sus párpados lacios y medio caídos.

Míster Témpleton yacía tendido en su poltrona, sobre cojines de agua caliente, con los pies abrigados por un cobertor.

Su rostro, enjuto y anguloso, enteramente afeitado al uso de la época, mostraba los surcos profundos abiertos en él por las luchas y desengaños de la vida, presentándole como la personificación de la vejez cargada de recuerdos y enseñanzas.

Al fin el anciano comenzó a hablar, después de dirigir una mirada a su izquierda, donde estaba sentado Percy.

--Y bien--dijo: --no es tarea fácil para mí lo de recordar con exacta fidelidad tan numerosos y variados acontecimientos; pero los expondré por el orden y modo que en este instante se presentan a mi memoria. En Inglaterra, las primeras alarmas graves se sintieron, en nuestro partido, al constituirse el Parlamento del Trabajo en 1917. Este hecho puso de manifiesto el asombroso incremento adquirido por el Herveísmo, que llegó a inficionar toda la atmósfera social. Sin duda habían existido socialistas con anterioridad a aquella fecha, pero ninguno mostró pujanza y poderío tan avasalladores como Gustavo Hervé en sus últimos años.

Éste, conforme habréis leído quizá, enseñó el Materialismo y él Socialismo absolutos, llevando el desarrollo lógico de los mismos hasta las últimas consecuencias. El patriotismo, según él, era un resto de barbarie; y el único, bien positivo se cifraba en la satisfacción de los apetitos sensuales. Tales doctrinas fueron acogidas, por de pronto, con generales burlas y menosprecios. Dábase por axiomático que, sin religión, ni siquiera podía concebirse el orden social más rudimentario.

Pero los hechos evidenciaron que Hervé tenía razón, a lo menos en apariencia; porque después de ocurrir la ruina total del catolicismo en Francia, a principios del siglo, y a raíz de los asesinatos de 1914, la burguesía emprendió en serio y llevó a cabo en todas partes un extraordinario movimiento de organización, que penetró en las clases medias, borrando las diferencias sociales, suprimiendo casi por completo los institutos armados y desterrando en absoluto la idea de patriotismo. Por supuesto, la dirección de todo corrió de cuenta de la francmasonería. Se extendió primero en Alemania, donde la influencia de Carlos Marx había ya...

Así es, en efecto--interpuso suavemente Percy; --pero ¿qué pasó en Inglaterra, si es que no pensáis...?

Ah, sí: Inglaterra. Pues bien; en 1917, el Partido del Trabajo se hizo dueño del poder, y entonces comenzó realmente el Comunismo. Esto aconteció en época muy anterior al principio de mis recuerdos, pero varias veces oí a mi padre señalar el hecho como punto de partida para computar los años sucesivos. Lo verdaderamente admirable es que los acontecimientos no se precipitaron con mayor rapidez; aunque tengo para mí que en tal circunstancia influyó no poco la gran levadura que debió quedar del partido conservador. Aparte de que, según demuestra la historia, las grandes perturbaciones sociales avanzan con mayor lentitud de lo que pudiera esperarse, especialmente si toman su origen de un impulso repentino y anormal.

Pero dejando a un lado inoportunos comentarios, el hecho es que entonces principió el nuevo orden de cosas, quedando definitivamente afianzado el predominio de los Comunistas, quienes no volvieron a sufrir ningún descalabro de importancia. Por aquel tiempo, Blenkin fundó El Pueblo Nuevo, y el Times suspendió su publicación. --La Cámara de los Lores subsistió, no obstante--cosa bien extraña--hasta el año 35, en que desapareció definitivamente. Por último la Iglesia Oficial fue también abolida en el año 29.

--¿Y las consecuencias de tales hechos en el orden religioso? --preguntó Percy, aprovechando la pausa que hizo el anciano para toser ligeramente y aplicarse el inhalador.

El sacerdote mostraba viva ansiedad por adquirir minuciosos informes sobre el asunto.

La mencionada abolición fue, en sí misma, una consecuencia más bien que una causa--replicó el narrador.--Los ritualistas--nombre que, como sabéis, se daba a los anglicanos partidarios de un dogma definido con su correspondiente culto o, --después de luchar desesperadamente por atraerse las simpatías de las masas afiliadas a la gran Asociación del Trabajo volvieron al seno de la Iglesia a consecuencia de la «Convocación» del año 19,

precisamente cuando el Credo de Nicea fue abandonado de una manera definitiva. El regreso no despertó verdadero entusiasmo más que entre ellos.

Por lo demás, en cuanto a los efectos producidos por la caída del Protestantismo oficial, mi opinión es que se redujeron a fa fusión de sus restos con la Iglesia Libre, la cual, en resumidas c cuentas no era más que un conjunto de sentimentalistas. La Biblia perdió por completo su autoridad de libro inspirado, a consecuencia de los reiterados ataques del racionalismo crítico alemán, hacia el año 20; y en cuanto a la Divinidad de Jesucristo, hay quien cree que, desde principios del siglo, no quedaba de ella más que el nombre, contribuyendo no poco a tal resultado la difusión de la teoría kenótica, o sea la doctrina de la limitación del Logos, verificada por propio impulso en el acto de la encarnación.

Por entonces se inició un extraño cambio en los directores de la Iglesia Libre, en el que tuvieron participación aún los más avanzados: los ministros de esta institución, que nunca supieron hacer otra cosa que seguir la corriente--pues sentían propensión irresistible a dejarse arrastrar por la influencia de las ideas predominantes, abandonaron sus antiguas posiciones. Es curioso leer en la historia de aquel período, cómo la opinión les prodigó sus aplausos, saludándolos con el dictado de pensadores independientes, cuando esa cualidad era precisamente la que más les faltaba...

Pero ¿adónde estábamos? Ah, sí, ya caigo... Bien, el suceso que acabo de referir nos dejó el campo a los católicos enteramente libre y despejado, y la Iglesia hizo durante algún tiempo extraordinarios progresos. Digo extraordinarios, porque en aquellas circunstancias la situación de las cosas se diferenciaba mucho de lo que había sido veinte y aun diez años antes. Entonces--permitidme la frase--dió principio la gran separación de ovejas y cabritos. El mundo religioso se dividió prácticamente en dos grupos: Católicos e Individualistas y la gran muchedumbre de los hombres sin religión, rechazaron en absoluto el orden sobrenatural y se declararon todos Materialistas y Comunistas.

Sin embargo, los católicos obtuvimos ventajas nada despreciables, gracias al brillante concurso de algunos hombres de extraordinario mérito: Delaney en Filosofía, Mc. Arthur y Largent, que descollaron como filántropos eminentes, y otros varios. Delaney y sus discípulos llegaron a conquistarse un ascendiente tan poderoso, que hubo momentos en que parecieron imperar con dominio absoluto en el mundo de las inteligencias. ¿Os acordáis de la inmensa resonancia que alcanzó la obra, del gran pensador, intitulada Analogía? Pero ¿cómo no lo habéis de recordar, si anda toda ella en los libros de texto...?

Bien al cerrarse, por aquella época, el Concilio Vaticano que, como había sido convocado en la centuria precedente sin Llegar a clausurares, perdimos un considerable número de prosélitos a causa de las últimas definiciones. La Prensa dio cuenta detallada del suceso, denominándolo el Éxodo de los Intelectuales.

El motivo estuvo en los decretos referentes a la Biblia indicó el más joven de los sacerdotes.

En parte, creo que sí, sobre todo si se tiene en cuenta cl conflicto promovido por el Modernismo al comenzar el siglo; pero mucho más influyó todavía la condenación de Delaney y del Nuevo Trascendentalismo en general, tal como entonces se le entendía. Delaney murió fuera de la Iglesia; aunque no necesitaba decíroslo, porque el hecho fue bien notorio. Luego vino la condenación del libro de Sciotti sobre la Religión Comparativa... Después los Comunistas avanzaron a granules pasos, aunque muy lentamente. Me atrevo a decir que han de causaros extrañeza mis afirmaciones, pero difícilmente podéis imaginar la insólita conmoción producida por el Bill de Industrias Necesarias, elevado a la categoría de ley en el año 60. El público se figuró que la nacionalización de tantas profesiones paralizaría el espíritu de empresa; pero no sucedió así, como sabéis. Realmente la nación entera aprobaba aquella medida.

--¿En qué año comenzó a regir el Bill de la, Mayoría de las Dos Terceras Partes?--

preguntó Percy.

--¡Oh! Eso fue mucho antes: un año o dos después de caer la Cámara de los Lores. En mi concepto, la aprobación de ese Bill era una necesidad, porque de otro modo los Individualistas se habrían visto impelidos a los desvaríos más extravagantes... Por otra parte, el Bill de las Industrias Necesarias se imponía inevitablemente; y así lo había comprendido el pueblo hacía ya tiempo, desde que los ferrocarriles entraron en poder de los municipios. Durante algún tiempo, aquello fue una verdadera explosión de ingeniosos arbitrios, porque todos los Individualistas capaces iniciaron la explotación de algún negocio (entonces se fundó la escuela de marchameros); pero no tardó en comprenderse la ventaja de obtener un empleo del Gobierno. Bien miradas las cosas, el seis por ciento, beneficio límite de toda empresa individual, constituía una ganancia poco tentadora; y el Gobierno pagaba bien.

Percy movió la cabeza dándose por enterado.

--Es cierto--añadió.--Pero no acabo de comprender cómo hemos llegado a la situación actual. Ahora mismo estabais indicando que la evolución procedía con lentitud.

--Así es--replicó el anciano, --pero debéis traer a la memoria las leyes dictadas en favor de la indigencia, leyes que establecieron para siempre el Comunismo del Estado. La verdad es que Braithwaite supo lo que se hizo.

El sacerdote más joven dirigió a Mr. Témpleton una mirada interrogativa.

--Me refiero a la abolición del viejo sistema de los asilos talleres--dijo el narrador.--Por supuesto, es asunto que tendréis olvidado; pero yo lo recuerdo como si fuera cosa de ayer. Aunque parezca extraño, por aquí comenzó el descrédito y la ruina de la Monarquía y las Universidades.

--¡Ah!--exclamó Percy.--Muy de corazón os agradecería el placer de oíros tratar esa cuestión.

--Allá llegaremos enseguida, Padre... Volviendo ahora a Braithwaite, su trascendental reforma consistió en lo que voy a decir. El antiguo sistema trataba a todos los indigentes de igual modo, suscitando, como era natural, quejas y resentimientos. Pues bien, la nueva legislación estableció los tres grados que en la actualidad tenemos, dejando abierto el camino para otros dos más elevados. La clasificación última quedó reservada para los absolutamente indignos, es decir, para los individuos que debieran ser considerados como criminales en méritos de un proceso de investigación cuidadosamente elaborado. Después de la medida expuesta, se llevó a cabo la reorganización dé las Pensiones de Ancianidad...

Y ahora, ¿no echáis de ver, Reverendo Padre, la fuerza incalculable que semejantes determinaciones habían de dar al Comunismo? Los individualistas--a quienes se designaba, cuando yo era muchacho, con el nombre de toris o conservadores quedaron desde entonces enteramente fuera de combate; eran un estorbo gastado que para nada servía. Todas las clases trabajadoras, es decir, el noventa y nueve por ciento de la población, se levantaron contra ellos, como un solo hombre.

Percy alzó los ojos para fijarlos en el narrador, y éste continuó:

Bajo el gobierno de Macpherson se aprobó el Bill de la Reforma de Prisiones y la abolición de la pena-- capital; no mucho después vino el Acta del 59 sobre la Educación, estableciendo el secularismo dogmático; la reforma designada con, el título de Derechos en caso de muerte, trajo consigo la supresión de las herencias que anteriormente...

--¿Querréis creer --observó Percy--que no recuerdo ya las prescripciones del antiguo régimen?

--Por extraño que parezca, el sistema suprimido imponía a todos la misma tributación. En primer lugar fue tomado el acuerdo referente a transmisión hereditaria de inmuebles, y luego se le añadió una cláusula adicional disponiendo que la riqueza heredada pagase al Estado derechos tres veces mayores que la riqueza ganada; de este modo quedó expedito el camino para llegar, en el año 89, a la aplicación de las doctrinas de Carlos Marx, si bien el primer paso en este sentido data del 1977... Tales reformas elevaron el nivel social de Inglaterra por encima-- del de os demás países del Continente, y la pusieron en condiciones de entrar ventajosamente en el convenio definitivo del Libre Cambio Occidental, que, conforme recordaréis, fue el primer resultado de la victoria de los socialistas en Alemania.

--Y ¿de qué modo logramos salir de la guerra de Oriente? preguntó Percy con ansiedad.

Largo de contar es el asunto; pero baste decir, en resumen, que América nos detuvo, a consecuencia de lo cual de un golpe sacudieron nuestra dominación la India y Australia. A mi juicio no hubo otro acontecimiento que pusiera en mayor peligro la existencia del Comunismo; pero Braithwaite salió del apuro con suma habilidad, asegurándonos definitivamente el protectorado sudafricano. El gran estadista era ya viejo por aquella época.

Un golpe de tos interrumpió la relación de Míster Templeton. El Padre Francisco respiró con fuerza, como tomando aliento, y se incorporó en su silla.

¿Y América?--preguntó Percy.

La materia es muy complicada. América se anexionó el Canadá tan luego como adquirió conciencia de su poder. Esta pérdida marca el limite de nuestra mayor decadencia.

Percy se puso de pie.

¿Tenéis un atlas comparativo, señor?--preguntó.

El anciano, señalando con el dedo un anaquel, respondió: Ahí está.

Percy hojeó en silencio durante algunos minutos el volumen indicado, y después de sentarse y colocar el atlas sobre sus rodillas, desplegó varios mapas.

--La verdad es--murmuró mientras examinaba la hoja pintarrajeada con diversas tintas, donde estaba representada la división política del mundo en los comienzos del siglo XX, y luego él mapa del siglo XXI, que sólo contenía tres grandes manchas de color, --la verdad es, que este último es mucho más sencillo.

Movió enseguida su dedo a lo largo del Asia, donde las palabras IMPERIO ORIENTAL se extendían por toda la región coloreada de amarillo pálido, desde los montés Urales a la izquierda, hasta el estrecho de Behring, a la derecha; las enormes letras de la inscripción formaban una gran curva que ondulaba a través de la India, Australia y Nueva Zelanda. Pasó después a considerar la mancha roja que abarcaba una extensión mucho menor, pero —importante a pesar de todo, tremendo en cuenta que cubría no sólo toda Europa, propiamente dicha, sino también Rusia, hasta los Urales, y el África hasta el sur. La leyenda de la región azul, REPÚBLICA AMERICANA, después de recorrer en su totalidad el nuevo continente, desaparecía por la derecha, describiendo una especie de arco a la izquierda del hemisferio occidental, hasta perderse en un enjambre de manchitas esparcidas por la blanca extensión de los mares.

--Sin duda es más sencillo--contestó el anciano con sequedad.

Percy cerró la colección de mapas y la colocó sobre una silla.

¿Y después de esto?, ¿Qué ocurrirá?

El anciano estadista conservador sonrió.

¡Dios lo sabe!--repuso.--Si el Imperio Oriental decide Levantarse en guerra, no podremos hacer nada. Lo que no comprendo es su inacción. Supongo que la causa está en las diferentes creencias religiosas que lo mantienen dividido.

¿Pero opináis que Europa no conservará su unión? --preguntó el sacerdote.

--Oh, de ningún modo. El peligro que nos amenaza es, en la actualidad, demasiado manifiesto. Y además podemos contar con América, que seguramente ha de ayudarnos. Pero lo mismo da. Dios nos ayude--o mejor, a vosotros, ya que yo no he de verlo --si el gran Imperio llega a ponerse en movimiento. Al cabo ha llegado a darse cuenta de su poder, incontrastable para nuestros débiles recursos.

Hubo unos instantes de silencio. El cuarto vibró débilmente, como si experimentase la sacudida de alguna pesada máquina que cruzara la espaciosa avenida abierta encima de la vivienda subterránea.

--¿Podríais anticiparnos algo acerca de religión?--preguntó repentinamente Percy.

Míster Témpleton aspiró prolongadamente el aire de su inhalador, y reanudó su discurso en estos términos:

--Dicho en dos palabras, las tres grandes creencias que se reparten hoy el dominio de los espíritus son: el Catolicismo, el Humanitarismo y las religiones orientales. Respecto de las últimas nada puedo predecir, aunque opino que el Sufismo, es decir, el Panteísmo místico, se impondrá a todas las demás. Puede, no obstante, sobrevenir lo más inesperado; el Esoterismo, las sociedades que se dedican a la profesión del misterio se difunden rápidamente, y también por este camino el triunfo sería del Panteísmo.

Por otra parte, la fusión de las dinastías china y japonesa desconcierta los cálculos mejor fundados. Mas en Europa y América, no cabe dudar que la lucha se librará entre las otras dos fuerzas antes mencionadas. Las demás carecen de importancia. Si deseáis conocer mi opinión, os diré que el Catolicismo entra actualmente en una crisis de las más formidables que jamás ha atravesado hasta ahora. El Protestantismo es un cadáver, cuya resurrección no puede esperar ya ningún hombre de sano juicio. El hecho es indiscutible, y tiene racional explicación. Los hombres reconocen al fin que toda religión sobrenatural implica el concepto de una autoridad absoluta, y que el juicio privado en asuntos de fe conduce fatalmente a la anarquía religiosa.

Y no es menos cierto que, siendo la Iglesia Católica la única institución que invoca en su favor la existencia de una autoridad sobrenatural, aceptada con todas sus lógicas e inflexibles consecuencias, ella ha de contar siempre con el apoyo de los cristianos que conserven un resto de fe en otro orden superior al de la vida presente. Aquí, y más todavía en América, quedan algunos fadistas, fanáticos partidarios de novedades estrafalarias; pero no hay motivo para tomarlos en consideración.

Bien está todo esto; mas, por otra parte importa no olvidar que el Humanitarismo, contra lo que todo el mundo esperaba, se erige actualmente en una verdadera religión enemiga de lo sobrenatural. Tiene todas las seducciones del panteísmo, se rodea de aparato externo, desarrollando un nuevo ritualismo bajo la inspiración de la francmasonería; posee su credo, que se compendia en el siguiente artículo: Dios es el Hombre; y, en suma, nada le falta para ofrecer un alimento positivo a las aspiraciones religiosas de las multitudes. Se remonta a las regiones de lo ideal, y, sin embargo, no impone sacrificios a las facultades superiores.

Además, para sus festividades y reuniones dispone de todas las iglesias, exceptuando las nuestras, y de todas las catedrales. La nueva campaña que han emprendido a fin de

interesar el sentimiento del pueblo, y las crecientes facilidades que hallan para desplegar sus símbolos, mientras nuestro culto se empequeñece y restringe cada día más, permiten asegurar que, dentro de otro decenio, habrán conseguido establecerse legalmente.

Entre tanto, los católicos venimos perdiendo terreno desde hace más de cincuenta años. Quiero admitir que tengamos un catorceavo nominal de la población de América, resultado de la activa propaganda sostenida en la primera veintena del siglo, pero en cambio carecemos de representación en Francia y España, y decretemos considerablemente en Alemania. Cierto que nos resta todavía el Oriente; mas aun allí, las estadísticas sólo dan un cinco por mil, proporción bien menguada por cierto, y con la desfavorable circunstancia de una diseminación que imposibilita la mancomunidad de los elementos. ¿Y en Italia? Mejor que yo lo sabéis: el catolicismo se halla circunscrito a Roma. Aquí, donde toda Irlanda es católica, y donde Inglaterra, Gales y Escocia sostienen un contingente considerable que llega a la sesentava parte de la población, el número de católicos es muy inferior al de setenta años atrás, en que éramos uno por cuarenta.

Quizá no es ajeno a esta disminución el asombroso desenvolvimiento de los estudios psicológicos por lo menos en el decurso de una centuria nos han restado muchos prosélitos. En un principio, cómo sabéis, empezó el Materialismo puro; pero decayó más o menos el poco tiempo... su grosero radicalismo no podía satisfacer; y entonces fue cuando la Psicología acudió en su auxilio. Ahora aspira a dominar todo' el campo, explotando, según parece, el sentido de lo sobrenatural. No, Padre, no hay que dudar que estamos en--decadencia; y lo peor es que, según las probabilidades, iremos de mal en peor. Más diré: presienta que se nos avecina una gran catástrofe, y que ésta se halla a punto de estallar de un momento a otro.

--Sin embargo... --observó Percy.

--Tal vez mis pesimismos han de pareceros devaneos y chocheces de un viejo que ha llegado ya al borde del sepulcro. Pero, francamente, os confesaré que yo no veo esperanza alguna. En realidad creo que, aun aluna, puede sorprendernos inesperadamente algo grave, gravísimo. No; no veo esperanza hasta que...

Percy se quedó mirando de hito en hito a su interlocutor. --Hasta que vuelva a la tierra el Juez de vivos y muertos --dijo solemnemente el anciano.

El Padre Francisco bajó los ojos en actitud meditabunda, y los tres quedaron en silencio.

--¿Y la caída de las Universidades? Preguntó Percy después de algunos instantes.

--Exactamente como la de los Monasterios en tiempo de Enrique VIII: los mismos resultados, iguales pretextos, idénticos incidentes. Las Universidades eran los baluartes del Individualismo, de igual modo que los Monasterios lo fueron del Papado; y de ahí que se atrajeran la animadversión y la envidia del Comunismo triunfante entonces comenzaron las discusiones sobre tos beneficios que reportaban al Estado, a cambio de las sumas invertidas en su conservación; se divulgó por todas partes la especie de que eran instituciones anacrónicas; se las culpó de no saber distinguir entre medios y fines--y por cierto que este último reparo no carecía de algún fundamento; --y, en fin, la campaña arreció de modo, que la supresión se impuso como una medida necesaria.

Así como así las casas religiosas tenían su razón de ser, una vez admitido el orden sobrenatural; pero el objeto de la educación secular debe cifrarse en la producción de algo tangible, por ejemplo, el carácter o la competencia, y las Universidades padecían una enfermedad crónica de esterilidad constitucional que imposibilitó en absoluto salir a su defensa. Las sutilezas filológicas y las disquisiciones abstractas no constituyen por sí mismas un fin social de utilidad apreciable; la clase de hombres formados en las aulas académicas no respondía a lo que Inglaterra necesitaba en el siglo xx. Aun a mí, que he sido

siempre un individualista decidido, no acababa de inspirarme gran interés la conservación de tales organismos. Si he de decir la verdad, el sentimiento que me produjo su caída fue de compasión más que de otra cosa.

--¿De veras?--preguntó Percy.

--Oh, aquello fue un espectáculo bastante lastimoso. Las escuelas científicas de Cambridge y el Departamento Colonial de Oxford, constituían la postrera esperanza; y aun éstas dejaron también de existir. Los viejos maestros se echaron a vagar por todas partes con sus libros; pero nadie los necesitó para nada: eran demasiado teóricos. Entonces, unos buscaron asilo en las casas de beneficencia de primero o segundo grado; otros fueron amparados por clérigos caritativos; varios hicieron un esfuerzo para concentrarse en Dublín; pero fracasó tal designio, y el pueblo los echó muy pronto en olvido.

Los edificios se utilizaron para diversos fines. Oxford quedó convertido, durante algún tiempo, en un taller de ingeniería, y Cambridge en un laboratorio del Gobierno. En aquella época estaba yo en el Colegio del Rey. Por supuesto, los detalles del cierre son tan horribles como podéis figuraros. Pláceme, sin embargo, recordar, que la capilla del establecimiento quedó abierta al público en concepto de museo. Sin duda tenía poco de agradable ver los coros cubiertos de ejemplares anatómicos; pero, a decir verdad, no era mucho peor que ocuparlos con calentadores y sobrepellices.

--Y vos, ¿cómo lo pasasteis?

--Yo logré muy luego entrar en el Parlamento; y además poseía algún dinero propio. Otros, en cambio, al menos los que para nada servían ya, tuvieron que luchar con serias dificultades y sufrir no pocas privaciones. Pero, en fin, creo que esa reforma no podía menos de venir. Las entidades sacrificadas se reducían a pintorescas reminiscencias del pasado, desprovistas de todo ideal capaz de atraerles la simpatía popular.

Percy se quedó mirando fijamente el rostro del anciano, que parecía animado de cierta jovialidad maliciosa al evocar los últimos recuerdos.

--Mudando ahora de asunto--añadió --¿no podríais decirnos algo sobre el Nuevo Parlamento Europeo?

--¡Bah...! Tengo la convicción de que pasará tan luego como surja un hombre capaz de concitar contra él los recelos de la opinión. Ella es la que lo ha creado, como fruto de la evolución de las ideas en la pasada centuria, y ella es también la que concluirá por derribarlo. El patriotismo se extingue rápidamente, mientras el sentimiento de solidaridad humana hunde cada vez más las raíces e n el corazón de los pueblos.

Y, ya que hemos tocado este asunto, debo decir que, a mi juicio la idea exclusivista y antihumanitaria de patria debió desaparecer hace muchos siglos bajo la influencia del Catolicismo, ni más ni menos que la de la esclavitud y otras semejantes. Hoy esa desaparición se ha efectuado sin el concurso de la Iglesia, resultando de aquí que el mando se ha organizado independientemente de nosotros y contra nosotros, formando por sí mismo una especie de Iglesia anticatólica. La democracia ha llevado a cabo lo que dobló ser obra de la Monarquía divina. Si el desarrollo de los acontecimientos sigue el rumbo y las orientaciones que ha seguido hasta hoy, no podemos esperar otra cosa que una nueva persecución... En tal supuesto ¿quién sabe si la invasión oriental podría salvarnos...?

Percy aguardó sentado unos momentos de pronto se puso de pie y cortó la conferencia diciendo en esperanto: --Necesito partir, señor. Son ya más de las diecinueve. ¿Me acompañáis, Padre Francisco?

Se levantó éste también y tomó su sombrero.

--Bien, Padre--repuso el anciano, -- volved algún otro día, si es que no habéis hallado demasiado pesada mi conversación. Supongo que tendréis afín que escribir vuestra carta. Percy asintió con un movimiento de cabeza.

--He escrito la mitad esta mañana--dijo, --pero la suspendí comprendiendo que me faltaba echar otra mirada general a los acontecimientos para comprender bien la situación presente. Os agradezco muy de veras los informes que me habéis proporcionado... Esta carta diaria para el Cardenal Protector es una carga demasiado molesta, y estoy pensando en dejarla, si me admiten la renuncia.

--¡Oh, Padre Percy!--exclamó el anciano--no lo hagáis de ningún modo. Perdonadme, si os digo sin rebozo que sois hombre dotado de especial penetración para el desempeño de ese cargo. Roma necesita información segura, sin lo que nada podría hacer. Difícilmente se hallará entre vuestros compañeros quien pueda substituiros en tan delicada y espinosa tarea.

Percy sonrió arqueando las cejas con aire resignado. --Ea, vamos, Padre--dijo enseguida a su compañero. Los dos sacerdotes se separaron al llegar a la escalera que conducía al muelle desde la galería superior, y Percy se quedó pensativo contemplando durante algunos minutos el paisaje otoñal que desde allí se descubría. La impresión que conservaba su espíritu, como resultado de la entrevista celebrada con el anciano, chocaba de un modo extraño con la que al presente le producía la espléndida visión de aquel cuadro de grandezas desplegado ante sus ojos.

El horizonte brillaba con claridad vivísima, bañado en la luz solar artificial, moderno sistema de alumbrado que había substituido por completo a los antiguos, sobre todo en Londres, donde apenas se notaba la diferencia entre la noche y el día. El joven sacerdote hallábase en una especie de galería de cristal, cuyo macizo pavimento de pasta de caucho ahogaba casi por completo el ruido de las pisadas. Abajo, cerca del arranque inferior de la escalera, se veía salir tina doble e interminable procesión de gente, que se dividía en dos grupos, yendo unos hacia la derecha, y otros hacia la izquierda, sin producir otro estrépito que el incesante murmullo de las conversaciones sostenidas en esperanto.

A través del transparente y duro cristal que protegía el pasaje público, percibíase la negra zona formada por una espaciosa vía, de superficie lisa y compacta, guarnecida de listones de acero transversales que la cruzaban de un lado a otro, y con una plegadura o resalto a lo largo del centro. Esta ruta se hallaba significativamente desierta; pero muy luego se oyó un rumor lejano por la parte del antiguo Westmínster, rumor semejante al zumbido de inmensa colmena, y que se hacía cada vez más intenso. Momentos después pasó, veloz como el rayo, un objeto enteramente luminoso, rasgando el aire con la potente vibración de nota gigantesca, la cual se fue apagando lentamente hasta reducirse al suave zumbido que anteriormente había llamado la atención de nuestro observador. Era el gran correo automóvil del Gobierno, procedente del sur, y que se dirigía con la correspondencia hacia el este. La línea descrita estaba reservada a los vehículos del Estado, únicos que podían circular por ella, con una velocidad ordinaria de cien millas por hora.

Al extinguirse el ruido causado por el tránsito de los carruajes, el silencio volvía a reinar en esta ciudad de calles engomadas; las plataformas móviles distaban de allí un centenar de metros, y el tráfico subterráneo se efectuaba a profundidades que sólo dejaban percibir tuca levísima vibración. Trabajábase, sin embargo, con gran empeño, desde hacía veinte años, con objeto de eliminar en absoluto los rumores originados por todo género de vehículos.

Antes que Percy abandonara su puesto de observación, percibió una especie de grito agudo y prolongado que procedía de lo alto y sonaba con un timbre especial de agradable dulzura. El sacerdote contemplaba a la sazón la luciente e inmóvil faja del río, Único objeto de cuantos tenía delante que parecía haberse substraído a la general transformación, y, al levantar los ojos hacia el lugar donde resonaba el extraño clamor, vio cruzar un objeto

largo de forma esbelta que, después de proyectarse durante algún tiempo sobre el fondo iluminado de las nubes, se alejó rápidamente con las alas desplegadas en dirección al norte y desapareció muy poco después. Aquel grito musical era la voz de aviso con que uno de los voladores destinados al servicio de transportes aéreos en las líneas europeas, anunciaba su llegada a la capital de la Giran Bretaña.

«Hasta que vuelva el Supremo Juez de vivos y muertos», pensó interiormente el sacerdote; y por un instante sintió su corazón oprimido de angustia indefinible. ¡Cuán difícil le parecía enfocar ahora la mirada del espíritu a la contemplación de tan apartado horizonte, subyugado como se hallaba por la visión esplendorosa del mundo que se extendía sin límites delante de él, rebosante de vida intensa y de fortaleza incontrastable! No hacía una hora que, discutiendo con su compañero, había afirmado con Intima convicción que la grandeza material era vago remedo y débil sombra de otras magnificencias invisibles de orden superior; pero ahora la duda le producía en el ánimo una especie de vértigo que le obligaba a invocar el auxilio del Pobre y Divino Maestro de Nazaret, pidiéndole que sostuviera su corazón, débil y vacilante como el de un niño.

Al influjo de estas reflexiones los labios de Percy se contrajeron con expresión de honda tristeza. ¡Cuántos no sucumbirían a la acción eminentemente sugestiva y perturbadora del ambiente! ¡Y quién sabe--pensó--si él mismo o su compañero el Padre Francisco no serían también sus víctimas!

EL ADVENIMIENTO

Oliverio Brand, el nuevo representante del distrito de Cróydon, se hallaba sentado en su estudio, de frente a la ventana, contemplando por encima de la máquina de escribir el soberbio panorama que desde aquel excelente observatorio se descubría.

La casa del joven diputado se alzaba, con la fachada mirando al norte, en la extremidad de un ribazo, perdido en las estribaciones de las Sierras de Surrey, las cuales aparecían a la sazón desfiguradas por cortaduras y túneles innumerables, hasta el punto de que su aspecto sólo para un comunista podía encerrar algo de agradable.

En la región que ocupaba la morada de Oliverio, el terreno caía en rápida pendiente desde el arranque inferior de las amplias ventanas hasta la distancia de unos cincuenta pasos, terminando en un alto muro, más allá del cual la Naturaleza y las obras del hombre desplegaban su magnificencia en toda la extensión que la vista podía alcanzar. Dos vías gigantescas, semejantes a espaciosas pistas de hipódromo, de anchura no inferior a cuatrocientos metros, y hundidas a la profundidad de veinte pies, se tendían a lo largo en dirección convergente, yendo a reunirse en el enorme empalme situado a una milla de distancia. La de la izquierda era la línea principal de Brighton, anunciada siempre con letras grandes en todas las Guías de Transportes; y la de la derecha formaba el sistema secundario de los distritos de Tunbridge y Hastings.

Cada una de ellas estaba dividida, en el sentido de su longitud, por un muro de cemento, a un lado del cual circulaban los tranvías eléctricos, montados sobre rieles de acero, mientras el otro contenía la verdadera línea de tráfico, en la que se distinguían nuevamente tres zonas: la primera, reservada a los coches del Gobierno, que la recorrían con una velocidad de doscientos kilómetros por hora; la segunda, destinada a los carruajes particulares, cuya velocidad no debía pasar de cien kilómetros, y la tercera constituía la línea del Estado para el servicio público, en la que el límite máximo de la velocidad se había fijado en cincuenta kilómetros, con estaciones de cinco en cinco millas. Paralelamente a esta última, y orlándola en toda su longitud, se extendía un camino abierto para los peones, ciclistas y carros ordinarios, en el que ningún vehículo podía transitar con una velocidad

mayor de veinte kilómetros.

Más allá de la enorme faja de tierra ocupada por el sistema que acabamos de describir, la vista se espaciaba en una inmensa planicie de tejados, sobre los que descollaban, de trecho en trecho, varias torrecillas indicando los lugares donde se alzaban los edificios públicos, desde el distrito de Caterham a la izquierda, hasta el de Cróydon al frente. El conjunto formaba una vista magnífica, que se desplegaba límpida y brillante en un aire transparente, cuya diafanidad, no empañada por el humo, dejaba percibir, en In remota lejanía, al este y norte, las humildes cimas de los montículos suburbanos, proyectándose sobre el lado azulado del cielo de abril.

Una de las cosas que más sorprendían era el escaso ruido del contorno, dada la densidad de población en él aglomerada. Fuera del zumbido sordo de los rieles de acero en el momento de cruzar el tren ascendente a descendente, y de la dulce vibración de los grandes automóviles al acercarse al empalme o alejarse de él, desde el gabinete de estadio de Oliverio no se oía otra cosa que un confuso y blando murmullo semejante al producido por las abejas en un jardín.

Oliverio amaba todas has manifestaciones de la vida humana todas las perspectivas llenas de animación y actividad, y, por eso, sonreía ligeramente contemplando el grandioso cuadro que tenia delante. No duró mucho, sin embargo, este arrobamiento, y volviendo a poner los dedos sobre el teclado de su máquina, continuó componiendo el discurso que, dentro de breves días, había de pronunciar.

La situación de su casa no podía ser más ventajosa, emplazada como se hallaba en un ángulo importante de la vasta red de vías de comunicación que cubrían la extensión entera del país; de suerte que, para sus particulares fines y necesidades, con dificultad cabria escogitar otro sitio más adecuado. La distancia que la separaba de Londres era escasa, y esta circunstancia contribuía a reducir el coste del alquiler, porque las familias pudientes, huyendo del tráfago y aglomeración excesiva de la capital, habían fijado su residencia a distancias no menores de cien millas. Oliverio, sin embargo, no echaba de menos la tranquilidad necesaria para el desempeño de sus quehaceres habituales. Además, estando el punto de su residencia colocado entre Westminster y la costa, sólo diez minutos le bastaban para trasladarse al Parlamento, y veinte para tomar el transporte aéreo o marítimo en el puerto más próximo. En cuanto al distrito electoral que representaba, allí se tendía a sus pies como una enorme carta geográfica.

Y, por último, cerca de allí tenía a su disposición el gran Términus de Londres, estación central, desde donde podía dirigirse a cualquiera de las populosas ciudades de Inglaterra. Para un hombre como él, nada sobrado de medios de fortuna y enteramente absorbido por los negocios de la política, que hoy le obligaban a pronunciar un discurso en Edimburgo y al día siguiente en Marsella, la posición de su domicilio nada tenía que envidiar al de otra persona alguna en toda Europa.

Era Oliverio persona de aspecto y modales atrayentes, edad no mucho mayor de treinta años, de cabellos recios como el alambre y negros como el azabache, complexión enjuta, rostro enteramente afeitado de expresión viril y magnética, can ojos azules y piel blanca. El joven diputado parecía hoy satisfecho del mundo y de sí mismo; sus labios se movían ligeramente, como si pronunciaran en voz imperceptible las palabras que la máquina iba escribiendo; sus ojos pestañeaban con cierta titilación nerviosa bajo la influencia de la excitación; y de tiempo en tiempo interrumpía el golpeteo de las teclas, y fijaba la mirada en el panorama exterior, sonriente y con el semblante encendido de animación y entusiasmo.

Se abrió de pronto la puerta del cuarto; un hombre, como de cuarenta años, penetró aceleradamente en la estancia con el correo, y, dejándolo sobre la mesa sin pronunciar una palabra, dio media vuelta y se dispuso a salir. Oliverio le hizo con la mano señas de que esperase, golpeó una de las teclas y preguntó:

--¿Qué hay de particular, Míster Filips?

--Noticias de Oriente, señor--respondió el secretario.

Oliverio echó una ojeada al montón de papeles, y puso la mano sobre él.

--¿Algún despacho completo?

--No, señor; interrumpido otra vez. En él se cita a un tal Felsenburgh.

Oliverio se quedó pensativo; tomó bruscamente el rollo de finos impresos, y comenzó a repasarlos.

--La cuarta hoja, comenzando desde arriba --observó el secretario.

Su señor hizo un gesto de impaciencia, y él salió obedeciendo la indicación.

El despacho aludido, impreso en titila roja sobre fondo verde, pareció absorber por completo la atención del diputado por Cróydon, porque éste lo leyó del principio al fin dos o tres veces, y echándose atrás en su silla permaneció inmóvil y sumido en profunda meditación Después de algunos instantes, suspiró y volvió a mirar fijamente a través de la ventana.

Se abrió de nuevo la puerta y apareció en ella una joven de aventajada estatura.

--¿Qué hay de nuevas, querido? preguntó.

Oliverio movió la cabeza y apretó los labios con aire contrariado.

--Nada definitivas --respondió.--Aun menos que otras veces. Oye--añadió tomando la hoja verde y comenzando a leer en voz alta, mientras lar joven se acomodaba a su izquierda en el asiento de la ventana.

La recién llegada era una criatura encantadora, de talle esbelto y elegante, ojos pardos de mirada grave y ardiente, labios frescos de un rojo encendido, y busto artístico en que hombros cabeza formaban el más armónico y gracioso conjunto que es dable imaginar. Con paso lento y silencioso habla atravesado la pieza, mientras Oliverio tomaba el papel portador del despacho; y a la sazón yacía cómodamente arrellanada en su asiento, luciendo amplia bata de color oscuro, en postura rebosante de gracia y noble decoro. Parecía escuchar con resignada indiferencia; pero en sus ojos brillaban la curiosidad y el interés.

Oliverio leyó:

--«Irkutsk, 14 Abril. --Ayer--congo--ordinariamente--Pero--rumores--defección--partido--sufita--Tropas--continúan--concentrándose--Felsenburgh--habló--multitud--budista Atentado--contra--el--Lama--último--viernes--obra--anarquistas--Felsenburgh--partió--para -- Moscú -- conforme --convenido--quiere...”

--Y nada más--continuó el diputado con desaliento----eso es todo. Interrumpido como siempre.

La joven comenzó a balancear un pie.

--No entiendo una palabra--dijo.--Pero ¿quién es, en resumidas cuentas, ese Felsenburgh?

Hijita mía, eso es precisamente lo que todo el mundo se pregunta. Nada se sabe de él sino que a última hora fue incluido en el número de los que forman la delegación ameri-

cana enviada a Oriente. El *Herald* publicó su biografía la semana última; pero ha sido desautorizada y desmentida con posterioridad. Lo único cierto es que se trata de un hombre en todo el vigor dé su juventud y hasta hoy enteramente desconocido.

--Bien, pero ahora ha salido de su oscuridad--observó la joven.

--Ya lo veo; y aun parece ser él quien dirige el arreglo completo del asunto. De los demás no se oye nunca nada. Afortunadamente Felsenburgh, según todos los indicios, milita en un partido sano.

--¿Y tú qué piensas sobre el particular?

Al oír esta pregunta Oliverio, se volvió hacia la ventana y su mirada se perdió vagamente en el espacio.

--Pienso que estamos en una crisis de ardua e incierta solución.

Lo más notable del caso es que aquí apenas se da nadie cuenta del peligro; quizá su demasiada magnitud supera a todo lo imaginable. Y, sin embargo, no hay duda que el Oriente ha venido preparándose durante el último quinquenio, resuelto a lanzarse sobre Europa. América es lo único que los ha hecho vacilar, y creo que esté sea el postrer esfuerzo para de tenerlos. Pero ¿por qué ha de figurar Felsenburgh al frente de tales negociaciones...? Debe de ser, en todo caso, un excelente lingüista... Porque ésta es al menos la quinta nación a quien dirige la palabra en su peculiar idioma. ¿Será el intérprete americano...? Daría un tesoro por averiguar quién es ese hombre misterioso.

¿Tiene algún otro nombre?

--Me parece que sí; en un despacho se le llama Juliano. --¿Y cómo ha llegado ése despacho?

Oliverio hizo un gesto de impaciencia.

--Por conducto privado--respondió. Las agencias de Europa han suspendido el servicio. Todas las estaciones transmisoras están custodiadas día y noche. Hay líneas de voladores, establecidas a lo largo de la frontera. El Imperio, no obstante, se propone arreglar sus cosas sin contar para nada con nosotros.

--¿Y si triunfaran, al cabo, sus desatentados propósitos? --Entonces, amor mío... tanto valdría que el infierno entero desencadenara sus furias exclamó Oliverio tendiendo los brazos en actitud de súplica.

--Pero, entre tanto, ¿qué hace el Gobierno?

--Trabajar sin tregua, lo mismo que el resto de Europa. Si la guerra llega u estallar habremos entrado en los días apocalípticos.

--Y ¿ves tú alguna probabilidad de que pueda evitarse el peligro?

--Veo dos casos favorables --respondió pausadamente Oliverio: el primero es que la actitud de América infunda serios temores a los Orientales y logre retraerlos de sus belicosos proyectos; el segundo está en que lleguen a persuadirse de que la única esperanza de redención para la humanidad se cifra en la cooperación, "lo cual sólo puede lograrse con la paz universal... Lo peor de todo son esas malditas creencias que los tienen fanatizados de un modo que...

La joven suspiró, y volviéndose hacia la ventana se puso a contemplar la vasta aglomeración de techumbres que cubría toda la extensión del horizonte.

Realmente la situación no podía ser más grave. Aquel enorme Imperio, compuesto de una federación de Estados reunidos bajo el cetro del Hijo del Cielo--federación llevada a cabo merced al enlace de la dinastía china con la japonesa y a la caída de Rusia, --había venido consolidando sus fuerzas, y adquiriendo conciencia de su poder durante los últimos treinta y cinco años, especialmente después de anexionarse Austria y la India.

Mientras el resto del mundo no veía ya en la guerra más que una estéril y desastrosa locura, patentizada una vez más con la destrucción de la República rusa, por el ataque combinado de las razas amarillas, éstas pensaban en aprovecharse de su gran superioridad numérica para caer, como un alud, sobre el Occidente. La civilización, tan penosamente conquistada durante centurias, corría ahora el riesgo de ser precipitada en el caos. No era el espíritu dominante entre las turbas de Oriente lo que más daba que temer, sino el de sus gobernantes, el de las clases directoras, que al sacudir su casi eterno letargo y darse cuenta de la ventajosa condición en que se hallaban para aspirar al dominio universal, adoraban en la guerra como instrumento capaz de conducirlos a la realización de sus acariciados ideales, siendo difícil de concebir la manera de disuadirles de sus propósitos.

No dejaba de ser horrible además que, para colmo de desdichas, el fanatismo religioso alentara y aun inspirara en parte este movimiento El apático y paciente misticismo oriental se tornaba a última hora violento y agresivo, pretendiendo reducir a sus creencias, por medio de los equivalentes modernos del hierro y el fuego, a los demonios de Occidente que habían abandonado todos los credos religiosos para no aceptar más doctrinas que las del humanitarismo. Tales designios eran, a juicio de Oliverio, una desatentada locura.

Al contemplar desde su ventana la inmensa ciudad de Londres, pacíficamente tendida a sus pies, como ingente y laboriosa colmena de la civilización y del progreso; al recorrer con la imaginación las diversas regiones de Europa y ver consolidado en todas partes el triunfo del buen sentido sobre las ferocidades legendarias del Cristianismo, le parecía con sobrada razón intolerable que cupiera aún la menor posibilidad de destruir tan costosas y espléndidas conquistas, retrocediendo de nuevo a las sangrientas y bárbaras luchas de edades antiguas y a la tumultuosa confusión de sectas y dogmas que durante tantos siglos habían mantenido a la Humanidad dividida por irreconciliables antagonismos; porque nada menos que eso significaría la irrupción del Oriente en Europa.

Aun el Catolicismo--siguió pensando Oliverio--la más grotesca y opresora de todas las creencias, reviviría otra vez. ¡Oh! Era indudable que la vieja superstición, dotada de la virtud extraña de resurgir tanto más floreciente cuanto más enconadas y terribles fueran las persecuciones que intentaran extinguirla, había de renacer con nueva pujanza bajo las refinadas crueldades y violencias de los vencedores orientales. Y esta idea le atormentaba y entristecía, mucho más aún que la catástrofe material y la efusión de sangre.

Desde el punto de vista religioso, únicamente quedaba una esperanza, como tantas veces le había dicho a Mábel, y era que el Panteísmo quietista, extraordinariamente difundido en Oriente y Occidente, durante la última centuria, entre mahometanos, budistas, hindos, confucianos y otras sectas, lograse dominar el frenesí de lo sobrenatural que enloquecía a sus exotéricos hermanos. El Panteísmo, en todo caso, era lo preferible y la doctrina que en realidad profesaba él mismo.

«Dios», a su entender, era el supremo desenvolvimiento de la vida creada, y su esencia consistía en la Unidad impersonal. De consiguiente, el espíritu de rivalidad era la gran herejía que sembraba la discordia entre los hombres, paralizando a la vez todo progreso; ya que éste; según él creía, sólo se realizaba fundiéndose el individuo en la familia, la familia en el Estado, el Estado en el continente y el continente en el mundo.

Por último el mundo mismo, considerado en cualquier momento de su existencia, no era más que una fase de la vida impersonal. En el fondo volvía a tropezarse aquí con la idea católica, pero despojada del elemento sobrenatural, y dirigida principalmente a establecer una especie de solidaridad entre las diversas fortunas y condiciones, mediante el

abandono del individualismo por una parte y el del súpernaturalismo por otra. Apelar del Dios inmanente al Dios trascendente, constituía un delito de alta, traición a los más sagrados intereses de la humanidad; el Dios trascendente no existía; Dios, en cuanto podía ser conocido, era el hombre y nada más que el hombre.

Sin embargo, Oliverio Y Mábel--que en cierto modo podían considerarse como marido y mujer en virtud del contrato de unión conyugal rescindible, explícitamente reconocido a la sazón por la ley--distaban mucho de profesar el grosero y estúpido sensualismo que caracterizaba a los materialistas puros. El mundo, para la joven y enamorada pareja, vibraba con estremecimientos de vida ardiente que, derramada en efluvios de fecundidad inagotable en la flor, en el animal, en el hombre, formaba un torrente de incontrastable vigor y hermosura, fluyendo sin cesar, en oleadas de un manantial profundo y escondido, y difundiéndose por todos los seres dotados de sensibilidad y movimiento.

La poesía de semejante concepción no les parecía menos exquisita, por hallarse al alcance de las Inteligencias vulgares; sin duda encerraba también misterios, pero eran misterios que realzaban sus encantos, en vez de desdorarla, porque revelaban nuevas maravillas en cada descubrimiento reservado a las tenaces investigaciones de la ciencia Hasta los objetos inanimados, el fósil, la corriente eléctrica, los cuerpos celestes repartidos en la inmensidad del espacio, se les antojaban a los dos felices esposos, brillantes emanaciones del Espíritu del mundo que daba testimonio de su presencia con el lenguaje elocuente de los seres y fenómenos naturales. El descubrimiento llevado a cabo por el astrónomo Klein, veinte años antes, sobre la existencia de otras humanidades en ciertos planetas--hecho comprobado más tarde por observaciones dignas de todo crédito--había alterado profundamente el concepto que los hombres tenían de sí propios.

Pero la única condición de progreso, la verdadera Jerusalén que el hombre podía erigirse en el planeta, donde le había cabido en suerte desarrollar el ciclo de su vida, era la paz; no la espada esgrimida por Mahoma, sino la paz basada en los dictámenes de la razón natural, sin las ficticias revelaciones de un orden superior; la paz que dimanaba de saber que el hombre lo era todo, y podía alcanzar la plenitud de su desenvolvimiento sin otro medio que la simpatía y colaboración de sus semejantes. Así, pues, tanto Oliverio como su esposa**,** veían en la pasada centuria una época de iluminación; a cuyo influjo iban disipándose, poco a poco, las sombras de las viejas supersticiones e inaugurándose el triunfo de la verdad sobre la tierra. El Espíritu del mundo había celebrado su Pentecostés; el sol había brillado al fin en el Occidente; pero de pronto surgían, como heraldos de una espantosa catástrofe, informes masas de vapores negruzcos que se acumulaban amenazadores en el Oriente, cuna de todas las supersticiones --

Mábel se levantó y dijo a su esposo:

--Amado mío, no debes dejarte dominar por el desaliento. El conflicto pasará como tantos otros de siglos anteriores. Al fin y al cabo, no faltan motivos de esperanza en el hecho de que los Orientales presten oído a las pacíficas exhortaciones de América. Además, ese señor Felsenburgh según tú mismo dices, pertenece al partido de la paz. Oliverio, por toda contestación, tomó la mano de Mábel y la besó.

Media hora después, nuestro hombre público mostrábase profundamente abatido, mientras almorzaba en compañía de Mábel y de su madre. La anciana señora, ya entrada en los ochenta años, debió de advertir enseguida la preocupación que embargaba el ánimo de su hijo, porque, después de dirigirle algunas miradas y muy contadas frases de saludo, permaneció silenciosa en su asiento.

Era el comedor una pieza pequeña y agradable, situada junto al gabinete de estudio de Oliverio, y amueblada con enseres y utensilios de color verde pálido, conforme al gusto general de la época. Las ventanas miraban a un minúsculo jardín que ocupaba el lado meridional de la casa, y se hallaba separado de la posesión vecina por un alto muro revestido de hiedra. En armonía con el tono sencillo del conjunto, los muebles pertenecían al tipo

corriente: una mesa sensiblemente redonda, colocada en medio de la salita, tenía a su alrededor tres altos sillones, cuyos mullidos brazos, asientos y respaldos, se adaptaban sin esfuerzo a la posición que más prefirieran los comensales; la superficie del tablero, recubierta de una sustancia de aspecto adamascado, presentaba en el centro una región circular ocupada por los platos, independiente, al parecer, de la corona envolvente y apoyada sobre ancho pedestal de forma cilíndrica.

Hacía ya media docena de lustros que, en las casas bien acomodadas, se había generalizado la práctica de instalar el comedor encima de la cocina, utilizando ascensores hidráulicos para elevar y hacer descender los servicios colocados sobre el centro móvil de la mesa. En cuanto al piso de la habitación, la única particularidad que en él llamaba la atención era el espeso revestimiento que lo cubría, consistente en una pasta especial de corcho y amianto, de invención americana; sustancia limpia, mullida y silenciosa, agradable a la vista no menos que a la presión y contacto de los pies.

Mábel rompió al fin el silencio.

--¿Y tu discurso de mañana?

El interrogado se animó algún tanto al oír la pregunta de su esposa, y comenzó a exponer, en resumen, el asunto de su próxima oración parlamentaria.

Parece que en Birmingham se notaban síntomas clarísimos de alteración del orden público. La opinión clamaba allí por el establecimiento del libre cambio con América, a causa de las crecientes dificultades con que tropezaba el comercio en los mercados europeos; y él era el encargado de apaciguar la exaltación de los revoltosos. Pensaba hacerles comprender la inutilidad de sus pretensiones hasta tanto que los asuntos de Oriente no hubieran entrado en vías de un arreglo definitivo, y esperaba convencerlos de que no era ésta la ocasión de molestar y distraer la atención del gobierno con tales menudencias. La oportunidad llegaría muy luego, y, entre tanto, se le había autorizado para anunciarles que, en la hora conveniente, podían contar con el apoyo incondicional de los poderes del Estado.

--Pero son tercos y brutos a más no poder--añadió con acento irritado; --testarudos y egoístas como niños mal criados, que aturden a gritos la casa, clamando por comer diez minutos antes de la hora. ¡Que tengan un poco de paciencia y se les cumplirá lo que ya está solemnemente prometido!

¿Y te propones decírselo con esas palabras?

¿Cuál? ¿Que son anos bestias? ¡Vaya si se lo diré!

Mábel dirigió a su esposo una mirada llena de vanidosa complacencia; sabía que la popularidad de Oliverio se debía en gran parte a sus atrevidos e intemperantes apóstrofes: porque nada halaga tanto a las multitudes como verse increpadas con rudos dicterios por un orador genial y atrevido que se agita danzando y gesticulando en una especie de furor magnético. Ella misma gozaba extraordinariamente con espectáculos de esa índole.

--Y bien, ¿qué vehículo piensas tomar?

--El aéreo que sale a las dieciocho de la estación de Blackfriars; la sesión es a las diecinueve, y estaré de vuelta a las veintiuna.

Y, como si la idea del viaje le hubiera estimulado el apetito, Oliverio atacó vigorosamente el plato que tenía delante, mientras su anciana madre sonreía con aire paciente y resignado.

Mábel comenzó a teclear suavemente sobre la mesa.

--Date prisa, querido --añadió enseguida--Yo tengo que estar en Brighton a las tres.

Oliverio tomó precipitadamente su último bocado, empujó el plato hacia el centro móvil, echó una mirada alrededor para asegurarse que toda la vajilla se hallaba dentro de la misma región, y, llevando la mano debajo del tablero, oprimió un resorte. Instantáneamente, y sin producir el menor ruido, desaparecieron los servicios, mientras los tres permanecían algunos instantes medio distraídos escuchando el ruido de loza que subía de la cocina.

La señora Brand era una anciana venerable, de rostro surcado por numerosas arrugas y color sonrosado; usaba el tocado de mantilla que había dejado de llevarse cincuenta años atrás, y echábase de ver en su aspecto que se hallaba afligida por algún contratiempo. El nuevo género de alimentos no acababa de satisfacerla. «Sin duda--pensaba interiormente--no eran para la gente de edad, adolecían de algún tanto ásperos; pero ella se enteraría de todo después. » Se oyó en este instante el sonar de un timbre, seguido de una vibración suave de la mesa, y el centro de ésta reapareció en su lugar adornado con un bibelot que remedaba admirablemente la forma de un ave asada.

Los dos esposos quedaron solos unos minutos, antes que la joven partiera para tomar el automóvil de las catorce y media que conducía al empalme por tina de las líneas suplementarias.

--¿Qué le pasa a mi madre?--preguntó Oliverio.

--Yo creo que le disgusta la comida; no puede acostumbrarse a los preparados artificiales; no le sientan bien, según la he oído decir.

--¿Nada más?

--No, querido; estoy segura de ello. Si otra cosa hubiera, me lo habría comunicado.

Mábel partió poco después, y Oliverio, enteramente tranquilo, se asomó a la ventana para ver a su mujer cruzar el Jardín en busca del automóvil. Hacía algún tiempo que el estado de ánimo de su madre le venía dando que pensar, con motivo de ciertas frases sueltas que aquélla había dejado escapar en la conversación. A dar cuerpo a ciertas suposiciones, concurría en la anciana la circunstancia de haber profesado, durante algunos años, el Cristianismo, religión que sin duda había dejado algunos sedimentos en el ánimo de la buena señora.

Tenía ésta entre sus libros un viejo jardín del alma, que le gustaba conservar, como recuerdo de aquellos tiempos; y aunque es verdad que la señora Brand, participando de las preocupaciones de su hijo, manifestaba siempre desprecio al hablar de las ñoñeces místicas contenidas en los devocionarios cristianos, el orador comunista hubiera preferido que su madre arrojara al fuego el que todavía se empeñaba en llevar consigo; porque, al decir de aquél, sabido era que la superstición hundía tenazmente sus garras en lo más hundo del espíritu, apoderándose de todas las energías, y, muy en especial, cuando los años comienzan a debilitar el cerebro.

El Cristianismo, en sentir del escéptico humanitarista, era una creencia salvaje y, estúpida: salvaje por la rudeza de sus preceptos y la imposibilidad absurda de sus dogmas; y estúpida por su sistemática tendencia a contrariar las alegres corrientes de la vida humana. Afortunadamente los tiempos eran adversos para todo género de fantásticos súpernaturalismos y allá andaba entre ellos el de la religión católica arrastrando una vida precaria y lánguida; pero todavía osaba lucir de cuando en cuando sus extravagancias histéricas en la catedral de Westminster, donde él mismo había sentido un día náuseas de indignación, al presenciar las ridículas ceremonias y falsas predicaciones con que se alimentaba el fanatismo de gente chocha y semi imbécil. ¡Oh! Era horrible pensar que su misma madre pudiera volver los ojos a semejantes desvaríos, cobrándoles algún afecto e inclinación.

Por lo que a él se refería, en todo el decurso de su vida política, siempre se había opuesto violentamente a las concesiones hechas en favor de Roma y de Irlanda. Intolerable conceptuaba que estos dos lugares fueran puestos a disposición de los sectarios de un culto insensato y pernicioso, quedando convertidos en centros de sedición y manchas de lepra que afeaban el rostro de la humanidad. De ningún modo podía aceptar la opinión de los que apoyaban el hecho, diciendo que así el veneno permanecía concentrado en dos solas regiones, en lugar de difundirse por la superficie entera del globo.

Pero, desgraciadamente, tal era la realidad de las cosas. Roma había sido cedida en propiedad al vejestorio de hábitos blancos, a cambio de todas las iglesias parroquiales y catedrales de Italia; y ya podía suponerse que en la ciudad pontificia imperarían con absoluto dominio las densas tinieblas de la época medieval. Irlanda, que desde hacía treinta años venía gozando de los beneficios del home rule, no contenta con declararse católica, abría sus brazos al individualismo más exaltado y virulento. De buen grado había consentido en ello Inglaterra, que así se consideraba libre de agitadores, gracias al hecho de emigrar a la isla vecina la mitad de su población católica; y tampoco había vacilado en conceder, de acuerdo con los principios de su política colonial comunista, todo género de facilidades al individualismo con objeto de lograr que sus mismos abusos y exageraciones lo precipitaran en la sima del absurdo.

Entre tanto Irlanda estaba siendo, teatro de las más chocantes aberraciones: una Mujer vestida de azul se aparecía en diversos parajes de la isla, y eran ya numerosas las capillas levantadas en los sitios donde la misteriosa visión había sentado sus plantas. Esto, al fin, era sencillamente ridículo; pero las consecuencias de la cesión de Roma distaban mucho de excitar la hilaridad y merecían ser tomadas en serio; porque la traslación de la capital de Italia a Turín había mermado considerablemente el ascendiente popular del gobierno de la nación, y contribuido a robustecer la vieja locura religiosa presentándola engalanada con el deslumbrante oropel de los recuerdos históricos asociados a la gran ciudad. Sin embargo, semejante estado de cosas no podía durar mucho tiempo; los hombres comenzaban por fin a abrir los ojos.

Oliverio continuó todavía algunos momentos en la ventana, embriagándose con la espléndida visión de realidad sólida que se desplegaba magnifica ante sus ojos. La inmensa área de Londres, cubierta de edificaciones innumerables, sobre cuyas techumbres se alzaban las altas bóvedas de cristal de los baños y gimnasios públicos, las cúpulas de las escuelas donde se exponían diariamente los nuevos derechos del ciudadano, las gigantes antenas de las grúas y los enormes andamiajes esparcidos aquí y allá en toda la extensión de la vasta metrópoli, formaba un cuadro de grandezas que el diputado por Croydon contemplaba con orgullosa fruición, apenas atenuada por las escasas flechas indicadoras de los templos que aún conservaba la populosa ciudad.

Allí dilataba sus dominios hasta perderse en la remota lejanía aquella vasta colmena de seres humanos, iniciados al fin en el dogma fundamental del Evangelio Nuevo que no admitía otro dios que el hombre mismo, ni otro sacerdote que el gobernante, ni otro profeta que el maestro de escuela.

Después de solazar el ánimo con estas reflexiones, Oliverio volvió a la tarea de continuar la composición de su discurso.

Mábel entre tanto caminaba en dirección a Brighton, cómodamente instalada en uno de los coches automóviles de aquella línea, con el diario tendido sobre las rodillas y pensando en el tema de la conversación sostenida momentos antes con su esposo. Las noticias de Oriente eran, sin duda, más desconsoladoras de lo que ella había dado a entender a Oliverio; sin embargo, parecía increíble que amenazara realmente peligro de invasión.

La vida de los pueblos occidentales era tan agradable y tranquila... el mundo había sentado al cabo su planta sobre roca firme, y no cabía pensar siquiera que se viese obligado a retroceder al terreno pantanoso de la superstición y la ignorancia; semejante hipótesis se

oponía a todas las leyes de la evolución y del progreso. Pero ¡quién sabe! Pensaba.--Los cataclismos de orden moral eran, en ocasiones, necesarios para iniciar épocas de regeneración; al modo que los terremotos sacudían la corteza terrestre renovándola con la aparición de islas y regiones vírgenes que reemplazaran a las ya estériles y gastadas para la vida...

Tomó el diario y echó una mirada a la sección de noticias sin hallar ninguna de verdadero interés; después leyó el artículo de fondo, cuyo tema no sugería tampoco ideas muy optimistas.

En el semicompartimiento inmediato dos individuos conversaban sobre los preparativos para la guerra; el uno describía los talleres de ingeniería que había visitado y la febril actividad con que se llevaban los trabajos; el otro se concretaba a formular preguntas sobre los diversos pormenores de la ejecución. No abundaban los medios de pasar el tiempo agradablemente, ni había ventanas por donde contemplar el paisaje por no permitirlo la velocidad con que marchaban los vehículos, velocidad que era siempre la máxima en líneas de primera clase, como la de Brighton. Su horizonte se limitaba, de consiguiente, al interior iluminado del amplio compartimiento.

Púsose, pues, a examinar los adornos del techo y bandas laterales, donde resaltaban sobre fondo blanco deliciosas miniaturas orladas de artísticos marcos de encina tallada; luego fijó su atención en los globos luminosos que bañaban en suave y nítida claridad todo el recinto; y por último sus ojos se posaron en el interesante grupo formado por una madre y su pequeñuelo que jugaban entre abrazos y caricias en el asiento diagonalmente opuesto al que ella ocupaba.

Sonó entonces la señal de llegada; la dulce y profunda vibración aumentó gradualmente, y, un instante después, el carruaje se detuvo en la plataforma de la estación de Brighton.

Al bajar la escalera que conducía al gran patio central, observó que la persona que la precedía era un sacerdote. Parecía un anciano corpulento y vigoroso, porque a pesar de la blancura de sus cabellos, avanzaba con paso firme y seguro. El desconocido se detuvo y dio media vuelta, luego de haber descendido el último escalón y entonces Mábel vio con gran sorpresa que el rostro del viajero era el de un joven de facciones finas y enérgicas, con cejas enteramente negras y ojos expresivos. La joven continuó su camino, disponiéndose a atravesar el patio en dirección a la casa de su tía.

Súbitamente y sin otro anuncio que el de un penetrante grito, que resonó en lo alto, se vio la viajera envuelta en el torbellino de sombra, producido por un objeto que ocultó por un instante la luz del sol; rasgó luego los aires un rumor sordo como el acezar de un titán; y, al detenerse la joven aterrorizada, cayó a sus mismos pies, con un estrépito semejante al chocar metálico de millares de calderas rotas, un enorme artefacto que se aplastó contra el engomado pavimento. El cuerpo del monstruo, tendido en la mitad del grandioso cuadrilátero, se agitó unos instantes entre agónicas convulsiones, golpeando el suelo con fuertes aletazos, que se debilitaron rápidamente hasta extinguirse en la más rígida inmovilidad. Luego se oyeron gritos angustiosos. que pedían socorro; y una postrera contracción de las alas dejó ver entre hierros y cordajes un montón informe de cuerpos humanos.

La joven apenas se daba cuenta de lo que acababa de suceder; pero la sacó bien pronto de su estupor una presión violenta que la empujaba hacia adelante hasta llevarla, toda temblorosa, a tropezar con la pulpa sanguinolenta de un cadáver destrozado, junto al cual se retorcía un herido, exhalando gritos inarticulados y tendiendo los brazos en ademán suplicante.

Ella oyó distintamente los nombres de Jesús y María, y entonces una voz murmuró a sus oídos estas palabras: Dejadme pasar, señora. Soy un sacerdote.

Mábel permaneció todavía en el mismo sitio, paralizada por el terror que le produjo aquel espantoso accidente; tan repentino como inesperado; y, sin plena conciencia de lo que hacía, se quedó mirando al joven y encanecido sacerdote que, hincado de rodillas junto a un moribundo, mostraba, a través de la desgarrada pechera de su oscuro sayal, la imagen de un crucifijo viole inclinarse sobre el pálido rostro del agonizante, y, después de unos momentos, levantar la mano y trazar en el aire la señal de la cruz, mientras sus labios murmuraban palabras misteriosas en un lenguaje desconocido; y enseguida observó que se levantaba con el crucifijo en la mano y avanzaba por el piso ensangrentado, tratando de descubrir a algún otro que pudiera necesitar de sus auxilios.

Entonces, en las escaleras del gran hospital inmediato aparecieron varios hombres que acudían presurosos, con la cabeza descubierta, y provistos cada uno de una caja de ébano muy semejante a las antiguas cámaras fotográficas. Mábel comprendió en el acto quiénes eran aquellos funcionarios, sintiendo que su corazón se descargaba algún tanto de la terrible angustia que le oprimía. Los que así se precipitaban en socorro de los heridos, desempeñaban el cargo de ejecutores de la eutanasia o muerte dulce, y sus aparatos poseían la virtud de suspender instantáneamente todo género de sufrimientos, produciendo una agonía tranquila y suave como el principio de un sueño reparador. Luego, la aturdida espectadora de aquella escena sintió la tracción vigorosa de una mano que la obligaba a retroceder, e inmediatamente se halló en primera fila entre una muchedumbre que gritaba y empujaba detrás de un cordón de policías y empleados.

Terrible fue el pánico que se apoderó de Oliverio cuando su madre, media hora después, entró sobresaltada en el estudio donde trabajaba y le dio la noticia de que uno de los grandes voladores del Estado había caído en la plaza de la estación de Brighton, precisamente en ocasión de apearse los pasajeros del auto eléctrico de las catorce y media. Sin ulteriores explicaciones, Oliverio apreció la gravedad y magnitud del espantoso accidente, porque conservaba el recuerdo de otra desgracia semejante, ocurrida, en el decenio anterior, a raíz de haberse aprobado la ley que prohibía el uso de aéreos no autorizados por la Comisión especial del gobierno. Aquella funesta noticia significaba que ninguno de los que tripulaban el bajel había quedado con vida; y daba motivo a suponer además que, probablemente, había perecido también la mayor parte de los viajeros que a la sazón se hallaban en el lugar del siniestro... --¿Y Mábel ¡Qué horror, al pensarlo...! Pero el despacho no dejaba lugar a dada: ella estaba en el sitio fatal.

Víctima de Una incertidumbre desesperada, el atribulado esposo despachó ría radiograma pidiendo noticias a su tía, y aguardando con ansia la respuesta. Su madre tomó asiento a su lado.

—¡Plegue a Dios...!--sollozó la anciana; y se quedó cortada, sin acabar la frase, ante una mirada de su hijo.

El Hado, no obstante, se mostró piadoso, y tres minutos antes que Míster Filips regresara con la contestación, la propia Mábel en persona penetró en el cuarto, algo descolorida, pero sonriente.

--¡Cielos!--exclamó Oliverio, dando un profundo sollozo y dirigiéndose a la joven con los brazos abiertos.

La recién llegada no podía decir nada sobre las causas del desastre, ni los diarios habían tenido tiempo de publicar pormenores sobre el suceso; pero se creía que las alas de un costado habían dejado de funcionar.

Luego describió la aparición repentina de la sombra que obscureció el horizonte, el ruido como de tromba aérea, precursor de la caída, y el estruendo formidable del choque contra el piso del patio.

La narradora cortó bruscamente su relación, y permaneció silenciosa unos instantes.

--¿Que más, querida?--le preguntó su esposo, que la escuchaba, pálido hasta lo blanco de los ojos, sentado junto a ella y acariciando una de sus manos.

--También había allí un sacerdote; iba delante de mí al bajar la escalera del andén.

Oliverio contestó con una ligera carcajada histérica, y se dejó caer en la silla, agitado e impaciente,

Mábel continuó:

--Se hincó de rodillas, con su crucifijo, cerca de los moribundos, aun antes de que los médicos llegaran. Ahora, dime ¿hay personas que crean realmente en esas cosas?

Por lo menos las hay que se imaginan creer--respondió el interpelado.

--Aquello sucedió tan de repente, de un modo tan inesperado...; y, no obstante, el sacerdote se encontró allí como si, hubiera previsto la desgracia. Pero, en fin, ¿cómo pueden profesar semejantes creencias?

--¡Bah! Los hombres son capaces de creerlo todo, con tal de comenzar a tiempo.

--El caso es que también un pobre desdichado parecía creer--me refiero a uno de los moribundos. ¡Oh! ¡Yo vi sus postreras miradas, que no mentían ... !

La narradora volvió a guardar silencio, abstraído su espíritu en la contemplación de la imagen que acababa de evocar.

--¿Y no me dices más, querida?-- preguntó de nuevo su esposo.

--Oye, Oliverio--continuó Mábel medio distraída, ¿qué les, dices tú a las personas que están agonizando?

--¡Yaya una pregunta! ¿Qué les he de decir? ¡Nada! Por supuesto, que no recuerdo haber visto morir a nadie.

----Ni yo tampoco lo había visto hasta hoy----repuso la joven con un ligero estremecimiento.--Los ejecutores de la eutanasia acudieron enseguida a desempeñar su ministerio.

Oliverio estrechó suavemente el brazo de su esposa.

--Niña mía, aquello debe haber sido horrible. Todavía estás temblando.

--No; pero escucha... Ya ves, si a mí se me hubieran ocurrido algunas frases de consuelo, se las habría dicho. Precisamente estaban todos allí, a mis pies. Yo vacilaba sin saber qué hacer; busqué expresiones de aliento que dirigirles en aquel trance, y no hallé nada que me pareciera oportuno; por que es claro que no había de hablarles del humanitarismo.

--Sin duda es muy triste lo que estás diciendo, querida, pero, en realidad, se trata de un accidente como tantos otros. Y al fin, ya está todo concluido.

--¡Concluido todo! ¿De manera que nada les resta ya a esos infelices?

Indudablemente.

Los labios de Mábel se contrajeron con vaga expresión de tristeza y poco después dejaron escapar un suspiro: Durante el viaje de regreso, la joven se había sentido agitada por

extraños pensamientos. Bien sabía que todo ello era efecto de su excitación nerviosa; pero no podía alejar de sí las ideas sugeridas por el terrible espectáculo de la muerte, que acababa de presenciar por vez primera.

--Lo que más he extrañado es la intervención de aquel sacerdote. ¿No es verdad que él tampoco cree que todo concluya allí?

Querida mía, voy a exponerte en breves palabras su modo de pensar. El sacerdote tiene por cierto que la pobre víctima, a quien mostró el crucifijo y echó fa bendición, continúa viviendo en alguna parte, a pesar de la destrucción de su masa encefálica; él no podría decir con toda seguridad dónde se halla ahora su penitente; si en una especie de horno de fundición, ardiendo a fuego lento, o en una región de bienandanza, gozando de todo género de venturas. Suponiendo que la pieza de madera empleada en beneficio del desgraciado haya surtido efecto, la víctima debe de vagar ahora más allá de las nubes, contemplando a Tres Personas que son una sola cosa, sin dejar de ser tres, en unión de innumerables bienaventurados, entre los que sobresale una Señora vestida de azul, acompañada de otras vestidas de blanco. De éstas, las hay que llevan la cabeza debajo del brazo, y otras la dejan descansar sobre el asiento más próximo; pero todas van y vienen, cantando siempre al son del arpa y paseando en lo más encumbrado de los cielos con no pequeño contentamiento y deleite.

Aquel sacerdote profesa, además, como dogma indiscutible, la creencia de que todos los habitantes de esas mansiones imaginarias miran sin cesar los hornos ardientes, -- y alaban a las Tres Personas por haberlos hecho. He aquí lo que el sacerdote cree. Ya ves, querida, que es un tejido de patrañas inverosímiles; acaso a ciertas personas les parezcan deliciosas, pero no por eso dejan de ser menos absurdas.

La joven sonrió con aire complacido. Nunca había oído una explicación del asunto, tan amena y tranquilizadora como la que Oliverio acababa de exponer:

--¡Bah! --repuso, --tienes razón; semejantes desvaríos no pueden ser admitidos por nadie que esté en su cabal juicio. ¿Cómo los habrá aceptado aquel sacerdote que parecía persona tan inteligente?

--Mira, querida, si cuando estabas aún en la cuna yo te hubiera dicho que nuestro satélite, llamado por los poetas la reina de la noche, era un globo de oro, y te lo hubiera repetido y machacado un día y otro, al cabo hubieras acabado por creerlo ahora sin la menor dificultad. Pero tú sabes bien que los ejecutores, de la eutanasia son los verdaderos sacerdotes. ¿No es así?

Mábel suspiró con satisfacción, y se puso de pie.

--Oliverio--añadió, --veo que no hay quien te iguale para desvanecer aprensiones. No puedes figurarte el peso que me has quitado de encima. Pero necesito retirarme a descansar, porque mis nervios están como las cuerdas de un arpa vieja.

Al llegar la joven a la mitad del cuarto se detuvo de pronto, y, examinando su calzado, se puso pálida y exclamó con voz desfallecida:

--¡Horror! ¡Mira, Oliverio, mira!

Una de las botinas de Mábel presentaba un manchón de sangre, no bien seca todavía.

Oliverio corrió a sostener a su esposa, amagada de un desmayo.

--Ea, corazón mío, no es nada; un poco de valor.

Ella le miró agradecida, sonrió animosamente y salió de la estancia.

Después que hubo partido, Oliverio continuó sentado un buen rato, revolviendo en su pensamiento las circunstancias del riesgo que había corrido Mábel. ¡Qué satisfecho y Confortado se sentía! Le aterraba pensar lo que habría sido para él la vida sin el amor de aquella criatura encantadora. La había conocido desde que era una niña de doce años, es decir, hacía por ahora siete, y el anterior se habían presentado juntos a celebrar su contrato ante el tribunal civil.

En realidad, Mábel constituía el mayor de los tesoros que el mundo podía ofrecerle. Claro está que, de haberle sobrevenido la inmensa desdicha de perderla, no por eso el mundo habría suspendido su curso y aun él mismo, arrastrado por la corriente general, quizá hubiera acabado por resignarse a vivir; pero le horrorizaba tener que pasar por semejante prueba. Entre el y su joven esposa, existía un doble afecto de cuerpo y alma; él gozaba observando las rápidas intuiciones de Mábel, y escuchando de boca de ésta el eco de sus propios pensamientos. Ambos venían a ser como dos llamas fundidas en una sola, más intensa y brillante que cualquiera de sus componentes; sin duda, una de ellas podía arder sin la otra--de hecho así tendría que suceder algún día; pero... los hados benignos dispusieron que esa fecha no llegara tan pronto. Y, por el momento, bendecía de corazón a la buena fortuna que había sacado ilesa a Mábel de la catástrofe del aéreo.

En cuanto a la exposición que había hecho del credo cristiano, era asunto que no le inquietaba; todos sabían que los católicos profesaban parecidas extravagancias, así que su caricaturesca descripción no le parecía mayor blasfemia que la que pudiera existir en el hecho de reírse del ídolo de Fidján, con ojos de perlas y petaca de cola de caballo; tomarlo en serio era sencillamente imposible. Varias veces se había preguntado cómo podía comprenderse que seres racionales aceptaran tan groseras paparruchas; pero, ayudado de la Psicología, llegó a persuadirse de que la autosugestión tenía virtud y eficacia bastante para realizar los mayores prodigios. Precisamente a la misma causa se debían los obstáculos con que había tropezado la difusión de los beneficios de la eutanasia.

Frunció con disgusto el entrecejo al recordar la exclamación de su madre ¡Plegue a Dios!, pero muy luego sonrió, compadeciendo las patéticas puerilidades de la pobre vieja, y volvió a su mesa de trabajo pensando, a despecho suyo, en la honda emoción experimentada por su esposa al ver la mancha de sangre en la botina. ¡Sangre! ¿Y qué? ¿Cabía dar a semejante hecho mayor alcance del que tenían los demás? ¿Encerraba, por ventura, algún misterio inexplicable?

No, indudablemente; la clave de todo estaba en el glorioso credo del Humanitarismo; el género humano era el verdadero y único Dios que moría y resucitaba diez mil veces al día; que había sucumbido diariamente, aun desde el principio del mundo, asesinado por la superstición y devorado por sus monstruosas aberraciones, pero que al fin resurgía en los tiempos nuevos; no una vez, sino tantas como criaturas regeneradas hacían su entrada en el mundo, iluminado ahora por el Sol de la Verdad. Eso era lo que se necesitaba oponer al misterio de la sangre. ¿Y no era contestación soberanamente satisfactoria? Filips llegó una hora después con un rollo de papeles.

--No hay más noticias de Oriente--dijo al entrar.

La correspondencia de Percy Franklin con el Cardenal--Protector de Inglaterra, ocupaba al sacerdote, directamente, por lo menos dos horas diarias, e indirectamente, cerca de otras seis. Durante los últimos ocho años, la Santa Sede había modificado una vez más sus procedimientos disciplinares en armonía con las nuevas exigencias de los tiempos; y, en la actualidad, cada provincia eclesiástica de alguna importancia, en todo el mundo, poseía no sólo un metropolitano encargado de la administración, sino también un representante en Roma, cuya misión consistía en servir de intermediario entre el Papa, por una parte, y el pueblo o región que se le hubiera designado, por otra. La centralización--dicho con otras palabras--había progresado rápidamente, siguiendo el movimiento de evolución social; y como consecuencia, la libertad de método y la expansión del poder, imperaban en el supremo gobierno de la Iglesia.

El Cardenal--Protector de Inglaterra era un cierto abad Martín, benedictino; y Percy, al igual de otros doce, entre obispos, sacerdotes y legos (con los que, desde luego, le estaba vedado celebrar ninguna consulta seria), tenía el encargo de escribir diariamente una extensa carta, sobre asuntos relacionadas con la buena administración de los intereses católicos.

Era curiosa la vida que el joven sacerdote llevaba. Se le habían asignado dos habitaciones en la casa del Arzobispo de Westminster, y figuraba entre los adscritos al clero catedral, permitiéndole, no obstante, gozar de una libertad considerable.

Levantábase muy de mañana, y, después de una hora de oración mental, decía la santa misa. Luego se desayunaba, rezaba una parte del oficio, e inmediatamente se sentaba en el despacho para reunir y ordenar los materiales de su carta. A las diez estaba ya en disposición de recibir visitas, y pasaba el tiempo hasta las doce, conversando con dos clases de personas: las que venían a tratar con él asuntos de carácter puramente particular, y los reporteros encargados de traerle los diarios, acotados ya y con notas en los párrafos de mayor interés. Enseguida almorzaba con los demás sacerdotes que vivían en la casa, y a continuación salía con objeto de consultar a las personas capaces de ilustrarle sobre las materias pertinentes a su información epistolar. A las dieciséis regresaba, tomaba una taza de té y continuaba el rezo del día, terminado el cual hacía una visita al Santísimo Sacramento; y se retiraba después a escribir su carta, labor que exigía gran cuidado y reflexión. Tenía obligación de asistir a vísperas dos veces a la semana, y cantaba ordinariamente la misa mayor todos los sábados.

Cierto día, pocas semanas después de su viaje a Brighton, Percy trabajaba en el despacho, escribiendo las ultimas líneas de su carta, cuando entró un criado a decirle que el Padre Francisco le aguardaba en el recibimiento.

--Que tenga la bondad de esperar diez minutos--dijo Percy, sin levantar los ojos del papel.

Terminó rápidamente su trabajo, tomó el escrito y se puso a leerlo, desde el principio al fin, traduciendo inconscientemente su contenido del latín al inglés.

Wetsminster, mayo, 14.

«Eminentísimo señor:

"Desde ayer, he logrado adquirir algunas noticias interesantes. Parece cosa segura que en junio se promulgará un Bill declarando lengua oficial el esperanto. Así me lo ha comunicado Johnson. Esta medida acabará de consolidar nuestras relaciones con el continente, lo cual, por cierto, es bien de lamentar en las presentes circunstancias... Se anuncia, para dentro de breve plazo, el ingreso en la francmasonería de un considerable número de judíos. Antes de ahora se habían mantenido aislados hasta cierto punto, pero la «abolición de la idea de Dios» los induce ahora a engrosar el número de los que repudian toda noción de un Mesías personal. Comienzan, pues, a creer que la Humanidad es el único y verdadero Mesías. Hoy mismo he asistido a una conferencia del rabino Simeón, dada en la ciudad, y, con no escasa sorpresa, he sido testigo de los entusiastas aplausos que se tributaban al orador...

Cada día aumenta la esperanza en la aparición de un hombre extraordinario, capaz de dirigir el movimiento comunista en toda Europa, a fin de unir más estrechamente las fuerzas del partido. Incluyo un elocuente artículo del Nuevo Pueblo, que trata de este punto y ha tenido eco en todas partes dice que el advenimiento de este maravilloso genio político y organizador se impone en las circunstancias actuales; que la causa comunista ha tenido, desde hace un siglo, sus profetas y precursores, cuya desaparición en los días que corren, es señal inequívoca de la próxima venida del Restaurador del linaje humano. Es extraño que se manifieste aquí una coincidencia tan notable entre los ideales del comunismo de

hoy y los del pueblo judío de veintitantos siglos atrás. Vuestra Eminencia observará además que el símil de la «ondulación novena» no deja de estar aplicado con cierta elocuencia...

Hoy he sabido que toda una familia de abolengo católico, los Wargraves de Norfojk, ha prevaricado junto con su capellán Micklem, quien parece haber trabajando en el asunto por algún tiempo. La Época publica con satisfacción el suceso, en atención a las peculiares circunstancias que lo rodean; pero desgraciadamente casos de esta índole se repiten con no escasa frecuencia... En el elemento secular reina gran desconfianza, al observar el cambio de ideas que se va operando en el clero. Durante los tres últimos meses nos han abandonado hasta siete sacerdotes de esta diócesis.

En compensación, pláceme comunicar a Vuestra Eminencia que en la mañana de hoy han sido recibidos en el seno de la comunión católica el obispo exanglicano de Carlisle y media docena de individuos de su diócesis. Este fausto suceso venía esperándose desde hace algunas semanas. Incluyo recortes de La Tribuna, de El Eco de Londres y de El Observador; y tanto por su contenido, como por los comentarios con que he procurado ilustrarlos, podrá deducir Vuestra Eminencia la gran conmoción producida por el hecho.

«Recomendación. Convendría que la excomunión de los Wargraves y de los ocho sacerdotes se publicara solamente en Norfolk y Westminster, evitando que cunda la noticia por otras partes. »

Terminada la lectura, Percy volvió a colocar la carta sobre la mesa y la firmó; recogió los papeles que contenían sus extractos y apuntes e incluyó todo ello en un sobre impreso. Enseguida tomó su birreta y se dirigió al ascensor.

Al llegar Percy a las puertas vidrieras de la sala de visita, asaltóle la idea de que en el ánimo de su compañero había estallado la crisis religiosa, si es que no había pasado ya. El Padre Francisco parecía, atribulado y enfermo, pero en la extraña y dura expresión de su fisonomía era fácil leer una resolución inquebrantable. Hizo una brusca inclinación de cabeza saludando a su compañero y añadió:

Padre, he venido a deciros adiós, ¡No puedo sobrellevar por más tiempo esta situación!

Percy tuvo buen cuidado de no manifestar la menor emoción; señaló al Padre Francisco una silla, y él mismo se sentó frente a su visitante.

--¡Se acabó todo!--continuó el recién venido con voz firme y entera.--¡No creo nada! Mejor diré: ¡hace ya un año que he perdido en absoluto la fe!

--¿Queréis decir, sin duda, que no sentís nada?--preguntó Percy.

--Es inútil no os molestéis Padre--prosiguió el otro.--Os digo que no me resta nada. No he venido para disentir, sino simplemente para deciros adiós.

Percy nada tuvo que objetar. Durante ocho meses había venido conversando con él y hecho todo lo posible por apartarle de las vacilaciones en la fe, que el infeliz le había confiado. La suprema lucha librada en el alma enferma de su amigo, Percy la comprendía mejor que nadie; y, por eso, no podía menos de sentir amarga compasión hacia aquella pobre criatura, envuelta al cabo en el fascinador y triunfante torbellino de la Humanidad Nueva.

Precisamente a la sazón la realidad de los hechos externos se mostraba terrible y abrumadora; y la fe--exceptuando para los que habían aprendido a fondo que la voluntad y la gracia lo eran todo, y la emoción nada--parecía un niño arrastrándose por entre la enorme maquinaria de una fábrica gigante. Podía esa fe triunfar o sucumbir en la prueba, pero el mantenerse firme en ella requería nervios de acero y corazón de roca. Ardua cosa era precisar en donde estaba la parte más reprensible de la conducta observada por el Padre

Francisco, no obstante decirle a Percy su fe que la apostasía supone siempre gravísima culpabilidad en quien la comete.

En otras épocas, cualquier ligero tinte de religiosidad pudo ser de algún valor; pero en aquellos días de implacable criticismo, solamente los puros y humilde serán capaces de resistir con perseverancia inalterable. La alianza de la Psicología y del materialismo considerada desde cierto punto de vista, parecía, en efecto, dar razón de todo; y, para comprender bien su insuficiencia práctica necesitaba el auxilio de una robusta percepción sobrenatural.

Viniendo ahora a la responsabilidad que cabía al Padre Francisco en el hecho de su prevaricación, Percy no podía menos de lamentar que el desdichado apóstata hubiera concedido siempre excesiva importancia a exterioridades ritualisticas, desdeñando los ejercicios de la vida interior y la práctica constante de la oración mental. El hombre exterior había absorbido por completo al interior.

Así, pues, se guardó de manifestarle en su mirada el más leve indicio de simpatía.

--Por supuesto repuso vivamente el Padre Francisco vos me echaréis la culpa de todo.

--Padre mío querido contestó Percy, inmóvil en su silla, --tengo la certeza de que nadie más que vos mismo es culpable. Escuchadme un instante. Vos decís que el cristianismo es absurdo e imposible. Ahora bien, no alcanzo a persuadirme de que sentéis en serio semejante proposición. La religión católica podría en todo caso ser falsa --y dejo a un lado este punto, aunque tengo la plena seguridad de que es la única verdadera, --pero absurda de ningún modo podéis pretenderlo, sabiendo que continúan profesándola personas instruidas y virtuosas. Afirmar en redondo que la doctrina católica es absurda, supone orgullo y desconsideración, porque equivale a calificar no ya de equivocados sino de estúpidos a todos los que creen en ella.

--Bien--interrumpió el otro.--Suponed que retiro esa afirmación y que me concreto sencillamente a sostener la falsedad del catolicismo.

--¡Oh! Pero no es así; vos no retiráis el primer aserto continuó Percy sin inmutarse, --me lo habéis repetido una docena de veces, y por eso insisto en que hay en vuestro proceder una fuerte dosis de orgullo más que, suficiente para explicar lo que os está sucediendo. En crisis de ésta naturaleza, lo verdaderamente importante es la situación moral. Pudieran, sin embargo, influir además otras causas...

El padre Francisco miró a su contrincante de un modo significativo.

--¡Vaya!--repuso luego en tono de mofa.--¡Ya salió a relucir la vieja historia!

Si me dais vuestra palabra de honor de que no hay mujer alguna de por medio, ni designio de llevar a la práctica algún programa de placeres vedados, os creeré. Pero en casos como el presente, siempre, o casi siempre, se tropieza con la vieja historia, como vos decís.

¡Os juro que no!--replicó enérgicamente el otro.

--¡Gracias a Dios, entonces!--dijo Percy.--Así habrá menos obstáculos para volver al buen camino.

Siguió un silencio que duró varios minutos. En realidad Percy nada más tenía que decir. Una y otra vez le había hablado de las excelencias de la vida interior, en que se descubre que los dogmas de la fe son verdaderos, y los motivos de credibilidad aparecen iluminados con los fulgores de una evidencia particular. Con insistencia, rayana en pesadez

insoportable, le había recomendado la práctica de la oración y el ejercicio de la humildad; pero el Padre Francisco había replicado invariablemente que no era partidario, de los procedimientos de autosugestión.

De modo que Percy Llegó a perder la esperanza de hacer ver con claridad a un individuo obstinado en cerrar los ojos a la luz, que la fe y el amor si bien bajo cierto aspecto, pueden ser denominados autohipnosis, pero por otro lado son tan reales como las emociones y facultades artísticas, y reclaman un cultivo semejante; que esa fe y amor engendran la convicción, siendo ellas, mismas verdaderas convicciones; que, mediante ellas, se logra la percepción y goce de superiores deleites, los cuales, una vez percibidos y gustados, sobrepujan inmensamente en realidad y valor objetivo a los placeres sensuales. Pero no había modo de convencer a su desacordado amigo.

Así, pues, deseando poner fin cuanto antes a la entrevista, guardó silencio y se puso a contemplar distraídamente el techo del mezquino y anticuado recibimiento, la estrecha alta ventana, por donde comunicaba con el exterior, y el retazo de estera que cubría el piso, sin abandonar la consideración del estado deplorable en que se hallaba aquel pobre hermano suyo, que tenía ojos y no veía, oídos y estaba sordo. Pero no quedaba nada que hacer allí.

El visitante pareció adivinar su pensamiento, y levantándose bruscamente, dijo:

--Veo que os molesto. Me retiro.

--De ningún modo me molestáis, querido Padre--replicó Percy con sencillez; --decid, más bien, que me causáis hondísima pena. Porque, ya veis, estoy íntimamente convencido de que es cierto lo que rechazáis como inadmisible.

--Y yo también estoy seguro-- replicó el otro mirándole con ceñuda gravedad--de que son falsas las creencias que defendéis con tanto calor... Si he de seros franco desearía poder conservarlas; tengo el presentimiento de que no he de sentirme feliz, pero... pero no hay remedio; no creo; no puedo creer.

Percy suspiró. ¡Cuántas veces le había inculcado que el corazón es un don divino, tan precioso como el entendimiento; y que despreciar el concurso de la vida afectiva en la operación de buscar a Dios, era correr a una ruina inevitable! Pero su antiguo amigo apenas se había dado cuenta de la importancia que para él encerraba tal observación, aferrándose en sostener, con todo género de argucias psicológicas, que las sugestiones de la educación eran la clave para explicarlo todo.

--En fin, supongo que no querréis más relaciones conmigo --repuso el Padre Francisco.

--Sois vos quien me abandonáis--Respondió Percy. --Si queréis darme a entender que siga vuestro ejemplo, debo replicaros que me es absolutamente imposible.

--Bien, pero ¿no podremos continuar siendo amigos?

Una oleada de sangre afluyó al corazón del sacerdote más viejo.

--¿Amigos?--repitió.--Sin duda confundís la amistad con el sentimentalismo. ¿Qué clase de amistad puede existir desde ahora entre nosotros? . El rostro del Padre Francisco se tornó sombrío.

--¡Me lo figuraba!--respondió secamente.

--¡Oh Francisco, pobre Francisco!--exclamó Percy.--¿Es posible que no lo comprendáis? ¿Qué comunidad de ideas ni aspiraciones podeos tener, si vos comenzáis por no creer en Dios, de quien yo soy indigno ministro? Porque os hago el honor de pensar que

verdaderamente no creéis.

--Bien; hemos terminado. Me retiro.

Y diciendo, y haciendo, se dirigió a la puerta de la sala.

--¡Francisco!--exclamó Percy conmovido.--¿Me abandonáis de ese modo? ¿Es así como se pone término a una antigua y leal amistad?

El increpado volvió de nuevo, reflejando en su rostro un hondo descontento.

--¿No habíais dicho que no podemos ser amigos?

--Oh, perdonadme; si por amistad entendéis el trato cortés y las formas de buena crianza, no hay duda que podemos tratarnos con las debidas consideraciones, con tal de que no tengáis en ello inconveniente.

Percy alargó su mano al acabar de pronunciar estas palabras; pero el sacerdote apóstata se quedó mirándole un momento; sus labios se agitaron con un ligero temblor, y volviendo la espalda se alejó sin decir una palabra.

Percy continuó de pie, sin moverse del sitio que ocupaba, hasta que el repique del timbre automático le hizo comprender que su visitante había salido de la residencia del arzobispo. Entonces el sacerdote abandonó, a su vez, el saloncito de visitas y penetró en el largo pasillo que conducía a la catedral.

Al pasar por la sacristía, percibió el lejano murmullo del órgano, y cuando se encaminaba a la capilla destinada a servir de parroquia, oyó el canto de las vísperas, que duraban todavía en el amplio coro. Percy avanzó en dirección al transepto, torció luego a la derecha, cruzó por el centro y se hincó de rodillas.

El sol se acercaba al ocaso, y el grandioso recinto del templo aparecía iluminado aquí y allá por ráfagas de claridad procedentes del exterior, y reflejada en los mármoles y dorados que un opulento convertido había costeado últimamente. Frente al fervoroso sacerdote se levantaba el coro; y a un lado y otro del mismo, salmodiaban, sentados en doble fila, los canónigos revestidos de blancas sobrepellices y capas con guarniciones de armiño, teniendo en medio el enorme facistol, al pie del cual ardían seis velas en la misma forma que, día por día, habían venido ardiendo por espacio de siglos.

Detrás de todo campeaban las elevadas formas del ábside, coronado por gigante cúpula de rasgados ventanales, formando a modo de un trono de gloria, en el que Cristo reinaba con soberana y augusta majestad. Percy dejó vagar sus ojos alrededor durante algunos momentos, antes de principiar su oración, embriagándose en la gloria del lagar, escuchando el solemne cántico del coro, los robustos acordes del órgano y la dulce y delicada voz del preste. A la izquierda brillaba el refractado resplandor de las lámparas que ardían delante del Sagrario; y a la derecha, hasta una docena de cirios proyectaban la tenue luz de sus llamas vacilantes sobre imágenes de santos penitentes, al pie de la Cruz gigantesca que se alzaba en lo alto de la Víctima Divina, en ademán de invitar a cuantos la contemplaban a desprenderse del mundo y a abrazarse con el dolor que lleva a Dios.

Después de esto el sacerdote se cubrió el rostro con las manos, suspiró profundamente y dio principio a la oración. Comenzó, según su costumbre, por un acto deliberado de abstracción del mundo sensible. Procuró sepultarse en el fondo de sí mismo, como quien se hunde bajo una superficie, hasta que el sonido del órgano, el ruido de los que iban y venían y la rigidez misma del reclinatorio en que apoyaba los brazos, en suma, todo lo que impresionaba su sensibilidad, pareció desvanecerse, quedándole sólo el sentimiento de que su ser se había reducido a un corazón que palpitaba y a un entendimiento que sugería incesantes ideas apenas empañadas por el vaho de la emoción.

Enseguida practicó un segundo descenso, renunciando a todo lo que él era y poseía, y prendiéndose hasta de su propio cuerpo, entrando en un nuevo estado de conciencia, en el que sus potencias, intelectiva y afectiva, dominadas por la Presencia Infinita que las envolvía y penetraba por entero, quedaban suspensas y obedientes a la voluntad de su Dueño. Un suspiro involuntario se le escapó del pecho al sentir el influjo de esa Presencia que surgía ante los ojos de su espíritu; pronunció maquinalmente algunas palabras, y cayó en la paz suprema que sucede al abandono del pensamiento.

En tal estado permaneció un breve rato. Allá lejos, en lo alto, resonaban las místicas melodías del órgano, entre el rumoroso murmullo de la lengüetería y las blandas y límpidas notas del flautado; pero no turbaban esos ruidos la recogida quietud de Percy más de lo que turba el sueño de un niño, en una estancia tranquila, el aleteo de una mariposa contra el cristal de la ventana.

Profundamente sumido en su oración, el sacerdote se sentía más allá del velo de las cosas, del otro lado de las barreras del sentido y de la reflexión, en esa región extraña donde las realidades son evidentes, donde las percepciones van y vienen con la ligereza del relámpago, y los movimientos oscilatorios de la voluntad se apoderan ahora de este acto, ahora, de aquél, modelándolos y dirigiéndolos a su objeto propio; donde todas las cosas se relacionan, y la verdad es conocida, palpada y gustada, y la significación del mundo externo se revela por el lado interno de los seres, y la iglesia, con sus misterios, aparece envuelta en una aureola de gloria.

Después de algunos momentos de esta reposada absorción, el sacerdote se restituyó a la vida de la conciencia inferior y comenzó a decir:

«Señor, heme aquí, en tu presencia. Yo Te conozco. Siento que me hallo a solas contigo, y pongo en tus manos todas las cosas... y también a tu sacerdote apóstata, a tu pueblo, al mundo entero y a mí mismo. Todo lo presento delante de Ti... todo, sin reservar ni ocultar nada. »

Detúvose aquí un momento y concentró la atención, hasta que el contenido entero de su espíritu se desplegó ante él como una llanura tendida al pie de una montaña.

«...Oh, yo también, Señor, si no fuera por tu gracia, andaría en tinieblas y sombras de muerte. Tú eres el que me preservas. ¡Prosigue y acaba tu obra dentro de mi alma! ¡No permitas que caiga en la tentación, ni siquiera por un instante! Si retiras, Señor, tu mano, me precipitaré en lo más profundo de mi nada. »

Su alma permaneció así breves instantes con las manos tendidas en ademán de súplica, entregada totalmente a la bondad y misericordia infinitas. Luego la voluntad osciló en los linderos de la conciencia personal, y él repitió actos de fe, esperanza y amor, para fortificarla y sostenerla. Suspiró otra vez bajo el influjo de la Presencia que se dejaba sentir en su espíritu, y continuó:

«¡Dígnate, Señor, echar sobre tu pueblo una mirada de compasión! Son muchos los que caen de tu gracia. No descargues eternamente sobre nosotros el peso de tu ira... Te lo suplico por mediación de la Reina de los cielos, y de todos los santos y espíritus bienaventurados. Óyenos, Dios misericordioso; envía tu luz y tu verdad, y alivia nuestras miserias. ¿Por qué no haces patente tu voluntad?»

Un impulso violento de angustioso deseo puso en dolorosa tensión sus músculos. Dominó enseguida aquel impulso de anhelante ansiedad, y dio principio a la rápida emisión de actos sin palabras que, como él sabía bien, constituían la sustancia de la oración. Los ojos de su alma vagaban de una parte a otra, desde el Calvario a los cielos, descendiendo otra vez a posarse sobre las miserias dolorosas de la tierra. Veía al Cristo agonizante, rodeado de supremo abandono, mientras el suelo temblaba y gemía; al Cristo triunfante en su trono, envuelto en vestiduras de luz al Cristo paciente y silencioso, oculto en las espe-

cies y desde cada tina de estas representaciones, dirigía sus ojos al Eterno Padre.

Aguardó entonces la venida de las comunicaciones espirituales, y éstas aparecieron suaves y delicadas, pasando corito sombras por delante de su espíritu, mientras la voluntad luchaba, entre sudores de sangre y lágrimas, por asirlas y fijarlas en el deseo de corresponder...

Veía el Cuerpo Místico en su agonía, tendido sobre el mundo, como sobre una cruz, mudo por la tuerza del padecer; vio sus nervios desgarrados y retorcidos, hasta que el dolor se mostró en forma de relámpagos de luz cárdena; vio la sangre correr, gota a gota, de su cabeza, manos y pies. El mundo congregado a su alrededor, le contemplaba entre mofas y escarnios: «¡Ha salvado a los demás y no puede salvarse a sí mismo...! ¡ Que Cristo descienda de la cruz y creeremos en él!» A lo lejos, ocultos en la espesura de los bosques y en las cuevas de la tierra, los amigos de Jesús atisbaban sollozando; María, atravesada por siete espadas, también permanecía muda, y ni el discípulo amado tenía frases de consuelo.

Vio, además, que ninguna palabra debería salir de lo alto de los cielos; los ángeles obedecían la orden de mantener sus espadas en la vaina y aguardar en la eterna paciencia de Dios, porque apenas había comenzado aún la agonía; era preciso que sobrevinieran todavía horrores incontables antes que llegara el fin, antes que se consumara el espantoso trance de la crucifixión... Él, a su vez, aguardaba y contemplaba, presenciando resignado e impasible el tremendo sacrificio, sin que la idea de la Resurrección surgiera en su mente sino como soñada esperanza. Durante el sábado, el Cuerpo Místico debía yacer en el sepulcro, lejos de la luz del día, despojado aún de la dignidad de la Cruz, y sin que en los espíritus perdurara el conocimiento de que Jesús pudiera vivir.

Este universo interior, cuya escondida senda el piadoso sacerdote había logrado aprender, a costa de prolongados esfuerzos, se hallaba totalmente envuelto en un fulgor de agonía; su ambiente, saturado de amargura de hieles, parecía brillar con esa pálida fosforescencia, producto supremo del dolor, y resonar con un murmullo penoso que se elevaba gradualmente hasta convertirse en desgarrador lamento... el ánimo se sentía allí oprimido, penetrado de angustia, atormentado por una tensión insoportable... La voluntad gemía, víctima de un malestar deprimente...

--¡Señor!--exclamó Percy sollozando.--¡No puedo más! Instantáneamente retrocedió otra vez, exhalando suspiros de hondísima pena. Humedeció sus labios, secos y abrió los ojos a la oscuridad del ábside que se alzaba delante de él. El órgano yacía ahora silencioso; el coro vacío y las luces apagadas. La luz del sol poniente no iluminaba ya el interior del templo; y a la débil claridad que en él reinaba, veianse en lo alto de los muros y de las bóvedas rostros inmóviles que miraban con expresión fría y siniestra.

El contemplativo sacerdote volvió de nuevo a la superficie de la vida; la visión se había desvanecido por completo, sin dejar apenas huella en su espíritu. Hizo un postrer esfuerzo para asimilarse las saludables influencias de su oración, y dio gracias a la Bondad divina, que se dignaba revelarse por la vía de los sentidos, no menos que por la del espíritu interior. Enseguida se levantó, sintiéndose algo fatigado y entumecido, y dirigió sus pasos a la capilla del Santísimo.

Al salir de entre la aglomeración de sillas que obstruía el paso en aquella parte de la catedral, avanzando erguido y con paso firme, cubierta la encanecida cabeza con su birreta, llamóle la atención una anciana que le observaba muy de cerca. Vaciló Percy un instante, conjeturando que fuera alguna penitente, y entonces la desconocida se dirigió a él.

--Dispensad, señor--dijo.

Este tratamiento indicaba que su interlocutora no era católica. El sacerdote se descubrió.

--¿Puedo serviros en algo?-- preguntó.

--Perdonad --volvió a repetir la anciana, pero ¿sois vos el sacerdote que se halló en Brighton, cuando la catástrofe de hace dos meses?

--Yo fui, en efecto.

--¡Ah! Me lo había figurado: mi hija política os vio entonces.

Percy no pudo reprimir un movimiento de impaciencia: le molestaba verse constantemente identificado por sus blancos cabellos y rostro juvenil.

__¿Estuvisteis vos también allí, señora?

La interrogada se le quedó mirando de arriba abajo con cierta expresión de duda y curiosidad. Luego bajó los ojos.

--No, señor respondió al fin; --fue mi nuera la que estuvo.

Dispensadme el atrevimiento, pero...

--¿Qué deseabais? Acabad repuso Percy, poniendo deliberadamente en el tono de su voz cierto dejo de impaciencia.

¿Sois el Arzobispo?

El sacerdote sonrió, mostrando dos hileras de blancos y finísimos dientes.

—Oh, no, señora----respondió: --no soy más que un pobre sacerdote. El Arzobispo es el doctor Chomondeley; el que os habla en estos momentos es el Padre Percy Franklin.

La anciana no dijo nada, pero, sin dejar de contemplarle, saludó con una ligera inclinación a la usanza antigua, mientras Percy se perdía entre las sombras de la nave, dirigiéndose a la espléndida capilla del Sacramento con objeto de terminar allí sus devociones.

Aquella noche estuvo animadísima la conversación, durante la cena, entre los sacerdotes residentes en la casa del Arzobispo, al hablar de los extraordinarios progresos realizados por la francmasonería. La secta venia difundiéndose prodigiosamente desde muchos años atrás, y los católicos no pudieron menos de reconocer el grave peligro quo los amenazaba, porque desde hacía algunos siglos las doctrinas masónicas se habían hecho incompatibles con todos los supernaturalismos, y muy en especial con el romano, a causa de las condenaciones reiteradas con que la Iglesia retraía a los fieles de dar su nombre a la tenebrosa asociación. A tal extremo habían llegado las cosas, que era forzoso elegir entre ella y la fe.

Durante la última centuria, los acontecimientos se habían precipitado de un modo alarmante. Primero fié el ataque organizado contra la Iglesia de Francia; las sospechas de los católicos se convirtieron entonces en certidumbres, con las revelaciones de 1918, cuando el Padre jerónimo, dominico y exmasón, dio a conocer los secretos de los markmasones. Hizose patente a todo el mundo que los católicos tenían razón, y que la masonería, por lo menos en sus grados superiores, era la organizadora de aquel extraño movimiento antirreligioso que se difundió por todo el mundo.

El Padre Jerónimo falleció, de allí a poco, de muerte natural, y este hecho contribuyó en gran manera a desvanecer los recelos y prevenciones de la opinión pública. Luego vinieron en Francia e Italia los espléndidos donativos hechos por los francmasones a favor de hospitales, asilos de huérfanos, casas de beneficencia y otras fundaciones semejantes; con lo que renacieron en todas partes la tranquilidad y la confianza. Después de lo ocurri-

do, se creyó por espacio de más de setenta años, y continuó creyéndose aún, que la masonería no era, en resumidas cuentas, más que una vasta sociedad filantrópica. Al presente comenzaban a resucitar las antiguas dudas.

--He oído decir que Felsenburgh es masón--observó Monseñor Macintosh, Tesorero de la Catedral.--Según mis noticias, tiene un cargo de los más elevados: el de Gran Maestre o cosa parecida.

--Y ¿quién es ese señor Felsenburgh?--preguntó un sacerdote joven.

El interrogado contestó con un gesto, indicando que no lo sabía. Era una de esas personas naturalmente humildes, que vivía tan satisfecho con su ignorancia como otros lo están con su ciencia. Gloriábase de no haber leído jamás otros diarios ni libros que los aprobados por la autoridad eclesiástica; según él, para un sacerdote era asunto más importante el de conservar su fe, que el de adquirir conocimientos profanos. Percy le había envidiado su modo de ver en más de una ocasión.

--El tal personaje --interpuso otro sacerdote, el Padre Blackmore, --es un misterio, pero según parece, está despertando grandísimo entusiasmo. Hoy se vendía su biografía en el malecón.

—Yo-- añadió Percy-- he tropezado hace tres días con un senador americano, el cual me dijo que, aun en su país, sólo se sabe de él que posee una elocuencia extraordinaria. Hasta el año último no se había dado a conocer, y cuentan que arrastra con su prestigio a las multitudes. Dícese también que es un gran lingüista; esa es la razón porque se le ha enviado a Irkust.

--Volviendo a los masones repuso Monseñor Macintosh, --mi opinión es que constituyen uno de los peligros más graves para la religión. El mes pasado me han arrebatado cuatro de mis penitentes.

--La admisión de las mujeres en sus logias ha sido un golpe maestro-- refunfuñó Blackmore.

--Lo extraño es, observó Percy que hayan vacilado tanto tiempo antes de abrazar esa medida.

Dos o tres de los comensales confirmaron lo dicho por el Tesorero, manifestando que ellos también habían perdido varios penitentes a causa de los progresos de la secta. Corría, además, el rumor de que el Arzobispo dedicaría en breve una Pastoral a tan importante asunto.

Monseñor Macintosh hizo con la cabeza un gesto de desagrado.

--Algo más que eso se necesita--añadió.

Percy indicó que la Iglesia había dicho su última palabra desde hacía varios siglos. Sus excomuniones contra los miembros de las sociedades secretas, venían repitiéndose con especial insistencia. ¿Qué otra cosa podía hacer?

--Recordar constantemente a los fieles esas condenaciones --añadió el Monseñor.--Por mi parte, he de tomar el asunto por tema de mi sermón el próximo domingo.

Al regresar a su cuarto, Percy concibió la idea de dirigir al Cardenal Protector algunas observaciones sobre la materia. Muchas veces, antes de ahora, había tratado de la masonería; pero la ocasión actual no era la menos oportuna para repetir ciertas indicaciones. Cuando estuvo en su despacho púsose a abrir la correspondencia, comenzando por una carta que le pareció del Cardenal.

¡Extraña coincidencia! En la serie de preguntas contenidas en la misiva de Su Eminencia, figuraba una, planteada en los siguientes términos:

«¿Qué hay acerca de la masonería? Dícese que Felsenburgh interviene activamente en sus secretos planes. Procurad recoger todos los rumores que podáis referentes a ese personaje, y enviadme las biografías inglesas o americanas más dignas de crédito. ¿Tenéis numerosas deserciones ocasionadas por la referida asociación?»

Echó una ojeada a las demás preguntas que se referían a cuestiones previstas por él, y tropezó dos veces con el nombre de Felsenburgh.

Dejó sobre la mesa el manuscrito y reflexionó unos instantes. Desde el primer momento llamó su atención la curiosa circunstancia de andar el nombre de Felsenburgh en boca de todo el mundo, no obstante, escasear tanto las noticias que de él se tenían. Deseoso de adquirir la mayor información posible sobre el particular, había comprado tres supuestas fotografías del famoso personaje: una de ellas ofrecía algunas probabilidades de ser genuina, pero las otras dos eran manifiestamente apócrifas. Tomólas del cajón en que las había depositado, y las colocó encima de la mesa. La primera que le cayó delante de los ojos, representaba un tipo barbudo y feroz, con aspecto de cosaco y ojos redondos de expresión dura y provocativa. No; semejante mamarracho no podía ser tomado en serio; respondía exactamente a la forma en que una imaginación inculta se había forjado la imagen del hombre, capaz de ejercer en Oriente una influencia avasalladora.

El personaje que representaba la segunda, se distinguía por su cara gruesas, ojos pequeños y perilla; quizá ésta era la verdadera; en el reverso llevaba la firma de uno de los más acreditados establecimientos fotográficos de Nueva York. Después pasó a examinar la tercera, que contenía una figura de rostro largo, enteramente afeitadlas, con lentes; el semblante reflejaba, sin duda, inteligencia y capacidad, pero a la vez falta de energía. También ésta inspirabas dudas, porque Felsenburgh debía de poseer tina fuerza y vigor de carácter verdaderamente desusados.

Percy, por consiguiente, se inclinó a creer que las segunda se acercaba más a la verdad que las otra dos; pero ninguna inspiraba absoluta confianza. Volvió a colocarlas cuidadosamente una encima de otra, y las introdujo en el cajón de donde las había sacado.

Entonces apoyó los codos sobre la mesa y se entregó a la meditación.

Trató de recordar las señas que el senador americano, Míster Varhaus, le había dado de Felsenburgh; mas no bastaban para desvanecer sus dudas en la materia. Felsenburgh no se había valido, al parecer, de ninguno de los recursos generalmente usados en la política moderna. Nadie sabía que hubiera dirigido periódicas de ninguna clase, ni atacado el buen nombre de elevados personajes, ni salido a la defensa de reputaciones sospechosas, ni apelado al cohecho o la estafa, ni cometido crímenes monstruosos. Diríase que su originalidad estribaba precisamente en la limpieza inmaculada de su conducta y en un pasado enteramente irreprochable, unido al extraordinario poder magnético de su carácter. La personalidad de Felsenburgh sin mancha, nítida, sugestiva, le presentaba más bien que como hombre de su época, como una figura de los tiempos caballerescos.

Se había apoderado del pueblo por sorpresa, surgiendo como fantástica visión de las negras y cenagosas aguas del socialismo americano, cuya feroz tendencia a desatarse en alborotado oleaje de tormenta, venía siendo contenida con tanta dificultad, desde la revolución llevada a cabo un siglo antes por los discípulos de Heart. Aquel movimiento fue la muerte de la plutocracia; las famosas leyes de 1914 hicieron salir a la superficie toda la hediondez que se ocultaba en las grandes especulaciones, a la sazón florecientes, y el estatuto de 1916 y 1917 impidió la reaparición de tales abusos. Habíase logrado así la salvación de América, aunque el sombrío cuadro de horrores que acompañaron a la empresa ofrecían muy escasos atractivos; pero he aquí que ahora, alzándose sobre el nivel igualitario de las multitudes socialistas, aparecía la romántica figura de Felsenburgh, sin parecido

alguno con la de los grandes hombres, sus antecesores... Estas eran, en resumen, las referencias aportadas por el senador... Percy las hallaba por el momento algo confusas y prescindió de tomarlas en consideración.

«La verdad es que el mundo era cosa muy aburrida», se dijo a sí mismo volviendo a pensar en los asuntos que le interesaban más de cerca. La situación religiosa iba de mal en peor y no se veía esperanza de remedio. No quería juzgar la conducta de sus compañeros de ministerio; pero, a su pesar, había tenido que reconocer una y mil veces que no estaban a la altura de las circunstancias.

Y no es que él tratara de anteponerse a los demás, porque mejor que nadie podía apreciar su propia ineptitud. ¿Acaso no tenía de ello bien dolorosa experiencia en lo ocurrido con el infeliz Padre Francisco y con tantos otros como hablan acudido a él en sus trances de angustia durante los últimos diez años? El Arzobispo mismo, con toda su santidad y pureza de fe ¿era el hombre llamado a dirigir a los católicos ingleses conduciéndolos a la victoria? Diríase que la época de los grandes hombres había pasado. ¿Qué hacer, en vista de todo? ¿Qué partido tornar? Percy sepultó su rostro entre las manos...

«Sí: lo que necesitaba la Iglesia era una Orden nueva; las antiguas parecían demasiado coartadas por sus reglas y constituciones, las cuales, a pesar de su bondad intrínseca, no parecían responder ya a las necesidades cíe la época, aun sin culpa alguna por parte de sus individuos.

Urgía la creación de una Orden religiosa, sin hábito ni tonsura, sin tradiciones ni costumbres; una Orden cuyo espíritu se cifrara en la entera y cordial abnegación de la propia personalidad, sin antiguos privilegios, sin antecedentes históricos en que alimentar estériles complacencias. Los miembros de semejante instituto deberían formar las avanzadas del ejército de Cristo, como en otro tiempo los jesuitas, pero exentos de la funesta reputación que injustamente padecían estos religiosos.

Mas para la creación de una Orden así, se necesitaba un fundador. ¿Quién sería el hombre capaz de tomar a su cargo la empresa? Un fundador del que pudiera decirse: *nudus sequens Christum nudum*... (verdadero discípulo de Cristo en el desasimiento de todo lo terreno)... Sí, un cuerpo de guerrilleros--sacerdotes, prelados, legos y mujeres, --con los tres votos, por supuesto, y una cláusula especial que prohibiera terminantemente la posesión de riqueza corporativa. Las limosnas y donaciones de todas clases deberían ser depositadas en poder del diocesano del donante, diocesano que se encargaría de proveer a las necesidades diversas de los nuevos religiosos. ¡Oh! Si una Orden de esta clase apareciera, ¡qué prodigios no podrían llevar a cabo!»

Y ante los triunfos imaginarios de los novísimos adalides de la fe, el sacerdote se sentía arrebatado de entusiasmo. Reaccionó muy luego, echándose en cara su necia presunción. ¿Por ventura un proyecto como el que acababa de idear, no era más viejo que el mundo? ¿Acaso se habían tocado alguna vez sus resultados prácticos? Porque, a no dudarlo, todo cristiano celoso de la salvación de las almas había soñado alguna vez con la fundación de un instituto religioso análogo...

El sacerdote se arrepintió una vez más de las vanidosas exageraciones de su celo, calificando de indiscreto aquel fervoroso designio; pero la idea se asía tenazmente a su cerebro, y de allí a poco volvió a enfrascarse en los pormenores de una concepción que le fascinaba...

No cabía duda: eso era lo que se necesitaba contra la masonería; y a la gran obra cooperarían también las mujeres. Porque bien claro estaba que el fracaso de tantos y tantos planes se debía a no haber hecho caudal bastante de la influencia decisiva que para su desarrollo podían haber ejercido las mujeres. La Historia confirmaba esta presunción con elocuentes ejemplos. Desgraciadamente, la actividad de la mujer se había visto limitada casi siempre al estrecho recinto del hogar doméstico. ¿Es que le estaba prohibida por al-

gún título la participación activa en otras esferas de la vida religiosa y social...? Pero, en fin; era inútil pensar en ello; el asunto no dependía de él.

El Papa Angelicus, que a la sazón reinaba en Roma, no pensaba del mismo modo, o por lo menos se había abstenido de hacer la menor indicación; ¿cómo él, pobre y presuntuoso sacerdote de Westminster, tenia el atrevimiento de ingerirse en proyectos que no eran de su competencia?

Golpeóse el pecho, recitando interiormente el mea culpa, y tomó el breviario con objeto de distraerse de sus vanas imaginaciones.

Cuando hubo terminado el oficio, media hora después, púsose nuevamente a pensar; pero esta vez fue sobre el Padre Francisco. ¿Qué partido tomaría ahora? ¿Habría arrojado al fin el distintivo romano de los esclavos familiares de Cristo? ¡Desgraciado! Y él mismo Percy Franklin, ¿hasta qué punto sería responsable de aquella caída?

En este momento llamaron a la puerta, y el Padre Blackmore entró manifestando su deseo de conversar un rato antes de acostarse. Percy le refirió entonces la deserción de su antiguo amigo.

Blackmore retiró de la boca la pipa que estaba fumando y dejó escapar un profundo suspiro.

--Ya sabía yo que el pobre Francisco tenía que acabar por ahí--añadió.--¡Vaya por Dios! ¡Vaya por Dios!

--Por mi parte, debo hacer constar que se ha portado con lealtad. Ocho meses antes me había confesado que le atormentaban terribles vacilaciones.

El Padre Blackmore apretaba la pipa entre los dientes, dominado por graves pensamientos.

--Padre Franklin--dijo después, --la situación es en realidad muy seria. En todas partes se oye la misma historia ¡Qué crisis tan terrible es la que estamos atravesando!

Percy guardó silencio algunos instantes y luego repuso:

--Yo creo que las tormentas que agitan el mundo de los espíritus se parecen mucho a las que estallan en la inmensidad de los mares.

--Me parece que entiendo lo que queréis decir. Pues bien, siguiendo vuestra símil, añadiré que ahora nos hallamos en la calma terrible que precede a las grandes tempestades. ¿Habéis visto alguna vez un tifón?

Percy hizo con la cabeza un gesto negativo.

--Bueno--continuó el otro: --pues lo más espantoso de todo es la calma. El mar permanece inmóvil, como si fuera de aceite; el ambiente produce una languidez enervante que roba todas las energías. Luego, de repente, sobreviene la tempestad.

Percy se quedó mirándole con interés; nunca había visto de ese temple a su colega. Este continuó:

--A las grandes catástrofes precede siempre la calma, conforme demuestra constantemente la Historia. Así pasó antes de la guerra de Oriente; lo mismo en la época anterior a la Revolución francesa; y otro tanteo también al advenimiento de la Reforma... Creo, Padre Franklin, que nos hallamos en vísperas de una espantosa catástrofe.

--¿Podríais exponerme las razones en que se funda vuestra creencia?--preguntó Percy, echándose atrás sobre el respaldo de su silla.

--Oídme. Tuve una conversación con Témpleton ocho días antes de su muerte; y él es quien me puso la idea en la cabeza... Yo no sabría decirnos si el peligro está en los asuntos de Oriente, o en los síntomas de la conflagración general que se notan en todas partes; pero tengo por cierto que se avecina una gran catástrofe religiosa... Y ahora decidme, por los clavos de Cristo, ¿sabéis quiten es Felsemburgh?

Percy quedó tan sorprendido de la inesperada introducción de ese nombre, que durante unos instantes no supo qué responder.

En el exterior, la noche de estío difundía una calma silenciosa. Sólo de vez en cuando se escuchaba la débil vibración procedente de las vías subterráneas que pasaban a la profundidad de veinte metros por debajo de la residencia arzobispal; pero en las calles de los alrededores no se oía el menor ruido. Una sola vez interrumpió aquel solemne silencio el siniestro y lejano graznido de un ave de paso que cruzaba por encima de Londres; y una sola vez también resonó un agudo y penetrante grito de mujer en la dirección del río.

--Y bien--repitió Blakmore--¿no me dais noticia alguna de Felsenburgh? Ese nombre constituye para mí una verdadera obsesión. Y lo más curioso es que no sé quién es. Pero ¿hay alguien que lo sepa?

Percy se dispuso a contestar, suspirando antes para calmar los latidos de su corazón. No podía explicarse bien la causa de este sobresalto. Porque, en resumidas cuentas, ¿quién era Blackmore para infundir aquella intranquilidad? Pero Blackmore, sin darle tiempo, continuó:

--Ya veis cuánta gente abandona la Iglesia: los Wargraves, los Henderson, Sir Jaime Burtlet, la señora Magnier, y además una infinidad de sacerdotes. Y lo más grave es que no se trata de personas de malvivir. ¡Ojalá lo fueran, que entonces importaría muy poco...! Pero ahí tenéis a Sir Jaime viviendo, desde hace un mes, fuera de la comunión católica..., un hombre que se ha gastado en favorecer a la Iglesia la mitad de su fortuna, sin que ni aun hoy mismo se arrepienta de ello; ahí le tenéis sosteniendo en todas partes que, si bien entre profesar alguna religión o no tener ninguna, conceptúa preferible lo primero, sin embargo él no puede continuar creyendo.

Ahora bien, ¿qué significa todo esto...? Os repito, Padre Franklin, que nos esperan gravísimos acontecimientos; flota en el ambiente algo que presagia un espantoso cataclismo. ¡Dios sabe hasta dónde llegarán las cosas...! Pero el misterio que rodea a Felsenburgh me trastorna el cerebro; y hay ocasiones en que pienso... -- ¡Oh! ¡quién sabe! ¡Es terrible, Padre Franklin...!

--Continuad, continuad explicándoos.

--¿No os extraña la penuria de hombres grandes que padecemos? ¡Cuán diferente de lo que ocurría hace cincuenta y aun treinta años! Entonces teníamos a Mason, Selborne, Sherbrock y hasta otra media docena más. Brightman ocupaba la sede arzobispal, captándose la admiración de amigos y adversarios; mientras que ahora...

El mal se extiende también a los comunistas, porque después de Braithwaite que falleció ya hace quince años (y que entre paréntesis se ocupó más en lo futuro que en lo presente), ¿qué otras eminencias han producido...? Pues bien; he ahí ahora ese hombre nuevo, a quien nadie conoce, que parece haber venido de otro planeta o brotado repentinamente del centro de la tierra, y cuyo nombre, sin embargo, corre de boca en boca. ¿No os parece que en todo esto se oculta un misterio de funestos augurios?

Percy frunció el ceño y replicó:

--No comprendo bien, Padre mío.

--¡Ea! ¡Basta!--dijo Blackmore.--Quizá es una locura, un desvarío; pero no puedo apartar de mí el pensamiento de que Felsenburgh es un enigma espantoso... No olvidéis que, según se asegura, él es el alma, el inspirador de los tenebrosos planes que se fraguan en las logias... Bien, bien, repito que puede ser un desvarío de viejo... ¡Buenas noches!

--Un momento, Padre--repuso Percy. --¿Queréis decir...? ¡Gran Dios! ¡Qué horrible idea!

Y se quedó mirando de hito en hito a su interlocutor.

.El anciano sacerdote le devolvió la mirada, reflejando en ella un sentimiento de terror, y luego salió sin decir una palabra.

Percy continuó de pie un momento hasta ver cerrada la puerta. Entonces, cruzando la estancia en dirección al lugar donde tenía el reclinatorio, se hincó de rodillas.

Sentados a uno de los balcones del nuevo Almirantazgo, situado en la pinza de Trafalgar, aguardaban la anciana señora Brand y Mábel la hora de que Oliverio pronunciara su discurso conmemorativo del quincuagésimo aniversario de la fecha en que comenzó a regir la ley de los pobres.

Magnifico y solemne espectáculo ofrecía aquella brillante mañana de junio la gran explanada, adonde afluían sin cesar grupos de gente colocándose alrededor de la estatua de Braithwaite. El gran estadista fallecido quince años antes, estaba representado en su típica actitud, con los brazos tendidos en ademán de cobijar a la muchedumbre, la cabeza erguida y avanzando literalmente un pie; además, hoy lucía todas sus insignias masónicas, por razón de la solemnidad, conforme a la costumbre, que se iba haciendo cada vez más general en ocasiones semejantes. A Braithwaite correspondía la triste gloria de haber iniciado una época de rápido desarrollo para la secta, al declarar solemnemente, en presencia de los representantes del pueblo, que la llave de los futuros destinos del mundo y de la fraternidad de las naciones estaba en manos de la Orden.

Esta institución era, según él, la única que podía contrarrestar el falso unitarismo de la Iglesia y la fantástica fraternidad de los espíritus. San Pablo--en sentir de aquel sectario--tenía razón cuando proclamó la dignificación de todas las razas, pero su fanatismo cristiano le engañó en cuanto al modo de conseguir tan levantado y magnífico ideal.

Con estas aseveraciones, que impresionaron hondamente el ánimo del auditorio, dio principio Braithwaite a su famosa oración en el debate sostenido sobre las reformas legales en favor de los menesterosos, sacando a plaza la caridad que existía entre los masones, independientemente de todo motivo religioso, e invocando las espléndidas fundaciones benéficas llevadas a cabo por la masonería en todo el continente. El entusiasmo que se produjo a raíz de haberse aprobado el bill atrajo a las logias un número considerable de adeptos.

La señora Brand parecía animada y satisfecha como nunca, y contemplaba hondamente conmovida el concurso enorme que acudía a escuchar la peroración de su hijo. Habíase levantado un palco alrededor de la estatua de bronce, de modo que ésta parecía ser uno de los oradores, peno sobresaliendo entre las personas allí reunidas. La plataforma estaba engalanada con guirnaldas de flores, coronada por un portavoz que le servía de cúpula, y provista de una sencilla mesa con silla al pie.

El gran cuadrilátero, materialmente cuajado de rostros humanos, resonaba con el vocerío de la multitud, ahogado a intervalos por el estruendo de las bandas de música y el redoble de los tambores, a medida que iban llegando las Sociedades de Beneficencia y los gremios democráticos, que con sus banderas al frente afluían de los cuatro puntos cardina-

les en dirección al ancho espacio cercado de una balaustrada, donde cada uno tenia señalado su puesto. Todas las ventanas estaban atestadas de curiosos; y además se habían instalado espaciosas tribunas a lo largo de las fachadas de la Galería Nacional e iglesia de San Martín. Detrás de las mudas estatuas de mármol que adornaban el recinto de la plaza, desde la de Braithwaite en el frontis principal hasta las de Hampden y de Monfort en el ala opuesta pasando por las Victorias--Juan Dávidson, Juan Burns, y los demás, recreaban la vista colorados macizos de jardín. La vieja columna con sus leones, así como la efigie de Nelson, poco adaptable a las exigencias de la nueva constitución social y del arte nuevo, no manchaban, desde hacía varios años, el lugar con un recuerdo anacrónico de odio y violencia. En vez del suprimido monumento se abría ahora, en el sitio ocupado durante más de un siglo por la figura del viejo marino, una anchurosa avenida enlosada, con escalinatas de trecho en trecho, la cual conducía a la Galería Nacional.

Finalmente, por encima de la línea de los tejados descollaba un apretado friso de cabezas que se proyectaban sobre el fondo azul del cielo. El concurso no bajaría de cien mil personas, según decían los periódicos de la tarde en las descripciones que publicaron del acto. Al sonar la hora de comenzar éste en los relojes de la ciudad, salieron de detrás de la estatua y avanzaron hacia la parte anterior de la elevada plataforma dos figuras que fueron acogidas con delirantes aplausos.

El primero que apareció fue el viejo lord Pémberton, cuyo cabello gris y erguido continente despertaban el respeto y la simpatía del público, singularmente por tratarse de un hombre que se honraba con sus antecedentes democráticos, ensalzando, siempre que la ocasión lo permitía, la participación eficaz que había cabido a su padre en la supresión de la Alta Cámara de representantes. Pémberton formaba parte del gobierno actual y representaba a Manchester, tocándole hoy presidir la ceremonia. Detrás de él venía Oliverio, descubierto, avanzando con porte y garbo juveniles. A pesar de la distancia que le separaba de su madre y de su esposa, éstas pudieron percibir los movimientos ágiles, la franca y breve sonrisa del joven y la ligera inclinación con que respondió a los aplausos y vivas de la multitud.

El presidente avanzó hasta la barandilla de la plataforma, levantó la mano haciendo una señal, e inmediatamente cesaron las aclamaciones; un estruendoso redoble de tambores atronó el espacio marcando el compás del himno masónico, y la incontable muchedumbre rompió a cantar la solemne y grandiosa melodía. El himno había sido compuesto diez años antes, y la nación entera lo sabía de memoria. La anciana señora Brand dirigió maquinalmente sus ojos al papel impreso que tenía en la mano y leyó el principio, de la letra:

El Señor, a quien sirven sumisos Tierra y mares de humilde escabel...

La composición era una obra maestra de habilidoso entusiasmo, inspirada en los principios del humanitarismo, pero a la vez con cierto sabor ambiguo de religiosidad aparente que cualquier cristiano poco instruido podía confundir con la verdadera y genuina. Por lo demás el fondo se reducía al artículo fundamental de las doctrinas humanitarias: «Dios es el hombre» El autor citaba las palabras de Cristo diciendo que el reino de Dios residía en el corazón del hombre, y que la primera de todas las virtudes era la caridad.

Se volvió la madre de Oliverio hacia Mábel, y la vio cantar arrebatada de entusiasmo, con los ojos fijos en la apuesta y bizarra figura de su esposo, al que parecía estar rindiendo aquel tributo de adoración apasionada. La anciana no pudo substraerse a la influencia del grandioso espectáculo, y sus labios acompañaron el canto, pronunciando en voz baja las palabras del himno.

Cuando las últimas notas del inmenso coro se extinguieron, y antes de que estallaran de nuevo las aclamaciones, el viejo lord Pémberton, de pie en el extremo de la plataforma, dejó oír su voz chillona y metálica durante breves momentos, e inmediatamente se retiró, cediendo el sitio a Oliverio que dio principio a su discurso.

Las dos mujeres se hallaban demasiado distantes para poder oír bienal orador; pero Mabel, deslizó, trémula de emoción, un papel en la mano de la anciana, mientras se inclinaba hacia adelante con el deseo de escuchar la peroración.

La señora Brand se puso a leer el resumen mecanografiado del discurso de su hijo, segura de no poder entender una palabra desde el sitio en que estaba.

El exordio comenzaba felicitando a todos los presentes por haber acudido a honrar la memoria del grande hombre que presidía desde su pedestal el acto celebrado en conmemoración del aniversario que podía denominarse de la Indigencia redimida. Luego seguía un paralelo entre el actual estado de Inglaterra y el anterior a la gran reforma social. «Hace apenas cincuenta años -- decía el orador, la pobreza era considerada como una desgracia; al presente ha dejado de serlo para siempre. Ya no se medirán más el mérito o demérito de un hombre por la abundancia o escasez de sus recursos materiales.

¿Cómo no honrar la memoria del ilustre estadista que ha gastado sus energías todas en bien de sus conciudadanos hasta sucumbir gloriosamente en la lucha contra circunstancias adversas que lograron al cabo esterilizar sus generosos esfuerzos en pro de la verdad y de la justicia...?»

Enseguida enumeró las disposiciones legales, aprobadas cincuenta años antes, en este mismo día, «fecha--dijo--que formaría época en la historia de la evolución social de la Humanidad y que cumplía su aniversario precisamente el día mismo en que se estaba celebrando aquella grandiosa manifestación de cuyo alto sentido e importancia quería él (el orador) acertar a ser fiel intérprete, reconociendo, empero, que para tamaña empresa contaba con mayor caudal de voluntad que de dotes y merecimientos»

Añadió que se proponía cantar las excelencias de la pobreza que sabe sufrir y de las recompensas que le están aparejadas, asunto que en unión del de la reforma de los establecimientos penales y sus leyes constituiría la primera parte de su discurso.

La segunda se dedicaría Integra a tejer el panegírico de Braithwaite, considerándole como el Precursor de la nueva era de regeneración social, recientemente inaugurada.

Entre tanto la madre de Oliverio, cómodamente repantigada en su sillón, paseaba la mirada por los circunstantes más próximos con aire de mal disimulada complacencia. El balcón que ocupaba con Mábel, les estaba exclusivamente reservado, y sus dos sillones llenaban por completo el espacio allí disponible; pero inmediatamente detrás escuchaban de pie y silenciosas varias personas, que a la sazón se inclinaban hacia adelante con la boca entreabierta esforzándose por seguir el hilo del discurso. Las dos primeras eran dos mujeres y un hombre de edad, y luego seguían otras caras que fácilmente podían ser reconocidas. Tan atentos y absortos se mostraban todos, que la señora sintió vergüenza de su actitud distraída y se volvió resueltamente a mirar hacia la plaza.

El orador llegaba entonces al panegírico de Braithwaite. Se le veía moverse en la plataforma retrocediendo hacia la estatua hasta colocarse a la distancia de un metro de la misma, y una vez allí, accionar con enérgica viveza y apuntar a la efigie del grande hombre presentándole a la admiración del auditorio en un párrafo de arrebatadora elocuencia que fue interrumpido por una verdadera tempestad de aplausos. Entonces avanzó de nuevo hasta la barandilla e hizo ademán de incorporarse al público para aclamar al inmortal reformador; agudeza oratoria que produjo en la muchedumbre estruendosas manifestaciones de hilaridad.

Tras de la butaca de la señora de Brand se oyó un prolongado siseo que reclamaba silencio, y enseguida un grito de Mábel... ¿Qué podía ser aquello?

Momentos antes había sonado entre el rumoroso clamoreo de la multitud un secó estampido y la menuda figura del orador retrocedió vacilante algunos pasos. El presidente

Pémberton corrió precipitadamente a sostener a Oliverio que estaba a punto de caer sobre el estrado; y al mismo tiempo una conmoción violenta agitó en revuelta oleada el pelotón de espectadores situados cerca de la baranda que circundaba el espacio donde se hallaban las bandas de música, frente a la tribuna presidencial.

La señora de Brand, sobrecogida de terror, se halló sin saber cómo, de pie y asida al borde de la Baranda del balcón, mientras Mábel la abrazaba nerviosamente dando gritos y diciendo algo que ella no podía entender. Un confuso y revuelto murmullo se difundió por todos los ámbitos de la plaza; las cabezas de la multitud se volvían, cuando a una parte, cuando a otra, como la mies sacudida por la tormenta. Entonces Oliverio volvió a dirigirse a la concurrencia gesticulando entre gritos y exclamaciones, que la señora Brand percibía confusamente desde su sitio; al fin, la anciana se dejó caer bruscamente en la butaca, sintiéndose acometida de un vértigo con el corazón palpitante de angustiosa ansiedad.

--¡Hija mía, hija mía! ¿Que desgracia es ésta?--preguntó con voz ahogada por los sollozos.

Pero Mábel, que continuaba de pie, con los ojos clavados en su esposo, novio ni oyó a la anciana; y de nuevo resonó en sus espaldas un rumor de conversaciones y gritos de asombro dominando el estruendoso tumulto de la plaza.

En la tarde del mismo día, Oliverio, ya en casa, descansando en su sillón con el cuerpo recostado sobre el respaldo del mismo, y un brazo vendado y en cabestrillo, refería a su madre y a Mábel los pormenores del suceso de la mañana.

Las dos mujeres no habían podido acercarse a él en el momento de ocurrir el accidente, por impedirlo el gran alboroto que reinaba alrededor de la tribuna; pero Oliverio les había hecho saber que una ligera herida le retenía en poder de los médicos.

--El criminal era un católico exaltado--dijo Oliverio.--Se conoce que había ido prevenido, porque su pistola de repetición estaba cargada. Pero esta vez--añadió dirigiéndose a Mábel--no pudo darse la coincidencia de Haber a mano un sacerdote.

Mábel asintió con tira lenta inclinación de cabeza; había leído en los anuncios de las pizarras telegráficas la suerte que había cabido al miserable.

--En contados instantes, la multitud le estranguló y pisoteó bárbaramente--continuó Oliverio.--Yo hice cuanto pude para evitarlo, como verías. Pero... en realidad, acaso haya sido preferible esa rápida ejecución a los sufrimientos que le esperaban.

--¿De veras hiciste, hijo mío, todo lo que pudiste en favor del desgraciado?--preguntó ansiosamente, desde su rincón, la señora Brand.

--Les grité que no lo matasen, pero no quisieron oírme.

--Oliverio--interpuso Mábel, inclinándose hacia su marido: --sé que ha de parecerte insensato lo que voy a decirte, pero... pero yo habría deseado que le perdonaran la vida. Oliverio dirigió a su esposa una amante sonrisa, conociendo la ternura que inspiraba la observación anterior.

--Sin duda--añadió, --hubiera sido más perfecto.

--Pero, ¿por qué disparó precisamente en aquel momento? --preguntó Mábel.

El interrogado volvió un instante la cabeza para mirar a su madre, y vio que se ocupaba tranquilamente en hacer calceta.

Luego respondió, subrayando intencionalmente las palabras:

--Quizá porque acababa yo de decir entonces que Braithwaite había hecho más por el bien del género humano con un solo discurso, que Jesús y todos los santos del Catolicismo con sus predicaciones y milagros.

El narrador observó que las agujas de hacer media suspendieron su labor por un instante, y continuaron luego como anteriormente.

--Pero creo que el criminal iba decidido a asesinarme antes o después.

--Y ¿cómo se ha sabido que era católico?--preguntó nuevamente la joven.

--Porque le encontraron un rosario; y además, porque, antes de morir, tuvo el tiempo preciso para invocar a su Dios.

--Y ¿nada más se sabe acerca del particular?--insistió Mábel.

--Nada más. Era un sujeto decentemente vestido, pero se ignora su nombre.

El herido se dejó caer un poco cansado en el fondo de la butaca, y cerró los ojos; sentía en el brazo latidos de dolor intolerables. Pero interiormente se alegraba de lo ocurrido. Verdad es que había sido blanco de las iras de-- un fanático, pero no le pesaba padecer por semejante causa, y era manifiesto que tenía de su parte la simpatía de la nación entera. En el cuarto inmediato. Míster Filips no cesaba de contestar a los innumerables despachos que se recibían continuamente. El primer ministro y todos los altos funcionarios del gobierno, se habían apresurado a enviar radiogramas de condolencia, y de todos los puntos de Inglaterra llegaban pésames y felicitaciones.

El golpe intentado contra los Comunistas ofrecía gravedad excepcional; se trataba nada menos que de privarles de su orador más elocuente, en ocasión de estar cantando las glorias del gran Héroe del partido. El beneficio que de aquí reportarían las ideas del Comunismo, era incalculable; y no le iba en zaga el daño y desprestigio causado a los Individualistas, de cuyas filas salían miserables fanáticos como el ejecutado aquella misma mañana. Los tableros eléctricos de anuncios publicarían en todo Londres la noticia del suceso. Oliverio mismo había tenido ocasión de leer, en el momento de tomar el auto eléctrico, la inscripción luminosa que decía en esperanto: El orador y diputado por Cróydon, Brand, herido... Autor del atentado, católico... General indignación... Asesino justamente castigado.

Por otra parte, le complacía no poco el haber procurado honradamente salvar, a todo trance, la vida del criminal. Aun en el punto mismo de sentirse morir por la fuerza del dolor, no había vacilado en pedir a gritos que se suspendiera la ejecución del delincuente hasta someterle a juicio. Y por cierto que el espectáculo del linchamiento no se le borraba de la imaginación. Él había visto aquel rostro amoratado, con los ojos puestos en blanco y saltándose de las órbitas; y sus oídos habían percibido el grito de suprema angustia, que se ahogó en la garganta del desdichado bajo la terrible presión de los dedos que le estrangulaban. Luego, el semblante de la víctima desapareció entre el montón de sus verdugos, que comenzaron a golpear el cadáver, ensañándose en desfigurarlo con todo género de malos tratamientos... Oh, sin duda era bárbaro todo aquello; pero servía para probar que aun quedaba en Inglaterra amor a la justicia y odio implacable a la traición.

La señora Brand se levantó a poco, sin decir una palabra, y salió de la pieza. Mábel se volvió entonces hacia su marido, y le puso una mano sobre las rodillas.

--¿Te fatiga la conversación, verdad, amado mío?--preguntó la joven.

--De ningún modo, hijita. ¿Qué hay?

--Dime, ¿cuáles van a ser, en tu opinión, las consecuencias de lo ocurrido?

Se incorporó Oliverio, y tendió, como de ordinario, la vista por el paisaje que se descubría desde la ventana. Los numerosos focos de luz solar que brillaban por doquiera, formaban una atmósfera de claridad deslumbradora, a modo de neblina resplandeciente, que flotaba entre la ciudad y la bóveda de misterioso turquí de aquella tarde estival.

--¿Las consecuencias?--repitió, contestando ala pregunta de Mábel.--No pueden menos de ser excelentes. Ya era tiempo de que sucediera alguna cosa. Había ratos en que sentía postración Y decaimiento; --parecíame que perdía terreno en mi reputación, como tantas veces te he manifestado. Bueno; no creo que vuelvan a repetirse tales recelos. También me apenaba la idea de que estábamos retrocediendo en entusiasmo, y que los viejos toris tenían razón al vaticinar la bancarrota del Comunismo. Pero después de esto... --¿Qué?

--Pues desde luego queda demostrado que también nosotros sabemos derramar nuestra sangre. Y esto en la ocasión más oportuna, precisamente en época de crisis. No quiero exagerar, ya sé que todo ello no pasa de un rasguño; pero las circunstancias lo han revestido de una importancia tan extraordinaria, de un interés tan dramático... El pobre diablo no pudo haber escogido un momento menos oportuno. El pueblo no olvidará jamás este episodio de mi vida pública. Los ojos de Mábel brillaron de satisfacción.

--¡Pobrecito mío!--exclamó con infinita ternura.--¿Te duele mucho la herida?

--Un poco; pero ¿qué importa, voto al diablo? Con tal que ese infernal asunto de Oriente acabara de una vez... Oliverio comprendió que la fiebre le ponía irritable y de mal humor, e hizo un esfuerzo para dominarse.

--Amor mío--continuó, un poco sonrojado y dulcificando la voz, --es desesperante que, los hombres se empeñen en ser tan estúpidos. Nunca llegan a comprender lo que les conviene; no quieren comprenderlo.

--Parece increíble, ¿verdad?

--No entienden, no, ni aprecian las excelencias del ideal que les proponemos; la humanidad, la vida, la verdad y la abolición de todas las viejas locuras. ¿No lo tengo ya repetido cien veces en mis discursos?

Mábel le contemplaba con cariñoso interés. Gozábase en verle desahogar en ella sus preocupaciones más graves, sobre todo cuando, como ahora, ardía el fuego del entusiasmo en el carmín de su rostro y centelleaba en el brillo de sus ojos azules. Aparte de esto, feos sufrimientos de Oliverio le inspiraban una ternura apasionada. Se inclinó, como impulsada por fuerza irresistible, y le besó.

--¡Si supieras lo orgullosa que me siento de ti, esposo mío, querido...!

Oliverio guardó silencio, saboreando en íntimo arrobamiento la correspondencia de aquel corazón para él tan claro.

En esta situación permaneció breve rato, con la mirada perdida en el azul del cielo, que se iba tornando cada vez más oscuro, mientras el seco y monótono teclear de la máquina de escribir, resonando en la habitación próxima, donde trabajaba su secretario, le hablaba de los asuntos políticos en que él tenía participación tan activa e importante.

Aquel ensimismamiento duró sólo breves instantes. El herido reanudó su conversación con Mábel, preguntando con cierta inquietud:

--Dime, querida, ¿no advertiste algo en mi madre cuando yo repetí las palabras de mi discurso, que se referían a Jesucristo?

--Sí; advertí que suspendió de repente su labor.

Oliverio hizo con la cabeza un signo afirmativo, y añadió: --De modo que tú también te fijaste en ello... ¡Ya...! Y bien, Mábel, ¿no te parece que mi madre está en vías de recaer?

¡Oh! ¡La pobre! ¡Con los años que tiene...!--observó ligeramente Mábel.--¿Qué hay de extraño en que le guste volver los ojos hacia el pasado?

--¿Pero no reflexionas que sería demasiado horrible?

Mábel sacudió graciosamente la cabeza.

--No, no, señor caviloso. Vaya, basta de preocupaciones, que los enfermos necesitan tranquilidad y descanso... ¡Tanta importancia a una migaja de sentimentalismo...! ¿Sabes lo que pienso, querido? Que lo mejor es no hablar de esas cosas delante de ella.

--Pero si eso lo ha de oír ahora en todas partes.

--No lo oye, no. Recuerda que apenas sale de casa. No le gusta salir. Y después de todo, no debemos perder de vista que en sus primeros años fue educada en el catolicismo.

Oliverio asintió con una ligera inclinación de cabeza y, arrellanándose de nuevo en su butaca, dejó vagar distraídamente la mirada por el exterior.

--¿No es verdaderamente asombroso--preguntó después de unos instantes--que la sugestión conserve por tanto tiempo su influencia sobre el espíritu? Ahí está la pobre vieja sin poder arrancar de su cerebro las preocupaciones que la imbuyeron en la infancia y que parecen habérsele adherido con tenacidad de clavos... Bien, un encargo voy a hacerte, y es que la vigiles mucho. ¿Lo harás así, querida...? Ahora, otra cosa.

--Tú dirás.

--Han llegado algunas noticias de Oriente. Felsenburgh lleva adelante por sí solo el arreglo del asunto confiado a la comisión americana. El Imperio le envía a todas partes: Tobolsk, Benares, Yakutsk, etc., y por último también ha estado en Australia.

Mábel se incorporó bruscamente en su asiento.

--Lo cual augura un resultado satisfactorio ¿no es verdad?

--Tal creo. Por ahora es indudable que prevalecen las ideas del partido sufita; pero por cuánto tiempo sucederá lo mismo es otra cuestión. Además, la Hora del desarme no ha sonado todavía.

--¿Y Europa?

--Europa se está preparando a toda prisa. Según mis noticias, la semana que viene se celebrará en París un congreso de las potencias, al cual tendré que asistir.

--¿Herido y todo?

--¡Vaya! No faltaba más que fuera a dejarlo por una causa tan insignificante.

--Bueno, y ¿qué noticias tienes que darme?

--Ninguna más por ahora; el conflicto entra francamente en el período de crisis. Si el Oriente abandona actualmente sus designios, no es verosímil que vuelvo a pensar más en ellos. Tendremos libre cambio en el mundo entero, y quedará asegurada la paz universal. Pero si persiste en su actitud... --¿Qué?

--Sobrevendrá la catástrofe más espantosa que jamás han visto los siglos. Medio mundo guerreará contra el otro medio; y uno de los dos, el Oriente o el Occidente, desaparecerá para siempre de la Historia. Los nuevos explosivos de Beninschein se encargarán de sacar cierto el anterior pronóstico.

--Pero ¿es del todo cierto que el Oriente los ha adquirido también?

--¡Oh! no cabe la menor duda. Beninschein los vendió al mismo tiempo a la Federación Europea y al grande Imperio Asiático; poco después falleció, afortunadamente para él.

Antes de ahora había oído Mábel conversar sobre este asunto, pareciéndole sencillamente inverosímil y absurdo. Un duelo entre dos hemisferios, en las nuevas condiciones del arte de la guerra, no podía ni siquiera concebirse. En Europa nadie había presenciado en su vida guerra alguna; y las campañas sostenidas en Oriente, durante la última centuria, se habían realizado conforme a los antiguos procedimientos. En la actualidad, juzgando por lo que se decía, un solo proyectil bastaba para destruir ciudades enteras.

La imaginación más desenfrenada era impotente para representar los horrores de la espantosa lucha que amenazaba sembrar de ruinas el mundo. Los militares que gozaban de reputación mejor cimentada, tampoco andaban acordes al calcular las consecuencias del choque de tantos millones de combatientes, provistos de los novísimos armamentos; antes bien se contradecían en puntos de capital importancia al discutir el plan que debería adoptarse; faltaban antecedentes que sirvieran de punto de comparación. Era como si los arqueros de la edad antigua se hubieran puesto a disputar sobre los efectos de la cordita.

Lo único cierto era que el Oriente poseía todo el equipo de guerra suministrado por los últimos adelantos, con un contingente de soldados igual a la mitad del que correspondía al resto del mundo. De consiguiente había sobrados motivos para temer por la seguridad de Inglaterra.

La opinión pública parecía no darse cuenta de la magnitud del peligro. Los periódicos solían publicar diariamente, en la sección de fondo, breves comentarios sobre las escasas noticias que se recibían de las conferencias de Felsenburgh; y el nombre del famoso delegado americano sonaba con mayor frecuencia que en ninguna otra época.

Mas por otra parte reinaba la calma en los espíritus, y ni en la industria ni en el comercio, ni en las ordinarias condiciones de la vida se notaban en Europa los menores síntomas de perturbación. Los productos y manufacturas conservaban su valor en los mercados; en las grandes ciudades continuaba la construcción de edificios; y los hombres seguían preocupándose de los negocios y placeres, únicos asuntos que merecían su atención y solicitud. Diríase que, persuadidos de su impotencia para modificar las condiciones de la situación, se habían echado en brazos de un abandono inerte y fatalista, rehusando pensar en los acontecimientos del mañana.

De vez en cuando se producía en los ánimos una exaltación pasajera, bajo la influencia del terror que inspiraba la idea de ver convertidos en ruinas los monumentos más preciados de la civilización; entonces se respiraba por algún tiempo una atmósfera de penosa inquietud, pero a eso se reducía todo. Las conferencias dedicadas a tratar del asunto escaseaban, porque parecían inoportunas. Después de todo no cabía hacer otra cosa que esperar.

Mábel tenía bien presente la recomendación de su esposo relativa a la vigilancia que debía de ejercer con la señora Brand, y durante algunos días extremó las precauciones. Pero nada descubrió que pudiera inspirar recelo alguno. Había momentos en que la anciana se encerraba en silenciosa reserva; sin embargo, esta circunstancia no la impedía entregarse a sus pequeños quehaceres habituales. A veces también pedía a la joven que la entretuviera con alguna lectura, y escuchaba complacida cualquier tema elegido por Mábel.

Todos los días pasaba algunos ratos en la cocina, disponiendo comidas variadas; y mostraba siempre especial interés por todo lo que se refería a su hijo. Ella misma le preparó el equipaje cuando partió precipitadamente para París, y desde la ventana le estuvo despidiendo hasta que se perdió de vista.

Oliverio dijo entonces que a los tres días estaría de regreso, y al segundo día la anciana comenzó a sentirse mal. Cuando el criado comunicó la noticia a Mábel, ésta corrió apresuradamente al cuarto de la enferma, y la halló con el rostro encendido y agitada por hondo malestar.

--No es nada, hija mía dijo In señora Brand con voz trémula, --y a continuación le expuso algunos de los síntomas que advertía.

La joven hizo que se levantara de la butaca para que se acostase, y, después de enviar por un médico, aguardó sentada, a la cabecera del lecho.

Mábel amaba sinceramente a In anciana señora, deleitándose en la apacible tranquilidad que su presencia parecía difundir en la casa, donde producía cierta impresión de bienestar, algo semejante al efecto de cómoda butaca sobre el cuerpo rendido de fatiga. El carácter de su madre política era tan apacible y humano; su solicitud en cuidar de los menores quehaceres domésticos se ejercía con paciencia tan inalterable; sus pláticas, entreveradas casi siempre de recuerdos interesantes, eran tan deliciosas, y aquella serena ecuanimidad jamás alterada por destemplanzas ni melancolías cautivaban de tal modo el ánimo de Mábel, que ésta no podía menos de profesarle un inmenso cariño, mezcla de afecto y veneración.

Entristecíale, pues, hondamente la idea de perder la dulce compañía de aquel espíritu tan delicadamente amable. Veía con pena que se acercaba la extinción de una vida estrechamente ligada a la felicidad de la suya, y pensaba en el misterio de la reabsorción de aquella personalidad en el espíritu que informaba el universo.

Siguiendo el curso de estas meditaciones filosóficas, hacia las que sentía cierta como innata propensión, le parecía que era más fácil de concebir el fin de un alma fuerte y vigorosa; porque en ese caso, ella se imaginaba una especie de enérgica impulsión centrípeta, dirigida hacia el origen de los seres; pero en la delicada fábrica que constituía la persona de la anciana, construida de frágiles materiales reunidos en una entidad superior a la suma de sus componentes, el dejar de existir debía envolver la desaparición de algo, que no se podía ya reparar. La muerte de una humilde margarita--reflexionaba Mábel--produce en el ánimo una impresión de suave tristeza, más íntima que la producida por la muerte de un león; la rotura de un finísimo jarrón de China encerraba algo más irreparable que la ruina de un palacio...

--Es el corazón el atacado--dijo el médico cuando hubo examinado a la enferma.--Puede morir en cualquier momento; pero también puede vivir diez años.

--¿Deberé telegrafiar a mi esposo?

El doctor hizo con la mano un signo negativo.

--¿Creéis, pues, que no hay peligro cierto de un desenlace fatal?

--Repito que no hay nada seguro; pero el peligro no es por ahora inminente, a mi juicio.

Luego añadió algunas indicaciones sobre el modo de usar el inyector de oxígeno, y se retiró, acompañándole Mábel hasta la puerta de la casa, para regresar después al lado de la enferma, que reposaba tranquilamente. Al ver a la joven le tendió su mano seca y llena de arrugas, preguntando enseguida:

--¿Qué dice el médico, querida mía?

--Que todo ello es efecto de un poco de debilidad. Necesitáis reposo y tranquilidad de espíritu. ¿Queréis que os lea alguna cosa?

--No, hijita; déjame pensar a solas un poco.

La joven salió de la estancia sin el menor remordimiento de haber ocultado a su madre la gravedad de la dolencia, porque tampoco lo consideraba necesario. ¿Para qué? Mábel no creía en el más allá del sepulcro; de consiguiente, no había que atormentarse pensando en reparar culpas pasadas, ni en afrontar la sentencia de un Juez severo e inapelable. La muerte era un término, un acabamiento; no un principio. He aquí un evangelio pacifico que no perturbaba la tranquilidad de los últimos instantes.

Una vez más bajó las escaleras sintiendo en su corazón una angustia que no la dejaba descansar.

¡Qué cosa tan extraña y al mismo tiempo tan bella era la muerte!--se decía a sí misma. ¿Qué venía a ser la vida sino el vibrar de una cuerda del grandioso instrumento de la Naturaleza? La animada tensión duraba treinta, cincuenta o sesenta años para resolverse de nuevo en el silencio de lo inconsciente, que lo era todo en todo para sí mismo. En la armonía inmensa del eterno Instrumento, las mismas notas volverían a sonar otra vez, aun en aquel instante estarían sonando, pero con una delicadeza infinitamente superior. La forma de la emoción individual se desvanecía; era absurdo pensar que continuara resonando eternamente en alguna otra parte, porque esa «alguna otra parte» no existía. También la cuerda de su propia vida dejaría de vibrar alguna vez.. Entré tanto, ¡ojalá que su sonido fuera puro y delicioso!

Míster Filips llegó, como de ordinario, a la mañana siguiente, en ocasión en que Mábel acababa de salir del cuarto de la enferma; y el secretario pidió noticias del estado en que la anciana se encontraba.

--Me parece que está un poco mejor-- respondió la joven. --Conviene que descanse hoy todo el día.

Míster Filips hizo una inclinación y se dirigió al despacho, donde te aguardaba un montón de cartas que contestar.

Dos horas más tarde, cuando Mábel subía por la escalera, se encontró con el secretario que bajaba de la habitación de la anciana. El rostro cetrino de Filips se enrojeció al ver a la joven; y, sin aguardar a que ésta le preguntase nada, se apresuró a decir:

--La señora Brand me ha mandado llamar, porque deseaba saber si Oliverio regresaría esta noche.

--Claro que regresará, ¿no es así? ¿Habéis recibido alguna noticia?

--Señora, únicamente la que él dejó de que estaría aquí a comer, aunque un poco tarde. El aéreo de París debe descender en Londres a las diecinueve.

--Y ¿no hay alguna otra cosa?

El interrogado guardó silencio, mostrando cierta vacilación que no pudo menos de chocar a Mábel.

--Corren algunos rumores--dijo al fin; --Míster Brand me ha telefoneado hace pocos instantes.

Filips dejaba entrever en su porte y modo de hablar que se hallaba muy turbado, hasta el punto de que la joven se le quedó mirando sorprendida.

--¿No hay noticias de Oriente?--preguntó. El secretario frunció ligeramente el ceño.

--Perdonad, señora; pero me está prohibido decir nada sobre ese asunto.

Mábel no se ofendió, porque tenía absoluta confianza en su marido; pero el corazón le palpitaba al penetrar en la habitación de la enferma.

La anciana señora parecía también bastante agitada; un ligero carmín teñía sus pálidas mejillas, y sus labios secos y descoloridos dibujaban apenas una ligera sonrisa para contestar al saludo de la joven.

--¿De modo que habéis visto a Míster Filips, madre?--preguntó Mábel.

La señora Brand clavó en el rostro de la joven una mirada escrutadora y guardó silencio.

--No os inquietéis, señora. Según mis informes, tendremos aquí a Oliverio esta misma noche.

La enferma exhaló un profundo suspiro.

--Hijita mía--añadió luego; --te estás tomando excesivas molestias. Me siento bastante aliviada. Conque Oliverio llegará a la hora de comer, ¿no es verdad?

--Sí, señora, con tal que el aéreo no se retrase. Y ahora, decidme, ¿queréis tomar un poco de alimento...?

Mábel pasó la tarde con una extraña y violenta agitación. Atormentábale la idea de que debía haber ocurrido algo grave. El secretario la había acompañado a tomar el almuerzo en el saloncito de confianza que miraba al jardín y la joven observó que se hallaba muy pensativo. Míster Filips le había dicho que necesitaba estar fuera durante el resto del día, desempeñando encargos recibidos de Oliverio. Luego rehuyó toda discusión sobre los asuntos de Oriente y tampoco habló nada del Congreso de París. Lo único que repitió con insistencia es que Oliverio regresaría aquella noche, después de lo cual salió precipitadamente con el pretexto de tener que despachar sus negocios.

La señora Brand parecía dormir, cuando la joven subió a visitarla; así que ésta se retiró sin hacer el menor ruido. Como ni era conveniente abandonar la casa, ni Mábel trufa tampoco ganas de salir, se dirigió al jardín y paseó sola por algún tiempo, dando rienda suelta a sus cavilaciones, esperanzas y recelos, hasta que la sombra de la cerca se proyectó sobre el sendero en que caminaba, mientras las vecinas techumbres se coloreaban con los rosados reflejos del crepúsculo. Al volver a su habitación, tomó el diario de la mañana, pero no halló otra noticia interesante que la de la clausura del Congreso Internacional.

El reloj hizo sonar el timbre de atención, y enseguida su anunciador fonográfico pronunció con voz clara y distinta la hora vigésima; pero Oliverio no daba señales de venir. El aéreo de París debía de haber efectuado su descenso hacía ya largo tiempo; y Mábel intranquila se preguntaba por la causa de aquella tardanza. ¿Sería que el volador no habría llegado aún?

Púsose a la ventana y aguardó con la vista fija en la atmósfera, observando la oscuridad creciente del cielo, que se fue cubriendo de estrellas; pero no descubrió rastro alguno de vehículo aéreo que cruzase el espacio en aquella región del horizonte. Pensó interiormente que sin duda habría pasado sin advertirlo ella, mucho más cuando la trayectoria podía haberse desviado algún tanto de la que Mábel estaba acostumbrada a seguir con la

vista desde su mirador; pero no se explicaba por qué precisamente ahora se ocultaba el aéreo, cuando cien veces antes había tenido ocasión de contemplar su arribo.

Así continuó largo rato, cavilosa y desasosegada, yendo y viniendo de una parte a otra, y asomándose repetidas veces a la ventana para escuchar el blando rumor de los autos - eléctricos, y la dulce vibración de los rieles, procedente del empalme que distaba de allí poco más de kilómetro y medio.

El alumbrado nocturno daba al paisaje un aspecto fantástico... Pero ¿qué razón habría para que Oliverio tardase tanto, o a lo menos para no telefonear el motivo de su retraso?

Presa de angustiosa ansiedad, subió otra vez al primer piso con objeto de consolar a la enferma, y la encontró sumida, como anteriormente, en una especie de tranquilo letargo.

--Todavía no ha llegado Oliverio--dijo la joven en voz alta; --por lo visto le habrán obligado a quedarse en París. El arrugado semblante de la señora Brand se movió sobre la almohada, significando que se había hecho cargo de la noticia, y murmuró algunas palabras imperceptibles. Mábel bajó de nuevo al salón y miró el reloj que marcaba una hora más tarde de la ordinaria de comer. ¿Qué habría ocurrido?

Indudablemente no faltaban motivos para que su esposo pudiera haber necesitado detenerse en París; la pérdida del aéreo, por ejemplo, o quizá el haberse prolongado las sesiones del Congreso, o también el deseo de descansar antes de emprender el viaje... ¡Bah! Otras muchas veces había llegado a casa más tarde que ahora. Y ¿quién sabe si no habría telefoneado ya a Míster Filips, y éste, distraído en otros asuntos, se había olvidado de transmitirle el aviso?

Se dirigió, por fin, medio desesperada al aparato telefónico, y se quedó contemplando el cuadro de botones eléctricos, provistos cada uno de su inscripción correspondiente. Sentía tentaciones de llamar a todas partes pidiendo noticias de su esposo; allí tenía la comunicación con el club a que pertenecía Oliverio, la del despacho de éste en Whitehall, la de la residencia del secretario, la del Parlamento y varias otras; pero vaciló antes de resolverse a llamar, y se animó a tener un poco más de paciencia. A Oliverio le disgustaba extraordinariamente que le distrajeran cuando se hallaba ocupado en sus quehaceres políticos; y por otra parte ya tendría presente la intranquilidad con que ella le esperaba.

--¿Quién está ahí?--preguntó una voz desde el fondo del teléfono.

El corazón de la joven palpitó con violencia, al reconocer a Oliverio en la persona del que hablaba.

--Yo: soy Mábel--respondió; --estoy sola en el despacho. --¡Oh, Mábel! ¡Magnífico! Ya me tienes de vuelta: todo a pedir de boca. Pero escucha. ¿Me entiendes bien?

--Sí, perfectamente.

--Ha sucedido lo mejor que podamos esperar. La cuestión de Oriente está definitivamente arreglada. Felsenburgh es quien lo ha hecho todo. Ahora, atiende: yo no puedo ir a casa esta noche. Dentro de dos horas se va a proclamar solemnemente el resultado del Congreso en el Templo de Pablo. En este momento estamos informando, a la Prensa. Ven aquí enseguida. Quiero que presencies el espectáculo... ¿Me oyes? --Muy bien.

--Entonces ven cuanto antes, para que asistas a la sesión.

Va a ser el acto más trascendental que registra la historia del mundo. Apresúrate antes que cunda la noticia y comience el alboroto. Dentro de media hora la línea habrá quedado obstruída por la afluencia de gente.

--¡Oliverio!

--¡Ea! ¡Date prisa!

--Madre está enferma. ¿La voy a dejar sola? --¿Cómo enferma? ¿Pero de gravedad?

--¡Oh! El peligro no es inminente. El médico la ha visto ya. Siguió un breve paréntesis de silencio.

--Ven, pues, y me referirás lo que hay. De todos modos, regresaremos esta noche. Dile a mi madre que no se inquiete aunque tardemos un poco.

--Muy bien.

--...Sí; debes venir. Verás a Felsenburgh en la asamblea.

Aquella misma tarde, Percy recibió una visita.

Nada de particular ofrecía el aspecto de la persona que se presentó en la residencia del Arzobispo preguntando por el Padre Franklin; y cuando éste penetró en el recibimiento y se fijó en el desconocido, la única conclusión que pudo deducir de su examen, es que no era católico.

--Si deseabais celebrar una entrevista conmigo--principió el sacerdote, señalando una silla a su visitante, --lamento no poder dedicaros todo el tiempo que pudiera ser necesario.

--Señor--replicó el recién venido, --el asunto que aquí me trae se despacha en cinco minutos.

Percy aguardó, con los ojos bajos, a que su interlocutor continuara.

--Vengo de parte de... cierta persona: una señora que... bien, si: .. que ha sido católica en algún tiempo, y desea volver al seno de la iglesia.

El sacerdote movió ligeramente la cabeza. Era un mensaje que rara vez recibía por entonces.

--Espero que tengáis a bien ir a ver a esa persona. ¿Lo haréis, señor? Me atrevo a rogaros que no me rehuséis este favor.

El extraño mensajero daba muestras de sentirse vivamente agitado; la palidez de su semblante tomó un tinte lustroso con el sudor que comenzó a brotarle mientras hablaba; y su modo de mirar denunciaba profunda inquietud.

--Señor mío--respondió Percy sonriendo; --podéis contar con que iré.

--Bien, Padre; pero aún ignoráis de quién se trata. Si el hecho llegara a ser conocido, se armaría un escándalo ruidosísimo. Por eso es de absoluta necesidad el mayor secreto. ¿Podríais prometérmelo?

--No debo, de ningún modo, hacer una promesa de ese género--replicó bondadosamente el sacerdote, --sobre todo no conociendo todavía las circunstancias del caso.

El mensajero hizo un gesto de impaciencia.

--Pero, de cualquier modo--insistió con precipitación, --no diréis una palabra del asunto hasta que no hayáis visto a la persona que me envía a llamaros.

--¡Oh! En cuanto a eso, no hay inconveniente. Podéis abrigar la más completa seguridad.

--Bien; entonces, valdrá más que me permitáis no manifestaros mi nombre; ambos saldremos ganando mucho con ello. Y, en tal supuesto... si no tenéis inconveniente, yo desearía que... que vinierais hoy mismo, porque la señora está enferma; pero, si os parece... sería mejor que lo hicierais al anochecer, o bastante caída ya la tarde. ¿Os molestaría que fuera a las veintidós?

--¿Y adónde hay que ir? preguntó bruscamente Percy.

--No muy lejos: a... a..., es decir, cerca del empalme del distrito de Cróydon... Aunque... al cabo, tendré que daros las señas. Bien, sí; os dejaré por escrito la dirección. Más no iréis, fijaos bien, hasta las veintidós.

--¿Y por qué no ahora mismo?

--Porque, es claro, como quiera que importa guardar secretó..., naturalmente... se necesita esperar a que otras personas dejen sola a la enferma; ¿comprendéis, señor? A la hora que os he indicado, tengo la seguridad de que no habrá testigos.

La explicación anterior, lejos de tranquilizar a Percy, le confirmó más y más en las sospechas que desde luego había concebido. Pero, en fin, la invitación no podía rehusarse.

--Es curioso que la enferma no haya buscado desde luego al sacerdote de la parroquia inmediata.

--Sí; pero el caso es que la señora no le conoce, ni sabe tampoco dónde vive, mientras que a vos os vio una vez en la catedral y tuvo ocasión de conocer vuestro nombre. ¿Lo recordáis...? Una señora de edad avanzada.

Percy recordaba de un modo vago que hacía cosa de dos meses, había tenido un encuentro de ese género; pero no estaba enteramente seguro, y así lo manifestó a su visitante.

--Bien, pero iréis ¿no es verdad?

--Necesito hablar primero con el Padre Dotan--dijo el sacerdote, --y si él me da su permiso...

--Reitero mi súplica de que reservéis, en todo caso, el nombre de la señora. ¿Tendréis la bondad de hacerlo así?

--¿Cómo no, si aun yo mismo ignoro su nombre?--observó el sacerdote sonriendo.

El forastero se echó atrás, reflejando en su semblante contraído la lucha interior que sostenía.

--Bien; permitidme que os lo haga saber desde luego. El hijo de esa señora es mi amo y uno de los más significados y prominentes comunistas. La madre vive con él y con la nuera; y precisamente esta noche los dos estarán fuera de casa. He ahí por qué os he señalado una hora tan avanzada. Ahora bien, supongo que no faltaréis; ¿no es así?

Percy le miró fijamente durante algunos momentos. Ciertamente, si todo ello era una conspiración, los autores de la trama no daban pruebas de extraordinaria energía. Luego respondió:

--Podéis contar conmigo; os lo prometo. Ahora, dadme el nombre y las señas.

El desconocido apretó nerviosamente los labios y dirigió una mirada recelosa a su alrededor. Luego; como quien abraza una resolución, se inclinó hacia adelante y murmuró en voz baja:

--La señora de Brand, señor; la madre del diputado del mismo apellido.

Percy no pudo ocultar su sorpresa. El caso, de puro extraordinario, parecía inverosímil. El sacerdote conocía demasiado a Oliverio; él era quien, por permisión de Dios, estaba haciendo a la causa católica más daño que toda la masonería entera; y él también el hombre popular por excelencia, después del incidente de la plaza de Trafalgar. Y ahora, he aquí que su madre...

El sacerdote se volvió resueltamente hacia su visitante.

--Señor mío--añadió, --siento mucho no tener el honor de conoceros. Ignoro si creéis o no en Dios; ¿querríais jurarme por vuestro honor y creencias religiosas, que todo lo que me habéis dicho es cierto?

La tímida mirada del desconocido vaciló al encontrarse con la de Percy; pero descubríase que aquella inseguridad era efecto de flaqueza más bien que de doblez.

--Os lo juro, señor por el Todopoderoso.

--¿Sois católico?

El hombre hizo con la cabeza un signo negativo.

--Sin embargo, creo en Dios-- respondió. A lo menos, así me lo figuro.

Percy se acomodó en su silla, y trató de apreciar con exactitud la realidad del hecho. No se traslucía en su continente el menor rastro de satisfecha vanidad, porque carecía de tal defecto, sino más bien cierto recelo, nerviosidad, asombro, y en el fondo de todo un secreto placer producido por las soberanas manifestaciones de la gracia divina. ¡Oh! Si ésta había descendido, en realidad, sobre la enferma, ¿qué motivos podrían ser bastante poderosos para impedir su sincera conversión? De pronto advirtió en medio de estas reflexiones, que su visitante le estaba mirando con ansiedad.

--¿Abrigáis desconfianza, señor? preguntó luego.--¿Llegaréis a fallar a vuestra promesa?

Esta pregunta disipó algún tanto la intranquilidad de Percy, que replicó:

--¡Oh! de ningún modo. Allí me tendréis a las veintidós en punto... ¿Es inminente el peligro de fallecimiento?

--No, precisamente; se trata de una enfermedad cardiaca, al parecer antigua; pero esta mañana se había manifestado una pequeña mejoría.

El sacerdote se pasó la mano por la frente y añadió, poniéndose de pie:

--Bien, pues, contad conmigo. ¿Os hallaréis vos allí también?

El interrogado hizo un gesto negativo, y se levantó.

--Necesito acompañar a Míster Brand en la gran reunión de esta noche; pero tendré buen cuidado de no hacerle la menor indicación sobre el asunto aquí tratado. En cuanto a vos, cuando lleguéis a casa de la enferma, preguntad por la señora Brand, y decid que vais de su parte. Inmediatamente seréis conducido a la habitación donde descansa la enferma.

--Supongo que deberé ocultar mi condición de sacerdote.

--Como os plazca--respondió el mensajero.

Este sacó luego de su bolsillo un librito de apuntes, escribió en él la dirección, cortó la hoja y la entregó a Percy. --Ahí tenéis--añadió.--¿Haríais el favor de destruir esa nota después de haberla utilizado? Porque, ciertamente, me dolería perder mi empleo.

Percy guardó silencio unos instantes, mientras retorcía el papel entre sus dedos.

--¿Por qué no os hacéis católico? --preguntó.

El hombre se encogió de hombros, y, sin hablar una palabra más, saludó y se dirigió a la puerta.

Percy pasó aquella tarde en un estado de gran sobreexcitación.

Los sucesos de los últimos meses habían tenido muy poco de agradable: las apostasías iban en aumento, mientras las conversiones escaseaban. Era indudable que la ola anticatólica subía cada vez más. El desgraciado incidente de la plaza de Trafalgar, venía contribuyendo no poco a difundir el descrédito contra la religión; los diarios aprovechaban aquella coyuntura para afirmar en todos los tonos, y la gente lo repetía, que la conducta de los papistas estaba en abierta contradicción con sus doctrinas de paz y de amor. «Examinad a fondo un católico, y hallaréis en él un asesino», era el epígrafe de un artículo publicado en El Pueblo Nuevo; y el mismo Percy sentía indignación y vergüenza ante la locura del atentado.

Verdad era que el Arzobispo en persona había condenado formalmente desde el púlpito tanto el acto como los motivos en que pudo inspirarse; pero esto sólo había servido para que los grandes rotativos se apresurasen a lanzar sobre la Iglesia la imputación de que solía prevalerse de la violencia, mientras reprobaba y castigaba a los que apelaban a ella. La horrible ejecución del delincuente, apenas había influido para calmar la indignación pública; y en cambio no faltaban secretos agentes de las logias que llevaban a todas partes la falsa especie de que el autor del crimen había salido de la casa del Arzobispo una hora antes de cometerse aquél.

Y ¡contraste curiosamente dramático! ¡ahora la madre del héroe de semejante aventura, pedía reconciliarse con la misma Iglesia, autora moral, según las gentes, del atentado contra su hijo!

Una vez y otra, en todo el resto de la tarde, tanto al encaminarse a visitar a un sacerdote de Worcester, como a su regreso cuando lucían ya los focos del alumbrado público, se preguntó Percy por qué no había de ocultarse en el extraño mensaje recibido el principio de un complot, que tuviera por objeto vengar en su persona el agravio inferido a los Comunistas. No obstante, él había prometido guardar secreto y acudir a la cita; y por nada de este inundo dejaría de cumplirlo.

Después de comer, acabó de escribir su carta, como de costumbre, pero sin poder echar de sí cierto presentimiento de fatalidad siniestra. Introdujo el manuscrito dentro del sobre, puso la dirección y el sello; y, sin quitarse el traje de paseo, bajó a la habitación del Padre Blackmore.

--Padre--le dijo bruscamente, -- ¿queréis oírme en confesión?

La estación Victoria, que conservaba todavía el nombre de la gran Reina inglesa del siglo xIx, presentaba el mismo aspecto que otras veces cuando Percy llegó a tomar su billete media hora más tarde. Por el vasto andén, sepultado a una profundidad enorme bajo el nivel del suelo, circulaba una doble procesión de viajeros que salían o entraban en la

ciudad. El sacerdote bajó en el ascensor de extremo izquierdo y se incorporó al grupo más numeroso avanzando luego con la lentitud que imponía la aglomeración de gente por aquella parte.

Al cabo consiguió llegar a la portezuela del largo coche que saldría enseguida con dirección al empalme. El vehículo ocupaba el postrer lugar en una serie de doce, de los cuales partía uno cada minuto. Mientras le llegaba su turno, Percy se puso a contemplar el incesante subir y bajar de los ascensores instalados en los dos extremos de la estación.

Sentado en uno de los bancos que para el servicio de los viajeros había de trecho en trecho, a lo largo del andén, aguardó tranquilo el momento de la partida...

Sus inquietudes de la tarde habían desaparecido al influjo de la confesión, si bien subsistía en su ánimo cierto vago presentimiento de alguna probable desgracia. De acuerdo con la promesa dada a su desconocido visitante, vestía un traje gris y sombrero de paja sin distintivo alguno que permitiera reconocerle como sacerdote.

Las autoridades eclesiásticas en aquella época habían concedido general permiso para el uso de la indumentaria seglar, siempre que alguna razón o motivo de verdadera importancia lo aconsejaran así. Como no amenazaba por lo pronto peligro de muerte, Percy no llevaba consigo el Viático; pero el párroco de Cróydon le había telefoneado que podía procurárselo en la iglesia de San José, situada muy cerca de la estación del empalme. Lo único que había metido en su bolsillo era un cordón de color morado que tenía costumbre de ponerse encima de los hombros en el acto de asistir a los enfermos.

Poco después Percy, acomodado en el asiento de su carruaje, deslizábase a lo largo de la vía, fijando sus ojos en el desierto lado de enfrente, y tratando de conservar su tranquilidad de espíritu; cuando de pronto se detuvo el coche que le conducía. Miró, sobresaltado, a través de los cristales de las ventanillas, y el esmalte blanco del túnel le indicó que no habían llegado aún a la estación.

Aquel alto inesperado podía obedecer a muchas causas; y, teniendo esto en cuenta, ni se dejó dominar por el temor de una catástrofe, ni tampoco observó que los demás viajeros del mismo coche dieran gran importancia al incidente. Después de algunos momentos de silencio pudo oír el murmullo de las conversaciones que habían comenzado de nuevo en el compartimiento inmediato.

Súbitamente repercutió en las paredes del túnel el vocerío lejano de estruendosas aclamaciones, que se percibía a cada instante con mayor claridad. Reinó el silencio en el interior del vehículo, y al instante siguiente pasó como un relámpago por la línea inferior un coche que retrocedía a la estación. «Algo extraordinario debe ocurrir»--pensó Percy; --y, dominado por esta idea, se levantó, salvó la distancia que le separaba de la ventana, abierta en la extremidad opuesta, y se puso allí a escuchar el ruido que venía de fuera. Nuevamente resonó la gritería anterior, mezclada con el ingente zumbido de los rieles; y otro de los coches delanteros giró, pasando a la línea de regreso, seguido casi inmediatamente por un tercero. Percy advirtió entonces que su coche después de una ligera sacudida, iniciaba a su vez el movimiento de retorno.

En el departamento próximo resonaba también ahora alboroto de voces; y cuando el sacerdote penetró en él para inquirir la causa, halló que la media docena de viajeros del mismo se habían puesto todos a las ventanillas y ni siquiera se daban cuenta de la entrada de un extraño. Persuadido, pues, de que en aquel lugar no encontraría la información que necesitaba, se quedó de pie en la puerta, pensando en la sensible demora que había de sufrir el desempeño de su cometido, en el caso de ocurrir alguna avería en la línea.

Por dos veces se detuvo el carruaje, volviendo a seguir su curso, hasta que, por último, salió a la plataforma de paradas e hizo alto en un punto, distante un centenar de metros del de partida. Ya no cabía duda de que había sobrevenido algún grave trastorno. En el instan-

te de abrir la portezuela llegó a sus oídos un rumor sordo e inmenso, semejante al del mar, azotado por la tormenta; y cuando se hubo apeado y dirigido la vista a la estación, comenzó a comprender la causa de lo que ocurría.

En todo el espacio de la enorme zanja, en que estaba sepultada la línea, hormigueaba una muchedumbre incontable que henchía por completo los andenes. Las escalinatas supletorias, de veinte metros de anchura, usadas sólo en casos excepcionales, negreaban con los ríos de gente que se precipitaba por ellas en busca de vehículo. De cada nuevo autoeléctrico que llegaba, salían pelotones de viajeros, que corrían a engrosar la masa de curiosos allí reunida.

El bullicio era indescriptible, mezclándose las aclamaciones de los hombres con los gritos de las mujeres, las señales de aviso de las máquinas y el agudo clamor de las trompetas. Se abrió luego la puerta que daba acceso a uno de los ascensores, reservado para los usos oficiales, y un reducido grupo de gente penetró por ella. Percy dejó de mirar a la multitud, atraída su atención por un resplandor que despertaba vivamente la curiosidad: allá, en lo más alto de la fachada principal de la estación, al pie mismo de la gran esfera luminosa del reloj, en el cuadro de anuncios oficiales, brillaba en letras de fuego un rótulo que decía en esperanto y en inglés:

CLAUSURA DEL CONGRESO DE ORIENTE

PAZ Y NO GUERRA

ESTABLECIDA LA FRATERNIDAD UNIVERSAL

FELSENBURGH EN LONDRES ESTA NOCHE

Percy leyó diez veces seguidas la precedente inscripción, antes de moverse del sitio en que se hallaba, fascinado como por un espectáculo sobrenatural del que, por otra parte, no sabía si denotaba el triunfo del cielo o el del infierno.

Más de dos horas necesitó el sacerdote para abrirse paso a través de la multitud hasta llegar a casa de Oliverio. De nada le sirvió exponer a los empleados y agentes de orden público, que parecían locos y como fuera de sí, la urgente necesidad que tenía de llegar cuanto antes al empalme. Desde que, a pesar de las precauciones del gobierno, se hizo pública la noticia de que Felsenburgh asistiría a la gran asamblea convocada para aquella misma noche en el Templo de Pablo, todo el mundo corría a los ascensores y escalinatas tratando de salir cuanto antes a las calles de la ciudad. El gentío arrollaba cuanto se le ponía delante, sin hacer caso alguno de reclamaciones, súplicas ni amenazas. Un hombre cayó muerto, víctima de un ataque al corazón, al pie de uno de los asientos del andén, y allí yacía su cadáver sin que nadie se preocupara de recogerlo.

Percy tuvo que luchar desesperadamente para no dejarse arrastrar por el alud de gente que se precipitaba en dirección opuesta; con mucho trabajo fue pasando de una plataforma a otra preguntando por el primer auto--eléctrico que saldría para Cróydon. No era fácil encontrar alguno que prestara este servicio, porque hasta los coches retirados por inservibles, así como también otros traídos de los alrededores, partían rápidamente en dirección a Londres cargados de gente entusiasta que Aclamaba frenéticamente a Felsenburgh. Los andenes se llenaban y vaciaban sin cesar, durando la afluencia de viajeros hasta media hora antes de la media noche.

Al cabo se encontró solo, sin sombrero, con el vestido desgarrado, exhausto y corriéndole el sudor por todas partes. No sabía qué juicio formar de la sensacional noticia que tan honda conmoción había cansado en el público. Evidentemente la guerra hubiera sido una catástrofe espantosa; pero el sacerdote preveía otras cosas mucho peores todavía. Porque ¿cuáles podían ser las consecuencias de una paz universal, basada en otros principios que los traídos por Cristo a la tierra? Y, en medio de todo, ¿no sería la mano de Dios la que

dirigía este movimiento? Cuestión era ésta imposible de resolver... Y el alma de aquel extraordinario movimiento, el autor de aquel hecho trascendental, sin semejante en la historia de la civilización, era Felsenburgh, el misterioso personaje cuyos antecedentes nadie conocía.

¿Qué clase de hombre era éste? ¿Cuáles eran su carácter sus aspiraciones, sus procedimientos? ¿Qué partido pensaría sacar de su triunfo...? Las interrogaciones pasaban por delante del espíritu de Percy como un reguero de chispas, cada una de las cuales podía muy bien ser inofensiva, y podía también producir en el mundo la más espantosa conflagración. Mas, por el momento, lo que a él debía preocuparle era la reconciliación de una anciana que ansiaba ponerse a bien con Dios antes de morir...

Llegado que hubo a la casa de Oliverio, oprimió dos o tres veces el botón del timbre, sin que nadie saliera a recibirle. Al cabo apareció una luz en el primer piso, y advirtió que alguien le observaba desde arriba.

--Se me ha enviado recado de que viniera--explicó Percy en voz alta a la criada.--He debido estar aquí a las veintidós, pero no me ha sido posible por entorpecimiento de la vía.

La sirviente balbuceó precipitadamente una pregunta.

--Sí--respondió Percy.--Todo peligro de guerra ha desaparecido; y, según parece, tendremos la paz universal. Pero haced el favor de guiarme a las habitaciones superiores.

Al atravesar la antecámara, el sacerdote experimentó algo así como vergüenza de ejecutar una acción culpable. Aquella casa era la del famoso comunista Brand, tan célebre dentro y fuera del país por sus elocuentes diatribas contra el supernaturalism o, y en especial contra el Dios de la religión católica. ¿Cómo podía él, sacerdote de esa religión, introducirse en aquella morada furtivamente y al amparo de las sombras de la noche...? Bien, en todo caso, no era suya la culpa; la responsabilidad correspondía al que le había suplicado con instancias que viniera.

Al llegar a la puerta de una habitación del primer piso, la criada se volvió hacia él preguntando:

--¿El señor es médico?

--Ese es asunto de mi incumbencia--respondió secamente Percy, y abrió la puerta.

Un grito ahogado de sorpresa salió del interior de la estancia, antes que Percy tuviera tiempo de cerrar, después de haber entrado en la alcoba.

--¡Oh! ¡gracias a Dios!--exclamó la enferma.--Yo creí que me habíais olvidado. ¿Sois sacerdote?

--Sí lo soy, señora. ¿No os acordáis de haberme visto en la catedral?

--Sí, sí; allí os vi cuando estabais haciendo vuestra oración. ¡Dios sea bendito!

Percy observó, durante unos momentos, a la enferma, fijando su atención en el color encendido del rostro, en el brillo de sus ojos hundidos y el temblor continuado de sus manos. Las frases de la anciana no podían ser más sinceras.

--Ahora, hija mía, decidme qué deseáis.

-- Confesarme.

Percy se puso sobre los hombros su cordón morado y tomó asiento a la cabecera del lecho.

.....

Pero la señora no daba señales de dejarle marchar, después de terminada la confesión.

--Decidme, Padre. ¿Cuándo me traeréis el Viático? El sacerdote vaciló.

--Supongo que vuestro hijo y su señora no conocen nada de esto.

--No, Padre mío.

--¿Estáis muy grave?

--No sé, Padre; no quieren decirme nada, pero a veces me faltan las fuerzas hasta el punto de que me veo morir. Creí no salir de la noche pasada.

--Y ¿cuándo deseáis que os administre la sagrada comunión? Lo haré cuando queráis.

--Os enviaré a llamar dentro de uno o dos días. Padre, ¿deberé decirle algo a Oliverio?

--Vos veréis si es conveniente, pero no tenéis obligación ninguna.

--Si creéis que la tengo, lo haré.

--Bien; reflexionad sobre ello, y comunicadme vuestra decisión...

¿Tenéis noticias de los últimos sucesos?

La enferma respondió afirmativamente con un movimiento de cabeza, pero mostrando a la vez mucha indiferencia. Percy se avergonzó de haber hecho semejante pregunta; y pensó luego que, después de todo, la reconciliación de un alma con Dios era asunto de mayor importancia que la reconciliación del Oriente con el Occidente.

--La nueva situación de las cosas ha de influir favorablemente en favor de vuestro hijo, a quien, sin duda, le espera un brillante porvenir.

La anciana le escuchaba en silencio y sonriendo ligeramente. Percy admiraba, entre tanto la expresión juvenil de aquel rostro ajado par la mano del tiempo. Súbitamente la señora Brand frunció el ceño y repuso:

Padre, sentiría obligaros a permanecer aquí más de lo debido; pero ¿sabéis quién es el célebre pacificador cuyo nombre corre de boca en boca?

¿Felsenburgh?

--Sí.

--Nadie le conoce. Mañana espero verle, porque esta misma noche ha llegado a Londres.

La anciana miró de un modo tan extraño, al acabar Percy de pronunciar las anteriores palabras, que el sacerdote la creyó acometida de un vértigo. Su semblante reflejaba un sentimiento de terror angustioso.

--¿Os ponéis peor, hija mía?

--¡Oh! No es eso. ¡,Qué misterio tan horrible, Padre mío! Pero no me podrá causar daño alguno. Yo estoy ahora en salvo. Soy católica...

--Sin duda, hija mía, estáis en salvo. Pero ¿por qué decís eso? ¿Qué daño puede causaros ese hombre?

En el semblante de la enferma persistía la misma expresión de horror; y entonces Percy le dijo:

--No debéis entregaros a imaginaciones vanas--añadió. Tened confianza en nuestro divino Salvador. ¿No veis que Felsenburgh en nada puede perjudicaros?

El sacerdote hablaba a su penitenta como a un niño. Pero los labios marchitos de aquélla se hallaban contraídos por el terror, y sus ojos vagaban en la oscuridad de la cámara con marcada expresión de espanto.

--¿Os sentís mal, hija mía? ¿Deliráis?

La anciana respondió negativamente con un brusco y enérgico movimiento de cabeza, y Percy comenzó a sentir cierto aprensivo sobresalto. ¿Qué era aquello? ¿Por qué el nombre de Felsenburgh había de parecerle a su confesada tan siniestro? Entonces recordó su última conversación con el Padre Blackmore, y los recelos y sospechas que en aquella ocasión se habían apoderado de su espíritu, reaparecieron nuevamente. Hizo luego un esfuerzo para dominarse, y se sentó.

--Vaya, decidme con franqueza--insistió: --habéis soñado sin duda. Veamos, si os place, en qué consiste ese sueño. Se incorporó una vez más la señora Brand en la cama, mirando siempre con espantados ojos a su alrededor, y alargó una de sus enjutas manos al sacerdote.

--¿Está bien cerrada la puerta, Padre mío? ¿No nos escucha nadie?

--No, hija mía, no. ¿Por qué tembláis así? No deis crédito a las supersticiosas ficciones de vuestra fantasía.

--¡Oh! no. Esto no son visiones imaginarias, Padre. Me he hallado con el espíritu en una gran casa de estilo antiguo y envuelta toda en tinieblas; no recuerdo haber visto en mi vida un edificio como aquél. Me parecía que yo era una niña y que tenía miedo de alguna aparición del otro mundo... Todos los corredores y pasillos estaban obscuros y yo pedía a gritos una luz; mas por ningún lado aparecía la más leve claridad. Entonces oí hablar y me dirigí al sitio donde sonaba ruido de voces humanas. Una vez allí, me detuve y... aproximaos, Padre... a mis oídos llegaron, claras y distintas, las siguientes palabras, pronunciadas por Felsenburgh, porque él era quien conversaba allí con otros...: «Yo soy--dijo, --el supremo poder, la fuerza incontrastable del mal... »

Un portazo violento, que sonó en la planta baja, cortó la palabra de la enferma; oyéronse pasos en la antesala, y Percy se levantó precipitadamente.

--¿Quién es?--preguntó el sacerdote.

Dos personas conversaban en voz baja en la escalera inmediata.

--Son mi hijo y su esposa--dijo la señora Brand.--Y bien, Padre mío; ahora...

La anciana fue interrumpida de nuevo por una voz fresca de mujer que decía al otro lado de la puerta:

--Todavía hay luz en su habitación; ven aprisa, Oliverio pero no hagas ruido.

Luego la puerta se abrió,

Una exclamación de asombro, seguida de breves instantes de silencio, señaló la entrada en la estancia de una joven esbelta, en cuyo rostro nada vulgar brillaba la más intensa emoción. La recién venida avanzó hacia la cama de la enferma, y en pos de ella entró también un hombre, a quien Percy reconoció enseguida por haberle visto muchas veces retratado en diarios y revistas. Del lecho donde yacía la anciana salió un apagado murmullo, a que el sacerdote impuso silencio levantando la mano.

--¿Qué decíais, madre?--preguntó Mábel y se quedó mirando de hito en hito al intruso, de semblante joven y cabellos blancos.

Oliverio experimentó también viva sorpresa, al tropezar con aquel desconocido en su casa.

--¿Quién es este señor?--interrogó con marcada extrañeza.

--Oliverio--se apresuró a contestar Mábel, --éste es el sacerdote que vi en...

--¡Un sacerdote...!--interrumpió Oliverio avanzando un paso.--¿Cómo se explica? ¿En mi casa?

--En efecto, señor, soy sacerdote--afirmó Percy, no sabiendo qué partido tomar en aquella situación imprevista

De nuevo se oyeron algunas palabras, pronunciadas en voz débil y confusa, las cuales procedían del lugar donde estaba la enferma, y Percy se volvió un poco hacia ella para recomendarle silencio con un gesto.

Entre tanto, la joven se desabrochaba maquinalmente el corchete del guardapolvo que llevaba sobre su vestido blanco.

--¿Le habéis enviado a llamar vos, madre?--interrogó de nuevo el hombre, temblándole la voz y con un estremecimiento general en todo el cuerpo.

Mábel se interpuso entre el sacerdote ysu marido y dijo a éste tomándole la mano:

--Serénate, Oliverio. ¿Y vos, señor...?--continuó, dirigiéndose a Percy.

--Repito que soy un sacerdote --respondió el último haciendo un supremo esfuerzo para dominarse.

--Y entonces ¿cómo os habéis atrevido a penetrar aquí?--¿Me juráis que sois lo que habéis dicho? ¿Desde cuando estáis en esta casa?

--Desde media noche.

--¿Y no seréis un...?

Mábel se colocó frente a su marido.

--¡Oliverio!--le dijo.--Estamos en el cuarto de tu madre enferma. No es éste lugar que permite ruidos ni violencias de ningún género. ¿Tendríais a bien bajar al salón, señor?

Este dió un paso hacia la puerta, y Oliverio se apartó un poco para dejarle pasar.

--¡Que Dios os bendiga! dijo el sacerdote despidiéndose de la anciana, que seguía

murmurando frases imperceptibles.

Salió luego y aguardó en el corredor.

Mientras permanecía allí, oyó que los dos esposos conversaban en voz baja, pero con acaloramiento, descollando el acento compasivo de la joven, que parecía interesarse vivamente por evitar una desgracia. Bien pronto se le incorporó Oliverio, todo tembloroso y lívido; al pasar junto a él le indicó por señas que bajase al primer piso.

Todo ello le parecía a Percy un sueño increíble; ¡tan inesperado y opuesto al curso ordinario de la vida se le representaba aquel conjunto de incidentes a cuál más conmovedores! Oprimíale, al propio tiempo, la vergüenza de la desairada situación en que le colocaban las circunstancias, y le contrariaba, no poco, el convencimiento de haber cometido una imprudencia imperdonable. La única satisfacción que le confortaba algún tanto, era la de haber podido desempeñar su misión de paz cerca de la enferma, antes de sobrevenir la muerte.

Cuando llegaron al salón, Oliverio oprimió el resorte que ponía en actividad los focos de luz solar, e invitó al sacerdote a que tomara asiento, mientras él permanecía de pie, junto al velador del centro, con las manos hundidas en los bolsillos de su chaqueta. Siguió un intervalo de silencio, durante el cual Percy recorrió maquinalmente con la vista los pormenores todos de la sala: la alfombra, de un verde oscuro y lustroso, que tapizaba el pavimento; las elegantes consolas cargadas de floreros, y la finísima estantería con labores de talla que formaban una especie de friso combinado con la ornamentación sencilla, pero exquisita, de los muros. La pieza entera se hallaba impregnada del aroma exhalado por las rosas de los jarrones, a pesar de que las ventanas, abiertas de par en par, daban libre acceso al ambiente exterior, y la brisa de la noche agitaba incesantemente las cortinas. Más bien que sala de visitas, parecía el cuarto íntimo de una mujer de gustos refinados.

Pocos instantes bastaron al sacerdote para hacerse cargo de todos los pormenores del local. Le tocó enseguida el turno en este rápido examen a la persona del joven y popular orador; y los rasgos de su personalidad desfilaron, uno por uno, ante la penetrante y rápida mirada de Percy, que midió en breves instantes la estatura de Oliverio, poco superior a la media, y apreció su complexión enjuta y nerviosa, la tiesura de su continente, la curva elegante de la mandíbula inferior, la prolongación de la nariz, el color azabache de sus cabellos, la expresión idealista de sus ojos, protegidos por el perfil saliente de las cejas que guarnecían la base de una frente despejada y espaciosa. Aquella cara era la de un poeta, y denunciaba un carácter enérgico y vigoroso. Al abrirse la puerta de nuevo y penetrar Mábel, el sacerdote se puso de pie.

La joven se llegó a su esposo, y, poniéndole una mano sobre el hombro, dijo:

--Siéntate, querido. Tenemos que hablar un rato. Haced el favor de tomar asiento, señor--añadió dirigiéndose a Percy.

Sentáronse los tres: Percy a un lado del velador, mientras Oliverio y su esposa ocuparon el pequeño canapé situado en la parte opuesta.

La joven continuó:

--Es preciso arreglar este asunto enseguida; pero sin alborotos ni escándalos de ninguna clase. ¿Me entiendes, Oliverio? No quiero dramas ni incidentes de tragedia. Déjalo todo por mi cuenta.

Mábel hablaba con un dominio y serenidad, que no dejaban traslucir el menor indicio de sarcasmo. la expresión de su voz era cariñosa y sincera.

--Oye, querido--prosiguió hablando con su esposo.--Vas a hacerme el favor de no mi-

rar de ese modo a este caballero, cuya responsabilidad quizá es menor de lo que te figuras, y que ningún daño te ha hecho.

--¡Ningún daño!--murmuró el otro.

--Ninguno, absolutamente ninguno. ¿Qué nos importan las creencias de nuestra pobre enferma? Y bien, señor--dijo Mábel volviéndose a Percy--¿queréis decir a qué habéis venido a esta casa?

Percy respiró con mayor tranquilidad, a pesar del apuro en que le ponía la pregunta anterior.

--He venido, señora, con objeto de restituir al seno de la Iglesia a una persona que, hace tiempo, le perteneció.

--¿Y lo habéis hecho así? --Lo he hecho.

--¿Hay algún inconveniente en que sepamos cuál es vuestro nombre?

Percy vaciló un instante, pero luego se decidió a complacer la curiosidad de su interlocutora.

--Absolutamente ninguno replicó.--Me llamo Franklin.

--Ah, ya: el Padre Franklin repuso Mábel, poniendo un dejo de ironía en la pronunciación de la palabra «Padre.

--Sí. El Padre Franklin es uno de los familiares del Arzobispo de Westminster dijo el sacerdote con acento firme.

--Perfectamente. Pero ¿cómo habéis venido aquí? Quiero decir, ¿habéis venido por vuestra voluntad, o porque os han llamado?

--He sido llamado por la señora Brand.

--Bien, pero ¿de qué manera?

--Esto es lo que siento no poder manifestaros, señora.

--Dejémoslo, pues. Y ¿podríamos saber, a lo menos, qué beneficios reporta el ser recibido en la Iglesia?

--Algo extraña me parece la pregunta; pero, en fin, no quiero dejar de satisfaceros. El beneficio que reporta, es la reconciliación del alma con su Creador.

--¡La imbécil patraña de siempre!--intervino Oliverio furioso.

Percy se levantó bruscamente de su silla, pero Mábel se apresuró a rogarle que esperara con calma unos momentos más.

--Dispensad, Padre Franklin; pero ¿qué mal puede haber en que nos informemos de vuestras doctrinas y ritos? ¿Queréis explicarme en qué forma habéis llevado a cabo esa reconciliación?

--Señora, no acabo de comprender el objeto de tales preguntas.

La joven le miró con ojos asombrados, y puso su brazo sobre los hombros de Oliverio.

--¿Hay alguna ley de la Iglesia que os vede contestar? ¿Por qué receláis tanto que deseemos conocer vuestras prácticas?

--Oh, no es eso, señora. Mas, si verdaderamente deseáis instruiros sobre el particular, os diré que he oído en confesión a la enferma, y le he dado luego la absolución.

--¿Y con eso habéis terminado?

--La reconciliada puede recibir además el Viático y la Extremaunción.

Esta vez Oliverio no se pudo contener, y dio un salto en la silla con los puños crispados.

--¡Oliverio! ¡Vida mía!--exclamó la joven en tono suplicante.--¿Me negarás la satisfacción de arreglar por mi cuenta el asunto? Y entonces--continuó dirigiéndose al Padre Franklin, --¿tendréis que dar también a mi madre esas otras cosas?

--No son absolutamente necesarias--contestó el sacerdote, sintiendo en su interior la convicción de que la partida que jugaba estaba perdida de antemano.

--Pero querríais terminar vuestra obra, ¿no es verdad?

--Seguramente, en el caso de ser posible. De todos modos, lo verdaderamente sustancial está ya hecho.

Percy necesitó el dominio entero de sí mismo para conservar su sangre fría. Sentíase en la condición de un combatiente que se hubiera armado de pesada coraza de acero para luchar con un enemigo que se moviera con la agilidad de un acróbata sin que su cuerpo, formado de una sustancia aérea e inconsistente, ofreciera blanco sólido a los golpes del adversario. La ingenua superficialidad de la joven le desconcertaba. Casi habría preferido entenderse con el irritado Oliverio, aun a riesgo de que las cosas llegaran al terreno de la violencia.

--¡Perfectamente!--añadió Mábel-- Con dificultad podéis esperar el permiso de mi esposo para volver a esta casa. No obstante, debo deciros que, por mi parte, me complazco en que hayáis cumplido vuestro deber respecto de la enferma. A no dudarlo, habrá sido una satisfacción para vos, Padre Franklin, y también para la pobre criatura. En cuanto a nosotros... --y al decir esto apretó expresivamente el brazo de Oliverio, --en cuanto a nosotros, no le concedemos la menor importancia. ¡Ah! pero queda todavía otro punto que tratar.

Percy guardó silencio, en espera de lo que Mábel se proponía añadir.

--Vosotros los cristianos... Dispensadme si halláis algo desagradable en mis palabras; pero el hecho es que vosotros los cristianos tenéis fama de contar el número de vuestros adeptos, y pregonar por todas partes las conversiones que hacéis. Pues bien, desde luego podríais estar seguro de nuestro agradecimiento, Padre Franklin, si nos dierais vuestra palabra de no publicar este caso. Los perjuicios que se le irrogarían a mi marido serían considerables.

--La señora Brand... comenzó a decir el sacerdote.

--Un momento... Ya veis que no os hemos tratado mal; que no hemos apelado a la violencia; y además os prometemos que nos abstendremos en absoluto de dirigir ninguna reconvención a nuestra madre. ¿Nos juraréis vos, en cambio, guardar el secreto?

Percy había tenido tiempo sobrado, mientras la joven hablaba, para considerar la licitud de la petición, y así contestó inmediatamente:

En efecto, señora, os lo prometo con toda seriedad.

Mábel suspiró con íntima satisfacción.

--¡Bien! Os quedamos muy agradecidos... Yo creo que no me extralimito al deciros que, después de haberlo pensado maduramente, quizá halle mi esposo medio de permitiros volver a visitar a la pobre anciana; sin duda, le proporcionaréis con ello un gran consuelo.

Oliverio hizo un movimiento brusco, rechazando el brazo de Mábel.

--Pero... lo pensaremos. En todo caso, nosotros conocemos vuestra dirección y nos es fácil avisaros... Y a propósito, ¿regresaréis a Westminster esta noche?

El interrogado contestó afirmativamente con una inclinación de cabeza.

--¡Ah! Espero que lograréis abriros paso hasta allí; pero vais a encontrar a Londres enteramente revuelto. Quizá tengáis noticia de la llegada de...

--¿Felsenburgh?--interrumpió Percy.

--Sí, Juliano Felsenburgh--repuso Mábel brillándole los ojos de entusiasmo.-- ¡Juliano Felsenburgh! --repitió con acento de profunda admiración.--Ya veo que no ignoráis su llegada a Londres. Va a permanecer algún tiempo en Inglaterra,

Percy experimentó un ligero estremecimiento, al oír mentar al misterioso personaje.

--A lo que yo alcanzo, tendremos paz para largo tiempo.

Se levantó la joven y su marido con ella.

--Sí--prosiguió en un tono en que se advertía cierta compasión hacia el sacerdote, --habrá paz. Paz, al fin, después de tantos amagos de una guerra universal. (Mábel avanzó un poco hacia Percy, con el rostro encendido de entusiasmo.) Volved a Londres, Padre Franklin y procurad enteraros bien de lo que pasa. Acaso os quepa la dicha de conocer al gran hombre, y lleguéis entonces a comprender por qué nos hemos portado así con vos, por qué no podéis infundirnos el menor recelo, por qué permitimos de buen grado que nuestra madre se conduzca como mejor le plazca. Oh, seguramente lo comprenderéis, Padre Franklin, si no esta noche, mañana, si mañana tampoco, por lo menos dentro de breve tiempo.

--¡Mábel!--exclamó su marido

La joven giró en redondo, y, encarándose jovialmente con su esposo, le tapó la boca con la mano.

--¿Qué me importa decirle lo que siento, querido mío? Déjale que vaya y lo vea por sí mismo. ¡Adiós, Padre Franklin!

Al dirigirse a la puerta de salida y oír el sonido de un timbre en la habitación más inmediata, Percy se volvió un instante y vio a la enamorada pareja envuelta en un nimbo de luz que la presentaba como transfigurada. La joven, de pie al lado de Oliverio, ciñendo el cuello de éste con uno de sus brazos, se mostraba radiante de hermosura; y en el rostro del varón no quedaba huella alguna de cólera, brillando en su lugar la expresión de una confianza y orgullo sobrenaturales. Ambos sonreían

Percy abrió la puerta y se alejó, desapareciendo a poco en la clara y tibia noche de verano.

El sentimiento dominante en el ánimo del sacerdote al regresar a Londres, entre la compacta multitud de viajeros que llenaban materialmente el auto--eléctrico era de temeroso recelo. La inquietud angustiosa que le embargaba apenas le permitía darse cuenta de lo que a su alrededor se decía, ni concederle interés de ningún género. Únicamente sacó en limpio de todo ello que en Londres habían ocurrido manifestaciones delirantes de júbilo, y que Felsenburgh había pronunciado un discurso aquella noche en el Templo de Pablo.

Le inspiraba no escasa desconfianza la Forma en que había sido tratado en casa del diputado comunista, Y se preguntó con insistencia una vez y otra a qué causa podía obedecer semejante conducta; se le antojaba que en todo ello intervenía algún agente sobrenatural; y, desde luego tenía la evidencia de que sus nervios estaban excitados hasta el punto de serle imposible conciliar el sueño. Apenas podía creer que viajaba en un carruaje repleto de gente a las dos de la madrugada un día de verano.

Hasta tres veces se detuvo el coche por los trastornos que había sufrido la vía, y los obstáculos con que tropezaba el vehículo a cada instante: aquí un grupo de gente que corría a través de la línea en busca de los ascensores o de las escalinatas de salida; allí dos carruajes destrozados; más allá un montón de ropas abandonadas. Percy oía medio distraído las aclamaciones y gritos que resonaban en todas partes.

Cuando se apeó en el andén, halló el mismo alboroto y confusión de dos horas antes; carreras, voces, disputas acaloradas, atropellos y revuelto oleaje de muchedumbre inmensa. El cadáver que había visto tirado debajo del asiento continuaba en el mismo abandono. La inscripción de caracteres de fuego que ardía al pie de la esfera del reloj conmovió de nuevo su espíritu con el maléfico influjo que sobre él parecía ejercer el nombre de Felsenburgh. Por fin llegó al ascensor, y un minuto después bajaba por la escalera que conducía desde la sala de espera de la estación a la plaza de carruajes.

El cuadro que desde allí se contemplaba era de lo más pintoresco y magnifico que la imaginación puede concebir. Las miríadas de globos luminosos esparcidos en el área inmensa de la ciudad gigante comenzaban a palidecer por efecto de la claridad de la aurora, que tendía por la parte de Oriente su amplio cendal de nítida blancura; pero el brillo del alumbrado artificial era aún bastante intenso para dar a las calles el aspecto de una vasta red de canales incandescentes que afluían a la monstruosa mole del viejo palacio real, todo él hecho un incendio con los innumerables focos artísticamente distribuidos en la extensión de sus fachadas y descollando como una montaña de luz sobre los edificios de alrededores.

En la calle recta e interminable que primero se ofreció a la vista de Percy, la muchedumbre se extendía sin límites como una masa negra, formando un sólido pavimento de cabezas humanas. El ruido era ensordecedor, el vocerío de la gente se mezclaba con el agudo toque de las cornetas, el redoble de los tambores, el chirrido que producía el incesante frotar de los pies contra el engomado piso y la sorda vibración de los carruajes, fundiéndose ello en una especie de trueno solemne, abrumador, inmenso.

De allí a poco se halló Percy en un lugar donde le era imposible dar un paso. Arrastrado a la ventura, ya en una dirección, ya en la opuesta, vino por fin a parar cerca de un tramo de escaleras que conducían al patio de la vieja estación, solar entonces abandonado y vacío, sito entre la ancha avenida del palacio y la calle de Victoria. A su derecha se alzaba, proyectándose sobre el fondo sombrío del cielo, el remate del campanario de la catedral, también iluminado. Con no pequeño trabajo logró asirse a uno de los pilares de la escalera mencionada, y allí aguardó, tratando, no de analizar sus impresiones, sino de absorberlas.

Figurábase que él también había entrado a formar parte integrante de aquella entidad multiforme que se agitaba a su alrededor como un mar tempestuoso. El aire parecía magnetizado, y le producía el efecto de estarse verificando a su vista una maravillosa transformación que fundía a cada instante millares de células individuales en la masa de una

personalidad gigantesca, dotada de un sólo querer, una sola emoción y un solo cerebro. El ingente clamoreo que atronaba el espacio era el signo exterior con que se manifestaba el proceso de la acción creadora.

Percy contemplaba las contracciones y estremecimientos del monstruo, cuyos miembros alargados se enroscaban a modo de tentáculos de pulpo alrededor de las construcciones de la ciudad, y le veía agitado por una angustiosa inquietud, presintiendo el advenimiento de algo grande y desconocido. Aquella ansia insaciable no sabía a ciencia cierta cuál era el objeto de sus anhelos, ni siquiera trataba de averiguarlo; pero sí sabía que era algo capaz de coronar sus aspiraciones, fijándolas y satisfaciéndolas para siempre.

El sacerdote se preguntó entonces dónde había asistido él a un espectáculo semejante, y recordó muy luego que en cierta ocasión había visto en sueños al género humano en el día del Juicio Final, congregado a los pies de Jesucristo... ¡Jesucristo! ¡Cuán empequeñecida, cuán obscura y extraña a todo aquel torbellino de vida se le presentaba ahora la figura del pobre carpintero de Nazaret! Abrió los ojos para contemplar el campanario, y le vino a la memoria que en lo alto de la aguja se guardaba un trozo de la verdadera Cruz, una astilla del madero en que el manso profeta de Judea había expirado veinte siglos antes... ¡La fecha era sin duda bien remota...!

No acababa de comprender el cambio de ideas y sentimientos que se estaba operando en su espíritu. «¡Jesús!--exclamó--¡sed mi Salvador, no mi Juez!» y se asió con mayor fuerza al pilar que le servía de defensa contra el empuje arrollador de la multitud; pero su jaculatoria se desvaneció como un suspiro, entre las violentas ráfagas de vida humana que soplaban con furia de todas partes... Él había celebrado aquella mañana el incruento sacrificio; y lo había hecho creyendo en su verdad, con fe difícil pero sincera, y ahora le asaltaban dudas y vacilaciones; ahora...

Tratar de sondear lo venidero era tan inútil como volver los ojos hacia el pasado. ¿Existía acaso lo futuro? ¿Existía lo que había dejado de ser? Él no veía más que un solo instante presente, final, eterno...

Una sacudida, más fuerte que las otras, le sacó de aquella abstracción, devolviéndole al mundo de la realidad. Clareaba el día con un resplandor suave, que, a pesar de su magnificencia, no lograba vencer el deslumbrante brillo de las iluminaciones encendidas en todas las calles cíe la ciudad. «¡No necesitamos el sol!--murmuró Percy con una sonrisa de lástima--ni el sol ni otra clase de candela prestada: tenemos nuestra luz sobre la tierra, la luz que alumbra a todo hombre que viene a este mundo. »

La torre del campanario se ocultaba ahora en la lejanía, esfumándose en la palidez mate que teñía el ciclo por la parte de Oriente: parecía un luchador de otras edades que huía a esconderse en su vieja guarida, asustado de los resplandores del nuevo día.

Al fijar de nuevo su atención en los rumores de la ciudad, creyó percibir allá lejos, hacia Oriente, el principio de un extraño silencio.

Levantó la cabeza para oír mejor, cuando un hombre que estaba a su espalda rompió a hablar confusa y precipitadamente... ¿Por qué interrumpía de ese modo su observación? ¿Por qué no le dejaba oír aquel silencio...? El hombre calló enseguida, y entonces a inmensurable distancia, comenzó a sonar un murmullo suave, semejante al producido por la marea; el ruido avanzaba incesantemente hacia donde estaba Percy, y éste lo sintió acercarse y penetrar en sus oídos. Era como el respirar de un gigante cuya presencia invisible le envolvía y dominaba.

El sacerdote, sin poder evitarlo exhaló un grito de terror; por sus nervios y sus venas circulaba un fluido enervante, una influencia extraña que le trastornaba. Dirigió la vista a lo largo de la gran calle que tenía frente a él, y comprendió la causa de su agitación.

Un objeto delgado y pisciforme, blanco como la leche, fantástico como una sombra, bello como la aurora, aparecía en el horizonte a media hora de distancia. Giró torciendo su curso, y avanzó en dirección a Percy, flotando al parecer en la misma ola de silencio por él engendrada. Aquella maravillosa aparición se acercaba cada vez más y más, siguiendo la línea de la calle, con las alas tendidas a la altura de menos de siete metros por encima de la multitud. Se oyó, un suspiro gigantesco, luego todo enmudeció.

Cuando Percy recobró el absoluto dominio de sí mismo --porque su voluntad y sus facultades superiores habían quedado suspensas en presencia del extraño objeto--éste se aproximaba sin cesar.

Cien veces había visto el sacerdote otros voladores parecidos; pero el que ahora estaba contemplando se diferenciaba de todos los demás.

Entre tanto el fascinador aparato continuaba poco a poco su curso, meciéndose en el aire como una gaviota sobre el mar. Percy pudo percibir su suave aleteo, las barras de la barandilla inferior, la figura inmóvil del piloto, el blando soplo engendrado por el giro de la hélice, y finalmente vio lo que principalmente le interesaba en el fondo de la cubierta alzábase una silla forrada también de blanco, que llevaba en el respaldo una insignia visible, pero desconocida; y sentado en esta silla, aparecía, un hombre solitario y rígido como una estatua.

No hizo señal alguna al navegar sobre la muchedumbre que llenaba la calle; su vestidura negra resaltaba vigorosamente sobre el níveo Fondo que le rodeaba; y Percy observó ahora que la cabeza erguida de la figura misteriosa se volvía de un lado a otro con tranquila gravedad.

Se acercó todavía más, rodeado de profundo silencio; y en uno de los movimientos que hacía para mirar ora a la derecha, ora a la izquierda, se le presentó de frente a Percy por un instante el rostro de aquel ser extraordinario, plenamente Iluminado por uno de los focos de las inmediaciones.

Era un semblante pálido, de facciones enérgicas, de aspecto juvenil, con cejas arqueadas y negras, labios finos y cabello blanco.

Sólo breves instantes permaneció a vista del sacerdote, porque un nuevo movimiento le ocultó por completo a sus miradas; el piloto corrigió el rumbo del bajel, y éste obedeciendo a la maniobra, dobló la esquina y navegó en dirección a palacio.

Resonó de pronto en los aires un grito de histérica angustia; y el tempestuoso vocerío estalló otra vez con redoblada intensidad.

EL COMBATE

Al día siguiente por la tarde Oliverio Brand leía, sentado en su despacho, el artículo de fondo que publicaba el último número de *El Pueblo Nuevo*.

Hemos tenido tiempo--decía el popular diario--de recobrar un poco de calma, después de la delirante embriaguez de la noche anterior. Antes de aventurarnos en augurios proféticos, más o menos fundados y verosímiles, convendrá pasar revista a los últimos acontecimientos. Hasta la tarde ayer persistía nuestra ansiedad con respecto al asunto de la crisis de Oriente; y, a la hora veintiuna, apenas había aún en Londres más de cuarenta personas--precisamente los delegados ingleses de la Comisión, --que tuvieran noticias ciertas de haber desaparecido el peligro.

Durante la media hora siguiente, el gobierno adoptó algunas medidas oportunas: la notificación del resultado conseguido en favor de la paz a un reducido número de personas escogidas; el apercibimiento de la policía y de una media docena de regimientos a fin de asegurar el orden; el arreglo del Templo de Pablo, en cuyo amplio y magnífico local debía celebrarse la sesión solemne, y la transmisión de instrucciones a las Compañías de transportes con objeto de prevenir los trastornos que pudieran producirse en el buen funcionamiento del servicio público.--Al cabo de la media hora apareció en todos los cuadros oficiales de anuncios la inscripción eléctrica que daba a conocer, tanto en todos los barrios de la metrópoli, como en las grandes capitales de provincia, el afianzamiento de la paz del mundo.

Carecemos de tiempo y espacio para describir aquí le puntualidad y corrección de las autoridades en el cumplimiento de su deber; bástenos decir que en todo Londres no ha habido que deplorar más que sesenta accidentes mortales. Desde la hora veintidós, el Templo de Pablo se hallaba materialmente repleto de gente hasta los últimos rincones, El Parlamento y los funcionarios públicos ocupaban los asientos que les estaban reservados en el coro. Las galerías de la cúpula, destinadas a las señoras, deslumbraban con el numeroso y bello concurso en ellas reunido; y la nave entera, a la que el público tenía libre acceso, era insuficiente para contener la multitud enorme que había acudido, ansiosa de presenciar el espectáculo.

Los que verdaderamente deseaban gozar de él, obraron cuerdamente al apresurarse a tomar sitio; porque, un cuarto de hora después, era imposible dar un paso en las calles de Londres. Los agentes de policía que prestan servicio con los auto-aéreos nos han hecho saber que, a partir del Templo de Pablo como centro, en un círculo de una milla de radio, todas las calles estaban materialmente cuajadas de gentío.

La elección de Mister Oliverio Brand para inaugurar los discursos, no ha podido ser más acertada. El vendaje ligado al brazo del eminente tribuno, recordaba la infame tentativa de asesinato perpetrada en su persona por un emisario de la Iglesia Católica; y el atractivo de su figura, unido al acento apasionado de su palabra, han dado maravillosamente la nota inicial de la sesión. En otro lugar de este mismo número hallarán nuestros lectores el extracto de su discurso.

Sucesivamente después de Mister Brand, hablaron brevemente, para confirmar la extraordinaria noticia, el primer ministro Snowford, el Jefe del ALMIRANTAZGO, EL SECRETARIO DE ESTADO y LORD PEMBERTON. Un cuarto de hora antes de las veintitrés, resonaron estruendosas aclamaciones en las afueras del edificio, anunciando la llegada de los delegados americanos, procedentes de París, los cuales ascendieron seguidamente al estrado presidencial, penetrando por la puerta meridional del antiguo coro. Cada uno de ellos, por su turno, pronunció un breve discurso.

De buen grado daríamos aquí la reseña de lo dicho por los diversos oradores, si el espacio nos lo permitiera; pero no, dejaremos de satisfacer la legítima curiosidad de nuestros lectores con el resumen de lo expuesto por Mister Markham que llamó de un modo especial la atención de cuantos tuvieron el privilegio de oírle. Él fue quien, explanando las indicaciones hechas por sus compañeros, hizo constar que el éxito de las gestiones americanas en pos de la paz universal, se debían principal y exclusivamente a JULIANO FELSEMBURGH.

El asombroso diplomático, orador y estadista, cuyo nombre acabamos de estampar, no había llegado aún, cuando la sesión se hallaba en este momento de su desarrollo; y Mister Markham, respondiendo a los clamores del público que ardía en deseos de conocer al grande hombre, anunció que le tendrían en su compañía pasados breves minutos. Después continuó exponiendo, hasta donde lo permitían los reducidos límites de que podía disponer, los procedimientos seguidos por FELSENBURGH para llevar a feliz término una empresa que deberá considerarse como el acontecimiento más trascendental de la Historia.

De los datos recogidos por nosotros parece deducirse que FELSENBURGH (cuya biografía, en la parte que se conoce hasta el presente, publicaremos en otro lugar), es el orador más poderoso que jamás oyeron los siglos; y advertimos que la frase precederle no lleva el menor asomo de exageración periodística. Posee el don de lenguas hasta el punto de serle todas ellas familiares en igual grado; en los ocho meses que ha durado el Congreso de Oriente, ha perorado en quince idiomas distintos.

Por lo que respecta al estilo e índole peculiar de su elocuencia, pronto tendremos ocasión de consignar algunas observaciones. FELSENBURGH, según Mister Markham, posee, además, el conocimiento más acabado de la naturaleza humana, considerada no sólo en lo que se refiere a las manifestaciones normales y ordinarias de la misma, sino en las energías latentes que constituyen sus rasgos verdaderamente divinos. En numerosas conferencias ha dado pruebas de dominar por completo la Historia, los prejuicios, recelos, esperanzas e ideales de la infinidad de sectas y castas de Oriente, a las que ha debido dirigir la palabra.

De hecho FELSENBURGH es el primer producto perfecto de la nueva humanidad cosmopolita, cuya creación constituye el ideal inconsciente a que han tendido los esfuerzos del mundo a través de la Historia. Nueve ciudades por lo menos--Damasco, lrkutsk, Constantinopla, Calcuta, Benares, Nankín entre ellas--le han recibido en triunfo saludándole como al Mesías de la nueva era.

Por último, en América, madre de este genio extraordinario, es elogiado unánimemente por la opinión pública. Nunca se le ha visto comprometido en manejos poco decorosos--por lo menos nadie le acusa en este punto, --tales como el cohecho de la prensa amarilla, la corrupción de los colegios electorales, y la falta de honradez comercial o política, crímenes todos que pesan en mayor o menor grado sobre los antiguos hombres públicos, autores de los desastres que actualmente afligen al continente hermano.

FELSENBURGH no ha pertenecido jamás a partido alguno. Él personalmente, y no su grupo, es quien le ha conquistado el puesto que ocupa. Todos los que se hayan hallado presentes a la sesión de esta noche, comprenderán nuestro pensamiento, al consignar aquí que el efecto producido en la concurrencia por las últimas expresiones de Mister Markham fue indescriptible. En el momento de sentarse el orador, la multitud quedó en profundo silencio; a fin de calmar la viva emoción del auditorio, el organista recibió orden de preludiar los primeros acordes del himno masónico; el canto dio principio enseguida, y, difundiéndose rápidamente por el interior y exterior del templo, se formó un coro gigante de millones de voces, que, por algún tiempo, convirtieron la vieja ciudad de Londres en magnifico templo del Señor de la tierra.

Y henos aquí ahora en la parte más difícil de nuestra tarea. Desde luego hemos de confesar que en la presente ocasión creemos conveniente dejar a un lado los artificios todos de la fraseología corriente. Las cosas más grandes deben ser expresadas en los términos más llanos.

Hacia la terminación del cuarto verso, una figura, sencillamente vestida de negro, comenzó a subir las escaleras del estrado. Al pronto este hecho pasó inadvertido; pero cuando se echó de ver el repentino movimiento que se produjo entre los delegados al aparecer el recién venido, el canto comenzó a interrumpirse, y cesó por completo en el instante de avanzar el nuevo personaje hacia el pretil con ánimo de dirigir la palabra al público.

Ocurrió entonces un curioso incidente: el organista que, sin duda, no se había dado cuenta de lo que pasaba, continuó tocando sin el acompañamiento del coro; pero una especie de rugido, atizado por la multitud en señal de protesta, paralizó los dedos del ejecutante e hizo cesar bruscamente el estrépito del órgano. Ni un viva, ni el menor grito de aclamación salió del inmenso concurso, que permaneció silencioso e inmóvil. La oleada de muda quietud se transmitió por influencia magnética fuera del edificio, propagándose en todas direcciones: y cuando FELSENBURGH profirió la primera palabra, Londres pa-

recía haberse trocado de pronto en un panteón enorme, poblado de estatuas inertes. Dejamos la explicación de este fenómeno a los especialistas en psicología de las multitudes.

Cuanto pudiéramos añadir sobre el efecto del discurso, forzosamente habría de resultar pálido y mezquino ante la magnitud indescriptible de la misma realidad. La fascinación ejercida por las palabras y presencia de FELSENBURGH fue tan poderosa, que, absorbiendo por entero la atención de cuantos le escuchaban, no hubo reporter capaz de inclinarse sobre el cuaderno de notas para taquigrafiar la prodigiosa alocución.

Lo único que podemos decir es que fue pronunciada en esperanto, con brevedad y sencillez. En ella anunció FELSENBURGH el gran hecho de la Fraternidad Universal, definitivamente establecida entre las razas todas del planeta; felicitó después a las generaciones que tuvieran la dicha de asistir en calidad de testigos y cooperadores al desenvolvimiento futuro de los inmortales destinos de la Humanidad; y terminó exhortando a entonar, desde el fondo del alma, un himno de alabanza al Espíritu del Mundo que acababa de realizar su gloriosa encarnación.

Tal es, en cuatro palabras, el contenido del discurso; pero ¿cómo hacer comprender y sentir la impresión causada por esta extraordinaria personalidad del orador? Juzgando por las apariencias, FELSEMBURGH parece frisar en los treinta y tres años; esa es, a lo menos, la edad que representa su rostro; no usa barba; su talle es recto; sus ojos negros sombreados por cejas del mismo color, que contrasta notablemente con el de sus cabellos enteramente blancos, parecen despedir efluvios de una virtud secreta, que cautiva y subyuga.

Mientras pronunciaba su discurso, permaneció inmóvil con las manos apoyadas en el pasamano de la barandilla: una sola vez, en el período más culminante de su peroración, hizo un gesto que arrancó un suspiro de todos tus pechos, como si el auditorio se sintiera aliviado de una pesada carga que le oprimiera.

Las palabras salían de sus labios con lentitud y distinción, pronunciadas en voz clara, fácilmente perceptible en todos los ángulos del gran templo. Cuando acabó de hablar, aguardó unos instantes en el sitio que ocupaba, pero la emoción de la muchedumbre era tan Intensa, que sin aclamaciones ni gritos de entusiasmo, todo el gran concurso se mantuvo en una especie de muda adoración.

En los rostros de muchos viéronse correr abundantes y silenciosas lágrimas; millares de labios se movían sin emitir un sonido; y todos los asistentes al acto yacían como petrificados, vueltos hacia la sencilla figura, colocada al pie junto al antepecho del estrado que parecía constituir el centro, adonde convergían las esperanzas de todas las almas. Si se nos permitiera la comparación, diríamos que el arrobamiento producido en los espíritus por el verbo mágico de FELSENBURGH, es el mismo que la Historia registra una sota vez en la persona de un hombre llamado Jesús de Nazaret.

FELSEMBURGH continuó de pie algunos momentos más, y luego bajó las escaleras de la tribuna, atravesó el estrado y desapareció. Respecto de lo ocurrido en los alrededores del local, un testigo de vista nos comunica los detalles siguientes: el aéreo blanco, que tan bien conocen cuantos han estado en Londres anoche, había permanecido estacionario junto a la puertecita del mediodía que conduce a la nave lateral del antiguo coro, a la altura de unos veinte pies sobre el nivel del suelo. En contados minutos se propagó por todas partes la noticia de quién era el personaje que había venido en el vehículo; y en el momento de reaparecer aquél en la puerta de salida, la misma influencia magnética experimentada en el interior del gran templo se comunicó al exterior; todo a lo largo del Cementerio de Pablo. El volador descendió; su dueño subió a bordo; y el bajel se elevó de nuevo a la altura de veinte pies.

Se creyó en un principio que FELSENBURGH dirigiría desde allí la palabra a la multitud; pero no fue preciso; y, después de un momento de pausa, el aéreo emprendió aquel admirable paseo que Londres no olvidará jamás. FELSENBURGH dio cuatro vueltas por

encima de la gran metrópoli, volando silenciosamente sobre el gentío que llenaba las calles; y por todas partes un suspiro inmenso ha saludado y despedido su aparición, mientras una onda de mudo asombro señalaba el sitio por donde pasaba.

Dos horas después de salir el sol, el blanco bajel se elevó sobre Hampstead y desapareció navegando hacia el norte; sin que, desde entonces, nadie haya vuelto a ver al que en toda verdad merece el dictado de Salvador del Mundo.

Y ahora ¿qué nos falta agregar a lo expuesto?

Huelgan comentarios. Digamos sencillamente que desde ayer ha quedado inaugurada la Nueva Era, tan deseada de reyes y profetas; la Era de regeneración que trae vida a los que están muertos, alegría y consuelo a los que lloran y alivio a los que agonizan agobiados por el peso de sus miserias: Al cesar las luchas intercontinentales, han acabado también las disensiones interiores. Por lo que hace al héroe de esta universal pacificación de los espíritus, sólo diremos que el tiempo es el encargado de hacer las grandes empresas que todavía le están reservadas.

Las que ya ha llevado a cumplido término bastan para labrar su gloria, elevándole a la categoría del primero de los grandes genios de la Historia. Merced a él, ha quedado conjurado para siempre el peligro asiático. Los principios de amor y fraternidad que el Occidente ha aprendido a poner en práctica durante la pasada centuria, aunque con algunas vacilaciones, son ya también patrimonio del Oriente. De hoy más, en los conflictos internacionales, no volverá a apelarse a las armas, sino a la justicia; de hoy más, los infortunados no invocarán en sus tribulaciones a un Dios que se oculta, sino al Hombre que ha adquirido la conciencia de su propia divinidad.

Lo sobrenatural ha muerto; mejor diremos, nunca ha gozado de verdadera vida. Resta ahora que nos decidamos a traducir en hechos las nuevas enseñanzas; que contribuyamos todos a que el evangelio nuevo informe las funciones todas del organismo social, sometiendo nuestros actos, palabras y pensamientos al tribunal supremo de la justicia y del Amor. Tal será, a no dudarlo, la obra de los siglos venideros: Urge abolir los antiguos códigos, derribar las viejas barreras; cada partido debe fundirse con todos los demás para formar un solo partido, el linaje humano rescatado y ennoblecido; cada nación y cada continente deben unirse a todos los restantes del globo para constituir la gran solidaridad, universal que hace de la tierra toda la verdadera y digna patria del hombre.

Cayeron para siempre tos temores de la superstición; en adelante no gemirán otra vez los espíritus, aterrados por los peligros de lo presente o por las amenazas de la llamada vida futura, cuya narcótica obsesión ha paralizado los esfuerzos de las generaciones precedentes. ¡Oh! harto doloroso ha sido el alumbramiento de la nueva edad; hartos ríos de sangre han corrido a través de las locuras humanas... Hora es ya de que el hombre empiece a comprenderse a sí mismo y entre definitivamente en los senderos de la Paz de la dicha.

En esta grande obra de regeneración Inglaterra debe colocarse a la cabeza de los demás países, rompiendo, de una vez con las tradiciones del aislamiento nacional, con el orgullo de raza y la embriaguez del oro. Enormes serán quizá los sacrificios; pero cierta, indubitable la victoria. El conocimiento de los crímenes y errores del pasado ha de estimular nuestros alientos y alentar nuestras esperanzas para confiar en el éxito de la empresa, poniendo los ojos en el magnífico galardón que comienza a vislumbrarse, después de tantos siglos en que el egoísmo del hombre, las tinieblas de las creencias religiosas y los antagonismos de raza e idioma lo han tenido relegado a las regiones de lo inaccesible.

Así es como lograrán glorioso cumplimiento las célebres palabras de uno que no supo lo que dijo negando lo mismo que había afirmado: "¡Bienaventurados tos mansos, los pacíficos, los misericordiosos porque ellos poseerán la tierra y serán llamados hijos de Dios!"

Oliverio se esforzó inútilmente por disimular la honda emoción que le había producido la lectura del anterior artículo. Volvió la hoja, y leyó luego un breve párrafo que figuraba al frente de la sección intitulada «últimas noticias.

Sábese, a ciencia cierta, que el Gobierno está en relaciones con Felsemburgh.

¡Estilo periodístico! observó el joven diputado, echándose atrás en su butaca.--¡Bastante hojarasca!--Una verdadera sarta de disparates y blasfemias, hubiera dicho, sin duda, a no ser él quien era.

Mábel abandonó el sitio que ocupaba pie de Oliverio, y fue a ocupar el asiento del balcón. Hizo ademán de hablar una o dos veces, pero sin llegar a proferir palabra alguna.

--Y tú, querida, ¿no tienes nada que decir?

--¡Decir!--replicó la joven, temblando de emoción. ¿Sirven aquí de algo las palabras?

--¿No será un sueño todo esto?--preguntó Oliverio.

--¿Un sueño?-- repitió Mabel.--Di más bien que es la realidad más real de toda nuestra vida.

Levantose agitada, después de pronunciar las palabras anteriores, y volvió al lado de su marido.

--No es sueño, no--continuó la joven con vehemencia; -- porque la imaginación no sabría forjar ilusión tan admirable. Yo misma lo he presenciado, ¿no recuerdas? Cuando se cerró la sesión, tú me aguardaste... y los dos juntos le vimos partir. Los dos le hemos oído pronunciar su discurso, tú en el estrado y yo en la galería. Los dos le hemos visto pasar por encima del malecón, mezclados ya con la multitud. Después hemos regresado... y recibido la sorpresa de encontrar en casa un sacerdote.

El rostro de Mabel se mostraba, al hablar, transfigurado, como si hubiera tenido alguna visión sobrenatural; pero se expresaba con acento tranquilo y seguro, sin el menor dejo de histérica nerviosidad. Oliverio se quedó contemplándola estático; luego tomó una de sus manos y la besó con suave ternura.

--Sí, amor mío, es cierto; pero yo gozo oyéndotelo referir.

¿Y no viste más, querida?

Oh, sí--continuó la joven con exaltación creciente.--Yo vi al Hijo del Hombre--tal es el título que debo darle, --al Salvador del Mundo, como dice ese diario. Y le reconocí enseguida dentro de mi corazón, tan pronto como apareció de pie junto al pretil del estrado. Vi la aureola de gloria que ceñía su cabeza; y por eso, ahora lo comprendo todo. Él es el Esperado de los siglos, el que trae en sus manos la paz y la buena voluntad. Sí, cuando habló, yo le reconocí también, por el tono de su voz, que era... como la del mar... sencilla y majestuosa... ¿No le oíste?

Oliverio asintió con una inclinación de cabeza.

--En cuanto a lo demás--continuó Mabel, --en Él cifro todas mis esperanzas. Ignoro dónde se halla ahora, y cuándo volverá y cuáles son sus designios para lo futuro, pero mi confianza descansa por entero en Él. Grandes obras tendrá que realizar aún, antes de ser plenamente conocido: leyes, reformas, creación de nuevas instituciones... toda la inmensa labor reorganizadora de la sociedad humana sobre las bases del evangelio de la fraternidad universal, con su primer dogma de la divinización del hombre y su código de paz, justicia y amor. Pero ésa es la gran empresa que vosotros, los hombres públicos, los estadistas,

deberéis llevar a cabo, ¿no es verdad, querido...? Entre tanto, a los demás nos toca esperar, amar y ser felices.

Oliverio escuchaba embelesado las expansiones de aquella alma en que vibraba el entusiasmo fresco y generoso de la juventud.

--¡Mábel! ¡Vida mía!--exclamó en un rapto de amor, y tomando entre sus manos aquella hermosa cabeza, la besó con delirio en la frente,

--Cuanto acabas de oír es lo mismo que pensé y sentí ayer--añadió la joven más tranquila; --pero no me he dado cuenta de ello hasta hoy, después de despertar. Toda la noche se me ha pasado soñando en esas cosas... Pero dime, Oliverio, ¿dónde está ahora Felsenburgh?

El interrogado contestó con un gesto de duda.

--¿De modo que tú también lo ignoras?

Oliverio vaciló unos instantes, y al cabo respondió:

--Sé donde está, pero he jurado guardar el secreto.

--¡Oh!--se apresuró a decir Mábel.----Perdona que te lo haya preguntado. Me contentaré con esperar.

Siguió luego un silencio breve, que fue interrumpido por Oliverio.

--¿Por qué has dicho que Felsenburgh tendrá que darse a conocer todavía?

Porque lo pienso así--respondió la Joven--Los hombres, hasta ahora, sólo saben lo que ha hecho, pero ignoran quién es. Mas también esto llegará a su tiempo.

--¿Y entre tanto?

--Entre tanto, a vosotros os toca trabajar: lo restante vendrá cuando deba venir. ¡0h, mi Oliverio! ¡Sé fuerte y leal! Le devolvió, al decir esto, el beso que había recibido, y se retiró.

Oliverio continuó sentado, dirigiendo la vista, según su costumbre, por el inmenso panorama que se tendía ante la ventana de su despacho. El día anterior, a la misma hora, partía él de París, sabedor ya del hecho que había motivado la grandiosa manifestación de la noche, pero sin conocer todavía al hombre extraordinario, verdadero autor de la pacificación del mundo.

Al presente, después de gozar el placer de verle y oírle, había experimentado, además, el influjo superior que se desprendía de su personalidad. El irresistible poder magnético que le había subyugado en presencia del hombre misterioso, excedía a su penetración; pero suponía que otro tanto les pasaba a los demás. Y si no, bastaba preguntárselo a Mábel.

Sus compañeros de sesión, manifestaban también que el delegado americano les había producido una impresión de asombro abrumador, y a la vez de atracción secreta nacida de lo más profundo del alma. Snowford, Cartwright, Pemberton y los demás funcionarios del gobierno, confesaban que, en el momento de retirarse Felsenburgh, se habían sentido arrastrados por una influencia desconocida que los llevaba en pos del gran hombre hasta la escalinata del Templo de Pablo. En vano intentaron dirigirle algunas frases de admiración y agradecimiento; todos ellos quedaron mudos a vista de aquel maremágnum de cabezas humanas derramado por los alrededores del gran edificio, silenciosas y sobrecogidas por

la ola de magnetismo que se difundió en todas direcciones al elevarse en los aires el volador, y tomar luego su rumbo con indescriptible majestad.

Oliverio había vuelto a ver a Felsenburgh posteriormente, mientras en compañía de Mábel aguardaba en el embarcadero el momento de tomar el bote eléctrico que había de conducirlos hacia el sur. El níveo bajel pasó por encima de ellos, deslizándose con andar seguro y rumbo firme. A bordo llevaba al que, como nadie, tenía derecho al título de Salvador del Mundo. Después de contemplarle unos instantes, la joven pareja se había encaminado a casa y hallado en ella al sacerdote.

También este encuentro inesperado impresionó no poco a Oliverio; porque, a primera vista, el sacerdote le pareció ser el Mismo fascinador personaje a quien había visto subir las gradas del estrado dos horas antes. La semejanza entre ambos era sorprendente: el mismo aire de juventud en su semblante, la misma actitud recta y erguida, el mismo color del cabello. Mábel, sin duda, no lo había advertido, porque no pudo ver la figura de Felsenburgh más que a considerable distancia; pero él tuvo que hacer un esfuerzo para reponerse del efecto de la primera impresión. Por lo que a su madre se refería, había motivos para felicitarse de que, gracias a la pacífica intervención de Mábel, la alcoba de la pobre anciana no hubiera sido teatro de una desgracia. ¡Qué habilidad y prudencia tan consumadas había desplegado su esposa en la resolución de aquel conflicto...!

Por el momento convenía dejar sola y con alguna libertad a la enferma. Poco a poco podría quizá conseguirse arrancarle sus resucitadas supersticiones. Era preciso mirar adelante, al porvenir que se estaba ya tocando con la mano, al poder maravilloso de la personalidad bajo cuyo dominio él había caído la noche anterior. En comparación con esto, lo demás--incluso la defección y enfermedad de la anciana, --palidecía todo, como ante la claridad de la aurora de un sol nuevo y desconocido... Dentro de una hora esperaba ampliar su información con importantes noticias, porque estaba citado en Westminster para una junta de todo el cuerpo de representantes, con el fin de deliberar sobre el tributo de admiración y gratitud que merecían las afortunadas gestiones del gran estadista americano. Era general el deseo de ofrecerle un alto puesto en el gobierno.

Ahora, como Mábel había dicho, Tocaba a tos representantes del pueblo colaborar eficazmente para poner en práctica los nuevos principios encarnados en el joven y maravilloso pacificador del mundo; la fraternidad universal, la paz que lleva por el camino del amor a cumplir con los dictados de la justicia. La tarea era enorme: se necesitaba emprender una revisión de las relaciones internacionales; comercio, política, métodos de gobierno, todo demandaba una transformación radical. Europa se hallaba ya organizada sobre la base del proteccionismo mutuo, peno aún esta base debía ser modificada teniendo en cuenta las nuevas relaciones con el Oriente.

La perspectiva de los trabajos que aguardaban al gobierno en otros terrenos, infundía temor a Oliverio. Desde luego se imponía la publicación de un Libro Azul que contuviera el resumen completo de las negociaciones seguidas en el Oriente, junto con el texto del tratado que él había visto en París, firmado por el Emperador, los príncipes y reyezuelos de diversos estados de la India, la República de Turquía... y refrendado por los plenipotenciarios americanos...

Por último, los asuntos políticos de Inglaterra reclamaban también grandes reformas: los antagonismos existentes entre el centro y los partidos extremos, debían desaparecer en el acto. Al presente, semejantes divisiones y luchas constituían un anacronismo: Inglaterra no era ya más que una fracción de la familia humana, pronta a seguir las inspiraciones del Profeta de la Nueva Era... Al apreciar la magnitud del proyecto, preveía con cierto temor la necesidad de llevar a cabo una revolución universal, un cataclismo tan hondo como el que hubiera producido la invasión de las razas orientales; pero le confortaba la consideración de que el cataclismo tendría por objeto, al presente, convertir las tinieblas en luz y restablecer el orden en el caos.

Media hora después, mientras Oliverio comía algo temprano por tener que partir para Whitehall, su esposa entró a decirle:

--Madre está más tranquila. Habrá que tener paciencia, Oliverio. ¿Qué resolución has tomado con respecto a la vuelta del sacerdote?

El interrogado movió la cabeza, mostrándose contrariado.

--Por ahora no puedo pensar sino en el desempeño de mis deberes en el Parlamento. Tú resolverás lo que estimes más oportuno. Todo lo dejo en tus manos.

Mábel asintió con una ligera inclinación.

--Ahora mismo--repuso--voy a tratar con ella el asunto. Su estado no le permite hacerse cargo de los últimos acontecimientos... ¿A qué hora estarás de regreso en casa?

--Probablemente no podré volver esta noche. La sesión durará hasta bien entrado el día de mañana.

--Bien, querido mío; y ¿qué encargo dejas para Mister Filips?

--Telefonearé mañana a primera hora... Se me ocurre una cosa, Mábel: ¿recuerdas lo que te dije acerca del sacerdote? --¿Qué? ¿Lo mucho que se parece a Felsenburgh?

--Sí. ¿Qué opinas tú de está coincidencia? La joven sonrió.

--Pues no opino nada de particular. ¿Por qué no podrían parecerse?

Oliverio tomó el último bocado y se levantó. --Pero es curioso--repuso.--Ea, amor mío, adiós.

--¡Oh, madre querida!--decía Mábel, arrodillada a los pies de la cama de la enferma, --no podéis comprender la gran obra de regeneración operada en la humanidad.

Eran ya varias las veces que la joven había intentado explicar a la buena señora el cambio extraordinario producido en el mundo por las gestiones pacificadoras del superhombre americano; pero los esfuerzos de la narradora se habían estrellado contra la impasible indiferencia de la enferma. Le parecía la esposa de Oliverio un sagrado deber, de que dependía en gran parte el bienestar posible de su madre política, instruirla en materia tan importante. ¿No daba lástima que aquella pobre alma volviera al seno de lo inconsciente, atormentada por crueles preocupaciones y sin haber gozado el consuelo de conocer la realidad?

La escena era tan extraña y original como si un cristiano asistiera a un judío en su lecho de muerte el lunes de pascua de resurrección. La señora Brand, no obstante, permanecía inmóvil, silenciosa y a la vez tenazmente asida a su calma inalterable.

--Madre--insistía la joven, --permitidme que os hable otra vez del asunto. ¿No comprendéis que todo lo anunciado por Jesucristo se ha realizado ahora, aunque diversamente de como lo entienden los católicos? El reino de Dios ha venido a este mundo, pero ahora ya sabemos quién es ese Dios. Me decíais, hace un instante, que deseabais obtener el perdón de los pecados; pues bien, ya lo tenéis, mejor dicho, lo tenemos todos, porque no existen tales pecados, no existen más que crímenes punibles ante las leyes humanas. Suspiráis, además, por la comunión, creyendo que ella os ha de hacer partícipe de la divinidad, pero no os fijáis en que todos participamos de la divinidad por el mero hecho de ser individuos de la especie humana. ¿No veis, madre, que vuestro cristianismo se reduce sencillamente a otra manera de expresar esas ideas? Verdad es que durante mucho tiempo la fórmula cristiana ha sido la única que las expresaba, mas al presente ya no sucede así. ¡Oh! ¡Y cuánto

más consolador es el nuevo evangelio!

Él mismo está diciendo que es cierto, certísimo. No necesitáis fatigaros mucho, para reconocer que él solo encierra toda la verdad.

Se detuvo Mábel un momento esforzándose por descubrir alguna señal de asentimiento en aquel impasible y arrugado rostro, encendido por el ardor de la fiebre. Pero la anciana no hacía manifestación alguna y seguía, como si no la oyera, con las descarnadas manos cruzadas sobre la colcha.

--Mirad, señora, cómo el cristianismo ha fracasado, cómo ha dividido a la humanidad; traed a la memoria todas sus crueldades: la Inquisición, las guerras religiosas, las disensiones entre marido y mujer, entre padres e hijos..., las desobediencias a los poderes civiles, las traiciones... ¡Oh! ¡imposible que creáis, madre querida, que semejante religión es buena! ¿Qué clase de Dios es el que puede permitir tales horrores? Y no digamos nada del dogma del infierno; ¿cómo habéis podido jamás dar cabida en vuestro espíritu a una concepción tan espantosamente bárbara e inhumana?

Os ruego, madre querida, que no os atormentéis dando crédito a doctrinas tan terribles... ¿No os hacéis cargo de que Dios se ha ido del mundo? ; de que nunca había existido más que en el cerebro de tos que creían en Él; de que ha sido siempre, en el transcurso de los siglos, la odiosa pesadilla de la humanidad, y de que ésta ha entrado, al cabo, en el camino de la verdadera vida...? Madre, pensad, siquiera un instante, en lo sucedido la noche última, cuando Él verificó su llegada, el Hombre que tanto terror os inspira. Ya os he dicho cuál era su aspecto, tan pacífico y al mismo tiempo tan fuerte; ya os he referido cómo al presentarse ante el pueblo, todo quedó en silencio; y también os he descrito la maravillosa atmósfera de influencia magnética que le rodeaba. No lo he visto yo solamente, sino seis millones de testigos, toda la población de Londres en masa. Considerad luego las obras que ha realizado, trayendo la paz al mundo, curando las antiguas llagas y dolencias del género, humano, y, abriendo una nueva era de, felicidad para todos. ¡Oh! madre, consentid en dar de mano a las viejas y horribles supersticiones; desechadlas de una vez valerosamente.

--¡El sacerdote!¡el sacerdote!--gimió la anciana con voz desfallecida.

--¡Oh! no, no; de ningún modo. El sacerdote nada puede hacer por vos. Aparte de que él sabe muy bien que todo lo que predica es mentira;

¡El sacerdote! --repitió la enferma.--él puede contestarte; él sabe lo que se debe responder a tus palabras.

El esfuerzo que hizo al hablar convulsionó el semblante de la anciana, y sus dedos temblorosos se retorcieron estrechando el rosario. Mábel sintió miedo, y abandonó la posición en que estaba, poniéndose de pie.

--¡Pobre madre querida!--exclamó dándole un beso.--

¡Vaya! No os cansaré más por ahora. Pero meditad tranquilamente en lo que os he dicho. No temáis nada. Yo os aseguro que no hay motivo ninguno para temer.

Mábel aguardó unos momentos contemplando con lástima a la enferma. «¡No--se dijo interiormente, es inútil insistir! ; habrá que esperar hasta el día siguiente. »

--Volveré enseguida, cuando hayáis tomado el alimento que os van a servir. ¡Madre! ¡No me miréis de ese modo! ¡Dadme un beso!

Cuando la joven estuvo sola en su habitación, no acababa de maravillarse de que hubiera personas tan ciegas y obstinadas. Y luego, ¡qué inconsiderada confesión de las pro-

pias debilidades no suponía el clamar incesantemente por el sacerdote! ¡Vamos, que aquello era indecorosamente absurdo!

En cuanto a ella, gozaba ahora de una paz extraordinaria. La muerte misma había perdido su aspecto amenazador y terrible. Al fin y al cabo, ¿no era un fenómeno tan natural como el de nacer? luego comparaba el individualismo egoísta del cristiano constantemente atormentado por el pensamiento de su porvenir en un mundo ficticio, con el libre altruismo de los nuevos creyentes, contentos con que el hombre pudiera vivir y desenvolver sus facultades en el planeta, y gozosos de que el Espíritu del Mundo siguiera triunfando y revelándose en nuevas generaciones, mientras los individuos que hubiesen terminado su misión en la tierra volvían a sepultarse en el depósito inmenso de la energía universal.

En ese momento se creía capaz de sufrirlo todo y aun de afrontar con alegría las temibles angustias del morir. Se acordó otra vez de la enferma y la compadeció desde el fondo de su corazón. ¿No era harto lamentable que ni la proximidad del sepulcro fuera bastante poderosa para hacer entrar en si a la pobre señora, dándole el conocimiento de la realidad?

La joven sentíase embriagada del espíritu de las nuevas ideas; era como si el tupido velo de los sentidos se hubiera descorrido por fin dejando ver un panorama de inacabables delicias, una región luminosa de paz, en la que el león se tendía mansamente junto al cordero, y el cabrito pacía y triscaba al pie del leopardo. El fatídico espectro de la guerra había desaparecido para siempre del mundo y con él los males que vivían a su sombra: la superstición, la ambición de dominio, el terror, la traición y las conjuraciones.

Los viejos ídolos habían caído hechos astillas, y millares de roedores que se albergaban en sus carcomidos pedestales habían huido a sepultarse en las entrañas de la tierra. Jehová había caído. El adusto soñador de Galilea yacía en su tumba sin ulteriores esperanzas de resurrección; el reinado de los sacerdotes había concluido para siempre. Y en su lugar se alzaba una figura majestuosa y tranquila, de poder irresistible, de humanitarios sentimientos... Ella le había visto; reconociéndolo por el Hijo del Hombre, por el Salvador del Mundo.

Pero el que merecía ser honrado con estos títulos no era una entidad monstruosa, mitad Dios y mitad hombre, con pretensiones de tener dos naturalezas y no poseyendo en realidad ninguna; el nuevo Mesías no había sufrido tentaciones, siendo incapaz de tentación, ni padecido crueles tormentos siendo impasible, como decían los adoradores del antiguo. El verdadero regenerador de la humanidad respondía perfectamente al ideal que ella se había formado, es decir, era un dios y un hombre; un dios por ser tan humano, y un hombre por ser tan divino.

Subió otra vez a visitar a la enferma, y la halló durmiendo. Su mano derecha descansaba sobre la colcha, conservando arrollado entre los dedos el rosario. Mábel se acercó de puntillas al lecho y trató de coger lo que ella denominaba sarta de ridículas cuentas, pero los arrugados dedos se crisparon y apretaron nerviosamente, mientras los entreabiertos labios de la anciana se escapaba un murmullo de protesta, apenas perceptible.--¡Qué lástima, pensó la joven, --ver el estado de aquella alma, a punto de sepultarse en el abismo del no ser, rebelándose contra la ley natural que le pedía dejar la vida en nombre de la misma vida!

Luego volvió de nuevo a su habitación

Daban las tres, y la claridad gris del alba se reflejaba sobre los muros, cuando la joven despertó bruscamente y vio cerca de su lecho a la enfermera de su suegra.

--Venid a toda prisa, señora, que la anciana se muere.

A eso de las seis de la mañana regresó Oliverio del Parlamento, y al recibir la noticia de la muerte de su madre se encaminó a la alcoba donde yacía la finada.

La luz matinal penetraba de lleno en la cámara entre los gorjeos de las aves que saludaban el nuevo día en el jardín inmediato. Mábel permanecía arrodillada al pié del lecho, teniendo entre sus manos las yertas de la difunta, y con la cabeza apoyada en los brazos. El rostro de la anciana reflejaba una tranquilidad nunca observada anteriormente por Oliverio; las líneas resaltaban con suavidad y pureza singulares, semejante a las sombras de una mascarilla de alabastro, y sus labios sonreían. El joven permaneció inmóvil unos instantes, con los ojos fijos en el cadáver, esforzándose por dominar la pena terrible que le embargaba; después puso la mano sobre el hombro de su esposa y preguntó:

--¿Cuándo ha expirado?

--¡Oh amado mío! respondió Mábel.--Hace una hora aproximadamente... ¡Mira!

Y al decir esto soltó las manos del cadáver, y le mostró el rosario que entre ellas lenta afín 'enredado; el engarce se había roto en las convulsiones de la agonía y una cuenta negruzca yacía entre tos dedos de la finada.

--He hecho lo que he podido--sollozó Mábel.--No me he mostrado dura con ella; y, a pesar de todo, ha rehusado oírme. Mientras conservó el uso de la palabra, no cesó de clamar por un sacerdote.

--¡Madre de mi corazón...!--gimió Oliverio, y cayendo de rodillas al lado de su esposa, se inclinó sobre el lecho y besó con los ojos preñados de lágrimas los trozos del rosario.

Dejémosla en paz. Por nada del mundo quitaré yo de allí esas cuentas; al fin ha sido su postrer consuelo, ¿no es verdad?

Mábel le contemplaba atónita. Oliverio continuó:

--A nosotros nos toca ser generosos; al fin tenemos a nuestra disposición el mundo entero; mientras que ella no ha perdido nada; era demasiado tarde.

--Si hubiera estado en mi mano hacer algo más en su obsequio, no habría perdonado cualquier sacrificio.

--Ya lo sé, amor mío; no tengo la menor queja de ti. Pero la pobre era demasiado anciana; no estaba ya en condiciones de hacerse cargo de las cosas.

Oliverio calló unos instantes.

--¿Y la eutanasia?--murmuró con una mezcla de ternura y ansiedad.

La joven hizo con la cabeza un gesto afirmativo y añadió: --Sí, precisamente al comenzar la postrer agonía. Ella se resistió, pero yo sabía que tú lo deseabas.

Durante una hora conversaron juntos en el jardín, antes de retirarse Oliverio a su habitación. Él refirió entonces a su esposa todo lo que había ocurrido.

--Felsenburgh ha rehusado. Le habíamos ofrecido crear un cargo nuevo para él; pensábamos haberle dado el título de Consultor, y ha contestado, hace dos horas, que no le era posible admitir. Pero ha prometido servirnos en todo... No; no puedo decirte dónde está ahora... Regresará en breve a su país, según parece; pero sin abandonarnos. Hemos trazado un programa que le será enviado enseguida... En el asunto ha reinado completa unanimidad de pareceres.

--¿Y ese programa?

--Se refiere a las relaciones internacionales, a las leyes de los pobres y al comercio. Me

está vedado comunicarte otras noticias. El mismo nos sugirió los puntos principales de las reformas urgentes. No tenemos certeza de comprender bien el fin que se propone.

--¿Es posible?

--¡ Oh! Es un hombre del todo extraordinario en sus indicaciones no se descubre en realidad argumento alguno. --Pero ¿la gente entiende algo?

--Tal creo. Parece que será preciso decretar medidas contra una reacción. Se dice también que los católicos correrán gran peligro. Esta mañana, La Era ha publicado un artículo cuyas pruebas nos fueron remitidas para la aprobación, y en él se indican las precauciones que conviene tomar para proteger a los católicos.

Mábel sonrió.

--Que tal acaezca--prosiguió Oliverio, --parece una extraña ironía; porque, al fin y al cabo, los católicos tienen derecho a existir. Ahora, hasta qué punto puedan ser admitidos en el gobierno, es otra cuestión muy distinta. Punto es éste que ventilaremos, según creo, dentro de una o dos semanas.

--¿Y nada más me dices de Felsenburgh?

--En realidad, no hay otra cosa que añadir; lo único que sabemos es que, hoy por hoy, él es la suprema fuerza del mundo. Francia se agita febrilmente desde su aparición, y le ha ofrecido la dictadura, cosa que también ha rehusado. Alemania le ha lecho las mismas proposiciones que nosotros; Italia le ha brindado con el poder absoluto y el cargo de Tribuno Vitalicio. América se mantiene en gran reserva por ahora, España está dividida en dos bandos, que luchan con gran encarnizamiento.

--¿Y el Oriente?

--El emperador se ha concretado a darle las gracias.

Mábel exhaló un profundo suspiro, y se quedó pensativa, con la vista fija en la cálida neblina que comenzaba a levantarse de la ciudad. El movimiento iniciado en el cambio de vida y modo de ser de los pueblos era tan vasto, que su inteligencia no alcanzaba a abarcarlo. La situación de Europa se le representaba como la de una inmensa colmena activa, hirviendo de inquietud al influjo del calor solar. Veía detrás de la línea azul del horizonte las campiñas de Francia, las ciudades de Alemania, los nevados picos de los Alpes, las sierras de los Pirineos sirviendo de muralla protectora a la pintoresca España, bañada en los ardientes rayos del sol; y todos estos pueblos parecían dominados por una aspiración idéntica, la de atraer a su servicio la maravillosa figura que acababa de surgir en el mundo. La recelosa Inglaterra ardía también en idénticas aspiraciones. Cada país cifraba sus esperanzas en ser gobernado por este hombre extraordinario; pero él se obstinaba en no aceptar ninguna oferta.

¿De--modo que rehuye la responsabilidad del poder? --Por lo menos así, parece. Nosotros creemos que quizá espera la propuesta de América. Ya sabes que conserva la investidura de un cargo público en aquel país.

--¿Se sabe qué edad tiene?

--De treinta y dos a treinta y tres años. Según dicen, hasta hace algunos meses, ha vivido en completa soledad, retirado en uno de los estados del sur. Luego presentó su candidatura para senador, después de elegido, pronunció uno o dos discursos; y al poco tiempo se le nombró delegado, antes que tuviera tiempo de desplegar sus admirables facultades. El resto lo sabes ya, tan bien como yo.

Mábel se quedó pensativa.

--Por cierto--dijo--que es bien pobre y escasa nuestra información. Todo ello no vale nada, absolutamente nada. ¿Y cómo ha adquirido el conocimiento de tantos idiomas?

--Se supone que ha viajado durante largos años, pero nadie lo asegura con certeza, y él tampoco lo dice.

--Y bien--preguntó la joven en un movimiento de impaciencia; --¿qué significa todo esto? ¿De donde le viene ese admirable, poder ¿Tú tampoco sabes decirlo?

Oliver sonrió, volviendo a un lado la cabeza y luego respondió:

--Markham afirma que su extraordinario prestigio dimana de la integridad incorruptible que todo el mundo le reconoce, unida a su genio de orador; pero esto no explica nada.

--No, eso no explica la rápida preponderancia que ese hombre se ha conquistado.

--La explicación verdadera--prosiguió Oliverio--se halla, a mi entender, en su personalidad. Por lo menos ése es el marbete que conviene mejor. Pero tampoco pasa de ser un marbete.

--Tienes razón; pero no hay otra cosa. Todos sintieron en el Templo de Pablo la irresistible influencia que dimanaba de su persona, influencia que se comunicó enseguida al inmenso concurso de las calles. ¿No lo experimentaste tú también?

--¡Que si lo experimenté!--exclamó Oliverio, con los ojos brillantes de entusiasmo.--¡Capaz sería de dar cien veces la vida por ese hombre!

Los dos esposos volvieron a casa, y al llegar a la puerta reapareció en su espíritu la imagen del cadáver, que yacía en el piso superior.

--La están amortajando--dijo Mábel.--Voy a dar algunas órdenes.

Oliverio inclinó la cabeza con aire consternado.

--Hubiera sido mejor terminarlo todo esta tarde--añadió.

--Dispongo de una hora libre, a las cuatro. Y a propósito, Mábel, ¿sabes quién de los sirvientes ha llevado el mensaje al sacerdote?

--¿Quién había de ser? Filips. Ya me he visto con él la noche pasada, y le he dicho lo que tenía que decirle. No volverá a poner los pies en esta casa.

--¿Lo confesó él mismo?

--Con el mayor cinismo, y añadiendo apreciaciones bien denigrantes sobre la nueva marcha de las cosas.

Oliver no sé hizo cargo de las últimas palabras de Mábel, embargado como estaba por la idea de su madre muerta, a cuya alcoba se encaminó después de despedir a la joven al pie de la escalera.

AL aproximarse a Roma, hacia la cual navegaba el aéreo, deslizándose, a la altura de quinientos pies, a través de una atmósfera pura y bañada en los primeros resplandores de una aurora estival, le parecía a Percy Franklin estarse acercando a las puertas mismas del cielo. Porque lo que él había dejado atrás en Londres, diez horas antes, se le antojaba una imagen bastante parecida a las mansiones supremas del infierno. Aquello era un mundo

del que Dios había huido, dejándolo abandonado a sus propias complacencias en un estado desprovisto de fe y de esperanza, pero rico de bienestar y comodidades materiales. La tranquilidad, sin embargo, no acompañaba en la gran metrópoli a la alegría del vivir; porque jamás había reinado allí una agitación más turbulenta.

Por todas partes circulaban rumores alarmantes, y a veces contradictorios; --que Felsenburgh regresaba de nuevo a Londres; --que había llegado ya; --que no había salido de la ciudad; --que si iba a ser nombrado Presidente del Consejo Supremo de Gobierno, o Primer Ministro, o Tribuno Popular con todas las atribuciones propias de un gobierno democrático y la prerrogativa de inviolabilidad personal... --y, por último, no faltaba quien hablaba de nombrarle Rey, cuando no Emperador del Occidente. La constitución entera tenía que ser refundida y renovada con arreglo a las modernas condiciones sociales: el código penal quedaría suprimido por el mismo poder misterioso que, según ellos se figuraban, había acabado con las guerras internacionales.

Felsenburgh conocía, además, el medio de resolver el problema de las subsistencias, dentro de los libres principios de la fraternidad democrática; otros llegaban hasta asegurar, en el paroxismo de su estúpida candidez, qué el gran hombre poseía los secretos de la vida y de la muerte, y que la última sería abolida en concepto de condición necesaria... --Aun suponiendo que tales exageraciones fueran ciertas--pensó el sacerdote, --todavía se echaría de menos en la vida lo que, en realidad, es capaz de hacerla digna de ser vivida:

Al pasar por París, mientras el aéreo se detenía en la gran estación de Montmartre, conocida en otro tiempo con el nombre de iglesia del Sagrado Corazón, el viajero había escuchado el animado rumor de las turbas, ebrias de júbilo. Cuando se remontó de nuevo sobre los suburbios de las afueras, las prolongadas manchas de los trenes adornados de luces eléctricas, se movían semejando reptiles de escamas brillantes que avanzaban en dirección a la madriguera común: allí iban los representantes de las diversas regiones, para asistir a la gran Asamblea Nacional que los legisladores, arrebatados de entusiasmo, habían convocado con el fin de discutir los términos en que había de proponerse a Felsenburgh la aceptación del gobierno. El mismo espectáculo tuvo ocasión de contemplar en Lyón. La noche presentaba la claridad y movimiento de un día festivo. Media Francia acudía a depositar sus votos.

Percy comenzó a sentirse somnoliento al penetrar el vehículo en la fría atmósfera de los Alpes; y, sólo de vez en cuando abría los ojos para contemplar a sus pies los picos majestuosos, bañados por la luz de la luna, las negras profundidades de los abismos, el reflejo argentado de los lagos, y las pintorescas aglomeraciones de las casas grises que ofrecían las ciudades y aldeas del valle del Ródano. En cierta ocasión hubo de despertarse, a pesar suyo, al percibir el ruido, como de tromba aérea, producido por uno de los grandes voladores alemanes que pasó a la vista, todo dorado y brillante presentando el aspecto de una falena gigantesca con antenas de luz.

Los dos bajeles cambiaron el saludo reglamentario a través de media legua de aire silencioso, lanzando un grito patético semejante al de dos aves nocturnas que se encontraran en pleno vuelo. Milán y Turín reposaban en tranquila calma--la vida en Italia se regulaba por otros principios distintos de los de Francia; --y Florencia daba apenas señales de despertar. Entre tanto, la alfombra verde--gris de la campiña romana se deslizaba rápidamente a quinientos pies debajo del aéreo, y la ciudad eterna iba a asomar, de un momento a otro, en el confín del horizonte. El registrador de distancias, colocado sobre la litera de Percy, tenía su aguja entre las noventa y las cien millas.

El sacerdote sacudió por fin el sueño, y sacó de su maletín el breviario; su atención, no obstante, vagaba por otras regiones, y terminado el rezo de Prima cerró de nuevo el libro y se colocó más cómodamente en su asiento, envolviéndose en sus ropas de abrigo y dejando descansarlos pies en el asiento opuesto, que estaba desocupado. Se hallaba ahora solo en su compartimiento, porque los tres viajeros embarcados en París habían descendido en Turín.

No fue escasa la satisfacción que trajo a Percy, tres días antes la carta del Cardenal--Protector, en que éste le encargaba disponer todo lo necesario para abandonar Inglaterra por una larga temporada, y tomar enseguida el camino de Roma. Por lo visto se tropezaba con serias dificultades en la dirección de algunos asuntos. Pasó revista a los días precedentes, tratando de recordar los principales acontecimientos que debían ser objeto de próxima información. Desde la fecha de su última carta, habían ocurrido en la diócesis de Westminster siete apostasías: dos sacerdotes y cinco personajes del laicado.

En todas partes se hablaba de revolución; él había visto un documento alarmante, que, con el epígrafe de «Petición Urgente», solicitaba el derecho de renunciar al traje eclesiástico. Este documento aparecía firmado por ciento veinte sacerdotes de Inglaterra y Francia; y los signatarios de la petición indicaban que la persecución estaba a punto de estallar, partiendo de la multitud; que el gobierno no era sincero en sus promesas de protección, y que aun entre los católicos más fervorosos, la lealtad religiosa inspiraba poca confianza.

En cuanto a los comentarios que sugería el hecho anterior, Percy estaba resuelto a decir claramente a las autoridades, conforme a lo que veinte veces había manifestado ya por escrito, que no era la perspectiva de la persecución el asunto de mayor gravedad, sino la explosión de entusiasmo humanitarista producido por la presencia e intervención de Felsenburgh en el arreglo definitivo de los asuntos de Oriente.

El amor al hombre por el hombre se había difundido repentinamente en todas partes; parecía que la naturaleza había penetrado de pronto en una atmósfera de puro sentimentalismo. Innumerables personas se asombraban de haber podido jamás creer, ni siquiera soñar, que hubiera un Dios desconocido a quien rendir tributo de amor; y se preguntaban por qué especie de extraño sortilegio habían permanecido años y años, en tan inconcebible y absurda ceguera. La religión cristiana y el deísmo comenzaban a desaparecer del cerebro y corazón de la humanidad, y eran substituidos por el más satánico orgullo.

¿Qué determinaciones cabía aconsejar en semejante crisis de los espíritus? Percy las tenía hondamente grabadas en su pensamiento, asiéndose a ellas, como a único y supremo recurso, con afanosa desesperación.

En cuanto a la situación moral en que él se hallaba, era sumamente angustiosa. Todos sus sentimientos se habían perturbado con la visión del bajel blanco y el silencio de la multitud en aquella madrugada de hacía tres semanas. ¡Tan horriblemente real y positivo había sido el espectáculo! ¡Tan borrosas y confusas se mostraban las aspiraciones y esperanzas de la vida espiritual, cuando se las comparaba con aquella pasión que abrasaba y conmovía a las muchedumbres! Nunca había presenciado otro entusiasmo parecido; ni era posible que concurso alguno hubiera respondido a la mágica influencia del más elocuente y persuasivo orador, con la mínima parte del fervor de que se habían mostrado penetradas las millonadas de seres humanos congregados en las calles de Londres para saludar la venida del falso profeta.

Percy no pudo analizar la naturaleza del misterioso poder que había conturbado su espíritu, mientras, balbuciendo los nombres de Jesús y de María, permaneció contemplando la negra figura de Felsenburgh, de facciones y cabellos tan parecidos a los suyos. Lo único, que sabía es que una mano de cálido contacto había forcejeado por arrancar de su corazón todo sentimiento de convicción religiosa. Sólo mediante un esfuerzo doloroso, que no podía recordar sin honda pena, había conseguido sobreponerse a sí mismo y rechazar el acto interno de capitulación que se le proponía en concepto de medio inevitable para librarse de una completa derrota.

Pero el ataque fue tan violento que, con excepción de la ciudadela principal, todo quedó casi desmantelado. Las emociones se habían levantado con furia, atropellándose unas a otras en sucesión tumultuosa; el entendimiento parecía haberse paralizado, la memoria de la gracia se hallaba obscurecida, y cierta náusea espiritual, derramada por toda su alma, le

incapacitaba en absoluto para orar; mas, a pesar de todo, la secreta fortaleza de la voluntad, aun entre los horrores de aquella agonía, había mantenido fuertemente cerradas las puertas y rehusado proclamar el reinado de Felsenburgh.

¡Ah! ¡Con qué tenacidad necesitó insistir en la oración durante estas tres semanas! Casi podía decir que no tuvo otra ocupación más importante. En todo ese periodo, la guerra había continuado con encarnizamiento. La duda no dejó de lanzar de tiempo en tiempo sus flechas por las puertas y ventanas del espíritu; de las regiones superiores de la inteligencia se desplomaban, a manera de pesadas moles, informes amasijos de objeciones contra la verdad revelada; preciso fue estar alerta día y noche, ahora rechazando a ojos cerrados una sugestión, ahora oponiendo una negación rotunda a la otra, forcejeando por sostener el pie firme en el plano resbaladizo de lo sobrenatural, y clamando sin cesar al Dios que parecía ocultársele.

Había dormido todas las noches con el crucifijo en la mano, y su primer acto, al despertar, era apretarle contra su corazón, pidiéndole fortaleza para la batalla del nuevo día. En sus horas de trabajo y conversación, en sus comidas y paseos, en sus rezos y viajes, la vida interior tuvo que desplegar infatigable actividad, repitiendo sin descanso actos interiores de fe en una religión que su inteligencia rehusaba aceptar en cierto modo, y de la que sus emociones luchaban por apartarle con violencia.

Pero no faltaron ratos de tregua, momentos de éxtasis, que se presentaban a veces hallándose el sacerdote entre la muchedumbre de las calles; y entonces reconocía con evidencia incontrastable qué Dios lo era todo; que sin el Creador, era la vida de la criatura un enigma inexplicable que un acto humilde de adoración superaba trascendentalmente el acto más noble y heroico del orden natural; y que por último, que lo sobrenatural era el origen y el fin de toda la existencia. También había gozado estos instantes de calma orando por las noches en el silencio de la Catedral, a la luz vacilante de la lámpara, respirando la brisa confortante que venía de la puerta dorada del tabernáculo.

Mas el descanso no se prolongaba por mucho tiempo; la furia de las pasiones estallaba de nuevo lanzando el bajel de su espíritu contra escollos más peligrosos; y para librarse de un seguro naufragio, apelaba al supremo recurso de clavar el áncora de la determinación volitiva en la resolución inquebrantable de que ningún poder del cielo ni del infierno sería capaz de apartarle de la religión católica, puesto que ella era no sólo la única que se hallaba en posesión de la verdad absoluta, sino también la única que hacía tolerable la vida.

Percy exhaló un profundo suspiro y mudó de postura en su asiento. Al levantar la cabeza, sus ojos descubrieron allá lejos, perdiéndose en la lejanía, un domo que se alzaba a modo de frágil burbuja azul sobre una alfombra de verdor; e inmediatamente la vista de aquel objeto interrumpió la serie de sus reflexiones, y una sola idea, *Roma*, llenó por entero su espíritu.

Se levantó sin dilación, salió de su compartimiento y avanzó por el pasillo central, viendo a través de las vidrieras de ambos lados a sus compañeros de viaje, algunos de los cuales dormían profundamente, mientras otros leían, y varios contemplaban el paisaje por las ventanillas del exterior. Al llegar al final de su paseo, aplicó el rostro al cristal cuadrado de la puerta, y durante unos minutos estuvo contemplando la firme y austera figura del piloto. Allí se sentaba éste, inmóvil con las manos puestas sobre el volante de acero que regulaba la posición de las enormes alas, fijos los ojos en el instrumento que le indicaba, como el cuadrante de un reloj, la fuerza y dirección de las corrientes atmosféricas.

De vez en cuando, sus manos efectuaban un ligero movimiento, al que respondían enseguida las gigantescas membranas, extendidas en forma de abanico, ahora elevando el aéreo, ahora haciéndolo descender. En la parte inferior del sitio ocupado por el timonel y enfrente de Percy, descansaban sobre una mesa circular varios registradores eléctricos protegidos por campanas de cristal. Percy ignoraba la finalidad y funcionamiento de los aparatos que tenía delante; pero uno de ellos parecía un barómetro, cuyo objeto, a lo que

creyó, era indicar la altura a viajaban, y el otro una brújula destinada a fijar el rumbo.

Más allá, del otro lado de las convexas ventanas transparentes, se extendía el azul infinito del cielo.--«¡Admirable! pensó en su interior el sacerdote, --y, no obstante, todo ello sólo representa un aspecto de la fuerza que lucha contra lo sobrenatural.»

Esta consideración le arrancó un suspiro, dio media vuelta y regresó a su compartimiento. Apoyado contra la ventana del mismo, se puso a contemplar el paisaje, que presentaba la visión más sorprendente por su carácter extraño que por la positiva belleza; más notable por su aspecto fantasmagórico que por su realidad. A la derecha, se tendía la línea gris del mar, que se elevaba y descendía en ondulaciones tan imperceptibles como las del vehículo mismo. A la izquierda, se desplegaba sin límites la campiña, apareciendo y desapareciendo por entre las alas del aparato, con las amarillentas manchas de sus aldeas y ciudades; lisa y monótona a veces hasta el punto de no poder ser apenas reconocida; salpicada, a trechos, de lagos de color azul, y cortada a lo lejos por las masas grises de los montículos de la Umbría.

Frente a él se descubrían, con las intermitencias producidas por los movimientos del aéreo, los contornos indecisos de Roma, y los enormes suburbios recién fundados en los alrededores de la Ciudad Sagrada, campeando, por encima de todo, la azulada cúpula de San Pedro, a cada instante más perceptible y voluminosa. El medio en que Percy se sentía suspendido dilataba en torno de él sus ámbitos vacíos, limitándose arriba por inmenso dosel de oscuro lapislázuli y abajo por aplanados horizontes de pálida turquesa. El único ruido que en el aéreo se percibía y del que nuestro viajero había dejado de darse cuenta, --era el incesante rozar del aire; y este ruido se apagaba al disminuir la velocidad de la marcha, que a la sazón no pasaba de cincuenta kilómetros por hora.

De pronto se oyó el tañido de una campana, y Percy experimentó una extraña sensación de malestar con indicios de vértigo; era que el vehículo descendía majestuosamente casi en línea recta. El sacerdote puso en orden sus ropas de abrigo, y a los pocos instantes parecía haber cesado todo movimiento. Cuando levantó la cabeza, vio a corta distancia las fábricas de algunas torres, una zona de tejados parduscos, la línea tortuosa de un camino, y otra extensión de tejados con algunas manchas verdosas de trecho en trecho. Volvió a sonar la campana, y a continuación un silbido prolongado y dulce.

Percy comenzó a oír ruido de pasos en todas direcciones; un guardia vestido de uniforme pasó corriendo por la galería de cristales; la penosa sensación de vértigo se reprodujo; y a los pocos instantes apareció en sus gigantescas proporciones la gran cúpula, cuyo color se había trocado en un gris amarillento que contrastaba con el azul brillante del cielo. El sacerdote vio durante unos instantes que todo giraba a su alrededor, y para librarse de los efectos del mareo, cerró los ojos; cuando volvió a abrirlos, parecióle que los edificios se amontonaban en torno de él y que oscilaban. Sonó un último toque de campana; una débil vibración sacudió el aéreo al posarse como un ave en la plataforma formada por sólida red de acero; varios rostros asomaron a las ventanas de los compartimientos, y Percy se dirigió a la puerta de salida, llevando consigo sus maletas.

Una hora después, el viajero, sentado delante de una taza de café en una de las apartadas habitaciones del Vaticano, experimentaba todavía cierta vaga sensación de mareo; pero a la vez gozaba interiormente con la idea de encontrarse en Roma. ¡Cuánta había sido su extrañeza al trasladarse desde la estación al Palacio Pontificio en un pequeño fiacre de mimbre, rodando sobre pavimentos desiguales, absolutamente lo mismo que diez anos atrás, cuando vino a Roma por vez primera!

Mientras el mundo entero se había transformado, la vieja urbe permanecía estacionaria e inmóvil, sin duda porque en ella absorbían enteramente la atención otros asuntos más importantes que las mejoras de urbanización, en especial a la hora presente, en que todo el peso espiritual del globo descansaba únicamente sobre sus espaldas. Del todo ajena al progreso del resto del mundo, las cosas habían vuelto a la condición de ciento cincuenta

años atrás.

Tan pronto como la ciudad eterna fue devuelta al Pontífice en 1972, todas las reformas puramente materiales introducidas por el gobierno italiano quedaron abandonadas: cesaron de circular por las calles los tranvías eléctricos; se prohibió a los voladores penetrar en el casco de la población; los edificios modernos, o bien fueron derribados, o bien puestos al servicio de la Iglesia. El Quirinal se convirtió en el Palacio de *Propaganda Fide*, residencia del «Papa Rojo»; las embajadas pasaron a ser seminarios; y el Vaticano mismo, exceptuando el piso superior, sirvió para hospedar en él a los Cardenales y altos dignatarios que formaban la corte del Pontífice.

Roma, en fin, al decir de los arqueólogos, era una ciudad excepcional, el único ejemplar superviviente de los tiempos pasados. En ella perduraban las viejas deficiencias e incomodidades; aquello era la encarnación de un modo que vivía fuera de la realidad. En cambio se había restablecido la antigua pompa de la época del Renacimiento; el Papa volvía a cabalgar en su mula blanca y el Santísimo Sacramento recorría procesionalmente las calles entre el campaneo de las iglesias e interminables filas de luminarias. Tal aparente retroceso daba margen a violentas diatribas de la prensa de Italia y del extranjero, las cuales hallaban eco favorable en las clases menos cultas. La gente instruida se confirmaba más y más en la idea de que religión y progreso, tal cual lo entendía el materialismo humanitario, eran forzosamente enemigos irreconciliables.

Percy, no obstante, al observar en todo el trayecto, desde la Puerta del Pueblo al Vaticano, los viejos trajes de los campesinos, las carretas de vino pintarrajeadas de azul, blanco y rojo, las ropas húmedas colgadas a secarse en cuerdas que iban de ventana a ventana a través de las calles, los excrementos de mulas y caballos que entorpecían el tránsito, halló en aquel extraño conjunto un no sé qué de saludable y reparador que él mismo no acertaba a explicarse. Todo ello parecía decirle que el hombre era un ser humano y no divino como le proclamaba el resto del mundo: humano, y de consiguiente, con tendencia a preocuparse de otros intereses superiores al bienestar material.

La habitación en que el sacerdote inglés permanecía sentado junto a la ventana--protegida a la sazón por persianas porque el sol se dejaba sentir, --le producía la ilusión de haber retrocedido en la vida siglo y medio. La tosca desnudez de sus paredes daba a la pieza un tinte de austera severidad. En el centro y en el sentido de la mayor longitud se extendía una mesa de pino, sin tapete alguno que velara las junturas de las tablas, y rodeada por vetustos sillones de madera; el piso, de ladrillo, desgastado y roto en varias partes, mostraba aquí y allá varios trozos de estera; los muros, de color blancuzco y con restos de pintura descolorida, presentaban por todo adorno un par de cuadros antiguos de verdadero mérito artístico, y en la puerta más distante veíase un pequeño altar sobre el que se alzaba un crucifijo entre dos candelabros. A eso se reducía el mobiliario con la excepción de una mesa--despacho situada entre las ventanas, la cual tenía encima una máquina de escribir de tipo anticuado y ya en desuso. No dejó de chocar al sacerdote la presencia de tal utensilio en aquel recinto, bien distante por cierto de los sibaríticos progresos de la época.

Percy acabó de tomar el último sorbo de café en su taza blanca de espesos bordes, y se arrellanó cómodamente en el sillón que ocupaba.

Ahora sentía su corazón aliviado del peso que le oprimía, asombrándose de la rapidez con que el cambio se había verificado. La vida, aquí, parecía infinitamente más sencilla; el mundo interior era reconocido—como en ninguna otra parte, sin que su existencia se considerara asunto discutible; antes bien la objetividad de ese mundo imperaba con absoluto dominio hasta en los menores detalles, y a través de él brillaban esplendorosas ante les ojos del alma las viejas figuras que el fastuoso progreso del siglo condenaba a vivir a escondidas, a manera de momias amortajadas de civilizaciones anacrónicas y muertas para siempre.

Aquí, se manifestaba la verdadera sombra de la Divinidad; se concebía sin dificultad

en este medio ambiente que los santos velasen e intercediesen; que María se sentara majestuosa sobre su trono de Reina del Universo; que el blanco disco, depositado en el ara o escondido en el tabernáculo, fuera Jesucristo. No obstante, en el ánimo de Percy perduraban todavía algunas reliquias de inquietud; al fin y al cabo sólo había transcurrido poco más de una hora, desde que se hallaba en la ciudad de los Papas; y el aire saturado de espirituales emanaciones, difícilmente podía haber producido con mayor rapidez sus saludables efectos.

Pero de todos modos, la tranquilidad que el sacerdote experimentaba nada tenía que ver con el estado de angustiosa ansiedad que le afligía en Londres; ahora le era dable descansar como un niño en brazos de la autoridad; y sin entrar en explicaciones daba por cierto que, el universo, en hecho de verdad demostrada por evidencias internas y externas, había sido creado así y no de otro modo; para estos propósitos y fines, no para aquellos. No más de doce horas hacía que el sacerdote inglés luchaba envuelto en el torbellino de la vida moderna; y he aquí que, ese torbellino había desaparecido al presente, mientras el se consideraba transportado a un mundo impregnado de calma y recogimiento.

Se oyó ruido de pasos en el exterior; la puerta de la habitación de Percy se abrió lentamente, y penetró en la estancia el Cardenal--Protector. Desde cuatro años antes, Percy no le había visto, y en el primer momento con dificultad pudo reconocerle.

La persona que al presente tenía delante el sacerdote inglés, era un anciano cargado de años, encorvado y débil, con numerosas y profundas arrugas en su semblante, coronada la cabeza de finos cabellos de nieve, que contrastaba notablemente con el rojo escarlata del solideo. Vestía el hábito negro benedictino con una cruz abacial lisa sobre el pecho, y andaba con paso vacilante, apoyado en un bastón negro. El único indicio de vigor que había en su persona, se manifestaba en el brillo singular de sus ojos, medio ocultos por párpados flojos y abatidos. Alargó sonriendo la mano al recién venido, y éste, recordando oportunamente que estaba en el Vaticano, se inclinó profundamente y besó al Cardenal la amatista del anillo.

--¡Albricias por vuestro feliz arribo a Roma, hijo mío!--dijo el anciano mostrando una vivacidad inesperada.-- --Desde hace media hora me han dicho que os halláis aquí. Pero he creído conveniente daros espacio para reponeros un poco de las molestias del viaje y tomar vuestro café.

Percy murmuró algunas frases de agradecimiento.

--Sí; indudablemente estaréis cansado--continuó el Cardenal indicando a Percy una silla.

--Os aseguro que no, Eminentísimo Señor. He dormido perfectamente.

El Cardenal señaló de nuevo la silla.

--Deseo conversar con vos un breve rato. El Santo Padre os recibirá en audiencia privada a las once.

Percy hizo un movimiento de sorpresa.

--¡Ah Padre mío! en estos días es preciso andar aprisa, porque no hay tiempo que perder. ¿Sabéis que por ahora permaneceréis en Roma?

--Vengo preparado para ello, Eminentísimo Señor.

--Muy bien, hijo mío... Nos hallamos muy contentos de vos. El Santo Padre ha visto con agrado los comentarios de vuestra información epistolar. Habéis previsto las cosas de un modo sorprendente.

El elogiado enrojeció de satisfacción. Era casi la primera frase de elogio que merecían sus tareas. El Cardenal Martín continuó:

--Puedo decir que sois considerado como el primero de nuestros corresponsales en Inglaterra. Esa es precisamente la razón de haberos mandado venir. Aquí nos ayudaréis en lo sucesivo desempeñando el cargo de consultor; cualquiera puede servir para relatar hechos, pero son muy contados los que son capaces de comprenderlos... Parecéis muy joven, Padre mío. ¿Qué edad tenéis?

--Treinta y tres años, Eminentísimo Señor.

--¡Ah! Esos cabellos blancos os dan otra representación que os favorece no poco... Y bien, Padre, ¿queréis venir conmigo a mi habitación? Ahora son las ocho. Os entretendré hasta las nueve... nada más. Luego descansaréis un rato, y a las once os acompañaré a ver a Su Santidad.

El sacerdote se levantó dominado por un extraño sentimiento del propio valer, y se apresuró a abrir la puerta para que saliera el Cardenal.

Unos minutos antes de las once, Percy salió de su cuarto vestido con la nueva *ferrajuola*, sotana y zapatos de hebilla, que un sirviente le había traído.

Ahora se sentía más dueño de sí mismo. En su entrevista con el Cardenal, se había expresado con libertad y fortaleza, pintando al anciano el efecto causado en Londres por Felsenburgh, y confiándole también la especie de parálisis moral sufrida por él mismo. Además de afirmar su creencia de que el mundo se hallaba en los comienzos de una revolución, sin semejante en la Historia, había referido las menudas escenas presenciadas por él en diversas ocasiones: aquí un grupo arrodillado delante de un retrato de Felsenburgh; allí un moribundo que le invocaba en su agonía.

El aspecto de la multitud reunida en Westminster para conocer el resultado de la oferta hecha al asombroso extranjero, dió también materia al sacerdote para extenderse en comentarios y consideraciones sobre la gravedad de las circunstancias. Mostró luego al Cardenal una media docena de recortes de periódicos, que atestiguaban el entusiasmo histérico despertado por los últimos acontecimientos, y aun se aventuró a profetizar, manifestando, que, á su juicio, se acercaba la hora de la persecución.

--El mundo parece poseído de una vitalidad malsana añadió después.--Diríase que se halla atacado de una fiebre nerviosa, nada dispuesta a ceder y calmarse.

El Cardenal asintió con una ligera inclinación de cabeza, añadiendo:

--Es verdad: aun aquí se padece de análoga enfermedad. Durante el resto de la conferencia, el anciano había permanecido inmóvil, espiando a Percy con sus pequeños y vivaces ojos, haciendo tal cual signo de asentimiento, dirigiendo de vez en cuando alguna pregunta y escuchando siempre con profunda atención.

--En cuanto alas medidas que recomendáis... --añadió al fin, interrumpiéndose enseguida--No, mejor es no tocar este asunto; el Santo Padre os hablará de él.

Luego felicitó a Percy por su dominio del latín, idioma en que habían sostenido la conversación durante esta segunda entrevista; y el sacerdote le explicó la sumisión leal con que la Inglaterra católica había dado cumplida obediencia al breve pontificio promulgado diez años antes, y en el que se prescribía el uso del latín como lengua general de la Iglesia en la misma forma que lo era el esperanto respecto del mundo.

--He ahí--había replicado el Cardenal Martín, --una excelente noticia que ha de agradar en gran manera a Su Santidad.

Cuando el sacerdote inglés llamó de nuevo a la puerta del aposento del abad, éste salió enseguida, tomó del brazo al recién venido, sin decirle una palabra, y los dos juntos se dirigieron el ascensor.

Percy no pudo resistir al deseo de hacer una observación mientras ascendían silenciosamente a las habitaciones del Papa.

--Me sorprende bastante ver aquí esta novedad, no menos que la máquina de escribir en la sala de audiencias.

--¿Por que, Padre?

--¡Bah! Porque el resto de Roma ha retrogradado a los tiempos antiguos.

El Cardenal le miró sin saber qué contestar.

--¿No es cierto, Eminentísimo Señor?--insistió Percy.--A decir verdad, nunca lo hubiera imaginado.

Un guardia suizo les abrió respetuosamente la puerta del ascensor, saludó inclinándose y, después de acompañarlos hasta el primer piso, se retiró, dejándolos al cuidado de otro compañero de servicio. Allí fueron recibidos por un camarlengo pontificio, vestido de negro y púrpura, con gorguera española. Parecía casi increíble que tales cosas pudieran suceder.

--Un momento, Eminentísimo Señor--dijo en latín.--¿Tendría Vuestra eminencia la bondad de esperar aquí?

Percy y el anciano penetraron en una pequeña pieza cuadrada, cuyo mobiliario era tan sencillo como el del recibimiento del Cardenal, produciendo la impresión de una curiosa mezcla de pobreza ascética y de dignidad, con su piso enladrillado, sus muros de un blanco amarillento, su altar y dos enormes candelabros de bronce, de valor incalculable, colocados a uno y otro lado del crucifijo. También aquí las contraventanas impedían la entrada del sol en la habitación, contribuyendo el aspecto sombrío del recinto a fomentar la excitación de Percy.

La persona ante quien éste iba a comparecer dentro de breves instantes era el Papa Angélicus. el admirable anciano que por espacio de ocho lustros habla desempeñado la Secretaría de Estado en el pontificado anterior, mereciendo ser elevado a la cátedra de San Pedro desde hacía nueve años. Él era quien durante su secretariado había conseguido la devolución del dominio temporal de Roma, a cambio de todos sus otros dominios de Italia cedidos al gobierno de esta nación; y quien, desde entonces, se había dedicado en cuerpo y alma a convertir a Roma en la ciudad de los santos.

Importándole poco o nada la opinión que el mundo pudiera formar de su conducta, redujo la política de la Sede Apostólica a declarar, en numerosas encíclicas, que el objeto de la Iglesia consistía en glorificar a Dios fomentando entre los hombres las prácticas de las virtudes sobrenaturales, y que todas las acciones del mundo sólo tenían significación e importancia, en cuanto tendían a este único objeto. Había enseñado, además, que, puesto que Pedro era la Roca, la ciudad de Pedro era la capital del mundo y el espejo en que todas las demás ciudades debían mirarse; lo cual únicamente podía tener lugar reinando Pedro como Señor en su ciudad.

Una vez dueño de Roma, se consagró en cuerpo y alma a gobernarla conforme a sus ideales. A juicio del Papa Angélicus, la totalidad de adelantos y descubrimientos llevados a cabo en las últimas centurias, tendían a desviar las almas inmortales de la contemplación de las verdades eternas. Y no es que tales descubrimientos debieran ser considerados como intrínsecamente malos, puesto que eran derivaciones de las leyes maravillosas dictadas

por el Creador; pero, en el momento presente, absorbían demasiado la atención de los hombres y ofuscaban sus entendimientos.

De consiguiente suprimió en la capital del orbe católico los tranvías, voladores, laboratorios y fábricas, declarando que para tales trabajos y explotaciones sobraba espacio fuera de la ciudad; y cuando todo estuvo transportado a las barriadas de las afueras, fundó en los lugares ocupados por las estaciones y en los edificios dedicados antes a la industria y al comercio, capillas, casas religiosas y calvarios.

Entonces atendió con doblada solicitud a la empresa de santificar las almas de sus súbditos. Como el área de la ciudad era limitada, y temiendo además que el espíritu de la época inficionara y corrompiera el ambiente de su recinto, el Pontífice promulgó una ley disponiendo que ningún extranjero, menor de cincuenta años, pudiera residir en ella por espacio más de un mes salvo en el caso de una autorización expresa, muy difícil de obtener. Los que llegaran de fuera podían desde luego establecerse en las inmediaciones, y así lo hacían por decenas de millares.

Luego dividió a Roma en barrios «nacionales», diciendo que cada nación tenía sus peculiares virtudes, debían todas concurrir a ilustrar con el brillo de las mismas el esplendor moral de la corte del mundo católico. Los alquileres, como era natural subieron rápidamente, por lo cual el Pontífice dictó leyes especiales sobre el particular, reservando en cada barrio un cierto número de calles, en que los precios de las habitaciones se mantenían a tipos fijos, y conminando con la pena de excomunión *ipso facto incurrenda* a los que osaren infringir las mencionadas disposiciones.

El resto de Roma quedó abandonado a los millonarios, excepto la Ciudad Leonina, reservada exclusivamente al Pontífice.. Restableció la pena de muerte, -- mostrando en esta medida la misma imperturbable serenidad que había manifestado en otras materias, convirtiéndose en el hazmerreír del mundo civilizado, y fundó su determinación en que, si bien la vida humana era cosa sagrada, la virtud humana era mucho más sagrada, todavía; y añadió al crimen de asesinato, los de adulterio, idolatría y apostasía, como dignos a su vez de ser expiados en el patíbulo.

Sin embargo, en los nueve años que duró el reinado del Papa Angélicus, no ocurrieron mas que dos solas ejecuciones, porque los criminales--exceptuando los que de entre ellos eran verdaderos creyentes apelaron al sencillo expediente de refugiarse en los suburbios donde ya no alcanzaba la jurisdicción pontificia.

No satisfecho con lodo lo expuesto, este Papa reformador envió delegados a todos los países del mundo, con la orden de informar de su llegada a los respectivos gobiernos. Claro es que éstos se burlaron de tal medida; pero el pontífice había continuado tranquilamente afirmando sus derechos. De tiempo en tiempo aparecían encíclicas en las ciudades más importantes de las diversas naciones, exponiéndose en ella las reclamaciones de la Santa Sede, tan resuelta y formalmente como si en realidad encontraran en todas partes el más rendido y filial acatamiento.

Uno de los puntos en que los documentos papales insistían de modo especial era la Francmasonería, constantemente señalada en ellos como un peligro no menos grave que el encerrado en las instituciones e ideas jacobinas de toda especie. Se exhortaba a los hombres a recordar el destino de sus almas inmortales y la majestad de Dios así cómo también a reflexionar sobre el hecho de que, dentro de pocos, años, todos comparecerían a rendir cuenta ante el Supremo Creador y Gobernador del Mundo, cuyo Vicario en la tierra era Juan XXIV, P. P.; el mismo que firmaba y sellaba bajo el anillo del pescador de Galilea.

Semejante conducta desconcertó por completo al mundo, que esperaba protestas de indignación, discusiones animadas y concienzudas, envío de emisarios secretos, complots u otras manifestaciones análogas. Pero no hubo nada de eso. Ni más ni menos que si la novísima civilización humanitarista no hubiera comenzado, ni la mayor parte del mundo

hubiera perdido su antigua creencia en Dios afirmando que el hombre lo era todo.

El invicto Pontífice de Roma hablaba de los misterios de la Cruz, de las excelencias de la vida interior y la necesidad de procurar el perdón de los pecados, exactamente del mismo modo que lo habían hecho sus predecesores dos mil años antes. Los pueblos veían asombro, aquélla entereza imperturbable del Papa, y mientras unos políticos se contentaban con reír, los otros, cada vez más numerosos, consideraban urgente el poner coto a lo que calificaban de desatentada locura.

Y éste era el hombre--pensó Percy--con quien dentro de uno o dos minutos iba a celebrar una entrevista.

Al abrirse la puerta y aparecer en ella un prelado, que saludó con leve inclinación, el abad Martín puso su mano sobre el hombro de Percy, diciendo: --Una sola recomendación; sed sincero y no ocultéis nada.

Percy se levantó temblando de ansiedad, y siguió al Cardenal por la puerta interior

Lo primero que se presentó a la vista del joven sacerdote, fue una figura blanca que se destacaba en el ambiente sombrío y verdoso del salón, sentada junto a una gran mesa de escritorio, con el rostro vuelto hacia la puerta por donde entraban los dos visitantes. Tal es lo que Percy pudo apreciar en una ojeada, mientras hacía la primera genuflexión. Después bajó los ojos, avanzó, se arrodilló de nuevo con su acompañante, y, repetida por tercera vez esta ceremonia, se halló a los pies del Papa, llevando a sus labios la fina y blanca mano que aquél le alargaba. En el momento de levantarse el sacerdote, oyó el suave rechinar de la puerta al cerrarse.

--Santísimo Padre, el Padre Franklin--dijo el Cardenal Martín al oído del anciano.

Un brazo vestido de blanco hizo señas, indicando dos de los asientos inmediatos, y los visitantes se acomodaron en ellos.

Mientras el Cardenal pronunciaba, en voz baja, algunas frases latinas explicando al Papa que el joven sacerdote, allí presente, era el corresponsal inglés de Westminster, cuya información había parecido con frecuencia tan rica de interés, Percy, repuesto un poco de su primer azoramiento, se hacía todo ojos para observar lo que le rodeaba.

Él conocía bien el semblante del Papa, tanto por haberle conocido anteriormente en la misma Roma, como por los centenares de fotografías y cinematogramas en que con posterioridad le había visto representado. Hasta los gestos del Pontífice le eran a Percy familiares: las ligeras inclinaciones de cabeza en señal de aprobación, los breves y expresivo movimientos de sus manos; pero no por eso dejaba de experimentar la impresión de hallarse por primera vez ante la personalidad viviente del representante de Jesucristo y Jefe de la Iglesia.

El hombre que ahora tenía frente a él, sentado humilde y majestuosamente en su silla, era un anciano de continente recto y talla media, que mostraba en toda su persona un aspecto de grave y solemne dignidad, reflejada aun en el modo con que sus manos estrechaban los remates de los brazos del millón que ocupaba.

Pero la atención de Percy se dirigió principalmente al rostro del anciano, contemplándolo con las intermitencias impuestas por la necesidad de bajar la vista, cada vez que los ojos azules del Pontífice se fijaban en él. Estos ojos eran de una limpidez y profundidad extraordinarias, y recordaban lo que los historiadores decían de Pío X; los párpados dibujaban en sus aberturas un perfil nítido y amplio que daban a la mirada algo de la fuerza y penetración de la del águila; pero el resto de la fisonomía contrarrestaba luego el efecto de esa impresión. La cara, ni gruesa ni delgada, era de un ovalo perfecto, sin angulosidades ni durezas; los labios, de fina delgadez, presentaban un corte límpido con cierto dejo de

expresión apasionada en sus comisuras; la nariz descendía bruscamente, rematando en punta algo corva, con aberturas biseladas; la barbilla, firme, se hallaba hendida por una línea profunda, y el porte de la cabeza tenía algo de extraordinariamente juvenil.

Era, en suma, un semblante que expresaba generosidad y dulzura, pero con un sello eclesiástico inconfundible. La frente, ligeramente comprimida en las sienes, estaba orlada por alba cabellera, recortada alrededor de la coronilla por un solideo del mismo color.

Percy recordó que, en cierta ocasión, había sido objeto de alegres comentarios la semejanza que ofrecía la cara del actual Pontífice con la fotografía obtenida por la superposición de las de varios sacerdotes generalmente conocidos. Trató luego de resumir sus observaciones en un calificativo; mas el único que acudió a su espíritu fue el de «sacerdote. Eso, y nada más que eso. ¡Ecce Sacerdos magna...! Lo que principalmente le sorprendió fue el aire de juventud que respiraba la figura del anciano, cuya edad no bajaba de los ochenta y ocho. Su aspecto era el de un hombre de cincuenta, con los hombros levantados, la cabeza sólidamente plantada sobre ellos, como la de un luchador, y el rostro surcado de muy escasas arrugas, apenas perceptibles a la escasa luz de la habitación. Papa Angelicus, repitió interiormente Percy.

Cuando el Cardenal acabó de dar sus explicaciones, el Papa hizo un pequeño gesto, y Percy recogió todas sus facultades, disponiéndose a contestar a las preguntas que iban a serle dirigidas.

--¡Bienvenido seáis, hijo mío!--dijo una voz dulcísima y sonora.

Percy se inclinó profundamente.

El Papa bajó los ojos, tomó un pisapapeles con la mano izquierda, y se puso a jugar con él mientras hablaba.

--Ahora, hijo mío --continuó, --deseo oíros discurrir sobre los tres puntos siguientes: lo ocurrido en él mundo dúrame los últimos años, lo que al presente está pasando, y lo que lleva camino de suceder, añadiendo, si os place, una peroración referente a las determinaciones que, según vuestro entender, convendría tomar.

Percy hizo una profunda aspiración, se acomodó bien en la silla, cruzó las manos, y clavando la mirada en la cruz de la sandalia roja que veía enfrente, dió principio al discurso que había ensayado lo menos cien veces en los días anteriores.

En primer lugar sentó la proposición siguiente: que todas las fuerzas del mundo civilizado se concentraban a la sazón en dos campos, el mundo y Dios. Hasta el presente, esas fuerzas se habían mostrado, en su acción, incoherentes y espasmódicas, expansionándose de diversos modos; las revoluciones y las guerras habían sido a modo de movimientos de turba indisciplinada, sin orden ni dirección. Respondiendo a tal estado de cosas, la Iglesia había puesto en juego su catolicidad, valiéndose de la dispersión, mas bien que de la concentración, y oponiendo guerrillas a guerrillas.

Mas en el transcurso de los últimos cien años, habían aparecido síntomas de que la táctica estaba a punto de cambiar radicalmente. Europa, en todo caso, se mostraba cansada ya de luchas intestinas; la organización de las clases trabajadoras primero, la de los capitales después, y por último, la alianza del capital y del trabajo, corroboraban la afirmación precedente en la esfera económica; así como la fusión de todas las confesiones y creencias heterodoxas en el humanitarismo la confirmaban en el orden religioso, y la pacífica repartición de Turquía y el continente africano en el político.

Frente a esa centralización de las fuerzas del mundo, la Iglesia, por su parte, había tratado de concentrarse más estrechamente. Merced a la sabiduría de sus pontífices, guiados por la inspiración del Todopoderoso, las líneas de su acción se habían cerrado más y más

cada año. Ejemplo de ello eran: la abolición de todas las prácticas y ritos locales, sin exceptuar los de Oriente, por tanto tiempo respetados con especial celo y solicitud; el establecimiento en Roma de los Protectorados Cardenalicios; la incorporación de todos los religiosos en una Orden, aunque conservando sus denominaciones tradicionales bajo la autoridad del Supremo General, y la organización análoga de las órdenes e institutos de mujeres.

Percy adujo además los decretos recientes que establecían el sentido de la definición dictada en el Concilio Vaticano sobre la infalibilidad pontificia, la última codificación del Derecho Canónico y la simplificación introducida en los procedimientos gubernativos eclesiásticos, en pormenores secundarios pertenecientes a la jerarquía, en las rúbricas y asuntos de los países donde se predicaba el evangelio con los nuevos y extraordinarios privilegios concedidos a los misioneros.

Al llegar a este punto, el orador advirtió que corría riesgo de apartarse del tema principal de su discurso, y se apresuró a entrar, mediante una hábil transición, en el significado e importancia que debía atribuirse a los acontecimientos de los meses anteriores.

Todo lo hasta aquí ocurrido--añadió, --no ha podido evitar la pacificación del mundo sobre otra base distinta de los principios cristianos. La intención de Dios y de sus Vicarios ha venido dirigiéndose a reconciliar a los hombres en Jesucristo; pero rechazada la piedra angular una vez, más, en lugar del caos que se temía, ha surgido una unidad sin semejante y enteramente desconocida en la Historia. Esto es lo más peligroso y funesto, precisamente por el hecho mismo de contener tantos elementos incontestablemente buenos. La guerra, según se cree, queda extinguida por largo tiempo, reconociendo al fin los hombres que la unión vale más que la discordia. En realidad, las virtudes naturales parecen brotar en todas partes; desplegando una eflorescencia lujuriante, mientras las virtudes sobrenaturales vegetan lánguidamente, despreciadas de la generalidad. La filantropía ha reemplazado a la caridad; la hartura de comodidades y goces a la esperanza de los bienes de la otra vida; y la hipótesis científica a la fe en las verdades reveladas.

--Bien, hijo mío--dijo el anciano Pontífice con tono de bondadosa dulzura.--¿Y qué más?

--¿Qué más?--repitió Percy.--Pues, Santísimo Padre, que movimientos de tal índole no pueden menos de producir, sus hombres, y el hombre de los últimos cambios que han ocurrido en el mundo, es Juliano Felsenburgh. Este genio singular ha llevado a cabo una empresa que sobrepuja la capacidad de las fuerzas humanas, hasta el punto de parecer milagrosa.

Él ha puesto fin a la eterna división entre el Oriente y el Occidente; por la sola fuerza de su personalidad, ha triunfado de los dos supremos factores de la vida: el fervor religioso y el partidismo político. El entusiasmo frenético despertado en el pueblo inglés, refractario por naturaleza a todo género de arrebatos y exaltaciones, constituía también una especie de milagro; y, aparte de esto, Francia, España y Alemania ardían en el voraz incendio producido por la prestigiosa influencia del que se titulaba enfáticamente pacificador del mundo.

Percy describió algunas escenas de que había sido testigo, y en las que Felsenburgh aparecía como una deidad; y citó, sin reparo, algunos de los epítetos atribuidos al extraordinario superhombre por diarios tenidos por serios, enemigos de histéricas exageraciones, los cuales designaban a Felsenburgh con los dictados de «El verdadero Hijo del Hombre», en razón de su acendrado cosmopolitismo «el Salvador del Mundo» por haber desterrado de él la guerra, y hasta... hasta... --aquí la voz del orador vaciló--hasta se atreven a llamarle el Dios encarnado, porque dicen que es la más perfecta representación del elemento divino que reside en el hombre.

El tranquilo rostro sacerdotal que observaba a Percy, no hizo el más leve movimiento.

El joven disertante continuó:

--La persecución--dijo-- se acerca a toda prisa. Han ocurrido ya uno ó dos tumultos populares. Pero no es la persecución lo más temible; porque, aunque traiga consigo apostasías, como siempre, en cambio afirmará la fe y limpiará la Iglesia de falsos creyentes. En los primeros siglos del cristianismo el ataque de Satanás se dirigió contra el cuerpo de la Iglesia, empleando los potros, las hogueras y los leones; en el siglo xvI se reprodujo la lucha, pero entonces se dirigió más principalmente contra la inteligencia, y en el vigésimo ha tenido por objeto los resortes más íntimos de la vida moral y espiritual. Actualmente parece que el asalto parte de tres puntos a la vez: espiritual, moral y material.

Empero lo más temible de todo es la influencia positiva del humanitarismo. Éste llega rodeado de poder, cómo el verdadero reino de Dios que esperaban en otros tiempos los judíos; se apodera de la imaginación y el sentimiento; afirmando su verdad en lugar de probarla; penetra en las almas de una manera más honda que por medio de discusiones y controversias; se abre camino casi directamente y sin resistencia hasta los pliegues más escondidos del corazón humano. Muchos que, apenas habían oído el nombre de la nueva doctrina, se declaran prontos a aceptarla; legiones de sacerdotes comulgan con ella tan fervorosamente como lo hacían con el Sacramento de la Eucaristía--y aquí el orador citó los nombres de los principales apóstatas, --millares de niños se imbuyen en los dogmas de la nueva religión de igual modo que se empapaban antes de catecismo. El alma «naturalmente cristiana» se halla en vías de convertirse en el alma «naturalmente infiel.

La persecución --exclamó Percy--debe ser acogida como el único medio de salvación, y pedida en nuestras oraciones al Dios de las misericordias; aunque es muy de temer que las autoridades, en su astucia diabólica, sepan mantener separados, de modo que no se contrarresten, el antídoto y el veneno. Podrá haber martirios individuales --de hecho los habrá en gran número, --pero éstos ocurrirán a pesar de la voluntad de los gobernantes y no por su causa. Por ultimo yo espero--concluyó el sacerdote, --que el humanitarismo se revestirá muy pronto con los ornamentos de la liturgia y del sacrificio-- y cuando por medio de la abominación desoladora haya llegado a conquistarse la adhesión de las masas, la causa de la Iglesia habrá concluido, si Dios no se digna oponer su intervención.

Percy se echó atrás en su silla, después de pronunciar las últimas palabras, temblando de emoción.

--Bien, hijo mío, ¿y que pensáis que debe hacerse?

Percy tendió las manos, hasta entonces cruzadas.

--Santo Padre--respondió, --la Misa, la Eucaristía, el rosario, esto en primer lugar y por encima de todo. El mundo niega su poder; más precisamente en ese poder deben apoyarse los cristianos ahora más que en ningún otro tiempo.

Restaurar todas las cosas en Jesucristo; he ahí el único y supremo recurso. Lo demás no servirá, de nada. Jesucristo es quien debe hacerlo todo, porque nosotros nada podemos.

La encanecida cabeza del anciano se inclinó en señal de aprobación. Luego se irguió de nuevo.

--Sí hijo mío... Pero mientras Jesucristo se digne valerse de nosotros, debemos hacer por su causa todo lo que podamos. Él es Profeta y Rey no menos que Sacerdote. Nosotros deberíamos imitarle en el espíritu de profecía y en la realeza, de igual modo que en el sacerdocio. ¿Qué pensáis acerca de esto?

La pregunta hirió los oídos de Percy como el sonido penetrante de una trompeta.

Santísimo Padre... Por lo que se refiere al espíritu de profecía, limitémonos a predicar

la caridad; en cuanto a la realeza, sea nuestro reinado el de la Cruz. Debemos amar y sufrir... (Y al pronunciar estas palabras, un sollozo se escapó del pecho de Percy.) Vuestra Santidad ha predicado siempre la caridad. Despliegue ella, enhorabuena, su inagotable fecundidad en la práctica de las buenas obras, aventajando a todos en este punto; resplandezca la honradez en nuestras relaciones con los demás, la castidad en todos los hogares cristianos, la rectitud en todos nuestros actos públicos. Y por lo que taca al sufrimiento... ¡ah! Santísimo Padre...

En el ánimo de Percy surgió de nuevo con imperiosa oportunidad el antiguo proyecto, por tanto tiempo acariciado.

--¿Por qué os interrumpís? Hablad con franqueza.

--Santísimo Padre, yo creo en la necesidad, una nueva Orden religiosa--continuó el sacerdote con voz insegura.

La blanca mano del Papa dejó caer el pisapapeles y se inclinó hacia adelante, fijando atentamente la mirada en Percy.

Éste cayó de rodillas ante el anciano.

--Una nueva Orden, Beatísimo Padre... sin hábito ni tonsura... --sometida directamente a Vuestra Santidad... con más libertad de acción que los Jesuitas... más pobre que los franciscanos... más mortificada que los Cartujos... en ella deberían entrar hombres y mujeres; ... los tres votos con la expresa intención del martirio, cada obispo debería tomar a su cargo el sostenimiento de los miembros de esa Orden residentes en su diócesis con las limosnas que ellos mismos se proporcionaran; cada país podría tener un Vicario Apostólico...! ¡Perdonad, Santísimo Padre, mi osadía al proponeros ésa medida...! El Panteón sería la iglesia matriz de la Orden, Cristo crucificado su patrono.

El Papa se levantó bruscamente, tan bruscamente, que el Cardenal Martín se puso también de pie por un movimiento maquinal. Todo inducía a pensar que el sacerdote inglés había ido demasiado lejos.

Entonces el Pontífice se sentó otra vez, y extendiendo el brazo, trazó una cruz en el aire, mientras decía:

--Dios os, bendiga, hijo mío. Podéis retiraros. Vos añadió, dirigiéndose al Cardenal, --aguardad un momento.

EN la nueva entrevista celebrada por Percy aquella tarde con el Cardenal Protector, éste se limitó a felicitarle por el modo como se había conducido en la audiencia pontificia. El sacerdote había hecho bien en manifestar con absoluta franqueza todo su pensamiento. Luego el abad Martín le explicó cuáles serían en lo sucesivo sus obligaciones en el Vaticano.

Percy conservaría para su uso particular las dos habitaciones donde se le había hospedado, diría misa en el oratorio del Cardenal, y después, a las nueve, debería presentarse en las habitaciones de Su Eminencia a recibir instrucciones; acompañaría a la mesa al anciano purpurado a las doce en punto, quedando luego en libertad hasta el toque del Ángelus; enseguida volvería al despacho de su señor para trabajar allí hasta la hora de cenar. Su tarea principal consistiría en leer la correspondencia inglesa y escribir una nota--resumen de su contenido.

Percy halló bien agradable la serena tranquilidad de aquel género de vida, creciendo en él diariamente el amor a la nueva residencia. Disponía de tiempo bastante para dedicar a la recreación, y lo repartía de modo que no faltara en sus pasatiempos el aliciente de la utilidad. De ocho a nueve, paseaba diariamente por las calles, examinando los tesoros artísti-

cos de los templos, observando las costumbres del pueblo, y asimilándose poco a poco la extraña sensación de naturalidad que exhalaba esta vida a la antigua usanza. A veces las anacrónicas condiciones del ambiente que le rodeaba le producían el efecto de un sueño histórico; pero también en ocasiones se persuadía de que aquella vida era la única realidad, frente a la cual el mundo frío y espasmódico de la civilización moderna sólo gozaba de una existencia artificial siendo Roma el lugar privilegiado donde el alma humana conservaba su nativa sencillez. La misma lectura de la correspondencia inglesa apenas le afectaba más que de un modo superficial, porque la corriente de su pensamiento comenzaba a deslizarse pura y tranquila en el apacible cauce de otros días. Así, pues, ahora podía, libre de toda clase de preocupaciones, leer, disecar, analizar y diagnosticar a su sabor.

Al fin y al cabo, las noticias de importancia no eran muy numerosas: reinaba una especie de tranquila bonanza después de la tempestad. Felsenburgh continuaba en su retiro, después de haber rehusado los ofrecimientos de Francia e Italia, lo mismo que los de Inglaterra; y, según anunciaban algunos diarios, aunque no con entera formalidad, parece que el ya celebérrimo hombre público abrigaba el propósito de retirarse a la vida privada. Entre tanto, los Parlamentos europeos se ocupaban en los trabajos preparatorios para llevar a cabo la nueva redacción de los códigos. Se daba por cierto que hasta las sesiones de otoño no se adoptarían acuerdos decisivos.

La vida de Roma le parecía a Percy un espectáculo de los más curiosos y extraños. La ciudad eterna se había convertido, a la sazón, no ya en el centro de la fe, sino en un microcosmos del catolicismo. Hallábase dividida en cuatro enormes distritos: Anglosajón, Latino, Teutónico y Oriental, sin contar el Trastevere, ocupado casi enteramente por las oficinas pontificias, seminarios y escuelas. La población anglosajona ocupaba el distrito sudoeste, cubierto ahora todo él de edificios, incluyendo el Aventino, el Caelius y el Testaccio. Los latinos habitaban la Roma antigua, entre el Corso y el río; los teutones el distrito nordeste, limitado al sur por la calle de San Lorenzo; y los orientales el resto de la ciudad, con la iglesia de Letrán por centro.

De este modo, los verdaderos romanos, apenas se daban cuenta de la intrusión extranjera; continuaban en posesión de sus numerosas iglesias; podían conservar sus peculiares usos y costumbres y sostener sus mercados; y esta barriada era la preferida de Percy en sus paseos de observación retrospectiva. Pero no menos curiosos eran los otros distritos. El ánimo gozaba contemplando el desarrollo de toda una progenie de templos góticos, servidos por clero septentrional, en la extensión entera de los distritos anglosajón y germano, con su boscaje de agujas descollando sobre un vasto sistema de encrucijadas constituidas por espesa red de calles largas y grises, cuyos pavimentos planos y macizos, así como el tono severo de los edificios, probaban que los hombres del norte no se habían convertido a las tradiciones de la vida meridional.

Los orientales, por otra parte, se asemejaban a los latinos: sus calles eran no menos estrechas, obscuras y malolientes que las de éstos; sus iglesias, no menos desaseadas, pero a la vez igualmente recogidas y devotas; sus trajes, de colores más chillones y abigarrados todavía que los usados en los callejones de la parte vieja de Roma.

Extramuros de la ciudad reinaba una confusión indescriptible. Si el recinto murado parecía una minúscula reproducción del mundo, cuidadosamente tallada, los arrabales daban idea de un modelo análogo, que, después de roto en mil piezas y depositadas éstas en un saco, hubiera sido recompuesto disponiéndolas al azar. En toda la extensión que la vista podía abarcar desde lo alto del Vaticano, Percy divisaba una sucesión interminable de tejados, interrumpida de trecho en trecho por flechas, torres, cúpulas y chimeneas; y allí se albergaban seres humanos de todas las razas que viven bajo la capa del cielo. En esta región se habían construido las fábricas, los edificios monstruosos de la nueva civilización, las estaciones, escuelas y oficinas; todo ello independiente de la jurisdicción civil del Pontífice y poblado por cerca de seis millones de almas, congregadas al amparo de la ciudad eterna por el amor de la religión.

Era la muchedumbre de los que no encontraban reposo y tranquilidad en el ambiente de la vida moderna; de los que, fatigados por el esfuerzo del cambio, buscaban refugio en la Iglesia, pero sin poder obtener permiso para residir en el interior de Roma. En todas partes se elevaban sin cesar nuevos edificios. Suponiendo que un compás gigantesco tuviera una de sus puntas fija en la ciudad pontificia mientras con la otra describiera un círculo de cinco kilómetros de radio, ésta última no habría cesado de tropezar con calles repletas de casas en todo el trayecto de su recorrido.

Sin embargo, Percy no comprendió el significado de lo que veía, hasta la solemne ocasión de celebrarse el cumpleaños del Papa uno de los últimos días del mes de agosto.

Era todavía temprano y la atmósfera estaba fría, cuando el sacerdote siguió a su protector, el abad Martín, a quien servía de capellán, a lo largo de las espaciosas galerías del Vaticano en dirección a la gran sala donde el Papa recibía a los Cardenales. Al asomarse Percy a la Píazza por una de las ventanas, observó que la multitud era, si cabía, más densa que una hora antes. El enorme óvalo parecía empedrado de cabezas humanas, a un lado y otro de la ancha carrera, guardada por las tropas pontificias para el paso de los carruajes; y sobre esta faja, que blanqueaba al reflejo de la luz matinal, veíanse avanzar antiguos y lujosos vehículos, deslumbrantes con sus riquísimos adornos de púrpura y oro; de cuando en cuando la multitud prorrumpía en aclamaciones, a través de las cuales resonaba el ruido de los carruajes contra el empedrado pavimento, imitando el rumor de la marea en una playa cubierta de hormigón.

Mientras Percy aguardaba con su señor en una antecámara, rodeado y oprimido por el apretado concurso de los asistentes a la audiencia--verdadero bloque de escarlata, nieve y púrpura, --dirigió otra vez la mirada al exterior confirmándose en lo que había conjeturado, es decir, que allí, a su vista, se hallaba reunida la destronada realeza del viejo mundo.

Alrededor de la escalinata de la basílica se abría un enorme abanico de carrozas, tiradas cada una por ocho caballos; los blancos eran de España y Francia, los negros de Alemania, Italia y Rusia; los de color de crema o bayos, de Inglaterra; todos ellos formando el semicírculo interior, y después seguían los de las potencias de menor importancia: Grecia, Noruega, Suecia, etc. Alcanzábanse a ver con perfecta distinción los emblemas de varias--águilas, leones, leopardos al pie de la corona real colocada en el remate de cada uno. Desde el pie de la escalera hasta la terminación de la misma se extendía una ancha y roja alfombra, guarnecida por doble fila de soldados. Percy se apoyó contra el postigo de la ventana y se entregó a la meditación.

Allí tenía a sus pies todo lo que restaba de los poderes reales. Él había visto anteriormente los palacios de estos soberanos, esparcidos aquí y allá en los diversos distritos de la ciudad, con sus banderas izadas en los balcones y sus porteros de librea roja a la entrada. Muchas veces se había unido a los transeúntes para saludar a tal rey o a tal emperador, que paseaban en landó por el Corso; y había contemplado las lises de Francia y los leopardos de Inglaterra marchando juntos en la solemne parada que se organizó en el monte Pincio.

Los diarios le habían dado noticia, una vez y otra, en el decurso de los últimos cinco años, de la llegada a Roma de esta o aquella familia real, después de haber visto ratificados sus derechos por el Pontífice; y, precisamente la víspera, el Cardenal Martín le había anunciado el desembarco en Ostia de Guillermo de Inglaterra con la reina Carolina; de modo que, exceptuando el Gran Turco, se hallaba refugiada allí la serie completa de los monarcas europeos. Nunca se le había ofrecido a Percy la ocasión de apreciar el hecho estupendo y abrumador de la reunión de la realeza del mundo occidental a la sombra del trono de Pedro, y a su vez el grave peligro que semejante reunión debía constituir a los ojos del mundo democrático modernista.

No se le ocultaba que, por el momento, ese mundo fingía burlarse de la locura y puerilidad de aquella que él calificaba comedia desesperada del derecho divino, representada por gentes despojadas de su antigua grandeza, mas tampoco debía ignorar que los hombres

no habían perdido aún sus antiguos sentimientos, y que si éstos llegaban a despertar...

La aglomeración de gente cedió; Percy salió de su observatorio y se introdujo en la corriente que seguía lentamente su curso.

Media hora después, ocupaba su puesto entre los eclesiásticos en la procesión pontificia que partió del sombrío local de la capilla del Sacramento dirigiéndose a la nave de la grandiosa basílica; pero aun antes de penetrar en la capilla oyó el tranquilo rumor de homenajes y los toques de trompeta que saludaban la aparición del Soberano Pontífice, llevado en su silla gestatoria, con los grandes abanicos tradicionales detrás.

Cuando Percy mismo salió, cinco minutos más tarde, envuelto en su amplio capisayo y vio la muchedumbre inmensa que esperaba el paso del Papa, no pudo menos de recordar, dándole un vuelco el corazón, el espectáculo parecido que ofrecían los alrededores del Templo de Pablo en aquella célebre noche de estío de algunos meses atrás... Descollando por encima de las cabezas, entre las que parecía abrirse paso como la popa de una carabela, avanzaba el dosel pontificio cobijando la majestuosa figura del Señor del Mundo, y, a su alrededor, a manera de aguaje levantado por la embarcación, se movía el majestuoso cortejo de protonotarios apostólicos, superiores de las órdenes religiosas y demás altos dignatarios formando una orla de espuma de varios colores, blanco, oro, escarlata, morado entre las dos riberas de seres humanos, que se apiñaban a uno y otro lado. Encima dilataba sus ámbitos la espléndida bóveda, y allá lejos, de frente, el puerto del altar divino alzaba las moles gigantescas de sus pilares, a cuyo amparo ardían las siete estrellas amarillas, simbolizando los faros de la santidad.

El espectáculo era sorprendente, pero demasiado grandioso para producir en el espectador otra impresión que la de aturdimiento. Las colosales dimensiones del recinto, la multitud de estatuas gigantes, la elevación y amplitud de las bóvedas, el indescriptible concierto de sonidos diferentes, mezclándose y confundiéndose con el áspero y seco chirriar del calzado, con el murmullo de millares de voces, el tronar solemne de los órganos, y los coros de niños que entonaban celestiales melodías; todo esto unido al delicado y sugestivo aroma del incienso mezclándose con el de la multitud y el del pisoteado ramaje de laurel y mirto y a la vibrante atmósfera de emociones humanas sacudidas por ráfagas de influencias sobrenaturales al paso de la Esperanza del Mundo, Vicegerente de la Divinidad, Representante del mismo Dios, producía en el sacerdote inglés el efecto de un filtro mágico de virtud a un tiempo sedativa y estimulante, que cegaba los ojos aguzando la vista del espíritu, ensordecía los oídos del cuerpo para mejor abrir los del alma, y exaltaba el corazón mientras le sepultaba en abismos de humildad.

«He aquí--pensaba Percy, --he aquí formulada la otra respuesta que cabía dar al problema de la vida. » A su elección se presentaban entonces las dos ciudades de San Agustín: la una era la del mundo, nacida de sí misma, organizada por su solo esfuerzo, y que creía bastarse a sí propia; ciudad cuyos grandes hombres eran Marx y Hervé, con sus legiones de socialistas, materialistas y modernos hedonistas, resumiéndose al cabo en Felsenburgh; la otra se desplegaba allí mismo ante los ojos de Percy, hablándole de un Creador, de una creación, de un plan divino, de una redención, de un mundo trascendente y eterno, fuente y término de todas las existencias. Uno de los dos personajes, Juan o Juliano, era el Vicario de Dios, y el otro un impostor, un falsario, una caricatura... Y, por centésima vez, el corazón del sacerdote eligió entre las dos opuestas banderas en un espasmo de convicción.

Pero el momento crítico de la festividad no había llegado todavía.

Cuando Percy salió por fin de la nave situada bajo la gran cúpula, y se dirigió a la tribuna del otro lado del trono pontificio, se le presentó un nuevo espectáculo.

En las inmediaciones del altar y del presbiterio, se había reservado un amplio espacio que llegaba, según pudo percibir desde su sitio, hasta la entrada de los transeptos; aquí se

alzaba una balaustrada que corría de tina parte a otra, continuando las líneas de la nave. Más allá de esta cerca, adornada de colgaduras rojas, aparecía una gradería cubierta de rostros blancos e inmóviles; limitábase por una zona de brillante acero; y en la parte superior a la tercera parte de la distancia desde ella hasta lo bajo de los transeptos se alzaba una serie de magníficos doseles de color escarlata, como los baldaquines cardenalicios, rematando todos en gigantescas armaduras empavonadas, sostenidas por monstruos heráldicos, y terminadas por coronas. Debajo de cada uno de los doseles había solamente uno o, a lo más, dos personajes en espléndido aislamiento, y en los espacios intermedios veíase un confuso talud de rostros humanos.

El corazón de Percy latió apresuradamente en presencia de aquel conjunto. Al tender la mirada a su alrededor vio, como en un espejo, la réplica que el transepto de la izquierda oponía al de la derecha. Allí estaban los solitarios supervivientes de la extraña casta de hombres que, hasta hacía cincuenta años, habían reinado como Vicegerentes temporales de Dios, con el consentimiento de sus súbditos. Nadie reconocía a la sazón sus derechos, a excepción de Aquél cuya autoridad invocaban por fundamento de su soberanía; y el aspecto que presentaban en aquellas circunstancias, sugería al espíritu la imagen de un grupo de pináculos, pendientes de un domo cuyos muros yacían derribados.

Eran hombres y mujeres conocedores, al fin, de que el poder viene de arriba, y de que su título para gobernar no dimanaba de sus vasallos, sino del Supremo Gobernador del Universo; eran pastores sin rebaño, capitanes sin soldados que mandar. El cuadro era lastimoso, horriblemente lastimoso, pero encerraba a la vez algo de consolador. El acto de fe practicado por aquellas criaturas, rayaba en sublime, y el corazón de Percy palpitó con fuerza, al sentirlo así. Aquellos seres, de carne y hueso como el sacerdote inglés que los contemplaba, no se avergonzaban de apelar del hombre a Dios, ni de asumir insignias que el mundo consideraba como juguetes, pero que para ellos eran emblemas de una misión sobrenatural. ¿No había en todo ello se preguntó Percy --un reflejo, cierta lejana sombra de Uno que cabalgó en un pollino entre las burlas de los grandes y los aplausos de los niños...?

Todavía impresionó más vivamente al sacerdote ver a los principales soberanos abandonar sus sitiales y prestar servicio en el altar, yendo y viniendo desde él al trono, ante el que se mantenían descubiertos, en actitud noble y silenciosa. El monarca inglés, convertido otra vez en Defensor de la Fe, desempeñaba sus correspondientes funciones haciendo las veces del anciano rey de España, el único de los soberanos europeos, junto con el emperador de Austria, que había conservado sin interrupción en su dinastía la profesión constante del catolicismo. El viejo sucesor de San Fernando, a quien los años impedían ayudar a la misa pontificia, yacía postrado en su reclinatorio, murmurando plegarias, llorando a veces y prorrumpiendo en fervorosas jaculatorias, a ejemplo del anciano Simeón al gozar de la vista de su Salvador. El emperador de Austria sirvió dos veces el Lavabo; el kaiser alemán, que con su trono lo había perdido todo, menos la vida, después de su conversión ocurrida cuatro años antes, en virtud de privilegio especial que al efecto se le había concedido, quitaba y ponía el cojín cada vez que el Pontífice, su señor, se arrodillaba ante el tabernáculo del Rey de reyes y Señor de señores.

De este modo se fue desarrollando el gran drama escena por escena. El murmullo de la concurrencia se extinguió de pronto, dando lugar a un solemne silencio en que las oraciones se hacían sin ruido de palabras; y es que en aquel momento el pequeño Disco Blanco se elevaba entre las manos sagradas del augusto celebrante, mientras en la gran cúpula el coro de voces angélicas entonaba un tierno e inspirado motete al adorable Sacramento del Altar.

Todos se sentían allí en presencia del que era la única esperanza de tantos millares de creyentes, tan poderoso y a la vez tan humilde como en el pesebre de Belén; todos sabían bien que sólo Dios podía defenderlos de sus enemigos. Y, ciertamente, que si la sangre de los hombres y el llanto de las mujeres carecían de eficacia para sacar de su impasible silencio al Supremo juez y Observador de todo, no debía suceder lo mismo con la muerte

incruenta de su único Hijo, que al tener lugar en el Calvario en forma de real y cruento sacrificio, entre el luto del cielo y el temblor de la tierra, intercedía ahora rodeada de tan triste magnificencia sobre este islote de la fe, en medio de un mar de burlas y de odios. --¿Podría dejar de suceder así?

Acababa Percy de sentarse en su habitación, fatigado de la prolongada solemnidad, cuando se abrió bruscamente la puerta, y el Cardenal, vestido todavía con el traje de ceremonia, penetró aceleradamente, cerrando la puerta tras sí.

--Padre Franklin--dijo con voz ahogada por la emoción; ha llegado la peor de todas las noticias: Felsenburgh ha sido nombrado Presidente de Europa.

Aquella noche, Percy se retiró tarde a descansar, agotado por el exceso de trabajo. Hora tras hora, había pasado la mayor parte de la noche con el Cardenal, abriendo los despachos que llegaban a los receptores eléctricos desde todos los puntos del mundo, y eran luego examinados, uno por uno, en la silenciosa estancia del Purpurado inglés. Durante aquella tarde, el abad Martín había tenido que salir tres veces, una llamado por el Pontífice, y dos para llevar informes al Prefecto de la Congregación de Propaganda Fide.

No cabía dudar de la certeza y exactitud de las noticias; Felsenburgh parecía haber aguardado intencionalmente a ser propuesto para el cargo de Presidente de Europa. Por eso, sin duda, se había negado a aceptar los demás ofrecimientos. En la conferencia secreta últimamente celebrada por las Potencias, cada una de ellas había fracasado en su intento de conquistarse el concurso exclusivo del gran estadista, en vista de lo cual todos habían convenido en retirar sus anteriores proposiciones, y enviar un mensaje colectivo. En él se había brindado a Felsenburgh con un puesto del todo inconcebible en una democracia. Se le asignó un Palacio de Gobierno en cada una de las capitales de Europa; le fue además concedido el derecho del veto sobre todas las leyes aprobadas por los distintos Parlamentos, con efecto valedero por el término de tres años; se estipuló también que toda medida propuesta tres veces por él, tuviera la fuerza de ley; y, por último, se le confirió el título de Presidente de Europa. A Felsenburgh, por su parte, no se le exigía otra cosa que el compromiso de rehusar todo cargo oficial que no hubiera recibido la sanción de todas las Potencias.

Percy vio claramente que todo esto agravaba el peligro de la unión europea, haciéndolo diez veces más temible; y concentraba las estupendas fuerzas del Socialismo, que, en adelante, avanzaría bajo la dirección de un hombre de genio. Las características más poderosas de los dos opuestos sistemas de gobierno, se combinaban centuplicando su eficacia en el nuevo orden de cosas. La oferta había sido aceptada por Felsenburgh, después de ocho horas de silencio.

El efecto causado por la noticia en las otras dos divisiones del mundo, era también digno de ser notado: el Oriente mostraba gran entusiasmo con el encumbramiento de Felsenburgh, de quien tenía formado tan elevado concepto; mientras que América se dividía en dos opuestas opiniones. Pero, en todo caso, América se vería obligada a ceder, oprimida por el peso abrumador de las otras partes del mundo.

Percy se arrojó en el lecho, vestido como estaba, y allí permaneció presa de febril agitación, con los ojos cerrados y el alma oprimida por inmensa pesadumbre. El mundo entero se alzaba ahora como una marea gigante por encima del horizonte de Roma; y la santa ciudad no representaba ante él más que un deleznable castillo de arena, pronto a ser aniquilado y deshecho a la primera oleada. El sacerdote lo veía con perfecta claridad. En cuanto a la forma y circunstancias en que tendría lugar la destrucción de la capital pontificia, Percy no lo sabía, ni se inquietaba por averiguarlo; lo que le constaba a ciencia cierta, era que la catástrofe sobrevendría de una manera fatal e inevitable.

Por esta época había tenido ocasión de conocer más a fondo su propio temperamento; y, dejándose llevar del hábito que tenía de estudiarse a sí mismo, volvió los ojos del espí-

ritu a la consideración de su interior, a la manera del médico que, atacado de mortal dolencia, se siente penosamente impulsado a diagnosticar sus propios síntomas. En las circunstancias actuales, constituía para él una especie de alivio perder de vista el monstruoso mecanismo del mundo, para contemplar en miniatura un corazón humano, huérfano de esperanza.

Por lo que a sus creencias religiosas se refería, no abrigaba al presente dudas ni vacilaciones de ningún género; su certeza le era tan conocida como puede serle a cualquiera el color de sus ojos; tenia convicciones arraigadas e inconmovibles. Durante las semanas que llevaba en Roma, las sombras que ofuscaban su espíritu se habían disipado por completo, y la corriente por donde circulaban las aguas de las verdades e influencias sobrenaturales, a la sazón fluía pura y diáfana. O, mejor aún, el grandioso conjunto de los dogmas, ceremonias, costumbres y principios morales en que se había educado y que en el período entero de su vida anterior sólo por partes había logrado vislumbrar entre tinieblas, ahora se le mostraba radiante de esplendor, iluminado por el sol de eterna verdad. Dogmas terribles que no había podido considerar sin espanto mezclado de un sentimiento de repulsión, aparecían al presente a los ojos de su espíritu con luminosa evidencia.

Así, por ejemplo, veía con perfecta claridad que, mientras el Humanitarismo trataba de abolir el sufrimiento y el dolor, la religión divina comenzaba por señalar su origen y establecer su necesidad, de tal modo que en el plan del cristianismo hasta los gemidos de la naturaleza irracional tenían su lugar y explicación adecuados. Y también comprendía que, si bien desde cierto punto de vista, sus sentidos no vislumbraban más que un solo color o aspecto del tejido que constituía la vida del universo--el material, intelectual o artístico--en cambio, bajo otro respecto, lo sobrenatural se manifestaba no menos deslumbrador y convincente.

La religión humanitaria no podía ser verdadera, sino a condición de suprimir en el hombre la mitad por lo menos de sus aspiraciones y sufrimientos; mientras que el cristianismo tenía la ventaja de reconocer su ineludible realidad, siquiera no llegase a dar una explicación accesible a todas las inteligencias. Este dogma y el otro misterio y aquella doctrina se relacionaban y completaban mutuamente formando un todo armónico en que cada parte suponía la existencia y forma de las demás del conjunto. Sí; la fe católica era para él más cierta e indubitable que su propia existencia, era una cosa viva y verdadera. No importaba que el dogma espantoso del infierno llenara de terror su espíritu; el juez Supremo de vivos y muertos existía, a pesar de todo. Quizá su razón deliraba; pero Jesucristo continuaría siendo el Verbo encarnado, cuya divinidad atestiguaban de un modo irrecusable su misma muerte, su resurrección y hasta su mismo Vicario y Representante en la tierra. Estos hechos eran como las vértebras del universo moral y material; eran hechos tan indudables como el universo mismo; si ellos no eran ciertos, todo se reducía a un puro sueño.

¿Dificultades?-- Oh, sin duda abundaban prodigiosamente. El joven sacerdote no sabía explicarse por qué Dios ha hecho el mundo de este modo, ni cómo el infierno podía ser obra del amor, ni de qué manera se verificaba el milagro de la transustanciación; pero..., así era y no de otro modo. Percy se daba cuenta de haber viajado mucho alejándose de aquel antiguo estado en que creyó, años atrás, que la verdad divina era susceptible de ser demostrada en los dominios de la inteligencia, entregada a sus solas fuerzas.

Al presente, había aprendido (aunque sin saber cómo) que lo natural clamaba por lo sobrenatural; que el Cristo externo y humano pedía el Cristo interno y divino; que la pobre razón humana era impotente para contradecir, así como para demostrar adecuadamente, los misterios de la fe, a no ser fundándose en premisas sólo cognoscibles para el que admite el hecho de la revelación; que al estado moral, antes que al intelectual, habla el Espíritu de Dios con superior certeza.

Ahora es cuando sintió la fuerza toda de aquella verdad que en su juventud había aprendido y enseñado, es a saber, que la fe, teniendo, como el hombre mismo, un cuerpo y

un espíritu --una expresión histórica y una verdad interna--habla ora por medio de un elemento, ora por conducto del otro. Éste cree porque ve--acepta la Encarnación y la Iglesia por razón de sus credenciales; --aquél, conociendo que estas cosas son hechos espirituales, se rinde al testimonio y autoridad de la única institución divina que las profesa, no menos que a la manifestación de las mismas en el dominio de la Historia; y en esa institución descansa cuando se trata de puntos obscuros e incomprensibles; y así se cumple en este segundo lo que puede considerarse como el ideal, es decir, que ve porque cree.

Mas no por esto dejaba de dirigir la atención con una especie de indolencia curiosa a otras regiones de su naturaleza.

En primer lugar allí tenía su propia inteligencia que preguntaba sin cesar: ¿por qué, por qué, por qué? ¿Qué razón había para permitir semejantes trastornos? ¿Cómo se concebía que Dios no interviniese y que el Padre de la Humanidad consintiera que sus amadas criaturas se levantaran en universal rebelión contra Él? ¿Qué pensaba hacer? ¿No se rompería jamás el eterno silencio? Enhorabuena que sucediera así respecto de los que vivían en la fe; pero ¿cabía decir lo mismo de los millones sin numero que morían con la blasfemia en los labios? ¿No eran estos últimos también sus hijos y ovejas de su rebaño? ¿Para qué había sido fundada la Iglesia Católica sino para convertir al mundo? Y ¿por qué en este caso había permitido que esta Iglesia quedara reducida a un puñado de fieles, mientras, por otra parte, el mundo hallaba su paz fuera de la obra de Cristo, su Enviado?

Luego pasó a considerar las emociones que experimentaba; y no encontró en ellas estímulo ni consuelo. ¡Oh! verdad era que todavía podía orar mediante actos fríos de pura voluntad, y que Dios los aceptaba según le enseñaba su teología; cierto que tenía en su mano el repetir, si el Señor se complacía en ello, hasta cinco millares de veces el Adveniat regnum tuum... Fiat voluntas tua; pero en tales prácticas la porción inferior del espíritu no tenía participación alguna; aquellas notas salían del arpa de su voluntad sin pasión ni sentimiento, vibraban mudas y parecían no tener alas para remontarse al trono del Altísimo. Y entonces ¿qué le pedía Dios que hiciera? Nada más que repetir fórmulas, yacer inerte y silencioso, abrir despachos, recibir mensajes telefónicos y sufrir.

Percy volvía los ojos de la consideración al resto del mundo y contemplaba la locura que se había apoderado de los pueblos, las sorprendentes historias que el teléfono transmitía. En París, hombres y mujeres, arrebatados del furor epiléptico de las antiguas bacantes, se habían presentado desnudos en la Plaza de la Concordia, armados de puñales y con ellos se habían atravesado el corazón, gritando entre los estruendosos aplausos de la muchedumbre, que la vida era demasiado pesada para soportar su yugo por más tiempo. En Sevilla una bailarina célebre se había vuelto loca al tener noticia de la aceptación de Felsenburgh, a quien profesaba una especie de idolatría frenética. En un valle de los Pirineos los aldeanos partidarios del comunismo habían crucificado a todos los católicos de la localidad en un arrebato de furor sectario. En Alemania habían apostatado tres obispos... y luego otro suceso no menos extraordinario: .. y millares de horrores más que Dios permitía impasible y silencioso.

Sonó un golpecito a la puerta, y Percy se incorporó bruscamente al ver entrar al Cardenal.

El anciano parecía horriblemente decaído; y en sus ojos brillaba el ardor de la fiebre. Indicó por señas a Percy que se sentara, mientras él se dejaba caer en un sillón, temblo roso y ocultando sus zapatos, adornados con hebillas de plata, bajo la sotana de botones rojos.

--Tenéis que perdonarme, hijo mío--comenzó.--Siento una gran intranquilidad, porque temo por la vida del prelado. Debía estar aquí ya.

El Cardenal se refería al Obispo de Southwark, que, conforme Percy recordaba, había partido de Inglaterra aquel mismo día a primera hora de la mañana.

--¿Sabéis, Eminentísimo Señor, si se encamina aquí directamente?

--Sí; y debería haber llegado hacia las veintitrés. Pero ya ha pasado la media noche; ¿no es verdad?

Mientras el Cardenal hablaba, los relojes dieron la media. Todo reposaba ahora en silenciosa quietud. Durante el día, el aire había resonado constantemente con todo género de ruidos y clamores, procedentes de las alborotadas manifestaciones con que el populacho romano celebraba el nombramiento de Felsenburgh; las puertas de la ciudad habían sido forzadas e invadido el recinto murado por numerosas bandas de obreros que recorrieron las calles cantando coplas antirreligiosas. Mas, por el momento, no había peligro de que se produjeran disturbios de trascendencia; era sólo un indicio de lo que podría ocurrir, cuando la gente se diera cuenta de la situación de las cosas en el mundo.

El Cardenal pareció reanimarse un poco, después de algunos minutos de silencio.

--¿Os sentís fatigado, Padre?--preguntó bondadosamente a Percy.

Éste sonrió.

--¿Y Vuestra Eminencia?--repuso el sacerdote. El anciano sonrió a su vez.

--¡Oh!--añadió--por lo que a mi se refiere, no he de durar mucho tiempo, Padre. Pronto seréis vos el que tendrá que padecer.

Percy se sobresaltó vivamente.

--Claro que sí--continuó el Cardenal.--El Santo Padre lo ha dispuesto. Vos me sucederéis muy pronto en el cargo. Es inútil guardar el secreto.

--¡Eminentísimo Señor!--imploró Percy con voz trémula. El viejo le impuso silencio con un gesto de su seca y arrugada mano.

--Ya comprendo lo que me queréis decir--continuó afablemente.--Por vuestra parte preferiríais la muerte, ¿no es así? y quedar en paz de una vez. Muchos hay que desearían lo mismo; pero antes es preciso sufrir. Et pati et mori. Padre Franklin, debéis aceptar la prueba sin vacilar.

Se siguió luego un prolongado silencio.

La noticia era tan imprevista, que Percy quedó medio aturdido. Jamás le había pasado por la imaginación que un hombre como él, de menos de cuarenta años, pudiera ser considerado elegible para suceder al sabio, paciente y venerable abad Martín. Y en cuanto al honor del cargo, Percy se hallaba, a la sazón, muy por encima de toda ambición personal; de modo que ni siquiera pensaba en ello. Lo único que veía en perspectiva, era un viaje largo e intolerable por un camino que trepaba en pleno declive, llevando sobre sus espaldas una carga que no podía soportar.

No obstante, comprendió que la cosa no tenía remedio. El nombramiento se le había anunciado como inevitable; era necesario; y no quedaba otro recurso que aceptar en silencio. Pero él lo veía como si a sus pies se hubiera abierto un nuevo abismo, cuyo fondo insondable le atraía, infundiéndole un horror mudo e indecible.

El primero que rompió el silencio fue el Cardenal. --Padre Franklin--dijo, --hoy he visto un retrato de Felsenburgh. ¿Sabéis por quien le tomé a primera vista?

Percy sonrió con amargura.

--Pues, sencillamente, creí que era vuestro retrato. ¿Qué os parece?

--No comprendo bien a Vuestra Eminencia.

--¿Cómo que no...?--Pero el anciano se interrumpió, y cambió bruscamente de asunto.--Hoy ha ocurrido un asesinato en la ciudad.

Percy levantó los ojos y miró un momento a su interlocutor.

--Oh, sí; el asesino será ejecutado; no ha hecho diligencia alguna por escapar--prosiguió el Cardenal.--El juicio comenzará mañana... El suceso contrista. Es el primer crimen que se comete en el espacio de ocho meses.

La ironía de la situación se le mostraba a Percy con sobrada evidencia, mientras, inmóvil en su sillón, observaba el profundo silencio que reinaba en el exterior, bajo el cielo puro y estrellado de la noche. Pensaba en la pobre ciudad pontificia, indiferente a los profundos cambios que ocurrían en el mundo, invariable en seguir los anticuados procedimientos de la justicia tradicional entre las burlas de las gentes; mientras allá fuera, en el resto del mundo, se acumulaban las fuerzas que pondrían término a tan incomprensible anacronismo.

Su entusiasmo de otras veces, parecía muerto. No se estremecía ya de admiración, al pensar en el espléndido desprecio de los hechos materiales, que antes le había parecido tan bello y conmovedor, ni le impresionaban el valor rayano en frenesí o la indiferencia letárgica, que imperaban allí como reyes y señores. Antes bien, se consideraba en el caso de un curioso que observa el posarse de una mosca sobre el cilindro de una máquina en movimiento: la enorme masa de acero gira, arrastrando el minúsculo y delicado organismo a una destrucción inevitable; un momento más, y habrá concluido todo, sin que el testigo de aquella escena haya podido intervenir.

De una manera análoga se le representaba a Percy lo sobrenatural, vivo todavía y perfecto como en ninguna otra época, pero reducido a las proporciones de un punto apenas perceptible; fuerzas incalculables se movían alrededor, y debajo de la diminuta organización el universo entero giraba, amenazando aplastarlo bajo su pesada mole; y Percy no podía hacer otra cosa que contemplar, temblando de angustiosa ansiedad, el advenimiento de la catástrofe. Y, no obstante, como anteriormente hemos dicho, no había sombra alguna en su fe; él sabía que la mosca era superior a la máquina gigantesca en el orden de la vida; y aunque en breves instantes el insecto pereciera aplastado, no recaería sobre él la pena del supremo sufrimiento. Todo esto le era bien conocido al sacerdote; pero ignoraba por qué habían de suceder así las cosas.

Mientras los dos interlocutores continuaban sentados, se oyó ruido de pasos y, poco después, llamaron a la puerta. Un criado se asomó y dijo al Cardenal:

--Su Ilustrísima ha llegado, Eminentísimo Señor.

El anciano se levantó penosamente, apoyando la mano sobre la mesa. Luego se detuvo, acordándose, al parecer, de algo importante, y registró con ansiedad su bolsillo.

--Examinad esto, Padre --dijo, alargando al sacerdote un pequeño disco de plata.--No ahora, sino cuando yo haya salido.

Percy cerró la puerta y volvió a acomodarse en su asiento para inspeccionar el pequeño objeto redondo que picaba su curiosidad.

Era una moneda recién salida del troquel. En el reverso aparecía el emblema habitual masónico con la inscripción: «un franco», grabada en el centro en esperanto; y el anverso llevaba el busto de un hombre con la leyenda:

JULIANO FELSENBURGH; LA PREZIDANTE DE UROPO

A las diez de la mañana siguiente, el Colegio Cardenalicio fue convocado en las habitaciones del Papa, que había de dirigirles la alocución de costumbre con motivo de su cumpleaños.

Percy, sentado entre los consultores, observaba la entrada de los Cardenales y Prelados personas de edad, nación y temperamento distintos: los italianos, en un grupo, gesticulando y mostrando al sonreír sus blancas dentaduras; los anglosajones, de rostros impasibles y serios, en otro; luego un viejo Cardenal francés, que avanzaba apoyado en su bastón, llevando del brazo a un benedictino de Inglaterra, v sucesivamente fueron desfilando numerosos y distinguidos personajes. La sala era una de las grandes piezas del Vaticano, adornada con noble sencillez y guarnecida a lo largo de los muros con una sillería de coro, que le daba el aspecto de capilla. En el extremo inferior, atravesado por el paso central, estaba el sitio de los consultores; y en la parte opuesta, cerca del altar, se alzaba el trono pontificio, bajo un dosel blanco bordado en oro. Tres o cuatro escaños, y junto a ellos varios escritorios, instalados más allá de los asientos de los consultores, se hallaban reservados para los prelados y sacerdotes de los diversos países de Europa, llegados a Roma días antes, con motivo del anuncio de las últimas noticias.

Percy no tenía noticia de lo que podría ser el contenido de la alocución. Apenas podía esperar otra cosa que vagas generalidades; porque ¿cómo formular declaraciones concretas y precisas en presencia de una situación tan incierta? Todo lo que hasta la sazón se sabía era la positiva creación de la presidencia europea, hecho confirmado por la moneda de plata; a lo cual había que añadir las tentativas de persecución religiosa, reprimidas severamente por las autoridades locales, y la noticia de que Felsenburgh empezaría sin dilación su gira por las capitales de occidente. En Turín era esperado a final de la semana. De todos los centros católicos del mundo afluían mensajes implorando instrucciones; decíase que la apostasía se levantaba imponente como hinchado flujo de marea; que la persecución amenazaba en todas partes y que hasta los obispos comenzaban a ceder.

En cuanto a los designios del Santo Padre, nada podía asegurarse. Los que estaban en el secreto, se mostraban silenciosos; y el único rumor que corría era que había pasado toda la noche orando sobre la tumba del apóstol...

El murmullo de la sala se cambió de pronto en leve cuchicheo y poco después en profundo silencio; siguió luego una general inclinación de cabeza, con que los circunstantes saludaron la entrada de una figura blanca que salió por la puerta inmediata al lugar donde se alzaba el trono, y al momento siguiente apareció en él, Juan, Pater Patrum.

Al principio Percy no prestó mucha atención a las palabras del Pontífice. El sacerdote inglés contemplaba absorto, a la luz pulverulenta filtrada a través de las celosías, el magnífico cuadro desplegado ante sus ojos, tan rico de color y esplendideces de pompa oriental, con la doble cenefa de púrpura que, a manera de cintas de un grandioso lazo, se tendían a un lado y otro del dosel escarlata, bajo el que resaltaba la blanca figura del anciano Pontífice.

Indudablemente, estos meridionales poseían la noción del aderezo externo y aparatoso. El conjunto era tan sorprendente y sugestivo como la visión de la Hostia sencilla y pura en una dorada custodia rodeada de luces y rica pedrería. Todos los pormenores eran suntuosos: la elevada techumbre de la pieza, el color de los trajes, el brillo de los collares y cruces, convergiendo la totalidad de matices y adornos hacia una forma de blancura mate, en la que el fausto y esplendor terrenos se mostraban exhaustos e impotentes para expresar el supremo secreto. La escarlata, la púrpura y el oro sentaban bien a los que estaban en las gradas del trono; eran necesarios para realzar su representación; pero el Supremo Jerarca de aquella corte de altos dignatarios no necesitaba los esplendores del lujo material en su persona. Las pompas y magnificencias de la tierra morían a los pies del Vicario de Dios...

Y sin embargo, ¡qué expresión tan adecuada la de aquel bello rostro oval, la de aquella cabeza erguida sobre los hombros con dignidad augusta, la de aquellos ojos de brillante y dulce mirada, imperando sobre unos labios de corte fino, prontos a servir las indicaciones del pensamiento con una palabra firme y poderosa! No se oía el menor ruido en la sala, ni un susurro, ni una respiración; y aun fuera del recinto reinaba el mismo silencio; diríase que el bullicio del mundo se suspendía durante algunos momentos para permitir a lo sobrenatural exponer tranquilamente su defensa, antes de ser condenado entre protestas clamorosas.

Percy hizo un violento esfuerzo para recoger su atención, cruzó las manos y escuchó. La voz del Pontífice continuaba: «...Bien; puesto que así es, hijos míos en Jesucristo, a nosotros nos toca responder. No luchamos, como nos enseña el Doctor de las Gentes, contra la carne y la sangre, sino contra las potestades y poderes, contra los gobernantes del mundo de las tinieblas, contra los espíritus de maldad en los altos lugares. Por consiguiente, revestios de la armadura de Dios; y el mismo Apóstol nos explica la naturaleza de esta armadura: el cinturón de la verdad, el peto de la justicia, el calzado de la paz, el escudo de la fe, el yelmo de la salud y la espada del Espíritu.

«He aquí, por consiguiente, las armas con que la palabra de Dios nos exhorta a combatir, pero no con las armas de este mundo, de donde no es tampoco su reino; y ahora importa recordaros los principios de la guerra que acabamos de recomendaros.»

La voz se detuvo, y a lo largo de los asientos resonó un suspiro. Luego el anciano prosiguió en un tono un poco más elevado:

«Siempre fue sabia norma de nuestros Predecesores, como también su deber, el guardar silencio en determinadas circunstancias y el manifestar libremente en otras la palabra de Dios. De este deber Nos no debemos apartarnos por el conocimiento de nuestra debilidad e ignorancia, sino confiar más bien en que Aquel que Nos ha colocado en su trono se digne hablar por nuestra boca y servirse de nuestras palabras para su gloria.

»En primer lugar, pues, necesitamos daros a conocer nuestra opinión sobre el nuevo movimiento, como suele llamársele, que ha sido inaugurado en nuestros días por los poderes del mundo.

»En manera alguna desconocemos ni despreciamos los beneficios de la paz y de la unión, ni menos echamos en olvido que la aparición de tales cosas sobre la tierra ha sido el fruto de muchos males, que Nos hemos condenado. Estas falsas apariencias de paz, han seducido a millares de infelices, moviéndolos a dudar de la promesa del Príncipe de la Paz, único y verdadero camino que conduce al Padre. La paz verdadera, a que aspiramos, no se refiere sólo a las relaciones de los hombres entre sí, sino también a las que los unen con su Hacedor; y precisamente en esta segunda parte es donde fracasan los actuales esfuerzos del mundo.

Y, en verdad, nada tiene de extraño que un mundo olvidado de Dios rechace todo género de relaciones con Él. Los hombres, pervertidos por predicadores de falsas doctrinas, han llegado a creer que la unión de las diversas naciones constituía el sumo bien de esta vida, olvidándose de las palabras de nuestro Salvador, que dicen no haber venido a traer la paz, sino la espada, y que el reino de Dios padece violencia, de modo que solamente los que luchan logran arrebatarlo. Y, por consiguiente, conviene establecer la paz del hombre con Dios, como cosa primera y principal; y luego se seguirá la unión y concordia de los hombres entre sí. *Buscad, desde luego, el reino de Dios--nos dice Jesucristo--y todo lo demás se os dará por añadidura.*

»Así, pues, Nos condenamos y anatematizamos, una vez más, las opiniones de los que creen y enseñan lo contrario de lo que acabamos de exponer, y renovamos una vez más todas las condenaciones fulminadas por Nos y por nuestros Predecesores contra todas las sociedades, organizaciones o comunidades que se han formado con el fin de establecer la

unidad sobre otras bases que las señaladas por el mismo Dios; y recordamos a nuestros hijos en todo el orbe católico, que les está prohibido afiliarse a ninguna de tales asociaciones, así como también el ayudarlas o aprobarlas de cualquier manera que sea.»

Percy se movió de su asiento con cierto asomo de impaciencia... La forma era soberbia, tranquila e imponente como la corriente de un gran río; pero la materia, el fondo le parecía un poco impropio. Porque, a vuelta de tantos pasajes de la Escritura, aquí no había más que la vieja y gastada reprobación de la masonería, repetida en un lenguaje falto de originalidad.

«Además--continuó la voz con entereza, --Nos deseamos daros a conocer cuáles son nuestros designios para lo por venir; y aquí tendremos que penetrar en un terreno susceptible de ser considerado como peligroso.»

Se siguió un movimiento general en el concurso, bajo la influencia de la expectación que despertaban las palabras del Pontífice. Percy vio que tres o cuatro cardenales se inclinaban hacia adelante con la mano puesta en la oreja en forma de trompeta acústica para oír mejor. Evidentemente iba a comenzar la parte más interesante de la alocución.

«Muchas cuestiones hay--prosiguió el anciano, --que Nos no creemos oportuno tratar en este momento: las unas por razón de la reserva que impone su misma naturaleza; las otras porque exigen mayor espacio del que al presente podemos dedicarles. Pero lo que Nos decimos aquí lo decimos al mundo entero. Y puesto que los asaltos de nuestros enemigos son a la vez públicos y secretos, tal debe ser también nuestra defensa. He aquí, pues, amados hijos, cuáles son nuestras intenciones.»

El Papa se detuvo, levantó la mano a la altura del pecho y asió maquinalmente la cruz de su pectoral.

«El ejército de Cristo, siendo uno, consta de muchas divisiones, cada una de las cuales tiene su propia función y objeto. En tiempos pasados, Dios ha suscitado compañías de sus siervos para la realización de este o de aquel fin particular: los hijos de San Francisco encarnaron el espíritu de pobreza evangélica; los de San Bernardo dieron ejemplo de unir el trabajo manual y la oración y lo propio hicieron tantas comunidades de mujeres dedicadas al mismo propósito; la Compañía de Jesús libró rudos combates en defensa de la fe, y produjo siempre legiones de educadores de la juventud y de misioneros del evangelio en todas las regiones del globo, y de un modo análogo sucede en las demás órdenes religiosas, cuyos nombres son universalmente conocidos.

Cada institución religiosa surgió en la ocasión particular en que su acción era necesaria; y cada una respondió también noblemente a su vocación divina. Gloria especial de todas ellas ha sido el renunciar a las ocupaciones (desde luego buenas en sí) que pudieran desviarlas de la empresa, para la cual Dios las había llamado, cumpliendo así las palabras de nuestro Redentor: Toda rama que llenare fruto, yo la limpiaré, a fin de que pueda producir más todavía. Ahora bien, Nos creemos que, en las actuales circunstancias, todas las órdenes existentes--a las que una vez más alabamos y bendecimos--no se adaptan, por las condiciones de sus reglas respectivas, a las exigencias y necesidades especiales de los tiempos, ni su actual organización responde a lo que pide la gran batalla que hoy es preciso pelear contra el poder de las tinieblas.

Porque nuestra lucha principal hoy no se dirige contra la ignorancia, siquiera sea la de los pueblos paganos a quienes no ha llegado aún la luz del evangelio, o la de aquellos cuyos predecesores le han rechazado; nuestra lucha de hoy no va contra las engañadoras riquezas del mundo, ni contra la falsa ciencia, ni contra ninguna de las fortalezas de la infidelidad que en siglos anteriores hemos venido sitiando y batiendo sin tregua; antes bien, parece haber llegado, al fin, el tiempo de que hablaba el Apóstol, cuando decía que el gran día no vendrá hasta que se haya producido una gran apostasía y se manifieste el Hombre de Pecado, el Hijo de Perdición, que se coloque y exalte a sí mismo sobre todo lo que se

llama Dios.

»No tenemos, pues, que combatir contra esta o aquella fuerza particular, sino contra la inmensidad de ese Poder, en lo sucesivo desenmascarado, cuyo tiempo nos ha sido predicho y cuya destrucción está de antemano preparada.»

La voz calló unos momentos, y Percy asió con fuerza los remates laterales de la silla que ocupaba para disimular el temblor nervioso de sus manos. El silencio era profundo y solemne; y el Papa hizo una prolongada aspiración, volvió lentamente su cabeza a derecha e izquierda, y prosiguió con mayor entereza y resolución que nunca:

«Por tanto, en nuestro humilde juicio, hemos estimado conveniente que el Vicario de Cristo invite por sí mismo a los hijos de Dios a tomar parte en la nueva guerra; y es nuestra intención alistar bajo la bandera de Cristo Crucificado a todos los que quieran ofrecerse para este servicio supremo. Al hacerlo así, Nos no ignoramos la especie de novedad que encierra semejante determinación; no obstante lo cual, Nos la abrazamos, deliberadamente, abandonando las otras medidas que en el pasado fueron abrazadas con sabia prudencia y consideradas como necesarias, dada la peculiar condición de la época en que se aplicaron. En esta materia, Nos rehusamos tomar consejo de nadie más que de Aquel en cuya asistencia e inspiración creemos con fe indeficiente e inquebrantable.

»Y desde luego decimos que, si bien todos los miembros de la nueva Orden deberán prestar el servicio de la obediencia, nuestra primera intención, al crear el mencionado Instituto, es poner la confianza en Dios antes que en los hombres, apelar al socorro del infinito poder que reclama nuestros sacrificios, más bien que al concurso de los no dispuestos a ofrecerlos, y dedicar una vez más, por un acto formal y deliberado, nuestras almas y cuerpos a cumplir la voluntad del Único que tiene derecho a exigir de nosotros semejante abnegación y entrega total dé cuanto somos y valemos, dignándose a la vez aceptar nuestra pobreza.

»En una palabra, Nos establecemos solamente las siguientes condiciones:

»Para poder ingresar en la Orden referida, será necesario haber pasado de los diecisiete años.

»No habrá distintivo, hábito, ni insignia que los miembros afiliados tengan obligación de llevar.

»La Regla del Instituto se fundará en los tres votos de pobreza, obediencia y castidad, a los que Nos añadimos una cuarta intención, a saber, la de recibir la corona del martirio con la resolución y propósito firme de abrazar los tormentos y la muerte, siempre que se ofreciere ocasión de sufrirlos por Jesucristo.

»El Obispo de cada diócesis, si optare por afiliarse en la Asociación, será el superior dentro de los límites de su jurisdicción; y solamente él estará exento de la observancia estricta del voto de pobreza por el tiempo que conservare su sede. Los Prelados que no se sintieren con vocación para pertenecer a la referida Orden, conservarán sus sedes en las condiciones ordinarias, pero carecerán de toda autoridad sobre los religiosos de Jesús Crucificado.

»Además, Nos anunciamos solemnemente nuestra intención de ingresar en la Orden, como su primero y supremo Prelado y de hacer nuestra profesión en la misma dentro de breves días.

»Otro sí, declaramos que durante nuestro Pontificado, no será investido de la dignidad cardenalicia ninguno que no perteneciere a la Orden; y asimismo hacemos constar que dedicaremos, en breve la Basílica de los santos apóstoles Pedro y Pablo para iglesia central de la institución; y que en el mismo templo canonizaremos sin demora a todas las al-

mas bienaventuradas que hubieren sacrificado su vida terrena en aras de la vocación a que libremente se consagraron.

»Respecto de esta vocación, consideramos innecesario decir aquí cosa alguna, fuera de indicar que puede ser proseguida bajo cualesquiera condiciones establecidas por los respectivos Superiores. Por lo que respecta a los noviciados, Nos publicaremos, sin tardanza, las reglas necesarias referentes a su fundación y requisitos. Cada superior diocesano tendrá todos los derechos que pertenecen de ordinario a los Superiores religiosos, y gozará de facultades para emplear a sus súbditos en cualquier ocupación que, a su juicio, pueda contribuir a la gloria de Dios y a la salvación de las almas. Y, desde luego, Nos emplearemos solamente en nuestro servicio a los que fueren miembros de la Orden.»

El Papa levantó una vez más los ojos sin la menor muestra de sentirse conmovido, y continuó enseguida:

«Tal es lo que nos ha parecido conveniente determinar. Respecto de otros asuntos, estamos prontos a escuchar el parecer de personas respetables y experimentadas; pero es nuestro deseo que cuanto acabamos de decir se comunique al mundo entero, de modo que sin dilación sea universalmente conocido lo que Cristo, por medio de su Vicario, pide a todos los que profesan su fe. Nos no ofrecemos recompensa alguna, excepto las que Dios mismo ha prometido a los que le aman y sacrifican su vida por Él; no prometemos otra paz que la de la eterna bienaventuranza; ni otra morada que la de la celestial Jerusalén; ni más honor que el de despreciar las honras del mundo; ni otra vida que la oculta con Cristo en Dios.»

Sentado en su despachito particular de Whiteall aguardaba Oliverio Brand la llegada de una visita. Eran ya cerca de las diez; y el diputado tenía que estar a la media en el Consejo. Esperaba que Míster Francisco, quienquiera que fuese, no le había de entretener por largo tiempo; porque, precisamente ahora, los momentos eran preciosos a causa de la prodigiosa labor que absorbía toda su actividad desde hacía algunas semanas.

Pero no necesitó inquietarse demasiado, porque no bien habían sonado las diez en la Torre Victoria, cuando se abrió la puerta del despacho y un secretario anunció el nombre de la persona que Oliverio esperaba.

El diputado echó una rápida ojeada sobre el desconocido, fijándose en sus párpados caídos y en la contracción de la boca; formuló luego en su interior de una manera precisa la impresión general que el recién llegado le producía, y, dejando a un lado fórmulas de cortesía, entró bruscamente en materia.

--A las diez y veinticinco minutos--dijo al forastero--debo salir de aquí. Hasta esa hora...

Míster Francisco le tranquilizó.

--Gracias, señor; con eso hay tiempo de sobra. Si me permitís... (y al decir esto metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó un gran sobre repleto al parecer de documentos) Os dejaré aquí esto cuando me marche, a fin de que os enteréis de nuestros deseos, de los nombres de los interesados y demás pormenores, y ahora, he aquí lo que tengo que deciros.

Repantingóse en su silla, cruzó las piernas y continuó con cierto dejo de severidad en el tono de su voz.

--Yo soy una especie de delegado, como sabéis. La asociación que represento tiene algo que pedir y algo que ofrecer. Se me ha elegido para el desempeño de esta comisión por ser el autor de la idea. En primer lugar, ¿podría dirigiros una pregunta?

Oliverio asintió con una leve inclinación.

--No querría pecar de indiscreto; pero, según mis informes, es un hecho la restauración del culto divino en todo el reino, ¿no es verdad?

El orador comunista sonrió.

--Supongo que sí--respondió.-- El bill ha sido sometido por tercera vez a la discusión de la Cámara, y ya tendréis noticia de que el Presidente dictaminará sobre el asunto esta misma tarde.

--Pero ¿opondrá su veto?

--Me parece que no. En Alemania, por lo menos, ha dado su aprobación a disposiciones de carácter análogo. --Perfectamente--repuso el visitante.--Y si aquí hace lo propio, supongo que el proyecto tendrá enseguida fuerza de ley.

Oliverio se inclinó sobre la--mesa y sacó un papel verde que contenía la copia de la nueva organización del culto. --Vos--añadió, --tendréis un ejemplar como éste. Pues bien, el contenido será ley sin pérdida de tiempo; y la primera festividad se celebrará al comenzar el mes de octubre. Creo que es la Paternidad, ¿no es así...? precisamente la Paternidad.

--Pero en ese día va a reinar la mayor confusión en la práctica del ceremonial. No falta más que una semana para e1 1º° de octubre.

--No tengo nada que ver con ese departamento--respondió Oliverio, volviendo a dejar el proyecto sobre la mesa.----Sin embargo, según mis informes, se adoptará el ritual usado ya en Alemania. No hay razón para singularizarnos en este punto.

--¿Y la abadía de Westminster quedará dedicada al servicio del culto?

--Naturalmente.

--Bien, señor--añadió Míster Francisco, --desde luego me consta que la Comisión del Gobierno ha estudiado con gran detenimiento la materia y no dudo que tendrá sus planes; pero me parece que han de necesitar al efecto de la mayor suma de experiencia posible.

--Sin duda alguna.

--Pues, teniendo en cuenta esa necesidad, la asociación que yo represento, compuesta enteramente de hombres que en otro tiempo han sido sacerdotes católicos, está llamada a prestar excelentes servicios. Somos cerca de doscientos en Londres. Os dejaré, si me lo permitís, un folleto donde se expone el objeto de la institución, el reglamento y demás pormenores. Nos ha parecido que en el asunto presente, nuestra pasada experiencia podría ser de gran utilidad al gobierno. Las ceremonias católicas, como sabéis, son bastante complicadas, y varios de mis colegas las han estudiado a fondo hace años. Entre nosotros suele decirse que los maestros de ceremonias nacen, no se hacen; y contamos varios de ellos en la asociación. Aunque, en realidad, cada sacerdote es, en mayor o menor grado, un ceremonialista.

Francisco se detuvo. --¿Queréis continuar?

--Por mi parte, abrigo la seguridad de que el gobierno comprende la inmensa importancia que encierra la buena marcha de toda nueva institución. Si el divino servicio comenzara sus funciones de una manera grotesca y desordenada, correría grave riesgo de fracasar. Por tal razón mis compañeros han creído secundar la obra del gobierno enviándome en su nombre a participaros que existe un grupo de ciudadanos podéis contar por lo menos con unos veinticinco, --especialmente instruidos en las prácticas del culto, y pron-

tos a ponerse a disposición de la autoridad competente.

Oliverio no pudo disimular una ligera sonrisa. Había en todo ello un fondo de horrible ironía; mas, a pesar de todo, la proposición no dejaba de ser razonable.

--Comprendo muy bien, señor. Creo que vuestros ofrecimientos pueden realmente ser de gran importancia; pero es asunto que no depende de mí. El ministro Snowford...

--Sí, sí; ya lo sé. No obstante, hemos acudido a vos, movidos por el efecto que nos produjo vuestro discurso del otro día. En él interpretasteis fielmente los sentimientos de nuestro corazón, sobre todo cuando dijisteis que el mundo no podría vivir sin una fe ni un culto, y que precisamente ahora que Dios había sido al fin descubierto y conocido...

Oliverio hizo un gesto manifestando su desagrado por la adulación que encerraban las palabras de su visitante. --Habéis hecho bien en contar con mi apoyo, Míster Francisco; y os prometo interesar en vuestro favor al ministro de cultos. Si no he comprendido mal, habré de proponeros para las funciones de... de maestros de ceremonias, ¿no es verdad? --Sí, señor, y sacristanes también. He estudiado cuidadosamente el ritual alemán que es mucho más complejo de lo que me figuraba. Su observancia ha de exigir no escasa habilidad. Conforme a mis cálculos, habré de necesitar por lo menos una docena de ceremoniarios, y difícilmente bastarán otros tantos sacristanes.

Oliverio asintió con un movimiento brusco, mientras contemplaba con viva curiosidad el rostro severamente patético del hombre que tenía enfrente, descubriendo en él esa especie de máscara eclesiástica que antes había tenido ocasión de observar en otros individuos del mismo tipo. Indudablemente se trataba de un fanático santurrón.

--Por supuesto, los miembros de esa colectividad seréis todos masones, ¿no es verdad?

--¡Oh! eso desde luego, señor.

--Muy bien. Hoy hablaré a Mister Snowford, si logro cogerle en buena coyuntura.

Miró luego el reloj, y vio que faltaban aún tres o cuatro minutos.

--¿Tenéis noticia de los últimos nombramientos hechos en Roma?--preguntó el expadre Francisco.

Oliverio contestó encogiéndose de hombros. Precisamente ahora no le interesaban de un modo especial los asuntos de Roma.

--El Cardenal Martín ha muerto... falleció el jueves... y al presente ha sido ya designada la persona que ha de sustituirle.

--¿De veras? ¿Es absolutamente cierta la noticia?

--Sí, señor Brand, puedo asegúraroslo. El recientemente nombrado Cardenal--Protector de Inglaterra, fue en algún tiempo amigo mío. Su nombre es Percy Franklin.

--¿Cómo? ¿Franklin, decís?

--¿Qué tiene de particular? ¿Le conocisteis vos por ventura?

Oliverio se le quedó mirando con aire sombrío y palideciendo un poco.

--Le conocí en efecto--respondió tranquilamente.--Por lo menos así lo creo.

--Ha residido en Westminster hasta cosa de dos meses. --Sí, el mismo--repuso Oliverio

fijando aún la mirada en su interlocutor.--¿Y vos le tratasteis?

--Bastante tiempo.

--¡Ah! bien: me alegraría de conversar con vos algún día sobre esa persona.

Oliverio se interrumpió de nuevo para echar otra mirada al reloj: todavía faltaba un minuto.

--¿Y eso es todo?--preguntó.

--Por ahora no tengo otro asunto que conferir con vos--respondió el otro; --pero habéis de permitirme expresaros antes de marchar, lo mucho que estimamos vuestros buenos oficios en favor de la causa que patrocinamos. Nadie creo que esté en condiciones de apreciar mejor que nosotros la gravedad excepcional encerrada en la supresión del culto. General y profunda extrañeza causó en un principio...

La voz de Míster Francisco tembló un poco y se ahogó en su garganta. Oliverio se sintió interesado en favor de su visitante y suspendió el movimiento que iba a hacer para levantarse.

--Continuad sin temor--añadió procurando inspirar confianza y ánimo al recién venido.

Éste se volvió de frente a Oliverio y fijó en él de lleno la melancólica mirada de sus ojos pardos.

--... pero todo era pura ilusión, indudablemente; lo sabemos bien. De todos modos, por mi parte me atrevo a esperar que todavía han de servirnos de algo nuestras antiguas súplicas, penitencias y homenajes. Nos hemos equivocado respecto de nuestro Dios; mas los sacrificios anteriormente practicados han llegado, a pesar de todo, hasta Él, siguiendo el camino del Espíritu del Mundo. Creíamos que el individuo no era nada y que Él lo era todo. Y ahora...

--Tenéis razón--dijo Oliverio mirando con creciente simpatía a su visitante.

--Ahora--continuó éste con mayor exaltación, --se ha verificado la venida del gran Felsenburgh, del Pacificador de la Humanidad.

Las últimas palabras fueron pronunciadas con un tono de admiración tan honda y sincera, que llegó a conmover al mismo Oliverio.

--Comprendo perfectamente lo que queréis decir--replicó éste.

--¡Oh! ¡Tener al cabo un Salvador! --continuó Francisco. --¡Un Salvador que puede ser visto, palpado y adorado cara a cara! Parece un sueño... demasiado magnífico, para ser cierto.

Oliverio miró por última vez el reloj y se levantó bruscamente alargando la mano.

--Dispensadme, señor--añadió; --me es imposible aguardar un momento más. Debo manifestaros que me inspiráis vivísimo interés... Yo hablaré a Snowford. Supongo que vuestra dirección está aquí--dijo apuntando a los papeles traídos por Francisco, --¿no es verdad?

--Sí, señor Brand. Ahora una última pregunta.

--No puedo esperar--dijo Oliverio haciendo con la cabeza signos negativos.

--Un instante no más: ¿es cierto que el culto será obligatorio?

Oliverio contestó con señas afirmativamente, mientras recogía sus papeles.

Aquella tarde Mábel, sentada en la galería detrás del estrado presidencial, había consultado ya su reloj hasta media docena de veces, esperando cada vez que llegara cuanto antes la hora veintiuna. Ella sabía bien por experiencia que el Presidente en Europa llegaría exactamente en el tiempo prefijado, ni un minuto antes ni un minuto después. La puntualidad suprema de Felsenburgh era célebre en todo el continente. Había prometido estar en el Parlamento a las veintiuna; y a las veintiuna en punto se hallaría seguramente en su sitial.

Se oyó abajo un agudo repique, e inmediatamente calló la sonora voz del orador que ocupaba la tribuna. Una vez más echó una ojeada a su reloj de pulsera: todavía faltaban cinco minutos. Entonces se inclinó sobre el pretil de su palco poniéndose a contemplar el interior del gran local.

El aviso del timbre había ocasionado un gran cambio en la actitud de la concurrencia. Los miembros del Parlamento se movían en las prolongadas filas de sitiales; los unos, puestos de pie, estiraban y componían sus vestidos; los otros, sentados, se acomodaban en posición más decorosa; los de más allá introducían sus sombreros en los huecos destinados al efecto; el Presidente de la Cámara descendía apresuradamente las gradas de la plataforma en que descansaba su sillón; en una palabra, todo el hemiciclo bullía y se agitaba en espera del gran acontecimiento.

El edificio estaba lleno de bote en bote; un diputado que llegaba con algún retraso, penetró, siguiendo la claridad procedente de la puerta meridional, y miró afanosamente a su alrededor buscando el sitio vacante que le correspondía. Los corredores de la extremidad inferior no podían contener el inmenso gentío, aun desde antes de la llegada de Mábel, que trató en vano de encontrar allí un puesto. Pero de toda aquella apiñada muchedumbre no salía otro ruido que el de un sibilante cuchicheo; de las galerías de la planta baja subió nuevamente el rápido vibrar de timbres, al mismo tiempo que los pasillos quedaban despejados; y desde la plaza exterior del Parlamento llegó un profundo murmullo que se difundió por el numeroso concurso allí reunido, momentos antes tranquilo y silencioso.

¡Qué nuevo y admirable le parecía a Mábel el ambiente moral que allí se respiraba, principalmente por el cambio profundo de ideas y sentimientos que suponía el estado actual de Europa, unida toda bajo la presidencia de un hombre como Felsenburgh! Aquella noche iba a caberle otra vez a la joven la dicha de escuchar al Oráculo de los nuevos tiempos. Un mes antes, el Presidente había sancionado con su aprobación un proyecto semejante en Alemania; al día siguiente de este segundo viaje a Londres, partiría para España con objeto de inaugurar en Madrid la religión de la Humanidad. Nadie sabía dónde había estado la semana anterior. Según rumores, su volador había cruzado sobre el lago de Como; pero semejante especie fue muy pronto desmentida. Y bien, ¿qué iría a decir esta noche? Lo mismo podían ser cuatro palabras que un discurso de muchas horas. Había en el proyecto de ley algunas cláusulas --en especial las referentes al carácter obligatorio del nuevo culto para todos los individuos mayores de siete años--las cuales corrían el riesgo de ser intervenidas por el veto. En tal caso, sería preciso comenzar de nuevo y repetir la discusión del Bill, a menos que la Cámara aceptase en el acto las enmiendas por aclamación.

Mábel misma se inclinaba a favor de las cláusulas referidas. Proveíase en ellas que, si bien el culto debía celebrarse en todas las iglesias parroquiales de Inglaterra desde el día primero del siguiente octubre, no comenzaría a regir con carácter obligatorio hasta el día de Año Nuevo; mientras que en Alemania, donde la ley se había aprobado desde' hacía solamente un mes, entró enseguida en vigor, imponiendo a todos los católicos la necesidad de someterse a las nuevas disposiciones o abandonar sin dilación el país, so pena de incurrir en los castigos consiguientes. Éstos, aunque aparentemente nada tenían de cruel y

exagerado, eran en realidad tiránicos con la peor de las tiranías: por una primera trasgresión, el castigo se reducía a ocho días de detención; la reincidencia ocasionaba un mes de cárcel, la cual se prolongaba hasta un año en el caso de delinquir por tercera vez; y a la cuarta, los infractores eran condenados a confinamiento ilimitado hasta que cedieran en su rebeldía.

Al parecer, no era posible en el legislador mayor benignidad; sobre todo teniendo en cuenta que la prisión suponía únicamente un encierro racional y humanitario, con empleo en talleres del gobierno. Por otra parte, las obligaciones del culto exigían tan poco, que para su cumplimiento bastaba asistir al templo en las cuatro grandes festividades: la Maternidad, la Vida, la Subsistencia y la Paternidad, celebradas al principio de cada trimestre. La asistencia a los oficios de los domingos quedaba al arbitrio de los fieles.

La joven no comprendía que hubiera gente capaz de rehusar tan sencillos homenajes. Además, las cuatro divinidades enumeradas eran hechos de una realidad y trascendencia incontestables, verdaderas manifestaciones de lo que ella denominaba el Espíritu del Universo; y, aunque otros lo designaban con el nombre de Poder de Dios, aun así y todo, siempre esos hechos deberían ser considerados merecedores de la debida adoración. ¿En dónde, pues, radicaba la dificultad? Porque en el fondo, las nuevas disposiciones no prohibían la adoración cristiana. Los católicos podían continuar celebrando sus misas; por más que en Alemania aparecían síntomas amenazadores de persecución violenta. Se decía que habían salido para Roma últimamente hasta doce mil familias, y también se daba por seguro que cuarenta mil más se negarían, dentro de breves días, a cumplir con los deberes del culto recién establecido. Mábel se llenaba de extrañeza e indignación sólo al pensarlo.

Para ella, las novísimas adoraciones eran la coronación del triunfo de la Humanidad: el corazón de la joven había suspirado siempre por algo semejante, por algo que significara la profesión pública de una creencia universal. Mábel se había dolido muchas veces de la rudeza intelectual del pueblo, inclinado por naturaleza, a proceder sin considerar el origen y fundamento de las cosas; segura estaba de que en este punto su instinto no la engañaba, y por lo mismo ardía en deseos de acompañar a sus semejantes en una festividad solemne, consagrada no por las ininteligibles fórmulas del sacerdote, sino por la mera voluntad del hombre; y anhelaba ver llegado el momento de enfervorizar su entusiasmo con las vibrantes y solemnes notas del órgano, expresando sus emociones fundidas con las de millares de otras almas agitadas por el sentimiento vivo de la solidaridad humana, y cantar así bien alto el himno triunfal de la vida, y ofrecer entre el aroma del incienso y el esplendor de brillantes ceremonias, un homenaje emblemático a la Fuerza, de quien había recibido el ser, y en la que un día volvería de nuevo a sumergirse.

¡Ah! Razón había tenido al repetirse cien y cien veces que los cristianos comprendían a fondo la naturaleza humana. Verdad es que la habían degradado y hundido en las tinieblas de la superstición, y envenenado la inteligencia, y corrompido la interpretación verdadera de los instintos, pero a la vez habían sentido la necesidad innata de adoración que reside en el hombre, necesidad que exige ser satisfecha, so pena de conducir a la decadencia o a la degeneración.

Por lo que a ella hacía, estaba resuelta a acudir, por lo menos una vez a la semana, al viejo templo situado a media milla de su casa; y allí se arrodillaría ante el santuario bañado en la luz del sol, y meditaría en los dulces misterios de la Naturaleza, y se postraría ante el Espíritu del Mundo, a quien deseaba amar, y del que acaso recibiría nuevas infusiones de vida y de poder.

Mábel volvió, después de este desahogo, a considerar las circunstancias de la realidad. Lo primero de todo era la aprobación del Bill... Asió nerviosamente el pasamano de la barandilla, y fijó la vista en las líneas de cabezas que aparecían en los bancos de la representación nacional; luego contempló los pasadizos desocupados y el gran mallete colocado sobre la mesa presidencial; y más tarde advirtió que los latidos de su corazón la impresionaban con mayor fuerza que el murmullo de la multitud aglomerada en la calle, y que los

apagados cuchicheos del interior.

La joven sabía que desde el sitio que ocupaba no podía ver a Felsenburgh, porque éste entraría por una puerta de la planta baja, exclusivamente reservada para el uso del Presidente, y se dirigiría en derechura al asiento especial colocado bajo el dosel. Pero esperaba oír su voz, con lo que Mábel se daba por satisfecha.

En los alrededores reinaba ahora el mayor silencio, y en el recinto de la Cámara se había extinguido el suave murmullo de momentos anteriores. El Presidente había llegado al fin. Y, en efecto, las prolongadas hileras de representantes del país se levantaron como una oleada humana, mientras el pisoteo producía un rumor confuso, parecido al redoble de un tambor. Todos los rostros se volvieron hacia el mismo lugar, y la joven miraba en ellos el reflejo de la presencia de Felsenburgh. Se oyó un lento y prolongado sollozo que se escapaba de alguna parte y sonaba en el aire: ¿era de ella misma o de otra persona...? luego rechinó una puerta al girar sobre sus goznes; la dulce resonancia de una campana llenó los ámbitos del local en sucesivas pulsaciones, que vibraron tres veces choque tras choque. En un instante, por la extensión poblada de rostros blancos, circuló una ráfaga de emoción, como si cierta mágica brisa pasional sacudiese interiormente los espíritus; produjéronse movimientos de revuelo en diversos puntos de la Cámara; y una voz de extraña limpidez, penetrante y fría como aguda hoja de acero, pronunció en esperanto estas únicas palabras:

--Ingleses, apruebo vuestra proyectada ley de culto.

Hasta el almuerzo de la mañana siguiente, marido y mujer no volvieron a encontrarse. Oliverio había pasado la noche en Londres, y telefoneado, cerca de las once, que le esperasen en casa, adonde llegaría en breve acompañado de un amigo; y, en efecto, momentos antes de las doce, resonaron sus voces en el salón de visitas.

Míster Francisco, que le fue inmediatamente presentado a Mábel, parecióle a ésta un hombre inofensivo y nada interesante, a pesar, de la viveza y animación especial que le comunicaba el entusiasmo manifestado en el asunto del Bill del Culto. La joven no llegó a saber quién era el extraño huésped invitado por Oliverio, hasta que el almuerzo estuvo a punto de terminar.

--No te marches, Mábel--le dijo su esposo al observar que iba a levantarse de la mesa.--Creo que ha de agradarte la materia que vamos a tratar. Mi mujer--añadió, volviéndose a Míster Francisco--está enterada de todo.

El último sonrió, haciendo una ligera inclinación.

--¿Tenéis algún reparo en que le refiera vuestros antecedentes?--preguntó Oliverio.

--¿Por qué razón? De ningún modo.

Entonces la joven oyó que el desconocido había sido sacerdote católico, y que Míster Snowford le consultaba con respecto a las ceremonias de la Abadía; al oír lo cual, Mábel cobró interés por el extraño personaje.

--Sigue, sigue--dijo a su esposo.--Quiero conocer el asunto.

La joven supo que Míster Francisco había celebrado aquella mañana una entrevista con el nuevo Ministro del Culto Público, y recibido el encargo preciso de dirigir las ceremonias el día primero de octubre. En la lista de los ceremoniarios, figuraban, además, hasta una docena de otros sacerdotes apostatas convertidos a las doctrinas humanitaristas; y, terminadas las funciones todas de la próxima festividad,, serían enviados a dar conferencias en las ciudades más importantes, con objeto de organizar el culto nacional en todo el país. Naturalmente--observó el expadre Francisco, --las cosas, en un principio, adolecerán

de algunas deficiencias; pero esperamos que para principios de año todo ha de estar en orden, por lo menos en las catedrales e iglesias de mayor importancia.

--Urge en gran manera--añadió--que los preparativos se terminen lo antes posible, porque el efecto de la primera impresión es de consecuencias para lo futuro. Hay innumerables personas que sienten la necesidad del culto, sin conocer el medio de satisfacerla.

--Conforme en un todo--asintió Oliverio.--Hace mucho tiempo que participo de la misma opinión. Soy de los que creen que el instinto de adoración es uno de los más imperiosos de la naturaleza humana.

--En cuanto a las ceremonias... --continuó Míster Francisco, dándose cierta importancia; y luego interrumpiéndose, miró a su alrededor, metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta, y sacó un folleto de cubierta roja.--Aquí está el directorio para la fiesta de la Paternidad. Yo mismo lo he interpaginado, añadiendo algunas notas.

Comenzó luego a pasar las hojas, y Mábel, arrastrada por la curiosidad, acercó su silla para oír mejor.

--Muy bien, señor. Si no os sirve de molestia, leed un poco.

Míster Francisco cerró el libro, introduciendo el dedo en un pasaje del mismo, empujó su plato a un lado y comenzó en tono de conferencia:

--Ante todo es preciso tener en cuenta que este ritual está basado, casi en su totalidad, sobre el de la masonería. Las ceremonias peculiares de la referida institución ocuparán, por lo menos, tres cuartas partes de la función entera. La intervención de los ceremoniarios aquí, se limitará a que los sacristanes se atengan estrictamente a lo establecido y lleven la insignia en debida forma; el resto correrá a cargo de empleados oficiales; por consiguiente no necesito extenderme sobre el particular. Las dificultades se presentan en la última parte de la función.

El expositor hizo una pequeña pausa y pidiendo disculpa con la mirada, comenzó a colocar frente a él, en un cierto orden ayunos vasos y cubiertos.

--He aquí ahora--continuó: --supongamos que tenemos en esta parte del mantel la planta del antiguo santuario de la Abadía. Desde la parte superior del tabernáculo hasta la mesa de Comunión, se extiende el espacio en que ha de erigirse el espléndido altar, de que habla el manual de ceremonias, sobre una gradería que llegará hasta el pavimento. En el fondo hasta tocar casi el sepulcro del Confesor--se asentará el pedestal destinado a la figura emblemática, que, según mis conjeturas, permanecerá en su sitio por todo el tiempo que media entre la primera festividad y la del próximo trimestre.

--¿Cuál va a ser esa figura?--preguntó la joven.

Míster Francisco dirigió una rápida mirada a Oliverio, y respondió:

--Supongo que se habrá consultado sobre el particular a Míster Markenheim: él se encargará del estudio y ejecución de los proyectos. Cada escultura simbolizará la idea propia de la festividad correspondiente. Para esta de la Paternidad...

Una nueva interrupción suspendió la descripción del exsacerdote.

--Continuad, Míster Francisco--interpuso Oliverio. --Para esta primera fiesta entiendo que ha de ser la estatua de un hombre desnudo.

--Una especie de Apolo... o Júpiter--añadió el diputado. Míster Francisco siguió luego, apresuradamente. --Después del discurso de rúbrica se organizará la procesión que deberá

llegar hasta aquí (y el narrador indicó un punto de la mesa. Y ahora entramos en la parte más espinosa de la función, en la que requiere mayor pericia por parte del maestro de ceremonias. ¿No será posible hacer algún ensayo previo?

--Difícilmente--respondió Oliverio sonriendo.

--Ya me lo temía. Entonces tendremos que imprimir algunas hojas volantes dando en ellas precisas instrucciones. Los que tomen parte en la procesión deberán retirarse, durante el himno, a la capilla de Santa Fe. Tal me parece, por lo menos, lo más conveniente.

Y señaló al decir esto el sitio correspondiente a la capilla mencionada.

--Después de haber penetrado la procesión, todos deberán colocarse en sus puntos--aquí--y aquí--en estos dos lados, mientras el celebrante con sus ministros...

--¿Cómo?--interrumpió Oliverio.

Míster Francisco no pudo disimular su contrariedad al caer en la cuenta de la equivocación, y se sonrojó un poco. --El Presidente de Europa... --continuó dejando sin terminar la frase.--¡Ah! Y a propósito ¿podremos contar con el Presidente? El ritual no da indicaciones concretas.

--Creemos que sí--respondió Oliverio.--Se anuncia su llegada para dentro de breve plazo.

--Bien, y en caso contrario, supongo que oficiará el Ministro del Culto Público. El oficiante con los que le ayuden se dirigirá por el camino más corto al pie del altar. Conviene tener presente que la imagen estará cubierta con un velo y que las luces habrán sido encendidas, mientras se acerca la procesión. Siguen luego las Aspiraciones del ritual con sus responsorios, los cuales, cantados por el coro, no podrán menos de conmover hondamente a la concurrencia. Enseguida el oficiante subirá solo al plano del altar, y allí de pie declamará la Alocución. Al final de ésta, mejor dicho, cuando el ministro pronuncie las palabras, marcadas aquí con una estrella, los turiferarios, en número de cuatro, saldrán de ¡a capilla: tres de ellos quedarán balanceando los incensarios en el plano inferior, y el otro ascenderá por la gradería, entregará el turíbulo al celebrante y se retirará descendiendo al plano del altar. A toque de campanilla se descorrerán entonces las cortinas; el oficiante incensará en silencio cuatro veces a la imagen con un doble movimiento cada vez; y, acabada la incensación, el coro cantará la antífona respectiva. Lo restante resulta muy fácil, y no vale la pena de detenerse en ello.

Para Mábel todo ello era sumamente sencillo; y así lo manifestó a Míster Francisco.

--Señora--replicó éste, --difícilmente podéis formar idea de las dificultades que ofrece la ejecución puntual y exacta de lo que acabo de exponer. La estupidez del pueblo raya en lo inverosímil. Preveo que no ha de faltar trabajo rudo para nosotros... ¿Quién es el encargado de pronunciar el discurso, Míster Brand?

Oliverio se encogió de hombros.

--No tengo la menor noticia--añadió.--Supongo que Snowford elegirá persona competente.

Míster Francisco se le quedó mirando con expresión de duda.

--Y ¿qué opináis respecto de la totalidad del asunto?--preguntó.

Oliverio guardó silencio durante unos momentos. --Pienso--dijo--que se trata de una cosa necesaria. La naturaleza humana no clamaría tan imperiosamente por las manifesta-

ciones cultuales, si no constituyeran una necesidad real. Por lo demás el conjunto de las ceremonias me parece imponente y sugestivo. No veo que pueda idearse nada mejor. --¿De veras, Oliverio?--preguntó Mábel.

--El único inconveniente está en que el pueblo no llegue a comprender bien el espíritu de los nuevo ritos.

--¡Oh! precisamente--se apresuró a objetar el ceremoniario, --la circunstancia que acabáis de apuntar, Míster Brand, es una de las más favorables para el fin que se pretende. Toda adoración, señor, debe llevar consigo el prestigio de lo misterioso; por falta de esta condición dejaron muy pronto de subsistir las instituciones creadas en tiempo de la Revolución Francesa. En cuanto a mí, hallo el ritual perfecto y aun admirablemente elaborado. Por supuesto, la parte principal del efecto ha de provenir de la forma en que se haga la presentación. Lamento que se hayan pasado por alto numerosos pormenores, tales como el color de las cortinas y otros análogos. Pero el plan es magnífico: hay en él sencillez, solemnidad y transparencia clarísima en lo que se refiere a la enseñanza fundamental.

--Y ¿cómo entendéis esa enseñanza?

--Viendo en ella lo que la realidad contiene, un homenaje ofrecido a la Vida bajo sus cuatro aspectos: Maternidad, que corresponde a la idea cristiana del nacimiento del Redentor y es la fiesta del hogar doméstico, del amor y de la fidelidad; en primavera, es la Vida misma la que se manifiesta prolífica, joven, apasionada; en verano tiene su lugar propio la Subsistencia, porque entonces es la época de la recolección, de la abundancia, y su festividad viene a ser un reflejo del Corpus Christi católico; y, por último, a la entrada del invierno, se halla oportunamente colocada la fiesta de la Paternidad, como representativa de fortaleza y dominio de generación y amparo... Entiendo que la idea ha sido concebida en Alemania.

Oliverio asintió con un movimiento de cabeza.

--Efectivamente--dijo, --y supongo que el orador de la solemnidad tomará por tema de su discurso el asunto que habéis tocado ligeramente.

--Así me parece; y, por cierto, que hallo el presente plan más adecuado que el otro de Ciudadanía, Trabajo, y otros principios, al fin y al cabo subordinados a la Vida.

Míster Francisco se expresaba con mal disimulado entusiasmo poniendo en evidencia, como nunca, sus antiguos hábitos sacerdotales. Era manifiesto que su corazón demandaba apasionadamente el establecimiento de un culto.

Mábel cruzó las manos en actitud de orar, y dijo:

--También yo lo encuentro bello y a la vez tan extraordinariamente real, que no cabe pedir otra cosa.

El maestro de ceremonias se volvió hacia la joven y le dirigió una mirada en que brillaba el agradecimiento.

--Tenéis razón, señora--añadió; --eso es precisamente. Con el nuevo culto no hay Fe, como en el antiguo, y en su lugar se ofrece la visión de hechos tangibles. El uso del incienso no significa más que la divinidad de la Vida y sus insondables misterios.

--¿Y respecto de las imágenes?--preguntó Oliverio.

--Esculturas de piedra... no hay que pensar en ellas por el momento; habrá que recurrir a la escayola. Míster Markenheim está a punto de comenzar inmediatamente la obra. Si sus modelos obtienen la aprobación, entonces podrán ser ejecutados en mármol.

Mábel intervino de nuevo con dulce gravedad.

--Se me figura--dijo--que la organización del culto público viene a coronar dignamente la redención del hombre. Las verdades abstractas que constituyen nuestros principios, necesitan encarnar en formas sensibles, adornarse con cierta vestidura material.

--¿Verdad que sí, Mábel?--interpuso Oliverio.

--No quiero decir--continuó la joven--que todos los individuos necesiten de esa ayuda; pero, indudablemente, muchos no pueden pasarse sin ella. Las personas de escaso entendimiento perciben mejor por medio de imágenes concretas, y desahogan sus aspiraciones con el auxilio de objetos que hablen a los sentidos... En fin, no acierto a expresar lo que pienso.

Oliverio hizo un gesto de asentimiento: él también reflexionaba sobre el asunto.

--Ya entiendo--dijo.--Por mi parte opino, además, que el culto ha de contribuir poderosamente a imbuir el espíritu del pueblo en los nuevos ideales, preservándolo de todo riesgo de superstición.

Míster Francisco se volvió de pronto hacia su anfitrión, y le preguntó:

--¿Qué pensáis de la nueva Orden religiosa creada por el Papa?

El semblante del diputado se inmutó ligeramente.

--En mi concepto--respondió, --es el peor paso que podía dar... en contra suya, quiero decir; porque o esa medida representa un esfuerzo real, y entonces ha de levantar generales protestas, o la flamante Orden degenerará en vergonzosa relajación, y en ese caso servirá para desacreditar al mismo que la ha fundado... ¿Por qué lo preguntabais?

--Porque recelo que tengamos algún disturbio en la Abadía.

--Lo sentiría por el perturbador.

Sonó el agudo repique de un timbre en el cuadro del teléfono, e inmediatamente Oliverio se dirigió al receptor. Mábel siguió con la vista a su esposo, mientras éste oprimía el botón, daba el nombre y aplicaba su oído al receptor.

--Es el secretario de Snowford--dijo volviéndose a Míster Francisco y a Mábel, que le contemplaban con curiosa ansiedad. --Snowford necesita... ¿eh?--continuó hablando por teléfono.

Oliverio pronunció de nuevo su nombre y escuchó recogiendo una o dos frases que parecían importantes.

--¡Ah! ¿Con que es cierto...? Lo siento... Sí... ¡Cómo...! Pero a pesar de todo siempre será mejor que no hacer nada... Sí; aquí está... Seguramente... Muy bien; trataremos directamente el asunto con vos mismo.

Miró al fondo del receptor, colocó en su lugar la manecilla conmutadora y volvió adonde estaban los acompañantes. --¡Qué le hemos de hacer!--dijo; --el Presidente no oficiará en la función religiosa, y aun todavía se ignora si asistirá o no. El ministro Snowford nos espera a las dos, Mister Francisco. Markenheim está con él.

Mábel sufrió un desencanto con la noticia, pero se consoló pensando que el conocerla de antemano le evitaba una dolo rosa sorpresa.

EL nuevo Cardenal--Protector de Inglaterra Percy Franklin venía de las habitaciones de Su Santidad, avanzando lentamente por el corredor que conducía a las mismas, en compañía de Hans Steinmann, el purpurado alemán encargado de representar los intereses católicos de su país. Ambos entraron en el ascensor sin cruzar una frase y desaparecieron dirigiéndose a sus respectivos despachos. El contraste que formaba el aspecto de los dos personajes respondía maravillosamente a los peculiares caracteres de sus respectivos pueblos: el uno de porte recto y viril; el otro encorvado, grueso y con el típico sello alemán desde los anteojos hasta las hebillas enormes de sus zapatos.

Cuando llegaron a la puerta del compartimiento ocupado por Percy, éste se detuvo, saludó con una leve reverencia y dejó solo a su colega que prosiguiera su camino.

El joven Míster Brent, recientemente llegado de Inglaterra para servir de secretario al Cardenal de su país, se puso de pie al ver entrar a su jefe.

--Eminentísimo Señor--dijo, --han llegado por fin los diarios ingleses.

Percy alargó la mano, tomó uno de los periódicos, penetró en su gabinete particular y se sentó.

Desde luego atrajeron la atención del Cardenal los enormes caracteres de los encabezamientos del periódico, seguidos de cuatro columnas de nutrida lectura con interrupciones de llamativos epígrafes en letras mayúsculas, conforme al estilo adoptado en América desde hacía un siglo. Era el mejor sistema que hasta la fecha se conocía para deslumbrar a los ignorantes.

Echó una ojeada al título y vio que tenía en la mano la edición inglesa de La Era; los primeros títulos decían:

EL CULTO NACIONAL.--ESPLENDOR INAUDITO.--ENTUSIASMO RELIGIOSO.--EL NUEVO DIOS EN LA ABADÍA.--UN FANÁTICO CATÓLICO. --LAS CEREMONIAS PRACTICADAS POR EXSACERDOTES.

Recorrió luego la página, escrita toda ella en frases pintorescas, y compuso en su imaginación una especie de cuadro impresionista de las escenas ocurridas en Westminster el día anterior, y cuyos incidentes más notables le habían sido comunicados por telégrafo. Nada nuevo halló, que no hubiera sido ya conferido con el Santo Padre en la última entrevista.

Iba ya a plegar el impreso, cuando sus ojos leyeron un nombre que le era bien conocido.

«Es cosa convenida que Míster Francisco el Ceremoniario (a quien se debe público testimonio de reconocimiento y un aplauso entusiasta por su celo piadoso y gran habilidad profesional) emprenderá en breve un viaje por el norte con objeto de dar en las principales ciudades una serie de lecturas sobre el Ritual. Importa hacer notar que este funcionario celebraba en los altares católicos, no hace todavía mucho tiempo. En la fiesta de la Paternidad estuvo asistido por veinticuatro compañeros, tan experimentados como él mismo.»

--¡Válgame Dios!--exclamó Percy en voz alta, dejando el periódico.

Pero bien pronto el curso de sus pensamientos pasó de la figura del sacerdote renegado a la significación del hecho con todas las circunstancias que le rodeaban, y al dictamen que en conciencia había expuesto al Santo Padre.

En resumen, era incontestable que la inauguración del culto panteísta había obtenido un éxito tan prodigioso en Inglaterra como en Alemania. Francia por el momento andaba demasiado ocupada con el culto de individualidades para entrar en el desenvolvimiento de

ideas más amplias.

Pero Inglaterra había hecho grandes progresos; y a pesar de las previsiones pesimistas, no hubo que lamentar, en la celebración de la festividad, ninguna manifestación de grotesco fanatismo, dando ocasión a que se confirmara nuevamente el dicho de que «el humorismo nacional corría parejas con su sensatez y buen sentido. Al contrario, no faltaron escenas de extraordinaria solemnidad que impresionaron vivamente a la concurrencia. Un inmenso murmullo de entusiasmo se había difundido por los ámbitos de la Abadía en el momento de descorrerse la suntuosa cortina, y aparecer desnuda la gran figura de la Paternidad, descollando imponente y majestuosa sobre las llamas de los cirios que ardían ante el oscuro tapiz que te servía de fondo. La estatua vaciada por Markenheim era una obra genial; y el discurso elocuente y apasionado del diputado por Cróydon preparó admirablemente el ánimo de la muchedumbre para recibir la gran revelación. Míster Brand citó en su discurso numerosos pasajes de los profetas judíos, textos inspirados que hablaban de la *Ciudad de la Paz cuyos muros se alzaban ahora a vista de todos.*

Levántate y brilla, porque tu luz ha venido y la gloria del Señor se ha reflejado sobre ti... Porque he aquí que yo creo nuevos cielos y una nueva tierra; y de los que pasaren no quedará recuerdo, ni su imagen volverá a aparecer en el espíritu del hombre... Nadie volverá a oír hablar de violencia en tus dominios, ni la desolación y la ruina asolarán jamás tus fronteras. ¡Oh tú, la por tantos siglos afligida, azotada por el látigo de la tempestad, y nunca consolada/ Abre tus oídos y escucha... Yo sentaré tus piedras con hermosos colores y pondré de zafiros tus cimientos... Yo haré de ágata tus ventanas, y de carbunclos tus puertas, y todos tus lindes y fronteras de piedras preciosas. Levántate y brilla, porque tu luz ha venido.

Al resonar en el silencioso recogimiento de la multitud el choque metálico de las cadenillas de los incensarios, todos cayeron de rodillas obedeciendo a un sentimiento común; y en esa actitud permanecieron, mientras el humo subía en espirales, de manos del oficiante. Entonces tronaron de pronto los robustos acordes del órgano, y la nutrida masa coral, reunida en los transeptos, rompió a cantar el motete. Se oyó de pronto un grito de cólera, proferido sin duda por algún católico que intentaba turbar el orden de la ceremonia; pero fue sólo cosa de un instante...

--Todo esto parece increíble, estupendamente increíble se dijo Percy a sí mismo; --y, no obstante, allí estaban los hechos en toda su realidad abrumadora. Inglaterra encontraba de nuevo su culto en las solemnidades recientemente establecidas; y ese culto constituía para ella la coronación necesaria de la vida natural. La crónica de provincias hablaba de un entusiasmo análogo; las mismas escenas se habían desarrollado en todas las catedrales. La obra maestra de Markenheim, ejecutada a los cuatro días de haber sido aprobado el bill de culto, fue reproducida a máquina, y más de cuatro mil ejemplares salieron en breve con destino a los centros más importantes.

Los despachos telegráficos recibidos en Londres de todas partes, y publicados por la prensa de la metrópoli, confirmaban la entusiasta acogida que se dispensó en el país al nuevo culto, quedando así evidenciado que los humanos instintos habían hallado al fin expresión adecuada.--La verdad --pensaba Percy, --que si no existiera Dios, hubiera sido indispensable inventarle.

Otra de las cosas que le maravillaban era la habilidad desplegada en la composición del ceremonial. De propósito se habían eliminado aun las más remotas alusiones de carácter político, así como los ditirambos en honor de la ciudadanía, el trabajo y otros principios, mirados de reojo por los que en secreto continuaban profesando el individualismo. La Vida era la única inspiradora y el centro donde convergían los cantos y ceremonias; la Vida majestuosamente engalanada con los espléndidos ornamentos de la antigua adoración.

Por supuesto, la idea dominante del ritual pertenecía a Felsenburgh, aunque se tratara

de ocultarlo atribuyéndola a un alemán. En el fondo de todo no había más que positivismo de cierto género, catolicidad sin cristianismo, adoración de la Humanidad hábilmente divinizada. No era el hombre el que directamente aparecía como objeto de culto, sino el concepto abstracto de naturaleza humana desmida de todo elemento sobrenatural. El sacrificio formaba también parte de los ritos admitidos, pero sólo en cuanto instintiva tendencia de oblación, que no incluía exigencia fundada en la innata culpabilidad del hombre y en los eternos derechos de la Santidad trascendente.--Realmente--se dijo Percy--el proyecto ha sido elaborado con astucia diabólica, y hasta tiene el aliciente de la novedad, no obstante datar de la época de Caín.

Si el consejo que acababa de dar al Santo Padre era de desesperación o de esperanza, Percy no lo sabía decir. Había recomendado con urgente encarecimiento la promulgación de un decreto prohibiendo severamente a los católicos todo acto de violencia. Era preciso que los fieles se decidieran a contemplar resignados la difusión de las prácticas cultuales recientemente establecidas, limitándose a no concurrir a las funciones religiosas, a no emitir su opinión sobre las mismas, mientras no fueren interrogados, y a sufrir con alegría las penas en que pudieran incurrir por razón de observar la conducta anterior. También había propuesto, de acuerdo con el Cardenal--Protector de Alemania, el regreso de ambos a sus respectivos países al finalizar el año, con objeto de fortalecer a los cristianos débiles y vacilantes, mas la respuesta recibida fue que, mientras no surgieran complicaciones imprevistas, debían permanecer en Roma desempeñando el cargo que se les había confiado.

Respecto de Felsenburgh apenas había noticias. --Se decía a la sazón que se hallaba en Oriente, pero guardábase gran secreto sobre los demás pormenores. Percy comprendió perfectamente las razones que justificaban la inesperada ausencia del Presidente de Europa. En primer lugar, éste habría tenido que escoger entre los dos países, donde el culto funcionaba sancionado por la ley, dejando a uno de ellos desairado; además, ningún político medianamente cauto, se habría aventurado a asociar su presencia con el posible riesgo de un fracaso en el éxito del ceremonial; y, por último, quedaban aún algunos pormenores que ultimar en el establecimiento de las relaciones de amistosa concordia con los pueblos orientales.

Este último punto era difícil de comprender; faltaban aún noticias concretas, si bien corría la especie de que el movimiento pacífico, iniciado el año anterior, no había alcanzado todo su desenvolvimiento. Indudablemente no se explicaba de mi modo satisfactorio que Felsenburgh se ausentara de Europa, (de no ocurrir en otra parte sucesos graves que reclamaran su presencia; pero la discreción extrema de la diplomacia de Oriente, junto con las severas precauciones adoptadas por el Imperio, imposibilitaban en absoluto la adquisición de noticias. Otra versión relacionaba el viaje del Presidente europeo con el hecho de haber aparecido, en varios puntos de la India, extraños fenómenos preternaturales: milagros, profecías, éxtasis y visiones.

El pensamiento de Percy volvió, por una transición natural, a la consideración refleja de su estado de ánimo, echó de ver en seguida que en él se había operado un cambio sobremanera notable. Ahora no sentía ya ni las elaciones de la confianza excesiva, ni el abatimiento de la desesperación. Decía diariamente su misa, leía su numerosa correspondencia, y meditaba sin tregua; sentía poco y comprendía mucho; en su fe no había sombra alguna de duda, pero tampoco la menor emoción. Se hallaba en un caso análogo al del operario que, trabajando en las entrañas de la tierra, con la imaginación oprimida por el sentimiento de la profundidad en que está sepultado, tiene, no obstante, plena conciencia de que en otra parte el sol brilla y las aves cantan y los ríos corren. Vio con bastante claridad la condición en que se hallaba su espíritu, y percibió que había llegado a una realidad de fe, enteramente nueva para él, fe pura, directa aprehensión intelectiva de lo sobrenatural, sin los peligros ni los goces de la visión imaginativa.

Hecho que se explicaba Percy a sí mismo diciendo que había tres procedimientos o modos de guiar Dios al alma: el primero era el de la fe externa que acepta las verdades propuestas y enseñadas por la autoridad competente, practica la religión, y no siente espe-

cial fervor ni dudosas vacilaciones; el segundo acompaña al despertar de las facultades emocionales y perceptivas del espíritu, y se manifiesta por consolaciones, deseos, revelaciones místicas y peligros; en el plano de este segundo período es donde se conciben los elevados propósitos, y donde las vocaciones seducen a la voluntad y se experimentan las grandes caídas; y el tercero, misterioso e inexplicable, consiste en una especie de revalidación en la esfera puramente espiritual de todo lo anteriormente creído y practicado (al modo que la representación de una pieza dramática es el remate y coronamiento de los ensayos precedentes); y en semejante grado, Dios es aprendido, pero no experimentado; la gracia es absorbida inconscientemente y aun entre tedios y sequedades, mientras poco a poco, el espíritu interior se amolda en las profundidades de su ser, allá en lo más íntimo de las esferas del sentimiento y percepción intelectual, a la imagen y ánimo de Cristo.

Tales eran las reflexiones del Cardenal, mientras descansaba en su hondo sillón, envuelto en el manto de púrpura, con los ojos fijos en la ciudad pontificia, que aparecía en aquel momento velada por la húmeda neblina de septiembre. ¿Cuánto duraría aún la paz? Percy creía ver que el horizonte se obscurecía más a cada instante y que el momento de la suprema catástrofe se acercaba.

Al fin alargó la mano a la campanilla de su escribanía y llamó a su secretario.

--Traedme la última relación del Padre Blackmore--ordenó Percy cuando el capellán se presentó.

Las facultades intuitivas de Percy, de suyo penetrantes y poderosas, adquirieron con el cultivo un extraordinario desarrollo. Entre las cosas que conservaba frescas en su memoria, resaltaban de un modo especial las agudas observaciones del Padre Blackmore en la entrevista celebrada con él hacia un año; así que uno de sus primeros actos como Cardenal Protector de Inglaterra, consistió en incluir a su antiguo colega en la lista de los corresponsales ingleses. Hasta la fecha había recibido de él una docena de cartas; y ninguna dejaba de contener su grano de oro. Pero especialmente llamó su atención la circunstancia de que Blackmore expresaba siempre en sus correspondencias el temor de que, más tarde o más temprano, sobreviniera un acto de provocación por parte de los católicos ingleses; y el recuerdo de ese temor es el que sugirió a Percy las vehementes instancias con que se había dirigido al Papa en la última audiencia. De igual modo que en las persecuciones de los tres primeros siglos del cristianismo, a la hora presente el peligro más grave para la comunión católica estaba, no en las injustas medidas del gobierno, sino en el celo indiscreto de algunos fieles. El mundo espiaba con ansia la ocasión, el pretexto de levantar su espada y herir.

Cuando el secretario le trajo las cuatro cuartillas de letra menuda y apretada, remitidas últimamente por el Padre Blackmore desde Westminster, Percy buscó enseguida el párrafo que precedía a las recomendaciones finales. «El antiguo secretario de Míster Brand, Filips, por quien Vuestra Eminencia me ha significado singular interés, ha venido a verme dos o tres veces; y, por cierto, que se halla en un estado de los más curiosos. No tiene fe; y, no obstante, pone toda su esperanza en pertenecer a la Iglesia Católica. Ha llegado a solicitar que se le admita en la Orden de Cristo Crucificado, cosa manifiestamente imposible. Pero no cabe dudar de la rectitud de sus propósitos: en otras circunstancias habría profesado el catolicismo. Le he puesto en relación con muchos católicos, esperando que puedan ayudarle. Desearía que Vuestra Eminencia pudiera conversar con él.»

Antes de abandonar a Inglaterra, Percy continuó cultivando el trato de Míster Filips, a quien de tan extraño modo había conocido, con motivo de la asistencia espiritual prestada a la madre de Oliverio en su última enfermedad; y, sin explicarse bien la razón, rogó al Padre Blackmore que se interesara en favor del destituido secretario. No porque la personalidad de Míster Filips le hubiera impresionado de un modo especial; antes bien le pareció sujeto de carácter débil e indeciso. Pero no pudo menos de sorprenderle el desinterés con que el buen hombre había sacrificado su posición por prestar un servicio de confianza a una señora moribunda. Semejante rasgo daba pábulo a favorables augurios.

Al presente le había ocurrido mandarle llamar. Acaso la atmósfera espiritual cíe Roma influyera para resolverle a entrar en el seno de la Iglesia. De todos modos la conversación con el antiguo secretario de Míster Brand no podía menos de ser interesante e instructiva.

El Cardenal hizo sonar de nuevo la campanilla.

--Señor Brent--dijo a su secretario, --en vuestra próxima carta al Padre Blackmore le diréis que me alegraría de ver aquí a la persona que me ha recomendado.

--Perfectamente, Eminentísimo Señor.

No hay prisa. Puede mandarle venir cuando guste.

--Así se lo haré saber, señor.

--Pero no debe venir hasta enero. De ese modo tendrá tiempo bastante, a no ser que haya una razón urgente.

El desarrollo y propagación de la Orden de Cristo Crucificado obtuvo un éxito casi milagroso. El llamamiento hecho por el Santo Padre a toda la Cristiandad había sido lo que la mecha aplicada a la mina. Diríase que el mundo cristiano había llegado exactamente al punto de tensión en que se imponía la necesidad de una organización semejante; y la respuesta dada a la invitación del Papa superó las esperanzas más optimistas. De este hecho toda la ciudad de Roma con sus suburbios--en total tres millones--había corrido a inscribir sus nombres en las oficinas de alistamiento establecidas en el Vaticano, al modo como una multitud hambrienta se precipita sobre los vehículos que le traen el alimento, o como una flota combatida por la tempestad se refugia desesperadamente al abrigo del puerto. Durante días y días, el Papa mismo permaneció sentado en su trono bajo el altar de la basílica.

Era de ver aquella gloriosa y radiante figura, pálida y fatigada a la caída de la tarde, bendiciendo con un signo silencioso a cada miembro de la vasta multitud que se apiñaba alrededor del trono, confortada con el ayuno y la comunión, para desfilar ante su Superior y Padre y besar el anillo del Vicario de Cristo. Los requerimientos y preliminares de la profesión se practicaron con la premura que exigían las circunstancias. Cada postulante debía comparecer ante un confesor, especialmente autorizado, que examinaba rápidamente los móviles y sinceridad de la vocación, eliminando a los ineptos. De ordinario, sólo se admitía una tercera parte, proporción nada excesiva a juicio de las autoridades, porque es de advertir que la mayoría de los postulantes habían sufrido ya las pruebas del fuego y del agua. De los tres millones presentados en Roma, más de dos habían sufrido destierro a causa de su fe, prefiriendo una vida obscura y despreciada bajo la sombra de Dios al esplendor impío de sus infieles países.

En la tarde quinta de la recepción de novicios, se produjo un incidente extraordinariamente conmovedor. El anciano monarca español, biznieto de la reina Victoria, agobiado por el peso de los años y al borde ya del sepulcro, en el momento de levantarse de los pies del Pontífice, vaciló un instante luchando con la dificultad de sostenerse en pie. El Papa entonces, obedeciendo a un impulso repentino, se levantó de su trono, le tomó en sus brazos, le besó y enseguida, puesto aún de pie, tendió los brazos en actitud de cobijar bajo ellos a la multitud y pronunció un fervorín, como jamás había resonado bajo las bóvedas de la gran basílica.

«¡Benedictus, Dominus!--exclamó con el rostro iluminado por el éxtasis.--¡Bendito sea el Dios de Israel, que se ha dignado visitar y redimir a su pueblo! Yo, Juan, Vicario de Cristo, Siervo de los Siervos de Dios y pecador entre los pecadores, os ordeno en nombre del Todopoderoso que tengáis buen ánimo y confortéis vuestro espíritu. Por Aquel que fue clavado en la Cruz, prometo la vida eterna a todos los que perseveraren en su Orden. Él mismo ha dicho: Al que venciere, yo le daré una corona de vida.

»Hijitos míos queridos, no temáis a los que quitan la vida corporal. Nada más pueden hacer. Jesús y su Madre están en medio de nosotros... »

En términos análogos, prosiguió el Pontífice su improvisación, enfervorizando a la enorme multitud, que escuchaba postrada en silencioso recogimiento, con el recuerdo de la sangre del Apóstol allí presente en sus reliquias para darles ejemplo, fortalecerlos y vivificarlos en la fe. Acababan de pronunciar su voto del martirio, si tal era la voluntad de Dios; mas cuando al Todopoderoso no pluguiera que pereciesen, la intención valdría por el Hecho. En lo sucesivo quedaban ligados por el voto de la obediencia; sus voluntades no les pertenecerían, puesto que habían hecho solemne renuncia de ellas en las manos de Dios. La castidad debería revestirlos de fortaleza para arrostrar los tormentos y la muerte; y la pobreza los desasiría de la tierra elevando sus aspiraciones al reino de los cielos.

La peroración del Pontífice terminó con una gran bendición silenciosa de la ciudad y del mundo; y no faltó una docena de fieles que creyeran ver una figura blanca en forma de paloma con las alas tendidas sobre el anciano, mientras dirigía la palabra a la devota multitud.

Las escenas que siguieron en la ciudad y suburbios, apenas tenían semejante en la historia del mundo. Millares de familias consintieron unánimes en romper los vínculos humanos que las ligaban: los esposos se encaminaron a los amplios y espaciosos edificios, levantados para ellos en el Quirinal; las mujeres se establecieron en el Aventino, mientras los niños, tan fervorosos y decididos como sus padres, se refugiaron en las casas asilo de las Hermanas de San Vicente, las cuales habían recibido por orden del Papa el donativo de tres calles para albergar en sus edificios a los menesterosos.

En todas partes se elevaban columnas de humo procedente de las hogueras, en que ardían los objetos de lujo, inútiles para lo sucesivo en virtud del voto de pobreza hecho por sus dueños. Y diariamente salían de la estación situada extramuros de Roma, largos trenes repletos de jubilosos misioneros, que los delegados pontificios despachaban para las diversas regiones del globo, a fin de que fueran la sal de la tierra y pusieran digno coronamiento a su vocación dando la vida en defensa de la fe. Aquel mundo, empero, a quien pretendían regenerar, los acogía entre burlas y escarnios, mezclados con mal disimuladas muestras de furor.

En compensación de esa desdichada ingratitud, llegaban de la cristiandad entera, noticias satisfactorias del éxito alcanzado en todas partes por la Orden de Cristo. En la admisión se observaron puntualmente las mismas formalidades que en Roma; y, día tras día, se recibían en las oficinas del Vaticano largas listas de los miembros admitidos por los Superiores diocesanos.

En los últimos días del período que estamos describiendo, los correos trajeron además otras listas, infinitamente más gloriosas. No sólo referían en ellas los obispos que ya la Orden había inaugurado sus trabajos, restableciéndoselas comunicaciones antes interrumpidas; que legiones de celosos misioneros organizaban su campaña de evangelización y que la esperanza renacía aun en los corazones más desfallecidos, sino que, por encima de todo esto, resonaban los ecos de la victoria alcanzada por los denodados atletas de la fe del Crucificado.

En el barrio latino de París habían alcanzado la palma del martirio cuarenta religiosos de la nueva Orden, que fueron quemados vivos en pocas horas, antes que la policía tuviese tiempo de intervenir. Sucesos análogos se desarrollaron en España, Holanda y Rusia. En Düsseldorf, dieciocho individuos entre hombres v muchachos, sorprendidos en el acto de cantar Prima en la iglesia de San Lorenzo, fueron arrojados, uno por uno, a las cloacas municipales, oyéndose en los obscuros subterráneos el versículo del responsorio Christe, Fili Dei vivi, miserere nobis que continuó resonando hasta que el populacho acabó con las víctimas a pedradas. Entre tanto las prisiones alemanas no bastaban a contener la muchedumbre de cristianos, que desde luego se mostraron rebeldes a las prácticas del culto hu-

manitarista.

La población, no católica e indiferente, se encogió de hombros y declaró que los desobedientes tenían bien merecido el castigo que sobre ellos pesaba, sin dejar por eso de condenar las violencias de las turbas y de interesar a las autoridades para que reprimiesen con mano fuerte la nueva conspiración idolátrica organizada con la institución de la Orden de Cristo. En la iglesia de San Pedro se trabajaba sin descanso, desde la mañana hasta la noche, en instalar interminables series de altares nuevos y en labrar en los muros dípticos de piedra, donde se esculpían los nombres de los martirizados.

Eran las primeras palabras de la réplica de Dios a la provocación del mundo.

Al acercarse la fiesta de Navidad, se anunció que el Sumo Pontífice cantaría una misa solemne, el último día del año, en el altar de San Pedro, a intención de la Orden de Cristo; y ya habían comenzado los preparativos para la ceremonia.

Ésta debía constituir una especie de inauguración pública de la nueva institución; y, para mayor solemnidad, se comunicó a todos los miembros del Sacro Colegio, esparcidos por el mundo, la orden de hallarse presentes en Roma el 31 de diciembre, a menos de no poder hacerlo por causa de enfermedad. Según todas las apariencias, el Papa quería dar n entender al mundo que la guerra estaba declarada; y, al efecto, no vacilaba en arrostrar los inconvenientes que resultaban de abandonar los Cardenales sus respectivos puestos, siquiera la ausencia durara sólo cinco días. La orden fue dada, y era preciso cumplirla. Aquel año las fiestas de Navidad revistieron en Roma extraordinaria solemnidad.

Percy fue designado para asistir al Papa en su segunda misa, por lo que se apresuró a celebrar cuanto antes las tres en su oratorio privado. Por la primera vez en su vida, tuvo ocasión de presenciar un espectáculo del que había oído hablar innumerables veces: la admirable procesión pontifical, a la luz de las antorchas, a través de Roma desde la basílica de Letrán hasta la de San Anastasio, costumbre abandonada desde hacía siglo y medio y renovada por el Papa en esta época. El pequeño templo había sido reservado para contado número de personas distinguidas; pero las calles, en toda la extensión de la carrera desde la catedral hasta la iglesia, e igualmente los otros dos lados del triángulo, eran sólo una masa compacta de cabezas silenciosas y antorchas encendidas. El Santo Padre celebró con asistencia de los soberanos europeos en la forma acostumbrada; y Percy, desde su sitio, contemplaba el drama celestial de la Pasión de Cristo representada en el incruento sacrificio que ofrecían las manos de su anciano Vicario Angélico conmemorando el misterio de la Natividad. Difícil era percibir aquí las huellas del Calvario; la atmósfera del establo de Belén y la luz de los cielos envolvían el altar sencillo, más bien que las tinieblas de la muerte de Cristo. Era el Infante llamado por antonomasia el Admirable, el que yacía en el ara bajo las enflaquecidas manos del anciano celebrante, más bien que el destrozado cuerpo del Varón de Dolores.

¡Adeste, fideles!--cantó el coro desde la tribuna.--Venid, rindamos el homenaje de nuestra adoración con preferencia al de nuestras lágrimas; regocijémonos, alegrémonos, seamos puros e inocentes; ya que Jesús se ha hecho niño por nosotros, hagámonos por nuestra parte niños a imitación suya. Revistámonos con las vestiduras de nuestra infancia y cubramos nuestros pies con el calzado de la paz: Porque el Señor ha reinado; está vestido de belleza; el Señor se ha armado de fortaleza y se ha ceñido para el combate. Ha establecido con firmeza el mundo, que no se moverá; su trono está preparado desde hace largo tiempo. Él existe desde la eternidad. Regocíjate, pues, grandemente, oh hija de Sión; prorrumpe en gritos de júbilo, oh hija de Jerusalén; he aquí que tu Rey viene, a ti, el Único Santo, el Salvador del Mundo. Luego llegará cl tiempo de sufrir, cuando el príncipe de este mundo aparezca contra el Príncipe de los Cielos.

Así meditaba en su interior el Cardenal inglés, mientras asistía de pie con el espléndido traje de corte, esforzándose por sentirse pequeño y sencillo. Ciertamente--continuaba--¡nada es difícil para Dios! ¿No podría este nacimiento místico llevar a cabo una vez más

lo que antes había ya verificado, es decir, someter por la fuerza de su debilidad a todos los orgullos que se exaltan sobre lo que lleva el nombre de Dios? En otro tiempo fue capaz de atraer a los reyes más sabios del Oriente a través del desierto, y de obligar a los pastores a dejar sus rebaños. Hoy, tiene a los reyes destronados de rodillas a sus pies junto con el pobre y el débil; reyes que han puesto en tierra sus coronas, y le han ofrecido el oro de la lealtad, la mirra del martirio deseado y el incienso de una fe pura. ¿Por qué no podrían también los poderes del mundo dejar a un lado su esplendor y las turbas su ferocidad, el egoísmo sus crueles e insaciables exigencias, y la humana sabiduría su soberbia ignorancia...?

Entonces le asaltó el recuerdo de Felsenburgh y su corazón desfalleció de espanto.

Seis días después, Percy se levantó como de costumbre, celebró, tomó el desayuno y se sentó a rezar el oficio hasta que su paje le avisara para disponerse a asistir a la misa pontificia.

Tan habituado estaba por este tiempo a recibir malas noticias de apostasías, fallecimientos, disturbios populares y otras desgracias parecidas, que la calma de la semana anterior le produjo un alivio extraordinario. Le parecía que la realidad superaba con creces los ensueños alimentados durante sus cavilaciones en la basílica de San Anastasio, y que la dulzura de la antigua fiesta conservaba todavía su poder hasta sobre la gente misma obstinada en rechazarla. Porque absolutamente nada importante había ocurrido. Algunos martirios más aumentaron el catálogo de los registrados en los últimos días, pero presentándose en forma de casos aislados; y respecto de Felsenburgh se carecía en absoluto de noticias. Por otra parte, Percy sabía bien que el día siguiente sería una fecha memorable en Inglaterra y Alemania; porque en Inglaterra debía verificarse la primera aplicación de la ley que declaraba el culto obligatorio, mientras que en Alemania la aplicación tendría lugar por segunda vez. El pueblo de ambas naciones iba a declararse en pro o en contra de la nueva religión.

El Cardenal inglés había visto la tarde precedente una fotografía de la imagen destinada a recibir las adoraciones populares en la Abadía de Londres, y en un acceso de indignación la había rasgado en mil pedazos. La estatua representaba una mujer desnuda, de talla elevada y porte majestuoso, con la hermosa cabeza un poco echada atrás en actitud de contemplar una visión, los brazos extendidos y las manos algo levantadas, expresando en conjunto sentimientos de asombro, esperanza y vehemente deseo; sobre sus largos y blondos cabellos el artista, con ironía diabólica, había puesto una corona de doce estrellas. De este modo venía a ser el remedo de otra imagen, a la vez que expresiva encarnación del ideal de la maternidad humana anhelando la aparición de la prole...

Después que Percy vio caer a sus pies, a modo de nieve envenenada, los menudos trozos de la fotografía, se dirigió a su reclinatorio y, cayendo de rodillas, dominado por el ansia de reparar la sacrílega ofensa:

--¡Oh Madre! ¡Madre!--exclamó, dirigiéndose a la soberana Reina de los Cielos, que, con el Niño en brazos, le miraba desde su pedestal.--¡No consintáis que prosigan un momento más estos horrores!

Recobrada luego la tranquilidad de su espíritu, celebró con relativa paz la misa de San Silvestre, Papa y Mártir, último santo del calendario cristiano. El espectáculo de las ceremonias de la víspera, el tropel de curiales eclesiásticos, la multitud de Cardenales extranjeros llegados a Roma de las diversas regiones del globo, todo contribuyó a fortalecer su espíritu abatido, sin fundamento bastante, él lo sabía bien, pero de una manera real y efectiva. El aire mismo parecía saturado de solemne y regocijada expectación. Durante la noche entera la Piazza estuvo llena de una multitud enorme y silenciosa que aguardaba la apertura de la basílica. Al presente, ni la iglesia ni la plaza bastaban a contener el inmenso gentío. Siguiendo la longitud de la calle hasta el Tíber, en toda la extensión que Percy, inclinándose sobre la ventana, podía divisar, se extendía aquel solemne e inmóvil empe-

drado de cabezas humanas. El techado de las columnatas negreaba, materialmente cuajado de curiosos; las azoteas y tejados de los edificios inmediatos desaparecían bajo los numerosos grupos allí encaramados, sin que fuera obstáculo el crudo frío de la noche de diciembre. La causa de tan extraordinaria aglomeración era el anuncio de que, después de la misa y del desfile de los miembros de la Orden ante el trono pontificio, el Papa daría la bendición apostólica a la ciudad y al mundo.

Después que Percy acabó de recitar Tercia, cerró el breviario y se echó atrás en su butaca esperando que el paje viniera a llamarle.

Su pensamiento comenzó a revolver los pormenores de la próxima función en que tomaría parte el Sagrado Colegio en pleno, con la única excepción del Cardenal--Protector de Jerusalén, retenido en cama por motivo de enfermedad. El espectáculo no iba a tener semejante en magnificencia y esplendor. Ocho años antes, recordaba haber visto una reunión parecida a raíz de la liberación de Roma; pero los Cardenales congregados en aquella ocasión no pasaron de cincuenta y tres.

De pronto oyó voces en su antecámara, ruido de andar apresurado, y una frase inglesa pronunciada en tono de súplica vehemente. ¿Qué podía ser aquello?

Luego llegó a sus oídos la siguiente respuesta del paje:

--Su Eminencia tiene que vestirse ahora para asistir a la función religiosa. Es imposible lo que pretendéis.

Se siguió a esto un cambio rápido de insistencias y excusas entre el criado y una persona extraña, seguida a poco del ruido que producía el pasador de la puerta en la antesala Percy no pudo aguantar aquella impertinencia, se levantó rápidamente, y abrió de par en par la puerta de su despacho.

En la pieza inmediata había un hombre, pálido y descompuesto, a quien Percy no reconoció en el primer momento.

--¿Qué es eso?--preguntó, y, cambiando enseguida de actitud, añadió: --¡Oh! ¡Míster Filips!

Éste tendió ambas manos al Cardenal.

--Soy yo, señor... Eminencia... acabo de llegar en este momento. Es cuestión de vida o muerte. Vuestro criado me ha dicho que...

--¿Quién os ha enviado?

--El Padre Blackmore.

----¿Buenas o malas noticias?

El interrogado miró significativamente hacia el criado que continuaba inmóvil y con expresión de enfado en el semblante a pocos pasos de distancia. Percy comprendió; tomó del brazo a Míster Filips y le condujo a su despacho. Al llegar a la puerta se volvió hacia el paje y le dijo:

--Llamad a la puerta dentro de dos minutos.

A plataforma destinada a servir de apeadero a los voladores, estaba relativamente desierta aquella tarde, cuando apareció en él un grupo de seis personas que salieron del ascensor. Los recién llegados en nada se diferenciaban de los viajeros ordinarios. Los dos Cardenales, el de Alemania y el de Inglaterra, envueltos en amplios gabanes de pieles, no

presentaban insignia alguna que denunciara su carácter eclesiástico ni su dignidad; al lado aguardaban de pie los capellanes respectivos, vestidos también con traje seglar, mientras dos criados avanzaron apresuradamente con los bagajes a tomar un compartimiento privado.

Los cuatro personajes permanecían silenciosos, contemplando la faena de los empleados de a bordo, o bien examinando el fino, sutil y brillante armazón del bajel aéreo, echado a sus pies sobre la red de acero a modo de ave monstruosa que reposaba en el nido, aguardando el momento de desplegar las enormes alas y cortar el aire con una velocidad de ciento cincuenta millas por hora.

De pronto Percy abandonó bruscamente a sus compañeros dirigiéndose a la ventana que daba hacia Roma, y se puso a mirar a través del cristal con los codos apoyados en el alféizar.

Maravilloso espectáculo era el que allí se presentaba a los ojos del observador.

Comenzaba a obscurecer a la sazón; y el cielo de color verde suave en el cenit, se teñía de matices anaranjados por In parte de poniente, terminando en el borde del horizonte por dos brillantes franjas de rojo sanguíneo. A los pies de Percy se tendía el sombrío panorama de Roma, que aparecía envuelta en obscura gasa crepuscular de tonos grises y morados con manchones negros formados aquí y allá por masas de cipreses, y limitadas por bosques de enhiestos y desnudos álamos que alzaban los agudos remates de sus troncos por encima de las murallas. Frente a nuestro personaje, en el antro del cuadro, campeaba con solitaria majestad la enorme cúpula bañada en una tinta indefinible, mezcla de gris, violeta y azul pálido, que se destacaba sobre el fondo gualda del cielo por la parte del mediodía. El gigantesco domo imperaba, como supremo soberano, sobre un nutrido ejército de torres, flechas y techumbres y sobre las colinas encantadas de la lejanía que parecían agruparse a su alrededor para servir de dependencias al magnífico tabernáculo de Dios. Comenzaban a brillar las luces de las casas, como habían brillado por espacio de treinta siglos, y débiles nubecillas de humo se remontaban al cielo cada vez más oscuro. El rumor de aquella Madre de las ciudades se extinguía poco a poco merced a la crudeza del ambiente que obligaba a los moradores a buscar el refugio del hogar; y la paz de la noche descendía, poniendo término al último día del año. Allá abajo, en el fondo de las estrechas calles, Percy distinguía minúsculas figuras que se movían apresuradamente como hormigas atareadas; y llegaban a sus oídos chasquidos de látigos, gritos de mujeres, llanto de niños, semejando ecos de un murmullo de otro mundo Pero estos mismos ecos se apagarían también muy pronto, y la paz reinaría en toda su plenitud.

La solemne pulsación de pesada campana resonó débilmente a lo lejos, y la somnolienta ciudad se desperezó un Instante para implorar de la Madre de Dios el reposo tranquilo de la noche. Respondiendo al piadoso llamamiento, millares de torres entonaron la misma melodía sencilla y majestuosa que flotó en los espacios como enjambre inmenso de voces variadas, desde el bajo profundo de San Pedro y dulce tenor de Letrán, hasta el agudo y alegre clamoreo de las rústicas iglesias de los barrios y las tímidas notas de conventos y capillas. ¡Bendito y sagrado himno de la tarde moribunda, impregnado de los místicos aromas del misterio! Arriba el dosel escarlata del firmamento; abajo el dulce y desmayado éxtasis de las campanas.

--¡Alma Redemptoris Mater!--murmuró Percy con los ojos humedecidos por el llanto.--¡Santa Madre del Redentor, feliz puerta del cielo, estrella del mar, compadeceos de los pecadores! El ángel del Señor anunció el gran misterio a María y concibió del Espíritu Santo... Derrama, por tanto, oh Señor, tu gracia en nuestros corazones. Haz que los que conocemos la encarnación de Cristo, alcancemos por los méritos de su pasión y cruz la gloria de la resurrección por el mismo Cristo, Señor nuestro.

El repique de otra campana que sonó muy cerca de Percy, sacó a éste de su devota abstracción, devolviéndole a la realidad triste y atormentada de la tierra. Se volvió y vio el

volador inmóvil convertido en deslumbrador foco de luz, y a los dos capellanes que seguían al Cardenal alemán por el pasillo central del navío.

Los criados habían escogido el compartimiento posterior; y Percy, después de observar que su anciano colega se hallaba cómodamente instalado, se dirigió al corredor con objeto de echar a Roma una última mirada.

La puerta del bajel permanecía aún abierta, y apenas Percy se puso a la ventana del lado opuesto, cuando el aparato entero comenzó a temblar, sacudido por las vibraciones de la máquina eléctrica. Sonaron luego voces de mando, se estremeció el piso, la campana hizo una primera señal y luego otra seguida del dulce acorde del silbato indicador de la partida. De pronto la vibración cesa; el muro que Percy tenía delante desciende súbitamente como una barrera derribada de un sólo golpe, y el Cardenal vacila en el sitio que ocupaba. Un momento después reaparece la cúpula para hundirse de nuevo, mientras la ciudad con su guarnición de torres y las masas de sus obscuras techumbres salpicadas de puntos luminosos parece girar en inmenso remolino; en el cielo aparecen aquí y allá brillantes estrellas y constelaciones; el volador lanzando, un grito prolongado se endereza, bate las alas y comienza a navegar en dirección norte entre la monótona oleada de sordo zumbido que levanta el viento al rasgarse.

La gran urbe se desvanece rápidamente detrás del aéreo; ya no es más que una mancha entre grisácea y negruzca; el cielo estrellado se abre, mientras la tierra se pierde en la oscuridad, y el bajel parece quedar suspendido, inmóvil en el vacío envuelto en inmenso fanal, cuya cúpula de mágico vidrio se torna cada vez más obscura y brillante. Cuando Percy dirigió por última vez la mirada por encima del borde extremo de la barquilla, Roma no era más que una línea y una burbuja; poco después un punto imperceptible; luego... nada.

El Cardenal inglés exhaló un profundo suspiro y se encaminó en busca de sus compañeros de viaje.

Decidme otra vez, si os place--comenzó el purpurado alemán cuando Percy estuvo sentado frente a él y los dos capellanes se hubieron retirado a su compartimiento, --decidme quién es ese señor Filips.

--¿Ese señor? Pues, nada menos que el secretario particular de Oliverio Brand, uno de nuestros primeros políticos; él fue quien me condujo al lecho de muerte de su anciana madre, pudiendo por tal circunstancia su colocación. Ahora se dedica al periodismo, y es hombre honrado a carta cabal. No, no es católico todavía, aunque lo desea ardientemente. Y he ahí por qué ha inspirado bastante confianza para que en Londres le encomendaran tan delicado asunto.

--Y ¿cuál es la situación de los católicos de allá?

-- Sólo sé que están reducidos a una banda de desesperados; tienen bastante fe para obrar, mas no para sufrir con paciencia... Sin duda imaginaron que Míster Filips secundaría sus planes; pero el mencionado sujeto es hombre que sabe pensar por cuenta propia, y, por otra parte, ve claramente que toda tentativa de ese género acabaría para siempre con la tolerancia concedida al catolicismo. ¡Ah! Eminentísimo Señor ¿apreciáis bien en toda su magnitud y significación la feroz hostilidad que reina en el mundo contra nosotros?

El anciano movió la cabeza tristemente.

--Por desgracia creo comprenderlo demasiado... ¿Y estarán también mis alemanes complicados en la conjura? ¿Tenéis alguna certeza de ello?

--Eminencia, se trata de un vasto complot y la intentona viene fraguándose desde hace algunos meses en reuniones semanales. Se han compuesto admirablemente para guardar el

secreto. Vuestros alemanes no han diferido el golpe sino para que los dos atentados se verificaran a la vez, haciendo sus efectos doblemente terroríficos. Y entre tanto, mañana por la mañana...

Percy se echó atrás con un gesto de desesperación.

--¿Y el Santo Padre?

--Me apresuré a enterarle de todo, tan pronto como terminó su misa. Aprobó en absoluto mi proposición y mandó llamaros. La resolución tomada es nuestro único medio de salvación.

--Pero ¿creéis que nuestros planes lograrán evitar la catástrofe?

--¡Oh! Difícil es predecirlo, pero no se me ocurre otro expediente. A mi llegada a Londres, pienso dirigirme sin pérdida de tiempo a la residencia del Arzobispo y enterarle de todo. Nosotros desembarcaremos a las tres, y vos estaréis en Berlín a las siete. En ambos puntos la ceremonia no se celebrará hasta las once; de modo que tenemos tiempo para hacer lo que podamos. Probablemente el gobierno lo sabrá ya todo a estas fechas; pero también sabrá que en Roma somos inocentes. Me figuro que hará anunciar la presencia del Cardenal--Protector, del Arzobispo y de los coadjutores en las sacristías. Doblarán todas las guardias, dispondrán voladores que vigilen desde arriba: y luego... luego, lo demás queda en manos de Dios.

--¿Pensáis que los conspiradores están decididos? --Seguridad absoluta... ¿quién puede tenerla?

--Pero, si no he comprendido mal, cuentan con dos planes alternativos.

--Exactamente. Si las condiciones lo permiten, lanzarán el explosivo desde arriba; en otro caso hay tres individuos que han jurado sacrificarse arrojando ellos mismos las bombas en la Abadía... Y Vuestra Eminencia ¿qué piensa hacer? El anciano miró fijamente y añadió.

--Mi programa es el vuestro. Permitidme, no obstante, una observación: ¿os habéis puesto en todos los casos que puedan ocurrir? ¿Y si a última hora desistieran los conjurados de sus propósitos?

—Si tal sucediera, se nos acusaría de haber pretendido anunciarnos con un reclamo del peor gusto. Y, de llevarse a cabo la intentona, podemos disponernos todos a comparecer ante Dios. ¡Ojalá que sea cuanto antes!--añadió apasionadamente.

--Verdaderamente--replicó el anciano--eso, por lo menos, seria más tolerable.

--¡perdón, Eminentísimo Señor! No he debido expresarme de ese modo.

Las últimas palabras de Percy fueron seguidas de un largo silencio, durante el cual no se percibió otro ruido que la suave vibración del motor y algunas toses procedentes del compartimiento inmediato. El joven Cardenal, sintiéndose fatigado, apoyó los codos en el saliente de la ventana, y con la cabeza descansando sobre ambas manos se puso a mirar al exterior.

La tierra no era más que un inmenso vacío tenebroso; arriba, el insondable abismo de los cielos se mostraba aún débilmente iluminado, y a través de las brumas glaciales en que se movía el volador, centelleaban las estrellas de tiempo en tiempo.

--Vamos a sentir frío cuando estemos sobre los Alpes murmuró Percy. Y, luego, cambiando bruscamente de asunto, añadió:

--La verdad es que no tengo el menor rastro de una prueba irrecusable: toda mi certidumbre se basa en la palabra de un hombre.

--Y, sin embargo, ¿estáis seguro?

--Enteramente seguro.

--Eminencia--interrumpió de pronto el viejo, clavando la mirada en el rostro de Percy, --¿sabéis que el parecido es verdaderamente extraordinario?

Percy sonrió ligeramente. Estaba cansado de oír la misma observación.

--¿Qué pensáis de la coincidencia?--insistió el otro.

--Ya hace tiempo que se me ha dirigido la misma pregunta. No pienso nada de particular.

--Pues yo creo que Dios ha querido significar alguna cosa --dijo Steinmann con acento de profunda convicción contemplando aún de hito en hito a su compañero.

--¿Podríais decirme qué es ello, Eminentísimo Señor?

--Una especie de antítesis, un reverso de la medalla. ¡Quién sabe!

Se siguió un intervalo de silencio. Uno de los capellanes, que era de nacionalidad alemana, tipo grueso, de aspecto comunicativo y ojos azules, miró a través de las vidrieras de la puerta; pero su anciano señor le hizo con la mano señas de que se retirase.

--Eminencia--añadió el viejo de pronto, --más asuntos hay que tratar todavía, más proyectos que estudiar.

Percy hizo un gesto negativo, y replicó:

--Por ahora no veo qué planes sean esos. Conocemos el hecho únicamente, pero nos faltan los nombres de los comprometidos; lo ignoramos casi todo. Somos como niños en la jaula de un tigre. Y uno de los dos acaba de hacer un gesto frente a la fiera.

--De todos modos supongo que podremos comunicarnos nuestras impresiones.

--Si no sucumbimos en el trance.

Era curioso ver cómo Percy dominaba a su anciano colega. El joven Cardenal inglés había vestido la púrpura, hacía sólo tres meses, mientras que su compañero llevaba doce años figurando entre los miembros del Sacro Colegio; y, no obstante, aquél era el que disponía y arreglaba todo lo concerniente al viaje. Verdad es que él mismo apenas se daba cuenta de tal circunstancia; porque desde que tuvo noticia del espantoso proyecto, verdadera mina pronta a estallar bajo la Iglesia vacilante, después de haber asistido al imponente y suntuoso ceremonial de la corte pontificia siendo depositario de un secreto que abrasaba su corazón y su cerebro; y, sobre todo, después de la rápida entrevista celebrada con el Papa en la que se resolvió el abandono de los antiguos planes, y se acordó una decisión especial, y se dió y recibió una bendición, y se cruzó un adiós mudo en un cambio de miradas, la naturaleza de Percy se concentró en un esfuerzo supremo, dirigido a evitar el advenimiento de la catástrofe. Por una parte le devoraba el ansia de interponer su influencia, trabajando con vida y alma; por otra le oprimía angustiosamente una impresión de inmenso desaliento. Todos los puntales se habían venido abajo; todas las defensas quedaban desmanteladas; él mismo, la ciudad de los Papas, la Iglesia Católica, la religión entera parecía pendiente, ahora como nunca, de una sola cosa: del dedo de Dios. Si la acción providencial dejaba seguir su curso a las causas segundas, no quedaba esperanza alguna;

en lo sucesivo nada valdría la pena de ser tomado en serio.

El joven purpurado abrigaba la persuasión de que le aguardaba forzosamente una de dos cosas: la ignominia o la muerte. No cabía término medio, a no ser que los conjurados fueran sorprendidos con las bombas en la mano. Pero tampoco esta hipótesis tenía visos de probabilidad. De modo que, o bien renunciaban a su proyecto, al echar de ver que los ministros de Dios perecerían con los infieles, y en este caso sobrevendría la ignominia de un fraude descubierto, de un miserable artificio para ganar crédito, o bien llevaban adelante la ejecución de sus designios, considerando la muerte de un Cardenal y varios Obispos como precio insignificante de la proyectada venganza; y en tal supuesto no había que pensar más que en prepararse a bien morir. Contingencia que Percy contemplaba con cierto despechado placer; porque, después de todo, ninguna ignominia sobrepujaba a la que ya estaba soportando: la ignominia del abandono y del descrédito. La muerte, portadora del verdadero conocimiento y del reposo eterno, era lo mejor que podía ambicionar en aquellas circunstancias. De veras deseaba dejarlo todo de una vez en las manos de Dios.

En este momento el viejo, con un leve gesto de disculpa, tomó un breviario y comenzó a rezar.

Percy le contemplaba con inmensa envidia. ¡Ah! ¡Si él pudiera tener la edad de su compañero...! Porque desde luego se sentía con fuerzas para sobrellevar un año o dos de miserias; pero cincuenta años... era una duración insoportable, una perspectiva sin limites de incesante lucha, de esfuerzos fracasados, de injustas recriminaciones... La Iglesia perdía por momentos su prestigio e influencia sobre el mundo ¿No sería el nuevo espasmo de fervor producido por la Orden de Cristo Crucificado, las postreras llamaradas de la fe agonizante? Después de lo cual le quedaría aún por ver cómo la ola del ateísmo se alzaba cada vez más pujante y arrolladora bajo el impulso que Felsenburgh le había comunicado, sin poder predecir dónde se detendrían los horrores de la inundación. Jamás hubo hombre alguno que, a ejemplo del norteamericano, dispusiera a su albedrío de la fuerza entera de una democracia inmensa... Después de esto, Percy dirigió una vez la consideración a la mañana del día siguiente. ¡Ojalá que terminara con la muerte...! ¡Beati mortui qui in Domino moriuntur...!

Pero no: tales pensamientos eran cobardes e indignos. Por encima de todo estaba el poder de Dios, cuya sola mirada convertía los montes en abismos.

Percy sacó su libro de rezo, y, santiguándose, dió principió a las Horas canónicas. Un minuto después, los dos capellanes penetraron en el departamento y se acomodaron en él; todo quedó entonces en silencio, sin oírse otro ruido que el de la hélice mezclado al del roce del aire contra el bajel.

Cerca de las nueve serían, cuando el conductor del aéreo, un inglés rubio y coloradote, asomó la cabeza por la entrada del compartimiento ocupado por los Cardenales y despertó, a Percy de su profundo sueño diciendo en esperanto:

--Señores, dentro de poco se va a servir el almuerzo. Esta noche no nos detendremos en Turín.

Cerró la puerta y continuó repitiendo el mismo aviso en los compartimientos vecinos.

Percy comprendió que el volador no había embarcado en, Roma pasajeros para Turín; y sin duda se sabría por radiograma que en la estación de la mencionada ciudad tampoco deseaba nadie embarcar.

--Tanto mejor--se dijo nuestro viajero, --así tendremos más tiempo en Londres, y, por otra parte, el Cardenal Steinmann podría tomar antes en París el volador que había de transportarle a la capital de su nación. No estaba cierto de la velocidad con que navegaban; pero la circunstancia de no parar en Turín les daba indudablemente no pequeña ven-

taja. ¡Lástima que su colega hubiera perdido el correo de las trece, que hacía el viaje directo de Roma a Berlín!--Tales eran sus pensamientos, mientras se dejaba sumir en una especie de indiferencia puramente superficial.

Se incorporó para estirar sus miembros entumecidos y se encaminó al gabinete de limpieza con objeto de lavarse las manos, y mientras permanecía de pie frente al amplio tocador, colocado en popa, quedó fascinado ante el espectáculo que desde allí se descubría. Precisamente en aquel momento cruzaba el aéreo por encima de Turín. Era una masa luminosa de sorprendente belleza, que brillaba allá abajo, sepultada en un abismo de tinieblas, y que se movía rápidamente hacia el sur a manera de un bólido inflamado. ¡Qué poca cosa parecía desde arriba la gran ciudad! y, no obstante, ¡cuán grande era su influencia y poder en el mundo! Porque aquella pequeña luz era el foco de energía que impulsaba a toda la nación italiana; en uno de los puntos luminosos que formaban el bloque resplandeciente, varios hombres se juntaban en consejo para deliberar sobre el destino de los cuerpos y de las almas, declaraban abolidos el culto y la idea de Dios, y se mofaban de su Iglesia. Y Dios lo permitía así en silencio. Allí es donde se había mostrado, hacía uno o dos meses, Felsenburgh, el hombre misterioso que se le asemejaba de modo tan sorprendente. Y de nuevo, al surgir la idea en su ánimo, el puñal del pensamiento desgarraba su corazón con angustias de muerte.

Algunos minutos después, los cuatro sacerdotes se colocaban en torno de su mesa redonda, en reducido y abrigado compartimiento del comedor, bajo la arquería interior del bajel. Era excelente la comida que, según costumbre, recibían plato tras plato, por medio de un ascensor eléctrico, desde la cocina, situada en las entrañas del volador. En el sitio correspondiente a cada comensal había una botella de vino tinto; y tanto las sillas como la mesa se hallaban suspendidas de modo que las ligeras oscilaciones de la barquilla no alteraban su posición vertical. Comieron casi en silencio, porque los dos cardenales no podían conversar más que sobre el asunto que los traía embargados, y los otros dos sacerdotes no estaban aún iniciados en el secreto.

Arreciaba el frío, y los calentadores apenas bastaban a contrarrestar la temperatura glacial del aire en las cercanías de los Alpes. Fue preciso que el aéreo se elevara nueve mil pies sobre el nivel normal con objeto dé franquear sin riesgo la barrera del monte Cenis; y al mismo tiempo disminuyó la velocidad de la marcha a consecuencia del enrarecimiento del aire.

--Tendremos niebla esta noche--anunció, clara y distintamente, una voz, desde el pasillo central, mientras la puerta del comedor oscilaba un poco, sacudida por el movimiento del coche.

Percy se levantó y cerró de nuevo.

El anciano Steinmann comenzó a sentir cierto malestar poco antes de terminar la comida.

--Me retiro--dijo--a nuestro compartimiento, donde estaré con mayor comodidad, envuelto en mis abrigos.

Su capellán le siguió respetuosamente, sin haber acabado aún de comer, y Percy quedó a solas con su acompañante el Padre Corkran, recientemente llegado de Escocia.

Apuró el contenido de su botella, comió un par de higos, e inmediatamente se puso a mirar a través de la vidriera de enfrente.

--¡Ah!--exclamó.--Ya estamos por fin en los Alpes.

La parte anterior de la barquilla constaba de tres divisiones, y en el centro de una de ellas se hallaba de pie el piloto con la vista fija en la dirección del rumbo y ambas manos

apoyadas en la rueda del timón. A derecha e izquierda se hallaba ingeniosamente dispuesto un pasadizo formado por planchas de aluminio con amplia ventana de cristal a la altura de la vista, formando un mirador que permitía observar toda la porción del horizonte que caía del lado de proa. Allí se encaminó el Cardenal inglés, siguiendo el pasillo principal entre los compartimientos de ambos lados, cuyas puertas a medio abrir dejaban ver los distintos grupos de pasajeros conversando entre confortantes libaciones. Empujó la puerta elástica de la izquierda y salió.

Antes de ahora había cruzado los Alpes hasta tres veces, recogiendo siempre nuevas y deliciosas impresiones, especialmente un día sereno y despejado en que efectuó la travesía estando el sol muy cerca del meridiano: el espectáculo que se ofreció a sus ojos fue el de un eterno e inmensurable océano de nieve, sembrado de asperezas y rugosidades que desde abajo eran picos inaccesibles y abismos sin fondo, y más allá la curva esférica del horizonte, donde la tierra y el cielo se confundían sin que fuera posible distinguirlos. Pero esta vez el panorama le pareció más asombroso que nunca, y Percy lo contemplaba con el interés de un niño enfermo. El vehículo ascendía a la sazón, rápidamente sobre las altas cimas de las sierras, dejando atrás enormes laderas, abruptas quebradas, cortaduras gigantes y moles inmensas de nieve, esparcidas aquí y allá, a modo de materiales de desecho, abandonados en la construcción de una muralla ciclópea. Vistas desde la altura del bajel, las eminencias secundarias parecían montículos despreciables; pero daban idea de la formidable magnitud de los bastiones a que servían de estribos. En el cielo sin luna brillaba la yerta luz de las estrellas, cuya tenue claridad bañaba la escena en un tinte de fantástica penumbra. El aspecto del paisaje cambiaba sin cesar. La negrura aterciopelada de los bosques de coníferas se tornaba de un gris áspero y sucio. La extensión inmensa que le rodeaba parecía distinguirse ahora a través de un cristal de hielo. Al reflejo mate de los lagos y ventisqueros sucedía la parda desnudez de monstruosos picos y laderas de roca viva, los cuales parecían levantarse contra el bajel, pero, vencidos por éste, resbalaban y caían en los abismos.

El conjunto producía una impresión confusa de formas sin perfiles ni tonos definidos, que se esfumaban y fundían en la inmensidad de un fondo blanco. Percy dirigió la vista a derecha e izquierda de la región superior, y un estremecimiento involuntario sacudió todos sus miembros al ver avanzar hacia él masas enormes de roca, alrededor de las cuales surgía un tropel de formas grotescas que corrían en violento remolino a ocultarse en el seno de una nube visible solamente por la radiación oscilante proyectada por las luces del aéreo. En aquel momento los reflectores eléctricos giraron, volviéndose contra la niebla y la perforaron con sus tentáculos luminosos hasta dejar al descubierto las crestas ocultas bajo la tupida gasa de vapores. La velocidad de la marcha se redujo todavía en una cuarta parte al penetrar en la nebulosidad que envolvía las regiones superiores. Irguióse de pronto sobre la erizada superficie de las cimas un agudo picacho que se hundió enseguida tomando la forma de una espada con la punta en alto, y se desvaneció al fin a millares de pies de profundidad. Las sacudidas del bajel se hicieron cada vez más insoportables por su triple movimiento de ascensión, avance y balanceo. A la distancia de unos veinte metros, se oyó el rugido salvaje de un torrente, pero enmudeció poco después. Luego las bocinas del aéreo lanzaron gritos tristes y prolongados que resonaron en aquellas heladas soledades, como gemidos de espíritus vagabundos.

Y cuando Percy, aterrado, enjugó la humedad que empañaba el cristal de su observatorio y miró de nuevo al exterior, parecióle flotar inmóvil en una atmósfera incolora, suspendida en el espacio infinito, solitaria, helada, perdida en una región de infernal desolación.

Súbitamente, una monstruosa forma blanca avanzó hacia el vehículo y se deslizó por debajo del mismo dejando ver una pendiente lisa cortada por un grupo de rocas negras que remedaban manos de náufragos, alzadas sobre una ola en demanda de socorro. La sirena del vehículo vibró otra vez con tono lastimero, y un grito contestó a corta distancia, seguido de otros varios; luego se oyó el tañer de varias campanas, formando un coro armonioso de señales, y el aire se llenó de rumorosos aleteos.

Aquellos instantes fueron de ansiedad extrema. Al sonar el aviso de la campana y el grito que contestaba, un rápido movimiento de la rueda del timón demostró que el piloto estaba alerta. El vehículo se dejó caer bruscamente en el vacío con la velocidad de una piedra, y Percy se asió instintivamente al pasamano fronterizo, tratando de calmar la angustiosa sensación de la caída. Detrás resonó el choque de vasijas que rodaban por el piso, mezclado con los golpes de pesados cuerpos al desplomarse; y cuando el aéreo interrumpió el descenso y quedó inmóvil con las alas tendidas salieron de varios compartimientos gritos de angustia y ruido de pisadas. En el exterior, arriba y a gran distancia, estalló vivo clamo--el reo de señales de alarma atronando el espacio; y el Cardenal inglés reconoció al instante que semejante estrépito no podía provenir de uno ni de veinte voladores, sino de un centenar de ellos que navegaban a considerable altura.

Los vallados y eminencias reflejaron en todas direcciones la estruendosa gritería de las regiones superiores de la atmósfera; prolongados lamentos repercutieron una vez y otra entre el nutrido repicar de campanas, debilitándose y extinguiéndose lentamente.

El volador de Percy reanudó su marcha, describiendo una larga curva paralelamente a las ondulaciones de la montaña; y poco después se detuvo y osciló otra vez sobre sus enormes alas. En este instante Percy se dirigió a la entrada del corredor central, y en el camino vio a través de las ventanas exteriores, una aguja de piedra, a la profundidad de treinta pies, descollando sobre la neblina, y al pie la alisada superficie de un talud de nieve que se extendía hasta perderse de vista.

En el interior del bajel, quedaban rastros numerosos del desorden producido por la brusca detención y descenso del navío; las puertas de los comedores estaban abiertas de par en par; vasos, platos, charcos de vino, frutas y trozos de pan cubrían el piso, esparcidos aquí y allá en completo desorden; un pasajero que yacía sentado en el pavimento sin poderse mover volvió hacia Percy sus ojos espantados. El Cardenal inglés echó una mirada al recinto en que acababa de penetrar, y el Padre Corkran se levantó tambaleando de su asiento y le salió al encuentro con pasos vacilantes; simultáneamente se oyó gran alboroto en la puerta opuesta, donde un grupo de americanos había estado comiendo; y al volverse de nuevo el Cardenal para bajar a la popa del bajel, halló el pasillo ocupado por la multitud que se había precipitado a escapar por aquel sitio. El confuso rumor de conversaciones y de gritos no permitía dirigir a nadie pregunta alguna; y Percy, seguido del capellán, avanzó, paso a paso, en busca de sus amigos, agarrándose a las guarniciones de aluminio que adornaban los lados del corredor.

A la mitad del camino, una voz imperiosa se hizo oír dominando la confusión que reinaba entre los pasajeros; y en el silencio momentáneo que siguió, los voladores lanzaron en la altura su grito de partida.

--Siéntense, señores, siéntense--rugió la voz.--Vamos a reanudar enseguida la marcha.

La multitud comenzó a diseminarse, al avanzar el capitán del bajel, llevando pintada en su rojo semblante la decisión de hacer cumplir sus órdenes; y Percy, pudo ya dirigirse a su compartimiento.

El Cardenal Steinmann no lo había pasado mal del todo. Según explicó la sacudida le sorprendió dormido, pero despertó a tiempo para librarse de rodar por el piso. El rostro, del anciano se contraía nerviosamente al hablar.

--¿Pero de qué se trata?--preguntó.--¿Qué significa todo esto?

El Padre Bechlin, refirió que había visto poco antes uno de los grupos de voladores a cinco metros de la ventana; las barquillas iban repletas de proa a popa. Luego desaparecieron entre torbellinos de niebla.

Percy hizo un gesto de duda. No sabía explicarse el hecho.

--Paréceme que aquí están preguntando por el inalámbrico --dijo el Padre Bechlin.--He visto al conductor ahora mismo en el telégrafo.

A la sazón, no había nada de particular que mereciera ser contemplado desde las ventanas. Únicamente la aguja de roca se cimbreaba allá abajo, como sacudida por el oleaje, y el enorme talud de nieve oscilaba suavemente, siguiendo el movimiento del vehículo. En el exterior reinaba completa tranquilidad. La bandada de aéreos debía hallarse a grandísima distancia; sin embargo, desde una altura infinita llegó todavía un grito extraño, como lanzado por algún ave solitaria que vagara perdida en el espacio.

--Es el volador de señales--murmuró Percy, hablando consigo mismo,

Pero no acertaba a conjeturar la causa que motivaba el viaje de la poderosa escuadra de aéreos, ni qué objeto se proponían al dirigirse hacia el sur; el hecho, no obstante, le parecía de funestos augurios. Nuevamente le vino al pensamiento el recuerdo de Felsenburgh. ¿Obedecería todo a los secretos designios de este hombre siniestro?

--Eminencia--dijo Steimnann, disponiéndose a interrogar a su colega. Pero en este instante, el aéreo comenzó a moverse.

Sonó una campanada de aviso; el piso vibró ligeramente, y en el acto el bajel comenzó a elevarse con la lentitud y suavidad de un flotante copo de nieve. La gran extensión cubierta de nieve se alejó, desapareciendo con ella la aguja de roca en que Percy había fijado tantas veces la vista, y un momento después el volador se cernía en el espacio, encaramándose a la altura de donde había descendido. La bocina de alarma hizo señal de tomar rumbo; y la respuesta vino esta vez tan débil y distante, como un grito procedente de otro planeta. La velocidad horizontal aumentó rápidamente, y el estable impulso de la hélice substituyó a los ondulantes movimientos de las alas.

De nuevo llegó al bajel clamor de sirenas de otros aéreos; y otra vez un movimiento del timonel elevó repentinamente el aéreo. Éste comenzó ahora a avanzar, describiendo grandes espiras y subiendo cada vez a mayor altura para evitar el riesgo de un choque. La blanca pendiente de una gran ladera se presentó a la vista, iluminada por el resplandor que salía por las ventanas del vehículo; luego comenzó a hundirse lentamente, hasta que sus crestas asomaron por encima de la niebla remedando la risa irónica de una calavera gigante, y, poco después, desaparecieron en el abismo. Sonó otra vez el toque de campana, seguido de una nota aguda; el sordo zumbido de la hélice se trocó en silbido que subió de tono y acabó por extinguirse, y el enorme vehículo, libre al fin de los obstáculos de las montañas, tendió las alas y se lanzó a través del espacio. Allá abajo quedaba ahora el mundo, sumido en profunda oscuridad.

Bien pronto comenzaron a oírse voces acaloradas en el corredor, voces que interrogaban a gritos, ahogando las secas respuestas del conductor. Percy se levantó, resuelto a adquirir informes; pero al dirigir su mano a la puerta ésta cedió a la presión exterior, y con gran asombro de los sacerdotes el guardia inglés penetró en el compartimiento cerrando tras sí, y se quedó mirando a los cuatro viajeros con expresión de grave y honda preocupación.

--¿Qué ocurre?--preguntó Percy.

--Que en mi concepto, señores, deberíais quedaros en París. Sé quiénes sois; y, aunque no profeso vuestra religión... El guardia se interrumpió.

--¡Por Dios, caballero, continuad!--exclamó Percy.

--¡Oh! Pésimas noticias son las que tengo que comunicaros. Doscientos voladores se dirigen a Roma, donde se ha organizado un complot terrible, recientemente descubierto en Londres.

--¿Y qué más?

--Sí, para volar la Abadía. Por eso ellos van...

--¡Ah!

--Sí, caballero, a volar Roma. E inmediatamente salió.

SERÍAN las dieciséis de aquel mismo día, el último del año, cuando Mábel entró en la pequeña iglesia situada muy cerca de su casa. La oscuridad caía dulce y lentamente, y los tejados se teñían del encendido carmín que irradiaba del sol de invierno, próximo a ocultarse. En el interior del templo reinaba una débil y moribunda claridad.

La joven había dormitado un poco en su sillón durante las primeras horas de la tarde y salido de su sopor con esa extraña claridad de espíritu que suele gozarse después de tales ratos descanso. Después se asombraba de haber podido dormir con tanta tranquilidad, sin advertir el menor signo de la tormenta de horrores que aún, a la sazón, estaba descargando sobre la ciudad y el país. Con posterioridad también recordó que, al asomarse a la ventana, se advertía en las vías férreas una actividad desacostumbrada, con repetidos toques de cornetas y silbatos; pero no dió importancia alguna al hecho, y pasó de largo en dirección al templo, donde solía tener sus ratos de oración.

La calma de este lugar le atraía cada vez con mayor fuerza; y así acudía a él frecuentemente para afirmarse en sus convicciones y concentrar sus pensamientos en la significación oculta bajo la superficie de la vida, es decir, en los grandes principios fundamentales de la verdadera realidad. De vez en cuando se predicaban sermones expositivos sobre el Nuevo Evangelio, y salían a luz libritos de devoción destinados a servir de guías en la práctica de la vida espiritual, muy semejantes a los viejos manuales católicos.

Aquel día Mábel se sentó en el sitio de costumbre, cruzó las manos, contempló durante unos minutos los muros de piedra del viejo santuario, la blanca imagen que se alzaba en el altar y la decreciente claridad de la ventana. Después cerró los ojos y comenzó a meditar con arreglo a su particular método.

Ante todo concentraba su atención sobre sí misma, abstrayéndola de todo lo puramente exterior, retirándose cada vez más adentro hasta descubrir la chispa secreta que, por debajo de todas las fragilidades y diferencias secundarias, la constituía en miembro de la raza divina de la humanidad.

Este era el primer grado.

El segundo consistía en un acto del entendimiento, seguido de otro de la imaginación. Consideraba que todos los hombres poseían el mismo destello divino que percibía dentro de sí; y luego, valiéndose de la fuerza representativa de su espíritu, procuraba abarcar en una mirada la revuelta población del mundo, y se esforzaba por ver envueltos en la luz y sombra de ambos hemisferios los millones y millones de seres humanos--los niños que comenzaban a gozar de la vida, los ancianos que la perdían, los adultos que la disfrutaban en toda su plenitud.--Retrocediendo a través de las edades, contemplaba el transcurso de tantos siglos de crimen y ceguera intelectual, durante los cuales la raza se había venido elevando gradualmente al verdadero conocimiento de sí misma, pasando por los horrores del salvajismo y de la superstición. Después pasó a considerar los tiempos venideros, en que las generaciones se sucederían unas a otras, progresando incesantemente hasta alcanzar el grado supremo que ella no podía comprender, porque, conforme se dijo a sí misma, se hallaba aún bien distante de tan elevado ideal. Sin embargo, se percibía con claridad que los tiempos nuevos iniciaban la era del perfeccionamiento definitivo; los dolores del alumbramiento habían pasado, y vivía ya en la tierra el Heredero del Porvenir.

Finalmente, por un tercero y vigoroso acto de síntesis intelectiva, se remontaba a la

unidad originaria y sustancial de todos los individuos humanos, al fuego central, cuyas chispas eran otras tantas radiaciones del ser divino, inmenso e impasible que se realizaba en el curso de la Historia, a la vez uno y múltiple. Aquel a quien los hombres habían llamado Dios, sin conocerle, y que se les revelaba al fin como el trascendente total de sí mismos.--Aquel que, al presente, con la venida del nuevo Salvador, había salido de las sombras del misterio, y despertado del letargo de su abyección y manifestado la realidad positiva de su esencia.

Mábel se detuvo en este punto, recreándose con la visión interna de su espíritu, concentrando la atención ahora en esta virtud, ahora en aquella, con deseo y propósito de asimilárselas, insistiendo en el examen de sus defectos, contemplando en el conjunto la realización de todas las aspiraciones, la suma y compendio de cuanto los hombres habían esperado, aquel Espíritu de Paz, desterrado del mundo por las pasiones de los hombres, y, no obstante, pugnando eternamente por establecer en la tierra su morada; constreñido en la expansión de su ser y actividades por la energía de individualismos particularistas, y sin embargo, realizándose en intermitentes impulsiones hasta dominar, al cabo, sereno, ostensible, victorioso. Allí permaneció sintiendo desvanecerse la conciencia de su ser personal bajo la presión sostenida de su voluntad, y bebiendo a grandes tragos en el manantial de la vida y del amor...

Cierto ruido extraño vino a sacarla de su ensimismamiento, y abrió los ojos. Ante ella vio la desnuda superficie del pavimento que reflejaba una tenue e inmóvil claridad, las gradas del santuario, y el espacio silencioso y oscuro extendido sobre la gran figura blanca de la Maternidad, que se proyectaba sobre la tracería del antiguo ventanal. Aquí era donde, en otro tiempo, los hombres habían adorado a Jesús, al ensangrentado Varón de Dolores que, por confesión propia, no había traído a la tierra la paz, sino la espada. Aquí se habían arrodillado los fanáticos y endurecidos cristianos... ¡Ah! ¡Qué sentimientos tan penosos sugería la aceptación desesperada de cualquier credo fundado en el sufrimiento, la salvaje adoración de toda divinidad que proclamara la santidad del padecer...!

Otra vez el ruido anterior vino a chocar contra la serena paz de su espíritu, sin que pudiera adivinar la causa del misterioso rumor.

Ahora sonaba más cerca, y Mábel se volvió sobresaltada a mirar en el fondo sombrío de la nave. No era de allí; era de fuera de donde el sonido procedía.

Se levantó un tanto temerosa, sintiendo que su corazón palpitaba con violencia; sólo una vez había escuchado un ruido análogo, en ocasión de apiñarse la multitud alrededor de un aéreo que se había estrellado en la plaza de la estación.

Avanzó, pues, ligera y silenciosamente, atravesó el transepto, y después de correr la cortina de la ventana inmediata a la puerta, abrió el picaporte y salió a la calle.

Ésta, desde donde se hallaba la observadora mirando por encima de la verja que cerraba la entrada al pórtico de la iglesia, parecía extraordinariamente solitaria y obscura; a derecha e izquierda se extendían las casas, bajo un cielo sombrío teñido de matices rosados; y la falta de luces parecía indicar que los encargados del alumbrado público se habían olvidado de cumplir con su deber. Ni un alma se veía por los alrededores.

Disponíase Mábel a abrir la puerta y emprender su camino, cuando el rumor repentino de pasos la obligó a detenerse presa de dudosa inquietud, y, de allí a poco, apareció una niña jadeante y aterrorizada, que corría con las manos tendidas hacia ella.

--¡Ahí vienen! ¡ahí vienen!--sollozó la criatura mirando a la joven con ojos espantados; y después se asió a las barras de la verja volviendo la cabeza hacia el punto por donde esperaba que aparecieran los que le inspiraban aquel terror.

Mábel abrió enseguida la puerta, y la niña se precipitó en el atrio del templo, refugián-

dose al lado de la joven y ocultándose detrás de su vestido.

Mábel cerró de nuevo la puerta y dijo encarándose con la muchacha:

--¡Ea! ¡basta! ¿qué es eso? ¿quiénes son los que vienen?

Pero la pobre niña sepultó su rostro en la falda salvadora, y, al instante siguiente, resonó el estrépito de carreras y voces alborotadas.

Luego aparecieron como heraldos del siniestro tumulto, cuadrillas de muchachos que reían y chillaban con estruendosa algazara, volviendo atrás de cuando en cuando los rostros donde se pintaba cierta expresión de espanto y fascinación; en el grupo venían algunos perros, cuyos ladridos se mezclaban con la gritería de los mozalbetes, y a continuación seguían varias mujeres corriendo por las aceras. En la ventana de la casa de enfrente vio Mábel aparecer el rostro de un hombre, pálido y lleno de ansiedad: quizá un enfermo postrado en cama que se había arrastrado hasta aquel lugar para ver el espectáculo. Inmediatamente llegaron al pie de la verja y se detuvieron allí un hombre decentemente vestido con un traje gris, un par de mujeres cargadas con sus niños y un muchacho de aspecto serio y formal; todos hablaban a un tiempo, sin dar lugar a ninguna pregunta, y todos volvían la cabeza hacia la avenida de la izquierda, donde el vocerío y patuleo crecían cada vez más.

La joven quiso interrogar a los recién llegados; pero no le fue posible. Sus labios se movieron sin proferir palabra alguna. El terror que se apoderó de ella la tenía como fuera de sí; por su imaginación cruzaban imágenes indiferentes: la del comedor donde había visto a Oliverio tomar el desayuno, la del suave color que revestía sus habitaciones, la del oscuro santuario y la blanca imagen de la Maternidad que acababa de contemplar hacía breves instantes.

El concurso que avanzaba por la calle, aumentaba sin tregua; un tropel de jóvenes vociferaba alzando los brazos, 'y en pos de ellos la muchedumbre se atropellaba y confundía entre vaivenes a manera de una ola enorme encauzada en sólido canal de piedra; la aglomeración no permitía distinguir los hombres de las mujeres, contribuyendo la oscuridad creciente del cielo a aumentar el horror del cuadro. A no ser por el bullicio incesante y atronador que tenía medio aturdida a Mábel, ésta, casi del todo absorta en la contemplación de los objetos que veía desfilar, hubiera creído asistir a un aquelarre diabólico, o a una procesión de fantasmas; era como si una región del mundo espiritual se hubiera hecho de pronto visible en un espacio vacío, para desvanecerse otra vez en las tinieblas. La calle, un momento antes desierta, se hallaba ahora materialmente cuajada de gentío en toda la extensión que la vista podía alcanzar; el torrente de cabezas humanas se precipitaba con furia infernal arrastrando nuevas e interminables oleadas, que sacudían violentamente la verja arrollando al grupo allí instalado desde hacía algunos minutos; y mientras esto sucedía, la muchacha que estaba con Mábel se abrazaba convulsivamente a los vestidos de ésta.

No mucho después comenzaron a aparecer por encima de las cabezas de la multitud, objetos que la joven no podía distinguir en la oscuridad: pértigas y varales, formas fantásticas, retazos de tela que parecían banderas, agitándose y avanzando como si fueran seres animados. De tiempo en tiempo, pasaban a su lado rostros descompuestos por la cólera, que la miraban con furor lanzando gritos; pero la joven apenas los veía ni entendía. Toda su atención se concentraba sobre aquellas extrañas enseñas, en las que clavaba ansiosa la mirada a través de la oscuridad, esforzándose por completar los perfiles, adivinando a medias, pero temiendo a la vez adivinar del todo.

Súbitamente, de las lámparas ocultas bajo los aleros de las casas, brotó abundante luz, aquella fuerte, dulce y familiar luz engendrada por la gigante maquinaria de los subterráneos, y hasta entonces olvidada de los hombres en la ciega pasión de la venganza. En un abrir y cerrar de ojos el espectáculo cambió, convirtiéndose la turba de fantasmas en im-

placable realidad de vida y muerte.

Frente a Mábel se alzaba, sostenido por apretado grupo de gente, el ástil enorme de una cruz, de la que pendía una figura humana, clavada por una sola mano y oscilando al menor movimiento. Detrás venía el cadáver desnudo de un niño, empalado en una pica, lívido y ensangrentado, con la cabeza caída sobre el pecho y los brazos columpiándose al avanzar el portador de tan espantoso trofeo.

Y, a continuación, seguía el cuerpo inanimado de un sacerdote vestido con sotana y esclavina negras, cubierta la cabeza con un solideo del mismo color, y retorciéndose, al retorcerse la cuerda que le sostenía por el cuello...

Aquella noche Oliverio Brand llegó a casa cerca de una hora antes de media noche.

Los sucesos que le fueron referidos, o que él mismo había tenido ocasión de presenciar durante el día, estaban demasiado frescos y próximos para ser juzgados a sangre fría. Desde sus ventanas en Whitehall había visto la Plaza del Parlamento, invadida por una turba, tan numerosa como jamás se conoció en Inglaterra de los primeros tiempos del cristianismo, turba animada de una furia que no podía traer su origen de las actividades ordinarias de la vida humana. Tres veces, durante las horas que siguieron a la divulgación del complot católico y a la expresión de la ira popular, Oliverio había acudido al primer ministro, preguntando si no era posible hacer algo para calmar el tumulto; y tres veces también había recibido la ambigua respuesta de que se haría lo que se pudiera, pero que por el momento no cabía pensar en el empleo de otra fuerza pública que la de policía.

En cuanto a la expedición de los aéreos a Roma, Oliverio había asentido en silencio como los demás miembros del Consejo de gobierno. El único' que habló fue Snowford para declarar que la medida tenía por objeto llevar a cabo un castigo justo, aunque lamentable.

«La paz--añadió--sólo puede ser asegurada, en las circunstancias presentes, apelando al expediente de la guerra, o más bien, puesto que esta última debe considerarse abolida, recurriendo a procedimientos primitivos de absoluta justicia. Los católicos se han mostrado enemigos declarados de la sociedad; perfectamente, la sociedad tiene el derecho de defenderse y de garantizar a toda costa la inviolabilidad de la existencia humana.» Oliverio había oído todo esto sin pronunciar una palabra.

De regreso a su morada en uno de los voladores del gobierno, vio, al pasar sobre Londres, más de un síntoma de lo que abajo estaba sucediendo. Las calles aparecían bañadas en deslumbradora claridad; y en todas ellas la multitud se agitaba con ondulaciones de serpiente. Durante el recorrido del trayecto no cesó de oír ruido de voces que se convertía a intervalos en atronadora gritería. Aquí y allá velase subir el humo del incendio; y en una ocasión, al cruzar por encima de uña de las grandes plazas al sur de Battersea, percibió algo semejante a un revuelto hormiguero que se dispersaba en todas direcciones. Sin dificultad comprendió lo que todo esto significaba; y una vez más lamentó que el hombre se hallara todavía tan distante de la verdadera y completa civilización.

Poco grato le era pensar en la escena que en casa le aguardaba, y así procuró apartar de su pensamiento semejante consideración. Cinco horas antes su esposa le había hablado por teléfono, diciéndole cosas que estuvieron a punto de moverle a dejarlo todo para acudir a su domicilio. Sin embargo, lo que halló era más grave de lo que pudo imaginar.

En la estancia de la planta baja, cuando él penetró, no se percibía otro ruido que el murmullo lejano de las calles más próximas; la pieza, ofrecía un aspecto extraordinariamente lúgubre y frío; la única luz que iluminaba el local procedía de una de las ventanas, cuyas cortinas estaban descorridas; y allí aparecía de pie, proyectando su silueta sobre el fondo claro del cielo, la figura de una mujer en actitud de observar lo que sucedía en el exterior.

Oliverio hizo funcionar el conmutador eléctrico; y entonces Mábel se volvió lentamente hacia su esposo. La joven vestía el traje de paseo, llevando encima un manto que pendía de los hombros. La expresión de su rostro, bañado en densa palidez, era el de una persona extraña en la casa, con los labios apretados y los ojos llenos de una expresión indefinible de cólera, terror o angustia.

Al brillar la luz en el cuarto, Mábel se volvió hacia Oliverio, y, sin moverse del sitio que ocupaba, se quedó mirándole silenciosa, impasible, indiferente.

En los primeros momentos, Oliverio no se atrevió a hablar. Luego se dirigió a la ventana, la cerró y volvió a correr las cortinas. Y a continuación tomó suavemente del brazo a la joven, que continuaba rígida como una estatua. --¡Mábel!--exclamó.----¡Mábel!

Ella se dejó conducir hasta el sofá, pero sin responder a su contacto y permaneciendo de pie. Se sentó Oliverio y dirigió a su esposa una mirada llena de angustiosa desesperación

--¡Querida mía!--le dijo.--¡Estoy anonadado!

Ella continuó mirándole sin proferir una palabra. En la inflexible frialdad de su continente había algo de teatral, pero Oliverio sabía demasiado que su esposa no entendía de estudiadas simulaciones. Anteriormente había observado en ella análoga expresión, como consecuencia de un horror intenso; tal había ocurrido, por ejemplo, a vista de la mancha sanguinolenta de la botina, cuando la catástrofe del volador.

--Bien, hijita, siéntate siquiera--prosiguió él.

La joven obedeció maquinalmente, sin deponer su actitud. El silencio de la sala fue interrumpido de nuevo por la enorme oleada de rumores procedente de la tumultuosa multitud que llenaba las calles de las inmediaciones. La calma aparente de Mábel desconcertaba mortalmente a su esposo, porque éste sabía que en el corazón de la joven se libraba un duelo fatal entre dos sentimientos encontrados: su fidelidad a la fe humanitaria, y su odio contra los crímenes cometidos en nombre de la justicia; el alma de Mábel era un campo de batalla en el que el odio llevaba, indudablemente, la mejor parte.

De pronto, el clamor de las turbas estalló en un rugido de fiera, extinguiéndose al poco tiempo, y la tensión de espíritu de la pobre mujer se quebró al choque brutal de aquella manifestación de violencia desenfrenada. Se arrojó entonces en brazos de su esposo, que la asió de las muñecas, y así permaneció con la cabeza apoyada en el pecho, y todo el cuerpo violentamente agitado por profundos sollozos.

Hubo un silencio de medio minuto, que pareció una agonía eterna; Oliverio comprendía perfectamente la situación, pero no acertaba a pronunciar palabra alguna. Atrajo un poco más hacia sí a la joven, besó muchas veces sus cabellos y comenzó a pensar en lo que había de decir en aquel trance.

Mábel levantó por un instante su rostro enrojecido, miró a su esposo con expresión de inconsolable pena, dejó caer de nuevo la cabeza y comenzó a desahogar su dolor con palabras entrecortadas por el llanto.

Las frases brotaban incompletas y atropelladas, pero Oliverio entendía bien el sentido de cada una.

Aquello--decía Mábel--implicaba la ruina de todas sus esperanzas, y la muerte de todas sus creencias. ¿Era posible continuar viviendo después de tales horrores? Los ideales de fraternidad, de amor, de dicha terrena, habían sucumbido asesinados por el pueblo mismo que participaba de su fe... ¿Cómo se atrevían a decir que eran mejores que los cristianos? ¡Mentira! La ferocidad de aquellas turbas sobrepujaba a la de las mismas hienas. La veni-

da del nuevo Salvador de la humanidad había sido inútil... todo estaba perdido... La guerra, la pasión y el asesinato, imperaban como nunca en el mundo, de donde ella los había creído desterrados para siempre... Las iglesias y conventos incendiados, los católicos perseguidos con sanguinario ensañamiento sin distinción de sexos, edades ni condiciones... cadáveres de niños y sacerdotes llevados como trofeo por las calles... todas las abominaciones, en fin, que había presenciado, fluyeron en un raudal de palabras incoherentes, rotas por los sollozos, interrumpidas por lamentaciones, acompañadas de gestos de execración y de espanto, hasta que se agotaron las fuerzas de la joven y ésta se dejó caer en tierra, abatida y sin aliento.

Su esposo la tomó en brazos y la sentó en una butaca frente al sofá que él ocupó después. Aunque se sentía fatigado por los trabajos del día, Se creyó en el deber de consolar a su atribulada consorte. La crisis actual era más grave que todas las precedentes, pero él conocía el medio de conjurarla.

--¡Ea, amor mío!--le dijo.--Vengan aquí esas manos y escúchame.

Luego expuso una admirable defensa, disculpando lo acaecido con las razones que a sí mismo se había propuesto durante el día.

Los hombres--dijo--estaban muy lejos de ser perfectos; por sus venas corría la sangre de cincuenta generaciones de cristianos... No había que desesperar; la fe en la humanidad constituía la verdadera esencia de la religión, pero no la fe en lo que el hombre era actualmente, sino en lo que seria cuando el perfeccionamiento de su naturaleza hubiera adquirido la plenitud de su desarrollo. Ahora se estaba en el principio de la nueva religión, no en la época de su madurez; natural era que el fruto tierno encerrara sabor áspero y desagradable... Además, era preciso tener en cuenta la provocación; era necesario no perder de vista el crimen monstruoso proyectado por los católicos, la forma en que habían intentado herir a la nueva Fe en su mismo corazón...

--Querida mía--añadió, --los sentimientos seculares no cambian en un instante. ¿Y qué habría sucedido en el caso de haber triunfado los católicos en sus designios...? Yo también detesto y abomino, como tú, las violencias de las turbas... Esta tarde he leído dos o tres periódicos que se muestran tan perversos como los mismos desalmados, ensalzando los horrores cometidos, sin echar de ver que por este camino retrocedemos a las épocas de barbarie... ¿Crees acaso que sólo tú odias y execras los asesinatos y los incendios, cuando la inmensa mayoría de las personas honradas no encuentran palabras con que maldecirlos...? Y, por otra parte, ¿qué clase de fe es la nuestra, si no basta para darnos la seguridad de que al fin han de prevalecer los nobles y generosos instintos de la naturaleza humana...? Sí, hija mía; fe, paciencia y esperanza: he ahí las armas que nos darán la victoria.

Oliverio se expresaba con acento de honda convicción, sin apartar los ojos de los de su esposa, concentrando sus esfuerzos en el designio de comunicarle sus propios pensamientos, y de borrar los vestigios de duda que él mismo sentía. Era cierto que le inspiraban horror los sucesos que Mábel lamentaba; pero también lo era que él estaba en el secreto de muchas cosas que aquélla no conocía... Bien, bien--se dijo interiormente, --no había que olvidar la circunstancia de que Mábel era mujer, a pesar de su talento.

Poco a poco fue disipándose la expresión de horror delirante, pintado en su rostro, para dar lugar a la de tristeza íntima, a medida que Oliverio hablaba subyugándola con el influjo de su personalidad. Pero la crisis no había pasado todavía.

--¿Y la escuadra de aéreos--preguntó Mábel con exaltación, --la escuadra enviada para volar a Roma...? ¡Oh! ¡Ese es un crimen cometido con plena deliberación...! ¡Eso no es obra de las turbas...!

--Pero, hija mía; otra vez vuelves a olvidar que todos somos humanos; que todos, como imperfectos, tenemos algo de turba inconsciente. Sí, es cierto que el Consejo de Gobierno

lo ha permitido... permitido solamente, fíjate bien. Las autoridades alemanas se han visto también en la precisión de ceder... Lo que se necesita es domar la naturaleza, no romperla. Todavía continuó hablando algunos minutos y repitiendo los argumentos anteriores, encaminados a inspirar calma, confianza y aliento. Por fin vio que su labor no era estéril: Mábel comenzaba a tranquilizarse. Sin embargo, todavía insistió:

--Pero el Consejo lo ha permitido. Y tú eres uno de los que han autorizado el hecho.

--No, querida; la verdad ante todo. Yo no dije una palabra ni en pro ni en contra. Además te aseguro que el intento de prohibirlo habría costado ríos de sangre y entronizado la anarquía en el país. Nos ha sido forzoso permanecer pasivos, en vista de que nada podíamos hacer.

--¡Oh! pero hubiera sido preferible morir... sí, morir cien veces, antes que pasar por tales infamias. Yo no quiero la vida, si ha de servir para presenciar crueldades y horrores como los de esta noche. ¡Ah, Oliverio! ¡Déjame morir a lo menos! ¡Yo no puedo soportar todo esto!

--Amor mío--replicó él gravemente, atrayéndola hacia sí. --¿No he de merecerte siquiera un poco de confianza? Si pudiera decirte todo lo que hoy ha pasado, muy de otro modo juzgarías mi conducta. ¡Oh, Mábel querida! ; ¡descansa en mí, y no me hagas la injusticia de creerme sin corazón...! ¿Ya te has olvidado de Felsenburgh? ¡Todos los méritos del gran hombre, todos los entusiasmos que te inspiraba se han desvanecido en un instante! ¡Oh, mujer, mujer...!

Por un momento aparecieron en los ojos de la joven señales de vacilación: en su alma se libraba un combate entre la confianza que le merecía su esposo y la horrible impresión de las escenas que había presenciado. Al cabo prevaleció el primero de los dos sentimientos: el nombre de Felsenburgh acabó de inclinar la balanza, y la calma se inició deshaciéndose la tormenta en silenciosa y abundante lluvia de lágrimas.

--No--continuó luego entre sollozos, --yo no te he retirado mi confianza ni mi amor... esposo mío querido... no, eso jamás... pero soy tan débil... y, luego, lo que ha pasado es tan horrible... Felsenburgh también es bueno... sí... y tendrá poder para remediarlo todo. ¡Ojalá llegue cuanto antes como dicen!

Los dos esposos continuaban sentados y conversando cuando los relojes de la ciudad dieron la hora de la media noche. Ella temblaba todavía a consecuencia de la lucha violenta que acababa de sostener; pero miraba ya sonriente a Oliverio que la tenía asida de las manos. Éste comprendió que la reacción se venía encima con toda su fuerza. Al sonar la primera campanada de las veinticuatro, Mábel se levantó, y tirando de su esposo, le dijo:

--Año nuevo, marido mío. Te lo deseo feliz... ¡Qué! ¿No me devuelves la felicitación?

Luego le besó y dió un paso hacia atrás sin soltar las manos de Oliverio y devorándole con los ojos llenos de lágrimas.

--Oye--repuso, --tengo que decirte una cosa... ¿Sabes lo que estaba pensando cuando tú llegaste?

Él hizo con la cabeza un signo negativo, mientras contemplaba a la joven con ardiente pasión. ¡Qué encantadora la había puesto la crisis que acababa de pasar!

--Pues bien--continuó ésta en voz baja--pensaba en que yo no podría soportar lo ocurrido, y en poner término a tantas desdichas... ya entiendes lo que quiero decir.

El corazón de Oliverio dejó de latir un momento al oír la confidencia anterior, y en un arrebato impulsivo atrajo más cerca de sí a su esposa.

--Pero ahora--exclamó ésta con infantil alegría--ya pasó, ya se acabó... ¡Ay hijo, qué ceño tienes! ¡No pongas esa cara tan seria, que me das miedo! Si lo llego a saber, no te lo digo.

Nuevamente sus labios se encontraron en un prolongado beso, cuando vino a sacarlos de su éxtasis el repique del timbre eléctrico en la habitación inmediata; y Oliverio, comprendiendo de qué se trataba, sintió, aun en este momento de felicidad, un temblor angustioso que hacia palpitar su corazón. Soltó las manos de Mábel, y disimuló con una sonrisa.

--¿Ese aviso?--preguntó aquélla ligeramente alarmada. --Pero ya estamos otra vez de acuerdo, ¿no es eso?

La interrogada contestó con una mirada de amorosa confianza, añadiendo:

--Sí, de acuerdo.

Y como el timbre impaciente repicara otra vez, Mábel empujó suavemente a su esposo, diciéndole:

--Anda, Oliverio, anda; yo esperaré aquí.

Un minuto después, regresaba el marido con los labios apretados y una extraña impresión en su pálido rostro. Se dirigió en derechura a la joven, la cogió de las manos, y se quedó mirándola de hito en hito, en el fondo de los ojos, En el corazón de ambos la resolución y la fe luchaban contra la emoción que aun no había desaparecido por completo.

Oliverio dió un profundo suspiro, y dijo con voz sorda:

--¡Sí! ¡Se acabó...!

Los labios de Mábel se movieron y una palidez mortal cubrió sus mejillas. Su esposo la estrechó con fuerza las manos.

--Oye--continuó.--Debes tener valor para recibir la noticia. Se acabó, Roma no existe ya, Ahora veremos de edificar otra cosa mejor.

Ella se arrojó sollozando en brazos de Oliverio.

Mucho antes de que apuntara el alba del primer día del año, se hallaban ya bloqueados los alrededores de la Abadía, Una multitud inmóvil llenaba enteramente las calles de Victoria, Great, Georges, Whitehall y Millbank. La espaciosa explanada del Santuario Broad, dividida por la vía de automóviles que conducía al pórtico del templo, estaba también ocupada por nutridos montones de gente en todos los espacios que dejaban libres las avenidas reservadas para el paso de importantes personajes, y el patio del palacio permanecía severamente custodiado por fuerzas de policía sin otra concurrencia que la aglomerada en una tribuna, Los tejados y parapetos que dominaban la Abadía, formaban una masa de cabezas. En lo alto brillaban los blancos focos del alumbrado.

Nadie, como no fueran los vigilantes de los torniquetes provisionales, instalados la tarde anterior, podía precisar la hora en que la multitud se había congregado con propósito decidido de aguardar allí estacionada, Ocho días antes se había anunciado que, en consideración a la enorme demanda de sitios en la iglesia, toda persona que presentase un certificado cultual en las oficinas instaladas al efecto, observando las instrucciones publicadas por la policía, seria considerado como si hubiera cumplido sus deberes cívicos sobre el particular. Se publicó, además, en todas partes que, conforme a lo dispuesto por el gobierno, la gran campana de la Abadía haría señal al principio de la ceremonia y en el acto de incensar la imagen; y que durante este último período todos los que oyesen el toque deberían observar el más religioso silencio.

La ciudad de Londres no disfrutaba de su calma habitual; la alarma producida por la noticia de haber sido descubierto un complot católico, se convirtió al poco tiempo en alboroto frenético, sediento de sangre y destrucción. El hecho se hizo público a eso de las catorce, una hora después de haber llegado la denuncia a conocimiento del ministro de Cultos; y casi en el acto quedó suspendida la actividad comercial en toda la inmensa metrópoli. A eso de las quince y media se cerraron todos los almacenes, la Bolsa, los despachos y tos establecimientos de la barriada de poniente; y desde entonces hasta cerca de media noche, en que la policía convenientemente reforzada estuvo en condiciones de intervenir y hacer frente a la situación, ejércitos enteros de hombres, alharaquientas bandas de mujeres, grupos de jóvenes frenéticos, se habían esparcido por las calles gritando ferozmente y entregándose al asesinato, al robo y al incendio. No se conocía el número de víctimas, pero apenas existía calle alguna que no presentara huellas de la devastación. La multitud había penetrado en la catedral de Westminster, destruido los altares y cometido profanaciones inauditas. Un sacerdote que estaba celebrando, no bien hubo consumido las especies sacramentales, cuando los sicarios se lanzaron sobre él y le estrangularon en contados momentos; el arzobispo con dos prelados más y once sacerdotes fueron colgados en la extremidad septentrional de la iglesia, treinta y cinco conventos destruidos y la catedral de San Jorge reducida a cenizas.

Los periódicos de la tarde, al referir los sucesos; observaban que, desde la introducción del cristianismo en Inglaterra, ésta era la primera, vez que no quedaba un tabernáculo católico en veinte millas alrededor de la Abadía. El Pueblo Nuevo estampó en letras mayúsculas el siguiente anuncio: «Londres ha sido, al fin, purificado de la innoble y funesta superstición del cristianismo.»

A las quince y media poco más o menos, se supo la salida para Roma de unos setenta voladores, y media hora después llegó la noticia de que Berlín había despachado una escuadra mucho más numerosa. A media noche--cuando ya felizmente la policía había comenzado a restablecer el orden en la multitud--apareció en las nubes y en los cuadros de anuncios eléctricos el aviso de que la malhadada empresa quedaba terminada con la destrucción definitiva de Roma.

Los periódicos de las primeras horas de la mañana publicaron algunos comentarios, indicando desde luego la coincidencia del hecho con la terminación del año, y refiriendo cómo todos los principales representantes de la jerarquía eclesiástica del mundo se hallaban reunidos en el Vaticano, primer edificio demolido en pocos minutos por los explosivos, sin que sus moradores, desesperados a lo que se creía, hubieran intentado escapar, a pesar de los radiogramas que oportunamente les advirtieron la salida y propósitos de las escuadras. A la sazón ni un solo edificio de Roma quedaba en pie: la ciudad leonina, el Trastevere, los suburbios, todo era un montón de ruinas, porque los voladores, desde una altura inmensa se habían repartido en parcelas el casco entero de la gran urbe antes de romper la lluvia de torpedos... cinco minutos después la obra de destrucción estaba terminada. Luego comenzó la persecución de automóviles y demás vehículos que conducían a los fugitivos, calculándose en treinta mil el número de éstos que había perecido.

«Verdad es--añadía el Studio--que la destrucción había alcanzado a muchísimos tesoros de incalculable valor, pero bien valía ese pequeño sacrificio el exterminio final y completo de la peste católica. Porque llega un momento en que la destrucción constituye el único medio de sanear un edificio infestado de gérmenes morbosos.» El articulista continuaba haciendo observar que, después de haber perecido el Papa con su colegio de cardenales y todas las exrealezas de Europa, en unión de los más ardorosos creyentes, ya no habría que temer en lo sucesivo ninguna recrudescencia de la superstición. Sin embargo, necesario era precaverse contra un exceso de confianza. Los católicos (si por ventura quedaban todavía algunos bastante atrevidos para presentarse en público) debían ser privados de toda participación en la vida pública de los países civilizados. Juzgando por los despachos recibidos del extranjero, el escarmiento de la noche precedente había sido celebrado en todas partes con unánimes aplausos. Muy contados diarios lamentaban el incidente, más bien, el mal ejemplo que necesariamente dejaba en pos de sí. No era verosímil que en

lo sucesivo los humanitaristas, se vieran obligados a recurrir una vez más a la violencia; pero, en suma, todo el mundo se regocijaba del hecho y en especial de las beneficiosas consecuencias que no podría menos de acarrear a la humanidad. Irlanda era la única región que inspiraba inquietudes; y varios periódicos pedían que se la redujera al orden, so pena de aplicarle el mismo castigo que a Roma.

Alboreaba lentamente el nuevo día, y del otro lado del río aparecían a través de la débil bruma, algunas franjas de carmín. El alboroto de la ciudad se había apaciguado considerablemente, porque la multitud cansada de velar toda la noche, sintiendo el penetrante frío de la madrugada, y atenta a rematar lo que todavía quedaba en pie, no gastaba sus energías en inútiles esfuerzos. Sólo un rumor sordo y continuado salía de las plazas y calles en que la muchedumbre se apiñaba en mayor número, rumor semejante al lejano bramido del mar y roto a intervalos por los agudos silbidos de los motores y el estrépito de su paso por la ciudad. Entre tanto el ambiente se iluminaba cada vez más, los focos de luz artificial palidecían y la neblina se disipaba en parte dejando ver, no el límpido azul que prometía el frío de la noche, sino una bóveda nebulosa, teñida de gris y color rosa pálido, al aparecer sobre el horizonte el sol que se alzaba del otro lado del río como un disco de cobre enrojecido.

A las nueve de la mañana la impaciencia de la multitud tocaba a su apogeo. La policía apostada entre Whitehall y la Abadía, vigilando desde sus elevadas plataformas a lo largo de la ruta confiada a su cuidado y protegida por una empalizada de alambre, se puso en movimiento; y un minuto después el carro de los agentes de orden público atravesó la plaza por entre la valla y desapareció dando la vuelta por las torres de la Abadía. El concurso prorrumpió en murmullos, se agitó impaciente, y, por último, atronó el espacio con sus aclamaciones, saludando los cuatro grandes carruajes adornados con las insignias del gobierno, que desaparecieron en la dirección seguida por el anterior vehículo. Allí, según se dijo, iban los ceremoniarios y otros ministros del culto, en dirección al patio del Deán, punto de partida de la procesión. A eso de las diez menos cuarto, comenzó a oírse en el extremo occidental de la calle de Victoria un canto popular, y cuando éste llegaba a su fin y estallaba un furioso volteo en las torres de la Abadía, se difundió por todas partes el rumor de que Felsenburgh asistiría a la ceremonia.

Ni entonces, ni posteriormente hubo razón que justificara semejante aserto, porque hasta después de una hora el mismo gobierno carecía de noticias concretas. Pero, conforme hizo observar acertadamente La Estrella de la Tarde, la realidad probó después que en muchos casos el instinto de las multitudes goza de una clarividencia verdaderamente asombrosa. A las diez y media surgió de nuevo un inmenso clamoreo que ahogó el de las campanas pidiendo a Juliano Felsenburgh. Todavía faltaban en absoluto noticias del Presidente de Europa, de quien no se había sabido otra cosa, durante la última quincena, sino que debía estar viajando por Oriente.

Entre tanto, los automóviles y pequeños bajeles aéreos afluían de todas partes en dirección a la Abadía de Westminster y desaparecían bajo el arco del patio del Deán, conduciendo a los privilegiados que llevaban billete especial para entrar en el templo. Las aclamaciones se repitieron saludando a conocidos hombres públicos: lord Pemberton, Oliverio Brand y su esposa, Snowford con los delegados europeos, y, por último, la melancólica personalidad de Míster Francisco, gran ceremoniario del gobierno, para quien tuvo también la multitud un aplauso entusiasta. A eso de las once menos cuarto cesó por un momento el campaneo y con él la afluencia de concurrentes al acto; los empleados quitaron las empalizadas que defendían el paso de los carruajes, y la muchedumbre se derramó por todo el espacio de la avenida. El nombre de Felsenburgh corrió otra vez de boca en boca, y poco después, un vocerío inmenso clamaba unánime por la venida del Presidente de Europa.

El sol se acercaba rápidamente al meridiano, conservando el mismo aspecto de rojo disco de cobre aunque más pálido que horas antes, al aparecer suspendido sobre la torre Victoria; la blancura de la Abadía, los pesados tonos grises del Parlamento, los matices

infinitos de tejados, cabezas y anuncios, todo comenzó a salir de la bruma en que hasta entonces había estado medio oculto.

Solemnes y pausadas resonaron, por espacio de cinco minutos, las campanadas indicadoras del comienzo de la ceremonia; cuando se extinguieron las últimas vibraciones de esta señal, llegaron a oídos de los que ocupaban los alrededores de las grandes puertas del oeste los primeros acordes del colosal órgano reforzados por el clamor de las trompetas. Y en aquel momento cayó sobre la multitud un silencio enorme, repentino y profundo como el soplo helado de la muerte.

Al difundirse por los ámbitos de las altas bóvedas el persistente y robusto son de la campana, Mábel exhaló un profundo suspiro y se dejó caer en su asiento, abandonando la rígida posición en que, por espacio de media hora, había permanecido, absorta en la contemplación del espectáculo maravilloso que tenía delante. Se le antojaba que se había asimilado el espíritu de la gran ceremonia; que se pertenecía a sí misma una vez más; que había bebido, hasta saciarse, del manantial de la belleza y del triunfo. Sentíase como el que, después de una noche de tormenta en peligro de naufragar, contempla al venir la claridad de la mañana, la calma augusta y solemne del océano. Ahora empezaba el período más brillante de la gran festividad.

De extremo a extremo y de uno a otro lado, el recinto de la Abadía no era más que un animado mosaico de rostros humanos, esparcidos por escalinatas, muros, divisiones y tribunas. El transepto meridional que caía frente al sitio ocupado por Mábel, desde el pavimento hasta las pintadas vidrieras de la ventana, formaba una masa compacta de cabezas. Espesa alfombra de seres humanos cubría el pavimento, dividido en dos partes por la franja estrecha reservada para el paso a la capilla de la Santa Fe.

A la derecha, del otro lado del santuario, todo el espacio se hallaba cuajado de oficiantes adornados con bandas y sobrepellices; y la apretada aglomeración del concurso se continuaba por la elevada galería del órgano y a lo largo de la gigantesca y honda nave hasta perderse de vista en la sombra proyectada por el alféizar de la ventana de occidente. Entre cada grupo de columnas, detrás de la sillería del coro y delante de la joven, se levantaban las tribunas destinadas a elevados funcionarios y conspicuos personajes invitados al acto. El espacio entero aparecía bañado en suave claridad, aparentemente emanada del sol de estío, pero procedente en realidad de los focos instalados en el exterior de cada ventana, los cuales, refractando su luz en las antiguas vidrieras, difundían por el interior, a través del aire polvoriento, ráfagas matizadas de azul, púrpura y carmín. A los acentos melodiosos que vibraban en lo alto, respondía abajo el hondo murmullo de diez mil voces, y, por último, como nota soberanamente conmovedora del conjunto, a los pies de Mábel se abría el santuario vacío, cubierto el piso de suntuosa alfombra, con el enorme altar en el fondo, al pie de la espléndida cortina que velaba la imagen simbólica, y teniendo a un lado el gran trono destinado a Felsenburgh.

Bien necesitaba Mábel ser confortada con la esperanza de esta venida, porque la noche anterior, hasta la llegada de Oliverio, había sido para ella como una especie de horrible pesadilla. Desde el primer choque de lo que había visto en el atrio del pequeño templo inmediato a su casa, hasta el momento en que aprendió en los brazos de su esposo la destrucción de Roma, la joven había experimentado la impresión de que el nuevo ambiente moral se había corrompido súbitamente en torno de ella. Le parecía increíble que el feroz monstruo cuyas garras y dientes chorreaban aún sangre de las matanzas recientes, pudiera ser la Humanidad que constituía su Dios. Siempre se había figurado que la venganza, la crueldad y el asesinato eran fruto de la superstición cristiana, muerta ya y sepultada desde el advenimiento del Ángel de Luz; pero desgraciadamente los hechos probaban con espantosa elocuencia que tales horrores continuaban viviendo en el mundo. Toda la tarde estuvo atormentada por angustioso desasosiego, sin encontrar reposo ni sentada ni paseando, sin poder echar de sí las escenas de salvaje violencia recién presenciadas que le oprimían el corazón como losa de plomo, abriendo una y otra vez la ventana para escuchar con sobresalto los clamores y rugidos de las turbas dueñas de la ciudad, mezclados con el estridor y

alaridos de los autoeléctricos que corrían a difundir por todo el país la frenética barbarie de la capital. Toda la tarde se le había pasado en ir y venir de la ventana al asiento del velador, abandonando su observatorio, presa de indescriptible espanto, y volviendo a él de nuevo atraída por el rojo resplandor de los incendios que levantaban, sobre los lugares donde había conventos y capillas cristianas, formidables y espesas humaredas.

En el transcurso de aquellas horas había dudado, resistido a sus dudas, repetido interiormente actos fervorosos de fe, y hecho esfuerzos reiterados por recobrar la confianza sentida durante su oración mental en la iglesia. Se expuso a sí misma una vez más que la tradición sólo podía desaparecer lentamente; recordó cuanto había oído decir a Oliverio sobre los resultados obtenidos por la civilización y los que aun quedaban por conseguir; pidió con vehementes instancias al espíritu de la paz que triunfase de una vez sobre los malos instintos del corazón humano; hasta llegó a invocar las inspiradas estrofas de un antiguo poeta contemporáneo de la reina Victoria:

¿Es dable concebir en mente humana pensamiento o designio semejante?

¿Cómo pudo ocurrir? ¿Dónde el origen

Encontrar y al autor? ¡Oh, no en la tierra

Ni bajo el sol, ni en el profundo abismo...!

¡Culpad de la catástrofe inaudita

Al fuego que ardió oculto hasta el instante

En que, inflamada, se desbordó ardiente

La cólera de Dios, que es la del hombre!

Pero nada había podido prevalecer contra el tedio que devoraba su espíritu. Después, conforme había dicho a su marido, le había asaltado la idea de morir, de renunciar a su propia vida, ya que ninguna esperanza le quedaba en el mundo. Con toda seriedad había meditado en el suicidio, como única solución del conflicto moral que martirizaba su espíritu y en perfecta consonancia con las doctrinas dominantes.

Por consentimiento común, los inútiles y moribundos eran eliminados de la sociedad, eximiéndolos de las angustias del vivir; bien claramente lo atestiguaban los establecimientos donde se administraba la eutanasia. ¿Quién con mayor razón que ella podía invocar derecho a participar de este beneficio? Porque el horrible tedio en que gemía era verdaderamente intolerable...

Pero, no mucho después, Oliverio había llegado y conseguido, con sus exhortaciones, que la joven retrocediera de nuevo en el camino de sus pensamientos, recobrando la tranquilidad y la esperanza.

Al influjo del amor que Mábel profesaba al dulce compañero de su vida, desvanecíéronse de nuevo los siniestros fantasmas de muerte y comenzó a ver las cosas de modo muy distinto. ¡Cuán tierno y pacífico, cuán humano y generoso no se había mostrado Oliverio en la crisis de la noche precedente!--comenzó a decirse a sí misma la joven, mientras el espectáculo de la multitud, respetuosa ahora y digna, en aquel espléndido lugar de adoración, hacía renacer la calma en su conturbado ánimo.--¡Cuán razonable hallaba, en este momento, la observación de que el hombre es un convaleciente, expuesto siempre a la recaída! Una y cien veces se había repetido esto mismo durante la noche, pero entonces no le parecía tan cierto como ahora. El recuerdo de Felsenburgh fue el que en aquel trance había decidido la victoria a favor de la perseverancia en el vivir.

--¡Oh! ¡Con tal que venga ahora!--suspiró. Pero ella sabía que se hallaba en lejanos países.

Serían las once menos cuarto cuando Mábel se dió cuenta de que la muchedumbre de las afueras del templo clamaba también por la venida de Felsenburgh, y este pensamiento contribuyó a reforzar su tranquilidad. Aquellos tigres salvajes conocían siquiera dónde habían de buscar su redención, comprendían el ideal a que debían aspirar, aunque todavía no lo hubieran alcanzado. ¡Ah! Sólo con que Felsenburgh estuviera presente, desaparecerían todas las dificultades: el alborotado oleaje levantado por el huracán de la venganza se amansaría bajo el poder de su llamamiento a la paz y a la concordia; los nubarrones de tormenta se desvanecerían; los rugidos se extinguirían en tranquilo silencio. Pero el gran Regenerador del Mundo estaba lejos, muy lejos, ocupado con algún asunto de trascendencia. Bien, después de todo, Él conocía mejor que nadie su propia misión y adivinaba sin duda lo muy necesitados que de él andaban sus hijos.

Le había cabido a Mábel la fortuna de estar sola entre la multitud. La única persona más próxima a ella era un viejo que parecía extranjero y acompañaba a sus hijas, acomodadas en asientos algo más distantes. A la izquierda de la joven, se alzaba el antepecho revestido de tela roja, por encima del cual podía ver el santuario y la cortina; y la posición de su sitial, colocado a unos ocho pies bajo el nivel del piso, la preservaba de cualquiera ocasión de conversar. Mábel se alegraba de ello, porque sentía necesidad de entregarse a sus propias reflexiones; deseaba permanecer en silencio para hacerse dueña de sus facultades, para fortalecer su fe, para recrear su mirada en la contemplación de aquel enorme bloque de humanidad aglomerado allí por el deseo de tributar homenaje al gran Espíritu a quien había hecho traición, y en fin, para reanimar su valor y su lealtad. Se preguntó luego qué materias se propondría desarrollar el predicador encargado del sermón de la solemnidad, y si introduciría o no en él alguna exhortación a la penitencia. El tema era la Maternidad, ese benigno aspecto de la vida del mundo: ternura, amor, pasión serena, afable, protectora, espíritu que calma y suaviza, en vez de sublevar, que se ocupa en tareas apacibles, que enciende la luz y el fuego de los hogares, que difunde reposo, alimento, caricias y bendiciones...

La campana suspendió su tañido, y en los instantes que precedieron al comienzo de los cantos religiosos, dominando los murmullos del interior, llegó a oídos de Mábel el clamor alborotado de las afueras, que pedía la venida del Dios de las multitudes, del Profeta de la Nueva Edad, del gran Regenerador del Mundo, Felsenburgh. Luego estalló la potente armonía del órgano, interrumpida por el agudo alarido de las trompetas y el atronador redoble de los tambores. No hubo preludios delicados, ni suave despertar de la vida elevándose, entre misteriosas espirales, al cúlmen del supremo desenvolvimiento; aquello fue la súbita aparición de un día espléndido en toda la magnificencia de su plenitud, el final instantáneo de un eclipse en que el sol de la ciencia y del poder se mostró de pronto, irradiando en lo más encumbrado de los cielos.

El corazón de Mábel latió con fuerza, y su confianza, todavía convaleciente, renació con nuevos bríos, sonriendo entre los acordes de un himno triunfal. Desde el fondo de su alma proclamó entonces que, al fin y al cabo, el hombre era Dios, un Dios que la última noche se había ocultado por breves instantes, pero que surgía de nuevo ahora, en la mañana primera de un año nuevo, disipando las brumas, dominando sus propias pasiones, arrebatador e irresistible. ¡Dios era el hombre, y Felsenburgh su encarnación! Sí, ella debía creerlo así, y, en efecto, lo creía.

Luego vio cómo la prolongada procesión se desarrollaba, saliendo por debajo del cancel de la antigua capilla, mientras de una manera imperceptible creció la belleza del alumbrado interior. Helos allí los ministros del más puro de los cultos, hombres graves que conocían a fondo sus creencias, y las practicaban sin importunos sentimentalismos, con plena certeza de los principios que informaban sus ceremonias, con absoluta convicción de la necesidad de las mismas para la gran mayoría de los hombres; helos allí ascendiendo lentamente de cuatro en cuatro, de dos en dos y de uno en uno, guiados por los maceros en

traje de gran ceremonia, formando pintoresca y animada corriente que trepa ondulante por la amplia escalinata, y reaparece entre los matizados reflejos de la vidriería, deslumbrando con el esplendor de sus mandiles, insignias y joyas masónicas.

Entre tanto, el santuario permanecía casi vacío. Una de las contadas figuras que en él se destacaban, era la de Míster Francisco luciendo los ornamentos de primer ceremoniario. Con viva expresión de ansiedad pintada en el rostro, el gran Maestre de los modernos ritos descendió gravemente las escaleras y se detuvo aguardando la llegada de la procesión, dirigiendo a sus subordinados con gestos casi imperceptibles, indicadores del rumbo que debían seguir. Poco después comenzaron a llenarse los asientos del lado de poniente, cuando de pronto Mábel se dió cuenta de que había ocurrido algo imprevisto.

En efecto, el inmenso murmullo que resonaba en el exterior de la Abadía, formaba un acompañamiento de bajo profundo que servía de fondo al colorido más exquisito y elevado de la solemne melodía que se desarrollaba en los cantos religiosos del interior del Templo. Y precisamente, lo que llamó la atención de la joven fue la extinción brusca de aquel rumor, que aunque débil y vago en ocasiones hasta perderse en lo subconsciente, era en su absoluta ausencia discernible con perfecta claridad.

En un principio creyó que el silencio obedecía a la señal de haberse inaugurado la ceremonia, y, sintiendo circular por sus miembros un escalofrío misterioso, vínole a la imaginación que, en el curso de su vida, una sola cosa había conocido capaz de apaciguar el alboroto de la muchedumbre. Sin embargo, no estaba segura de que la causa fuera lo que ella imaginaba; bien podía ser una ilusión; quizá continuaba todavía el rumor de las afueras sin que ella se diera cuenta de ello. Prestó de nuevo atención, y medio enajenada de gozo echó de ver claramente, que no ya en los alrededores sino en el recinto mismo del templo, reinaba muda ansiedad, como si una gran ola de emoción hubiera embargado el espíritu de la concurrencia. Un momento después, Mábel se hallaba de pie asiendo nerviosamente el pasamano del antepecho y sintiendo en cada una de sus venas el latir acelerado de su corazón, que parecía querérsele salir del pecho, mientras la noble asamblea se levantaba y movía a un lado y a otro como la mies agitada por una ráfaga de viento.

Se alteró entonces el orden de la procesión, y la joven vio a Míster Francisco correr presuroso por la nave, gesticulando con vehemencia para intimar la suspensión de la ceremonia. Se formaron grupos que chocaban unos con otros en revuelta confusión; se vieron en el aire mandiles masónicos que ondeaban, y manos tendidas en alto con expresión angustiosa; en todas partes se cruzaban frases entrecortadas e incoherentes.

Y de pronto, como si un dios hubiera restablecido la calma con un solo gesto, la muchedumbre quedó inmóvil y petrificada, se oyó un inmenso suspiro, y la joven divisó la figura de un hombre que avanzaba solo por el pasillo central, envuelto en la luz de colores, procedente de las altas vidrierías.

Lo que Mábel vio, oyó y sintió desde las once hasta media hora después de mediodía en aquella primera mañana del nuevo año, nunca pudo recordarlo después exactamente. Por un momento perdió la conciencia de sí propia y el poder de reflexión, efecto sin duda de la debilidad causada por el conflicto de la víspera. Diríase que la habían despojado repentinamente de la facultad que almacena, rotula y clasifica los hechos, dejándola reducida a la condición de un ser que observa, por decirlo así, por intuiciones directas, sin dar cabida a la percepción refleja más que en inciertos intervalos. Sus únicas funciones parecían ser la vista y el oído en comunicación directa con un corazón inflamado de pasión.

Ni siquiera supo el instante preciso en que se dió cuenta de la entrada de Felsenburgh; imaginábase haberle reconocido antes de entrar; y sus ojos le seguían fascinados, mientras avanzaba sobre la roja alfombra, admirable y majestuoso en su aislamiento, subiendo las tres gradas que conducían al coro y pasando una vez y otra por delante de ella. Se presentó vestido de magnífica toga inglesa, negra y encarnada; pero la joven apenas tuvo ocasión de advertir esta circunstancia. Para ella, como para los millares de seres que llenaban la

Abadía, nadie existía en el mundo más que Felsenburgh; la vasta asamblea se desvaneció fundida y transfigurada en una atmósfera vibrante de intensa emoción humana. La personalidad de Felsenburgh absorbió todo lo que le rodeaba; y la paz y la luz formaban en torno de él brillante aureola de gloria.

Desapareció por un instante más allá de la tribuna del orador, y reapareció enseguida subiendo las gradas del altar. Al fin llegó al puesto que le estaba reservado, y Mábel logró contemplar el perfil de su rostro, puro y fino como la hoja afilada de un cuchillo, orlado por estrechas crenchas de blancos cabellos. Levantó una de las mangas de su veste guarnecida de armiño, hizo una leve señal, y los diez mil concurrentes se sentaron como impulsados por un resorte. Un nuevo gesto de Felsenburgh los puso de igual modo en pie, dejándolos inmóviles y silenciosos. Todas las miradas se clavaron anhelantes en el superhombre que, erguido y reposado, con las manos juntas y apoyadas sobre el borde del pretil y el semblante vuelto obstinadamente hacia la enorme concurrencia, parecía aguardar el afianzamiento de su dominio sobre aquella masa de ojos y corazones que tenia ya enteramente subyugados, como tratando de fundirlos a todos en una sola voluntad y un solo deseo, puestos ambos en su mano. Entonces comenzó a hablar...

Al llegar a este punto Mábel se hallaba en tal estado de ánimo, que conforme echó de ver posteriormente, había perdido la facultad del recuerdo concreto y preciso y la conciencia intelectiva con que de ordinario percibía, examinaba y emitía dictamen sobre las cosas que llegaban a su noticia.

La imagen más propia con que pudo después representarse a sí misma sus emociones era diciendo que mientras el orador hablaba le parecía hablar ella misma. Sus pensamientos, tendencias, dolores, desengaños, esperanzas: todos los movimientos interiores de su espíritu, todos los actos de su alma, aun los más secretos y escondidos, aun los que casi escapaban a su propia percepción, perdidos en los últimos repliegues y sinuosidades de la vida intelectual, Mábel los sentía como poseídos y dominados por Felsenburgh que los dirigía y modelaba a su arbitrio.

Entonces comprendió plenamente y por la primera vez de su vida, la esencia íntima de la naturaleza humana que vibraba en su mismo corazón bajo la influencia mágica de aquellos inspirados acentos. De igual modo que en otra ocasión, cuando la solemne asamblea del Templo de Pablo, le parecía a la joven, que la creación, balbuciente durante siglos, comenzaba por fin a pronunciar palabras articuladas, entrando de pronto en la edad del lenguaje coherente y de la expresión perfecta.

Pero entonces Felsenburgh sólo se había mostrado como intérprete; ahora era la viva personificación de la humanidad y del mundo. No era un hombre cualquiera el que hablaba; era el Hombre, el Hombre consciente de su origen, destino y misión sobre la tierra, el Hombre regenerado y devuelto a los dominios de la razón tras prolongada noche de insensata locura, el Hombre sintiéndose dueño de su poder, proclamándose supremo legislador, lamentando sus pasados errores y extravíos. Aquello parecía un soliloquio más bien que un discurso. Roma arrasada hasta sus cimientos, y borrado para siempre su nombre del libro de la Historia; la sangre corriendo a torrentes en Inglaterra, Alemania e Italia; devastadores incendios alzando sus llamaradas hasta el cielo que veló su faz entre fúnebres nubarrones de humo, para no presenciar la degradación de la humanidad, rebajándose al nivel de las bestias feroces... todo esto era increíble, pero todo se había verificado. «¡Esto es hecho!--clamaba la gran voz--¡y sin que el remordimiento haya detenido, ni siquiera atenuado la bárbara violencia del brazo ejecutor! ¡Esto es hecho, y las edades futuras marcarán el semblante de la generación actual con el estigma vergonzoso de haber vuelto una vez más la espalda al nuevo sol de regeneración y de vida!»

El orador insistió preferentemente en las horribles escenas que tuvieron por teatro el corazón de las turbas desenfrenadas, y en el espectáculo lamentable de mostrarse el hombre retrogradando a siglos en que la venganza constituía uno de los placeres más ambicionados, respondiendo al complot con el complot y a la violencia con la violencia, épocas en

las que el hombre ignoraba las supremas razones de su existencia.

--«Pero ya que en los últimos sucesos--continuaba la poderosa voz--no brillaban el arrepentimiento ni la enmienda, por lo menos debía haber algo mejor: el conocimiento de los crímenes que el hombre era capaz de cometer y la voluntad de aprovecharse de este conocimiento. Roma había desaparecido y las circunstancias que acompañaban a tal hecho eran una deshonra para la humanidad nueva, aunque la atmósfera moral hubiera ganado en pureza y suavidad.»

Y, después de proferir las precedentes afirmaciones, la palabra de Felsenburgh se remontó de pronto a las alturas, huyendo del odioso abismo adonde había descendido por un instante entre cadáveres despedazados y ruinas de edificios, alzándose a regiones puras y luminosas con las alas empapadas en las lágrimas y el aroma de la tierra. Y, así como no había escatimado las frases más duras con que herir y humillar el corazón humano puesto al desnudo, tampoco perdonó medio alguno de elevarlo dolorido y ensangrentado para fortalecerlo con la visión divina del Amor... El Presidente se volvió entonces a la velada imagen que estaba detrás del altar y exclamó: --¡Oh símbolo sagrado, emblema de perenne regeneración!

Y entonces se operó el supremo milagro para los que oían las palabras del orador... Porque súbitamente les pareció que no era ya puro hombre el que hablaba, sino un ser de especie superior perteneciente a la esfera de lo sobrehumano. Se descorrió en aquel momento la cortina, y la concurrencia creyó ver, puestos frente a frente, a la Madre sobre el altar, magnífica, blanca, protectora, y al Hijo, encarnación apasionada del amor que la invocaba desde la tribuna, diciendo: --¡Oh Madre mía, madre de todos nosotros!

Y la ensalzó después con excelsas y poderosas alabanzas, proclamando su gloria, su fuerza, su fecundidad inmaculada, invocando las siete espadas de dolor que traspasaban su corazón a vista de los sufrimientos y las locuras de sus hijos. Y le prometió el reconocimiento, el amor, los homenajes y las bendiciones de la generación presente y de todas las venideras; saludóla con los dictados de Sabiduría del Altísimo, Puerta del Cielo, Torre de Marfil, Consoladora de los Afligidos y Señora del Universo; y entonces los ojos delirantes de cuantos contemplaban el espectáculo vieron que el rostro grave y solemne de la Madre dibujó una sonrisa, dulce, apasionada, llena de complacencia y de ternura infinita...

La muchedumbre, conmovida, magnetizada, fuera de sí, al escuchar los vehementes apóstrofes del discurso, se agolpó en oleadas a los pies de la gradería del altar, llenando el aire de suspiros y exclamaciones; la marea de la emoción siguió su curso ascendente, y la atención de la concurrencia se concentró íntegra en la figura de la Madre, desahogándose en una tempestad de aclamaciones, gritos y ayes de religiosa exaltación; la joven esposa de Oliverio cayó de rodillas agitada por violentos sollozos y hecha un mar de lágrimas; y, en tanto, la voz grandilocuente seguía tronando majestuosa y los brazos del orador se abrían como para recoger los sentimientos de la humanidad entera y depositarlos a los pies del símbolo sagrado.

--«¡Oh dulce manantial de inagotable fecundidad, albergue piadoso y tabernáculo protector de las primeras palpitaciones de la Vida!--continuaba la voz maravillosa, quebrándose en conmovedoras inflexiones.--¡A ti la gloria, el honor, el triunfo, las bendiciones y las alabanzas de todos tus hijos...! ¡A ti el homenaje rendido del que, humilde criatura tuya, ha sido adorado en Oriente como Dios y saludado como Rey, siendo tú la verdadera Diosa y Reina, la única merecedora de todos los acatamientos y de todos los amores! »--Felsenburgh había descendido a la sazón a la escalinata e hincándose de rodillas ante la imagen con los brazos tendidos en actitud de rendida adoración, y la multitud se apiñaba en pos de él postrada en tierra entre lágrimas y sollozos. Siguieron breves instantes de silencio, y luego el orador, como sacudido por un espasmo supremo de absoluto rendimiento, exclamó: --¡Tuyos somos todos, Maternidad Sacrosanta! ¡Salve por siempre, Numen tutelar, Reina y Diosa del Mundo!

--¡Salve por siempre!--rugieron diez mil pechos a una voz; y las aclamaciones se repitieron vehementes, alborotadas, atronadoras.

El final de la ceremonia se acercaba. Durante algunos momentos, Mábel, antes de caer de rodillas, con los, ojos arrasados en lágrimas, había visto allá lejos la pequeña figura de Felsenburgh puesta de hinojos ante el gigantesco simulacro, silenciosa y transfigurada, en medio de la atmósfera de luz que la envolvía; y la joven se había dicho interiormente que «la Madre había encontrado por fin a su Hijo»; vio también el espectáculo formado por las columnas gigantescas que trepaban a lo más alto de las naves, los fantásticos reflejos de la luz coloreada, el ondear de aquel maremágnum de cabezas y de brazos, agitado por el flujo ascendente de la emoción, el ir y venir de las luces... y le parecía que el aire se llenaba de seres misteriosos, mientras los cielos relampagueaban y la tierra se sumergía dulcemente en la inmovilidad del éxtasis.

Entonces, entre deslumbrantes esplendores de luz ultraterrena y los magníficos acordes del órgano, entre el redoble de los tambores, la gritería de las mujeres y el vocerío de los hombres, se alzó, en un frenesí de adoración, un clamor estruendoso que hizo temblar las columnas y bóvedas de la Abadía, proclamando a Felsenburgh verdadero Dios y Señor de la Humanidad.

LA VICTORIA

La mezquina pieza en que el nuevo Papa se hallaba sentado leyendo, era un modelo de austera sencillez. Los muros no ostentaban otro adorno que un pobre blanqueo de cal; el techo, desnudo de todo revestimiento, dejaba ver las rústicas vigas sin escuadrar que formaban su armazón, y el piso estaba formado de una capa de barro batido. En el centro de la habitación veíase una mesa cuadrada con una silla de madera al lado; un brasero sin encender ocupaba la gran cavidad vacía del fogón, y el resto del mobiliario se reducía a un anaquel adosado al muro con una docena de volúmenes. Había tres puertas, una de las cuales conducía al oratorio privado, la segunda a la antecámara, y la última a un pequeño patio enlosado. Las ventanas del sur tenían cerradas las maderas; pero a través de sus mal ajustadas hendeduras penetraba en delgadas láminas candentes la abrasadora luz primaveral del exterior,

Era la hora de la siesta, después de la comida, y a no ser por el áspero chirriar de la cigarra en la falda de la colina que se alzaba detrás de la casa, diríase, que el paisaje, silencioso e inmóvil, no albergaba viviente alguno.

El Papa, que había acabado de comer hacia ya una hora, apenas mudó de postura, abstraído enteramente en meditar el contenido del libro que estaba leyendo. Ninguna otra cosa parecía ocuparle en aquel momento: ni sus propios recuerdos de los tres últimos meses, ni las amarguras de la situación por que entonces atravesaba la Iglesia, ni la enorme responsabilidad que pesaba sobre él. El libro que de tal modo absorbía su atención era la edición popular de la famosa Biografía de Juliano Felsenburgh, publicada en Londres un mes antes, y el Pontífice recorría con avidez las últimas páginas.

Era un estudio substancioso y bien escrito, de autor anónimo, y que algunos suponían del mismo Felsenburgh; pero la gran mayoría del público atribuía la paternidad de la obra a uno del coro de íntimos que formaban el consejo de confianza del Presidente, reconociendo desde luego que el biografiado no era ajeno a la publicación. De ciertas indicaciones de la obra se deducía que su autor era europeo.

El cuerpo del libro trataba de la vida del gran hombre, o más bien de los dos o tres años de esa vida, únicos que el mundo había llegado a conocer, desde su repentina apari-

ción en el campo de la política americana y su mediación en los asuntos de Oriente, hasta la serie de hechos de los últimos meses, en que Felsenburgh llegó a ser proclamado Mesías en Damasco, y adorado formalmente en Londres, y finalmente elegido por extraordinaria mayoría para el cargo de Gran Tribuno de las dos Américas.

El Papa había echado una rápida ojeada a los acontecimientos históricos que le eran ya suficientemente conocidos, y a la sazón estudiaba atentamente los rasgos característicos del misterioso personaje, o mejor, lo que el biógrafo intitulaba enfáticamente «su revelación al mundo». Al decir del autor, las notas dominantes en la personalidad del Presidente consistían en una doble prerrogativa: el poder de la palabra y el de la acción. «En el maravilloso superhombre--escribía aquél --las palabras, hijas de la tierra, se unen en apretado e indisoluble maridaje con los hechos, verdaderos hijos del cielo, siendo Felsenburgh el producto natural de esa unión. » Como cualidades secundarias y derivadas de los caracteres anteriores, se citaban su pasmosa erudición y admirable don de lenguas. Poseía, según todas las apariencias, la «doble vista telescópica y microscópica», percibiendo igualmente las elevadas abstracciones de carácter general y los más insignificantes pormenores de las cosas. En confirmación de lo cual, el autor citaba diversas anécdotas y algunos aforismos, usados frecuentemente por Felsenburgh. «El hombre--solía repetir éste, --no perdona jamás: lo que vulgarmente se llama perdonar es sencillamente comprender. » «Se necesita una fe suprema para renunciar al Dios trascendente. » «El hombre que cree en sí mismo es muy capaz de creer en su prójimo. » He aquí una máxima que, en sentir del Papa, encerraba la quinta esencia del egoísmo, elevado a la condición extrema en que puede contrarrestar en absoluto el espíritu cristiano. Otro de los principios del superhombre era: «Perdonar una mala acción es sancionar el crimen»; y también: «El hombre fuerte no es accesible a nadie; y, en cambio, todos los demás le son accesibles a él.

En este lujo de citas notábase cierta hinchazón en el texto; pero esta circunstancia provenía del biógrafo más bien que del mismo biografiado. Para el que hubiese oído a Felsenburgh, era claro el modo cómo las frases citadas solían brotar de labios del eminente orador; es decir, sin género alguno de solemnidad pedantesca, interpoladas en brillantes períodos, o bien expresadas con la conmovedora sencillez que le conquistó su primer triunfo en la capital de Inglaterra. A Felsenburgh se le podía odiar o temer, pero no tomarle por objeto de burla o desprecio.

Empero la materia que el autor del libro dilucidaba con extrema complacencia era la exposición de las analogías existentes entre su héroe y la naturaleza. En ambos se notaban las mismas aparentes contradicciones, idéntica combinación de la ternura más exquisita con la más brutal y refinada crueldad. «El poder que cicatriza las llagas es el que corroe las carnes con la lepra y el cáncer; la fuerza que viste el muladar de fresco y mullido césped, es también la que destruye y asuela con el fuego de los volcanes y las sacudidas del terremoto; la que lleva a la perdiz a dar la vida por su prole, crea además el alcaudón destinado a devorarla. » Otro tanto sucedía con Felsenburgh; él había llorado la destrucción de Roma, y un mes más tarde había declarado que el exterminio constituía, aun en la edad nueva, un cauterio necesario para las dolencias de la Humanidad. «Únicamente--añadía--conviene tener en cuenta que semejante remedio debe ser empleado deliberadamente y no por el placer de la venganza. »

Por cierto que esta última declaración había despertado gran interés, por lo mismo que parecía tan paradójica en boca de un hombre, generalmente conocido por sus predicaciones en favor de la tolerancia y de la paz; y el mundo entero la había recogido como norma a que ajustar su conducta. Sin embargo, exceptuando algunas medidas encaminadas a lograr por la fuerza la dispersión de los católicos irlandeses, y fuera de muy contadas ejecuciones llevadas a cabo en los individuos más exaltados, las citadas palabras de Felsenburgh no habían acarreado violencias de mayor importancia; aunque, por otra parte, las gentes se habían acostumbrado a considerarlas como axiomas necesarios y próximos a lograr cumplida realización.

Porque, conforme hacía notar el biógrafo, una humanidad cuya vida se desarrollaba en

el seno de la naturaleza física, no podía menos de acoger con aplauso al hombre que cumplía los preceptos de esa naturaleza, siendo a la vez el primero en introducir, deliberada y paladinamente, en los asuntos de la vida humana, leyes de tan elevada trascendencia como la de «la supervivencia del más apto» y la de «la inmoralidad del perdón. En ambas, indudablemente, se ocultaban impenetrables misterios, pero no menos cierta era su necesidad para el desarrollo del hombre.

El escritor continuaba luego tratando del prestigio asombroso alcanzado por su biografiado, y señalaba como causa del mismo la virtud avasalladora de su personalidad sobrehumana. Ver a Felsenburgh era creer en él, aceptarle como una verdad incontrovertible. «Nosotros no podemos explicar la naturaleza, ni eludir sus leyes con plañideros sentimentalismos. La liebre grita al morir con chillidos de niño, el ciervo herido vierte gruesas lágrimas, el petirrojo da muerte a sus padres; la vida no existe sino a condición de que exista la muerte; y todo ello sucede así, a pesar de las teorías que nos plazca idear, y que de hecho nada explican. Debemos, pues, aceptar la vida en la forma que se nos presenta; siguiendo las normas de la naturaleza, podemos estar ciertos de no equivocarnos; al contrario, ese es el único medio de lograr la paz, porque nuestra gran madre sólo revela sus secretos a los que la reciben como es. » Lo mismo había que decir de Felsenburgh. «A los hombres incumbe aceptarle sin vacilar; su personalidad es de las que no se discuten, porque desde luego llena cumplidamente las aspiraciones todas de los que depositan en ella su confianza, y se hallan dispuestos a los sacrificios necesarios, mientras por otra parte continuará siendo siempre un enigma hostil y odioso para cuantos se abstienen de reconocerla. El mundo necesita prepararse para aceptar las consecuencias lógicamente derivadas del reconocimiento de Felsenburgh como Señor de la tierra. Urge evitar, por todos los medios, que el sentimentalismo llegue a dominar a la razón.

Por último, el escritor pretendía demostrar cómo a este Hombre por excelencia correspondían todos los títulos prodigados anteriormente a Seres Supremos, del todo imaginarios. Tales denominaciones no habían aparecido en los dominios del pensamiento, sino como elaboración inconsciente y prepatoria del prototipo a quien con entera verdad deberían aplicarse.

Era el Creador, porque le estaba reservada la gran empresa de dar el ser a la vida perfecta de unión, por la que el género humano había suspirado durante tantos siglos; Él, además, había hecho al hombre a su imagen y semejanza.

Era el Redentor, porque había redimido a la humanidad, sacándola de las tinieblas y sombras de muerte en que yacía y guiándola por los senderos de la paz; y por la misma causa merecía el dictado de Salvador. Era el Hijo del Hombre, porque sólo en él tenía genuina y perfecta representación la naturaleza humana; el Absoluto, por encerrarse en su persona el contenido de todos los ideales; el Eterno, porque había existido siempre en los profundos senos de la potencialidad del mundo, asegurando con su ser la continuidad en ese orden; el Infinito, porque todos los seres finitos no equivalían a la suprema excelencia de su naturaleza trascendente; el Alfa y Omega, es decir, el principio y el fin de la humanidad renovada. A Felsenburgh pertenecía también el dictado de Dominus et Deus noster--ni más ni menos que a Domiciano, observó el Papa; --y era tan sencillo y complejo como la vida misma: simple en su esencia, compleja en sus manifestaciones.

Y, finalmente, la prueba más contundente de su misión radicaba en la naturaleza inmortal de su doctrina. Nada había que añadir a sus revelaciones, porque en él, como en foco infinito, principiaban y terminaban todas las líneas divergentes. En cuanto a su inmortalidad personal, el autor consideraba inoportuno discutir si gozaría o no de tal prerrogativa, aunque parecía natural que el principio de la vida revelara por boca de Felsenburgh sus últimos y más recónditos secretos. En la actualidad, su espíritu llenaba ya los ámbitos del mundo; el individuo había roto el aislamiento que le separaba de sus congéneres; la muerte se reducía a una ondulación que rizaba, yendo y viniendo, la superficie inmensa del mar inviolable. Porque el hombre había comprendido al cabo que la especie lo era todo y el yo personal, nada; la célula había descubierto la unidad del organismo de que for-

maba parte; y, en sentir de los grandes pensadores contemporáneos, aun la conciencia del individuo cedía ya al sentimiento de personalidad a la masa colectiva de los hombres, disipándose las inquietudes particularistas en la paz común de la raza. Sólo esta suprema fusión era capaz de explicar la suspensión de las luchas de partido y de los conflictos internacionales; y tal era la obra del gran Felsenburgh.

He aquí que yo estoy siempre con vosotros--terminaba el autor, parodiando algunos pasajes de la Escritura, --desde ahora hasta la consumación de los siglos; entre vosotros está el Consolador. Yo soy la puerta, el camino, la verdad y la vida; el pan de vida y el agua de vida. Mi nombre es el Admirable, el Príncipe de la Paz, el Eterno. Yo soy el Deseado de todas las naciones, el más hermoso entre los hijos de los hombres; y mi reino no tendrá fin.

El Papa dejó el libro, y echándose atrás sobre la silla, cerró los ojos para entregarse mejor a la meditación.

Y en cuanto a él ¿qué tenía que decir a todo esto? Oponer la existencia del único Dios verdadero, que sufría en silencio aquellas apostasías porque es eterno, de un Salvador divino, cuya segunda venida al mundo no debía de estar muy lejana, de un Consolador que había prometido no abandonar jamás a su Iglesia.

En el cuarto próximo había un altarcito de madera; y sobre él una caja de hierro, y dentro de ésta una copa de plata, y en el interior de la copa se guardaba Algo. En el exterior, a unos cien metros de la casa, se elevaban las cúpulas y techumbres planas de una pobre aldea llamada Nazaret; a la derecha se veía el Carmelo, distante una o dos millas, el Tabor a la izquierda, la llanura de Esdrelón de frente, y detrás Caná, Galilea, la plateada superficie del lago de Genesaret y el Hermón. Allá lejos, por la parte del sur, yacía olvidada la gran Jerusalén...

El Papa había tenido que refugiarse en aquel apartado rincón de tierra sagrada; tierra donde había aparecido dos mil años antes el verdadero Redentor y Salvador de los hombres, y fundador de la Iglesia tan fieramente perseguida ahora en todas partes. La aldea inmediata le sirvió de morada por espacio de veinticinco años, y en ella ejerció el humilde oficio de artesano; las ondas del lago que se veía no muy lejos, se endurecieron un día como piedras bajo sus plantas; la erguida montaña de la izquierda se había encendido en resplandores de gloria para mostrarle transfigurado; en las suaves y bajas pendientes de las colinas del norte había declarado que los mansos eran bienaventurados y poseerían la tierra; que los pacíficos eran hijos de Dios, y que los afligidos por el hambre y la sed lograrían hartura y satisfacción cumplida.

Ahora, empero, la situación de las cosa era como sigue: el cristianismo agonizaba, extinguiéndose casi del todo en Europa, como el sol tras los sombríos picos de las sierras; la Roma eterna quedaba reducida a un montón de ruinas; en Oriente y Occidente un hombre usurpaba el solio de la divinidad y recibía honores de suprema adoración; el mundo había avanzado a pasos de gigante en el camino de la apostasía; los principios del socialismo imperaban con absoluto dominio; los hombres sabían al cabo tener consistencia en sus ideas, y se habían asimilado las doctrinas sociales de la religión cristiana independientemente de todo magisterio divino, o más bien a despecho del mismo. Subsistían aún tres millones de almas, quizá cinco, a lo sumo diez--no era posible saberlo--que continuaban adorando a Jesucristo. Y, entre tanto, su Vicario, sentado en un cuarto blanqueado de cal, y vestido tan sencilla y pobremente como el Maestro, aguardaba la llegada del fin.

Él había hecho cuanto estaba en su mano. Hubo momentos, durante algunos días de cinco meses antes, en que llegó a preguntarse si por ventura era posible hacer alguna cosa. Restaban solamente tres Cardenales: Steinmann, el Patriarca de Jerusalén y Percy Franklin; los demás yacían sepultados bajo las ruinas de Roma. A falta de precedentes que seguir en tales circunstancias, los dos Cardenales europeos se habían dirigido a Oriente y buscado refugio en una de las pocas ciudades, donde todavía reinaba la calma de pasados

días. Con la extinción del cristianismo griego habían concluido también los últimos vestigios de tan funesto cisma; y por una especie de tácito consentimiento del mundo aquellos gozaban de relativa libertad en los santos lugares. Rusia, de la que dependían estas regiones, conservaba aún bastante espíritu de tolerancia para dejarlas vivir tranquilamente en sus creencias religiosas; verdad es que todos los templos y sitios donde los fieles acudían antes a venerar sagrados recuerdos, en la actualidad se hallaban desprovistos de la tutela y consideraciones antiguas, reduciéndose a meras curiosidades arqueológicas; los altares habían desaparecido, pero se conservaban todavía marcados los sitios por ellos ocupados durante siglos, y aunque estaba vedado celebrar en público, se entendía que la prohibición no alcanzaba a los oratorios particulares.

Tal es el estado en qué los dos Cardenales hallaron la Ciudad Santa; no creyeron prudente llevar insignia ni distintivo alguno de su dignidad, y se condujeron en todo con tanta reserva, que el mundo civilizado apenas tenía noticia de su existencia. A los tres días de haber llegado los purpurados europeos a Palestina, el anciano Patriarca de Jerusalén falleció, no sin haber elegido antes a Percy Franklin para el Supremo Pontificado en circunstancias que, ciertamente, no tenían semejante desde los primeros siglos del cristianismo. La elección se llevó a cabo en pocos minutos junto al lecho de muerte del Patriarca.

Los dos ancianos habían insistido en obligar a Percy a aceptar el cargo: el alemán, sobre todo, invocó una vez más la extraña semejanza del joven sacerdote inglés con Juliano Felsenburgh, aduciendo algunas observaciones sobre el carácter providencial de esta antítesis, en la que veía la expresión manifiesta del dedo de Dios. El elegido se resignó al fin, aunque sin tomar en serio las circunstancias de su parecido con el Presidente de Europa. Adoptó el nombre de Silvestre, santo del postrer día del año, y fue el tercer Pontífice de este título. Luego se retiró a Nazaret con su capellán; Steinmann regresó a su país, y a los quince días de su llegada alcanzó la palma del martirio, muriendo ahorcado en un alboroto popular.

Una de las primeras determinaciones del nuevo Papa fue la creación de Cardenales; y, al efecto, envió Breves a veinte individuos de los más ilustres del clero, procediendo con todo género de precauciones y cautelas para evitar que el hecho llegara a noticia de las autoridades civiles. De los veinte, nueve rehusaron; y, requeridos por el Pontífice otros tres más, sólo uno se creyó en el deber de aceptar. Así, pues, el Sacro Colegio quedó constituido por doce personas: dos ingleses de los que uno era Corkran, dos americanos, un francés, un alemán, un italiano, un español, un polaco, un chino, un griego y un ruso. A estos doce Cardenales les fueron confiados vastos distritos en los que su jurisdicción era omnímoda y sujeta sólo al mismo Padre Santo.

Por lo que hace a la vida del Pontífice, pocas palabras bastarán para dar una idea: en sus circunstancias externas había algo parecido con la de León Magno, pero sin la representación temporal ni la pompa. Aunque era realmente el jefe del mundo cristiano, en la práctica los asuntos eclesiásticos y religiosos se hallaban en manos de las autoridades locales. Numerosas razones de diversa índole impedían al Papa comunicar con los fieles de todas las regiones del globo. Se ideó con exquisito cuidado un sistema de cifras; y con no escasas dificultades se logró instalar en la azotea de la residencia pontificia una estación de telegrafía sin hilos en combinación con otra de Damasco, en el domicilio del Cardenal Corkran; y de este modo podía transmitirse, conforme lo exigieran las circunstancias, despachos que llegaran a poder de las autoridades eclesiásticas de los diversos países.

Aunque no era mucho lo que en situación tan extrema cabía hacer, sin embargo el Papa tuvo la satisfacción de realizar algunos adelantos en la reorganización de la jerarquía, a pesar de los innumerables obstáculos que surgían a cada instante. En poco tiempo recibieron su consagración unos dos mil obispos y muchos millares más de sacerdotes. La Orden de Cristo Crucificado continuaba sus trabajos con éxito creciente; durante los seis últimos meses habían llegado a Nazaret cuatrocientas relaciones de martirio, casi invariablemente infligido por las turbas.

La heroica labor de los religiosos no se ceñía sólo a cumplir el objeto primario de su institución, cual era el de ofrecer a los fieles ocasión de sacrificarse por amor a Dios; sino que ayudaba además poderosamente a la ejecución de difíciles e importantes tareas. El cambio de comunicaciones entre los obispos; los encargos que debían ser desempeñados cerca de personas, cuya integridad y buena fe no inspiraban completa confianza; en suma, todas las empresas arriesgadas y de gravedad corrían a cargo de miembros de la Orden.

De Nazaret salieron instrucciones apremiantes prohibiendo a los prelados exponerse sin absoluta necesidad; cada uno de ellos debía considerarse como el corazón de su diócesis y velar, de consiguiente, por la propia seguridad apelando a todos los recursos compatibles con el honor cristiano. Por tal razón se formaron en las diversas provincias eclesiásticas grupos de caballeros de Cristo, hombres y mujeres, que con obediencia abnegada y heroica se ofrecían para el desempeño de las misiones más delicadas y peligrosas. Hízose patente así que sin la creación de la Orden de Cristo, la vida de la Iglesia habría quedado poco menos que completamente paralizada en las nuevas condiciones actuales.

El Pontífice confirió en abundancia facultades extraordinarias para la resolución de los casos más graves y urgentes: todos los sacerdotes que pertenecían a la Orden recibieron jurisdicción universal, sujeta al obispo de la diócesis en que accidental o permanentemente residieran; la misa podía celebrarse en altar portátil, todo de madera, en lugar decente y retirado; y en cualquier día del año era lícito decirla de las Cinco Llagas, de la Resurrección o de la Virgen.

Las antiguas prescripciones del ritual quedaron en su mayor parte dispensadas; los vasos sagrados no debían llenar otra condición sino la de estar hechos de materia limpia entre las generalmente aceptadas para servirse los alimentos, sin que fuera obstáculo la cualidad de frágiles o quebradizos, propia de ciertas sustancias como el cristal o la china; cualquier clase de pan de trigo era materia válida y lícita para el Sacramento de la Eucaristía; ningún ornamento se prescribía como obligatorio, exceptuando el cordoncito morado que representaba la estola; cuando las circunstancias lo exigieran podían suprimirse las luces; el uso del hábito clerical quedaba al arbitrio de cada individuo, pero recomendando cautela; y, por último, había autorización para reemplazar siempre el oficio por el rezo del rosario.

De este modo los sacerdotes gozaban de grandes facilidades para administrar los sacramentos y ofrecer el santo sacrificio con el menor riesgo posible; facilidades cuyos inmensos beneficios se manifestaron en las prisiones de los países europeos, donde, por esta época, muchos millares de católicos sufrían pena de reclusión por su resistencia a cumplir las obligaciones del nuevo culto.

La vida privada del Papa era tan sencilla como el lugar de su residencia. Tenía de capellán a un sacerdote sirio; y dos criados de la misma nacionalidad atendían a los quehaceres y cuidados de la casa. Silvestre III decía su misa temprano todos los días y oía la de su capellán; luego tornaba el desayuno después de cambiar sus vestiduras blancas por la túnica y albornoz del país, y pasaba el resto de la mañana trabajando. Después de comer, descansaba un rato, y daba un paseo a caballo; porque la región permitía este necesario esparcimiento del Pontífice en atención al general desconocimiento de su alta dignidad y a la sencillez patriarcal de sus costumbres. Al obscurecer regresaba, y después de cenar frugalmente, volvía al trabajo continuando en él hasta hora bien avanzada de la noche.

Eso era todo. Su capellán enviaba a Damasco los despachos necesarios; los sirvientes, ignorantes de la clase de persona a quien asistían, se encargaban de algunas relaciones indispensables con el mundo secular, y lo más que sabían los contados vecinos de los alrededores era que en la antigua choza del Jeque difunto, un europeo excéntrico se había instalado con un aparato telegráfico. Algún tiempo después, los criados llegaron a descubrir que su señor era más que simple sacerdote, obispo cuando menos; y con objeto de poner término a sus cavilosas indagaciones, se les dijo que en algún lugar retirado del mundo había un Papa y con esto y los sacramentos vivieron tranquilos en su fe de católi-

cos.

En resumen: los fieles supieron que tenían un Supremo jerarca con el nombre de Silvestre; y sólo trece personas en la población entera del globo conocían los antecedentes y residencia del Sucesor de Pedro.

La situación respondía exactamente a la frase profética de un escritor francés que había brillado en la centuria precedente: «el catolicismo sobrevivía apenas.

Y ¿qué decir de la vida interior del postrer Pontífice? Hele allí sentado en su rústica silla de madera, entregado a la meditación con los ojos cerrados.

Difícilmente era capaz de darse a sí mismo cuenta exacta de lo que pasaba por su espíritu, porque su actividad mental se movía en el plano de la conciencia directa, más bien que en el de la reflexión. Pero el centro, alrededor del que giraban los movimientos de su ánimo, era el estado de fe pura e inquebrantable. Veía con perfecta claridad que la religión católica encerraba la única explicación adecuada del universo; si no desentrañaba todos los misterios, por lo menos justificaba su existencia como ninguna otra doctrina; le constaba además, con certeza, que la doctrina de Cristo era el único sistema de verdades capaz de llenar las aspiraciones e ideales todos del hombre y de iluminar los pliegues más recónditos de su naturaleza.

Sabía bien que el fracaso de la Iglesia en la empresa de llevar a cabo la unión de todos los pueblos y de todas las razas, no argüía debilidad, sino fuerza superior, contra la que se estrellaba a veces la imperfección de la libertad humana subyugada por las realidades sensibles y transitorias; las líneas del plan cristiano abarcaban las regiones del tiempo y las de la eternidad, cerrándose en las últimas y no en las primeras. En este punto el Papa veía y creía.

Sin embargo, en el mismo orden de ideas, presentábanse a veces estados mentales, que parecían estar fuera del dominio superior de la conciencia personal. En los periodos que podrían llamarse de supractividad espiritual, y que de vez en cuando le elevaban y fortalecían como brisas vivificantes emanadas del Paraíso, el Pontífice se contemplaba a sí mismo y a sus compañeros, en la condición en que debieron de considerarse Pedro y los Apóstoles, al proclamar, a la faz del mundo, en templos, calles, mercados y casas particulares, la fe traída a la tierra para conmoverla y transformarla. Los discípulos de Jesús habían conversado con el Señor de la Vida, y visto el sepulcro vacío y palpado después de su Resurrección las manos y pies traspasados del que era su hermano y su Dios.

Aquello era indubitablemente cierto, aunque los hombres todos se obstinasen en negarlo; el enorme cúmulo de negaciones y dificultades que la incredulidad pudiera oponer, no alcanzaba a empañar en lo más mínimo la nítida claridad de un hecho que brillaba como el sol de mediodía en un cielo despejado. Aparte de esto, lo más admirable de la causa estaba en la carencia absoluta de recursos humanos. Ni por la imaginación pudo pasarles a los primeros propagandistas de la fe esperar socorro de la carne y sangre, porque nadie sino Dios peleaba por ellos.

Su desnudez constituía la armadura más poderosa de que podían revestirse; su rudo lenguaje era la elocuencia más convincente de que disponían; su debilidad se refugiaba en el poder de Dios y éste no les faltó jamás.

Había, sin embargo, una diferencia harto importante. Para Pedro el mundo espiritual tenía una interpretación y una garantía en los hechos maravillosos de que fuera testigo; él había visto con sus propios ojos al Cristo resucitado de entre los muertos, y las impresiones externas corroboraban las internas. Mas, para Silvestre, era necesario alcanzar las verdades espirituales en la esfera sobrenatural, desde donde se percibían los acontecimientos externos de la Encarnación, más bien que con el auxilio de testimonios sensibles, con luz de certidumbre emanada de un conocimiento superior. Los efectos de la resurrección en

los discípulos del Salvador no admitían género alguno de duda; por consiguiente, Cristo había resucitado.

A veces sobrevenían inesperadamente trances de angustia que duraban días y días, nublándose la luz del entendimiento desde el momento mismo en que despertaba, ahogándole con espantosas pesadillas al estar a punto de conciliar el sueño, amargando el sabor del manjar eucarístico; períodos de oscuridad tan insoportable, que aun los objetos más sólidos de la fe parecían desvanecerse, convirtiéndose en sombras; cuando la mitad de sus facultades cognoscitivas superiores quedaban ciegas; cuando veía que su propia dignidad altísima era considerada por el sectarismo triunfante como el sambenito de un loco. ¿Sería concebible siquiera, habían de preguntarse las gentes, que él, con su colegio de doce Cardenales y algunos millares de fieles, poseyeran la verdad, mientras el consentimiento del mundo se abrazaba con el error? Porque no cabía decir que el mensaje evangélico nó había llegado a noticia de la humanidad, ya que legiones de misioneros lo habían venido predicando en todas partes por espacio de dos mil años,

Y, no obstante, he aquí ahora la casi totalidad del género humano levantándose en masa para declarar que el Evangelio era falso; falso en sus motivos externos de credibilidad, y falso en sus espirituales aspiraciones, y proclamando que el Pontífice no era el representante de una sucesión augusta, sino el pabilo humeante de una candela encendida y gastada por la llama de la insensatez y de la estulticia, la reducción al absurdo de un silogismo burlesco basado en premisas imposibles.

Ni él ni su cortejo de mentecatos--decían, --eran merecedores de la honra del patíbulo, porque al fin no pasaban de la categoría de tontos vulgares; y ante tales absurdos, los clamores de protesta resonaban con tanta intensidad en el entendimiento de Silvestre III, que no dejaban oír los débiles murmullos de la vida afectiva y emocional; los deseos de paz terrena estallaban furiosamente; tan espesas llegaron a ser las tinieblas, que esperando contra la esperanza, creyendo contra la razón y amando contra los instintos de su naturaleza, exclamaba con las palabras de Uno que, veinte siglos atrás, se había encontrado en angustia semejante; ¡Elí, Elí, lamna sabachtaní...! Pero, por lo menos, nunca dejó de clamar...

Una sola cosa le dio fuerzas para resistir, en cuanto de su conciencia de cristiano dependía, y fue la oración mental. Mucho había progresado en el camino de la vida mística, desde que comenzarán sus dolorosas agonías en la oración, Ahora no practicaba deliberados descensos a las profundidades del mundo espiritual; antes bien, alzaba los brazos al cielo como en demanda de protección extraordinaria, y anhelando la posesión de la verdad y del amor indeficientes. El estado de su espíritu era tal, que de haber intentado sumergirse en su fondo, como en otros días, la conciencia le habría arrojado a la superficie, como un corcho; se concretó, sin embargo, a repetir actos de abatimiento y abandono del propio yo, hasta lograr la cesación de toda actividad, que es la suprema energía, y flotar en el crepúsculo de la trascendencia, donde Dios se dignaba revelársele de una manera sensible, ora por una sentencia claramente articulada, ora por agudos movimientos de compunción, ora por un hálito vivificante parecido a la brisa marina, cuyo contacto deja percibir la inmensidad del océano.

Le ocurría esto, unas veces después de la comunión, otras en el momento de quedarse dormido, y no pocas también en la agitación azarosa del trabajo cotidiano, Tales consolaciones se desvanecían pronto, y pocos minutos después solía verse precisado a batallar con el tropel de fantasmas sensibles que asaltaban su espíritu y conturbaban su sensibilidad.

Allí yacía entonces en su silla, revolviendo las blasfemias que acababa de leer, Sus blancos cabellos caían en bucles finos y ya más ralos alrededor de las tostadas sienes; sus ruanos secas y huesudas semejaban las de un esqueleto, y su joven rostro aparecía surcado de arrugas y depresiones hijas del sufrimiento, Bajo el borde inferior de la raída túnica asomaban los pies que denunciaban el maltrato de la intemperie, y un viejo albornoz pardo

yacía en el suelo, al lado del que, siendo Vicario de Dios, apenas podía llamarse dueño de sus pobres vestiduras.

Más de una hora continuó el Pontífice abstraído en su meditación; y ya el sol había perdido la mitad de sus crueles ardores, cuando se oyeron pisadas de caballos en el patio enlosado de la casa. Entonces Silvestre se levantó de su asiento y tomó del suelo su albornoz, mientras la puerta se abría y un sacerdote, enjuto de carnes y de rostro quemado por el sol, se acercó a él y le dijo: --Los caballos están preparados.

El Papa no dijo una palabra en toda aquella tarde, hasta que, al ponerse el sol, los dos jinetes llegaron al sendero que separa a Nazaret del Tabor. Dieron su vuelta acostumbrada por el territorio de Caná, subiendo a una altura, desde la que se dominaba el prolongado perfil del lago de Genesaret; después siguieron, torciendo siempre a la derecha, pasando bajo las sombras del Tabor, hasta que una vez más Esdrelón se desplegó a sus pies como inmenso tapiz de color gris verdusco, en un círculo de veinte millas de diámetro, salpicado de grupos de chozas y mezquinas viviendas de muros y azoteas blancas, con Naín visible en el extremo opuesto, el Carmelo alzando sus alargadas sierras más lejos a la derecha, y Nazaret anidada a una o dos millas de distancia en la llanura que los dos viajeros acababan de atravesar.

El paisaje dormía en extraordinaria quietud, semejando una vista diorámica preparada sobre el dibujo de un álbum viejo, pintado muchos siglos antes. No aparecían aquí aglomeraciones de tejados, ni vestigios de población densa y activa, ni testimonios de ese esfuerzo supremo y estéril que se llama progreso industrial y civilización. Algunos judíos fatigados habían vuelto a buscar un refugio en aquella tranquila y olvidada región, al modo que los viejos emigrantes regresan a su suelo natal, sin esperanza de renovar su juventud, ni de reconstruir sus deshechas aspiraciones, movidos únicamente por un sentimentalismo que a veces suele prevalecer sobre los motivos más lógicos y racionales. Los repatriados hijos de Israel habían añadido al tono parduzco de las aldeas del paisaje algunas manchas blancas con la especie de barracas encaladas que habían edificado para viviendas. Fuera de esto la llanura era la misma de muchos siglos atrás.

Allí se tendía su extensión, medio envuelta en las sombras del Carmelo, y medio bañada de una luz dorada y polvorienta. Encima el cielo puro de Oriente se teñía de rosa como en los tiempos de Abraham, Jacob y el Hijo de David. Pero no surgía ahora del mar la blanca nubecilla del profeta, pequeña como la mano de un hombre, y, no obstante, cargada de promesas y terrores; ni se oía el rodar de carros que hicieran temblar la tierra o se remontaran sobre las nubes; ni poblaban el horizonte las visiones que en él se habían mostrado a Isaías; el espectador contemplaba sólo el viejo cielo y la vieja tierra, intactos e inmutables. La paciente primavera adornaba una vez más el suelo con los gloriosos lirios de los campos, a que la púrpura de Salomón era indigna de compararse.

Cuando los expedicionarios se detuvieron, los dos caballos clavaron la mirada inmóvil y curiosa en la inmensidad de la luz y del aire que debajo de ellos se extendía. Luego se oyó la señal de un dulce grito, y un pastor pasó a lo largo de la loma inmediata, a unos cien metros de distancia, arrastrando tras sí la mancha prolongada de su sombra; y a pocos pasos apareció el rebaño entre el alegre sonar de sus esquilas, hasta una veintena de ovejas y cabras, paciendo y andando, y volviendo de nuevo a mordisquear la hierba; siempre detrás del hombre que las llamaba a cada una con su especial denominación en un canturreo en tono menor y cadencias lastimeras. Pero bien pronto el blando retiñir de las esquilas comenzó a extinguirse lentamente; la sombra del pastor, en el momento de llegar éste a la cima, se alargó hasta tocar los pies de los dos sacerdotes y desapareció de pronto al desaparecer por el lado opuesto la persona que la producía, mientras la voz que llamaba el ganado fuese debilitando hasta perderse en la lejanía.

El Papa levantó la mano a la altura de los ojos y la pasó después por su semblante. Señaló a continuación a su compañero una mancha de singular blancura que brillaba entre la bruma violeta del crepúsculo.

--Aquello, Padre--dijo, --¿cómo se llama?

El sacerdote sirio, con su innata vivacidad de movimientos, miró al lugar indicado, después al rostro del Papa, y otra vez al lugar.

--¿La aldea de allá abajo, entre las palmeras, Santísimo Padre?

--Sí.

--Es Megiddo, algunos le llaman Armageddon.

A las veintitrés de aquella noche, el sacerdote sirio salió a esperar la llegada del mensajero de Tiberíades. Cerca de dos horas antes había oído la señal del aéreo ruso que hacía el servicio de transportes entre Damasco, Tiberíades y Jerusalén; y a la sazón era ya tiempo de que el correo estuviera de vuelta.

La forma en que llegaban al Papa Silvestre las noticias del resto del mundo pecaba de primitiva y rudimentaria; pero la Palestina parecía estar fuera del planeta; era una banda de tierra inútil y olvidada en el universo. Todas las noches, un viajero especial venía a caballo de Tiberíades a Nazaret con la correspondencia del Papa, recogida por el Cardenal Corkran, y regresaba otra vez con la del día, que el Pontífice enviaba a las diversas regiones del globo; tarea peligrosa en que turnaban, relevándose alternativamente, los miembros de la Orden de Cristo que rodeaban al Cardenal, De este modo, todos los asuntos que reclamaban la intervención personal del Pontífice, cuando eran demasiado largos o no muy urgentes para motivar una comunicación telegráfica, podían ser tratados despacio, aunque sin excesivo retraso.

Era una clara y hermosa noche de luna, El gran disco dorado flotaba suspendido sobre la cima del Tabor, esparciendo su extraña luz metálica sobre las escarpadas pendientes en toda la región que se extendía desde la puerta misma de la residencia del Papa. El brillo y transparencia del aire daba a las sombras una consistencia y negrura maciza que las hacía parecer más sólidas que las pálidas lomeras de las rocas, salpicadas de reflejos y cambiantes diamantinos por las partículas de cuarzo y cristal en ellas esparcidas. Comparada con este claro resplandor, la luz amarillenta que brillaba en el interior de la vivienda, parecía una mancha de aspecto sucio y desagradable, El sacerdote que aguardaba apoyado contra las jambas de la puerta, sin otra claridad en el moreno rostro que la procedente de sus grandes y rasgados ojos, se dejó arrastrar de su sensualidad oriental, y como si quisiera bañarse en la suave claridad de la atmósfera, tendió hacia ella las manos secas y tostadas por el sol.

Este sacerdote era un hombre tan sencillo de fe como de costumbres; para él no existían los éxtasis ni las desolaciones que se repartían entre sí el espíritu de su señor. Gozaba inmensamente con la circunstancia de poder vivir en lugar augusto de la Encarnación del Verbo y al servicio de su Vicario. Y por lo que hacía a los cambios políticos del mundo, el capellán pontificio los contemplaba, al modo que el marino observa desde el puente el movimiento del oleaje a gran distancia debajo de él. Desde luego comprendía que el mundo se agitaba intranquilo; porque, conforme había dicho el gran doctor latino Agustín, todos los corazones suspiraban inquietos por la posesión del descanso en Dios. Pero la agitación actual presentaba otro carácter, y de ella, a su juicio, podía decirse, con el Profeta: Quare fremuerunt gentes...? Adversus Dominum et adversus Christum ejus...!

En cuanto al modo que tendrían de resolverse los acontecimientos, al buen sacerdote no le inquietaba gran cosa el asunto. Se le ocurría que, arreciando la tempestad, la débil barquilla del Pescador podría quizá ser devorada por la furia de las olas; pero, en este caso, él sabía que el momento de la catástrofe sería el principio del fin del planeta. Porque las puertas del infierno no prevalecerían contra la Iglesia de Cristo; cuando Roma cayera, el mundo entero caería con ella; y cuando cayera el mundo, Cristo se manifestaría en todo su poder y majestad.

Por su parte, seguía diciéndose el oriental tenía por cierto que se aproximaba el fin de los tiempos y de los hombres. Así lo había pensado esta misma tarde, al informar a su señor sobre el verdadero nombre de Megiddo. Le parecía, al mismo tiempo, muy natural que en la época de consumarse todas las cosas, el Vicario de Cristo tuviera por morada el mismo Nazaret, donde Dios se había hecho hombre en otro tiempo, y que el Armageddon del inspirado autor del Apocalipsis se hallara a la vista del lugar donde Cristo tomó por vez primera su cetro terreno, y donde había de recobrarlo otra vez para siempre, conforme había prometido. Así como así esa batalla no sería la primera librada en Megiddo; allí se habían encontrado Israel y Amalec, y más tarde Israel y Asiria; allí habían cabalgado Sesostris y Senacherib; y posteriormente, la Cruz y la Media Luna habían luchado como Miguel y Satán, disputándose el lugar en que había reposado el cuerpo de Dios.

Respecto de la forma exacta en que sobrevendría el fin, el sacerdote no sabía decirlo; lo cierto era que había de librarse una batalla de cierta especie, y ¿qué campo convendría mejor al efecto, que la inmensa llanura circular dé Esdrelón, de veinte millas de diámetro, suficiente para contener todos los ejércitos de la tierra? Según su modo ver, muy natural en quien, como él, desconocía las circunstancias políticas de su tiempo, el mundo estaba dividido en dos grandes campos, casi iguales: católicos y paganos. Entre ambos bandos tendría lugar el choque; los combatientes comenzarían a afluir de todas partes; unos desembarcarían en Khaifa, otros vendrían por la parte de Tiberíades y Damasco, procedentes del Asia; otros se dirigirían hacia el norte desde Jerusalén, Egipto y el Asia; un considerable número avanzaría hacia el este, desde Europa, y hacia el oeste, partiendo de Asia y de la remota América. Y, ciertamente, el encuentro no podía tardar mucho en verificarse, porque el Vicario de Cristo estaba ya ocupando su puesto, y, como el mismo divino Maestro había dicho en su evangelio de Adviento: Ubicumque fuerit corpus, illic congregabuntur et aquilae.

De otras interpretaciones más sutiles de la citada profecía ni tenía noticia, ni tampoco la echaba de menos. Para él las palabras eran cosas y no simples rótulos de las ideas: todo lo que Cristo y San Pablo y San Juan habían dicho era exactamente como lo habían dicho y nada más. Su aislamiento del resto del mundo le había preservado del contagio de criticismo escéptico con que las ideas Ritschlianas habían contaminado a la gran mayoría de prosélitos de todos los credos y confesiones. Eran innumerables los que habían sucumbido al tratar de decidir en el orden de los hechos cómo podía explicarse que careciendo las palabras de la realidad objetiva a que corresponden, pudieran las realidades expresadas ser a su vez objetivas.

Para este hombre, que permanecía sentado al claror de la luna escuchando el ruido lejano del galopar del caballo, la fe era tan sencilla como cualquiera de las verdades matemáticas. Aquí era donde el Arcángel había descendido con las alas desplegadas desde las insondables alturas del trono de Dios, encumbrado en la cima del universo; aquí, donde el soplo vivificante del Espíritu se había mostrado en ráfagas de inefable luz; y el Verbo se había hecho carne en el momento en que María había cruzado los brazos e inclinado la cabeza sometiéndose a los decretos del Eterno. Y aquí también--así lo pensaba él, aunque fuera entre conjeturas--se oiría en breve el rodar de carros de guerra que aun ahora parecían resonar a lo lejos y el tumulto de los ejércitos de Jehová formándose en plan de batalla entre las huestes angélicas, y hasta le parecía que detrás de las murallas de tinieblas que cerraban los límites de su horizonte visible, Gabriel aplicaba los labios a la trompeta del destino convocando a las Virtudes y Potestades del cielo. Pudiera muy bien engañarse esta vez, como a otros les había ocurrido anteriormente; pero ni él ni los demás permanecerían eternamente en su error; al cabo llegaría el momento de acabarse la paciencia de Dios por insondables raíces que tuviera esta paciencia en la eternidad de la naturaleza infinita.

De pronto el sacerdote interrumpió sus meditaciones y se puso de pie, al ver acercársele a un centenar de metros por el sendero que blanqueaba a la luz de la luna, la pálida figura de un jinete que traía una valija de cuero sujeta al cinto.

A eso de las tres de la mañana, el capellán despertó en el camaranchón de muros guarnecidos de barro, contiguo al dormitorio del Santo Padre, y oyó las pisadas de alguno que subía por la escalera. La noche anterior había dejado al Papa entretenido, como de costumbre, en abrir el montón de cartas remitidas por el Cardenal Corkran, retirándose él a descansar. Continuó todavía un minuto o dos medio traspuesto, percibiendo cada paso que sonaba en los escalones: pero un instante después, se incorporó bruscamente en el lecho al oír un golpe dado a su puerta; se repitió a poco el choque de una segunda llamada, y entonces saltó del lecho envuelto en su larga túnica de dormir, se ciñó rápidamente la correa y corrió a abrir la puerta.

El que llamaba era el Papa y allí estaba de pie con una lamparilla en la mano--porque apenas apuntaba todavía la aurora, --y un papel en la otra.

--Perdonad, Padre, pero es preciso enviar enseguida un despacho a su Eminencia.

Juntos atravesaron el cuarto del Pontífice, el capellán con los ojos medio cerrados aún por el sueño, treparon por la escalera que conducía a la azotara y salieron al fresco ambiente de la noche. El Papa apagó la lámpara y la colocó sobre el parapeto.

--Vais a coger frío; id por el manto.

--¿Y vos, Santidad?

El interrogado hizo un gesto negativo y se dirigió el minúsculo pabellón donde estaba instalado el telégrafo sin hilos.

--Id por vuestro manto--repitió Silvestre volviendo la cabeza.--Entre tanto llamaré.

Cuando el sacerdote regresó a los tres minutos envuelto con su manto y calzados los pies con babuchas, trayendo otro manto para su señor, éste se hallaba sentado a la mesa del aparato, y ni siquiera movió la cabeza a la llegada de su subordinado. Oprimió una vez más la palanca que establecía la comunicación con la erguida antena destinada a reforzar la energía ondulatoria; y la sutil e invisible conmoción etérea se difundió por el espacio salvando la distancia entre Nazaret y Damasco.

El sencillo secretario del Papa, difícilmente acababa de avenirse y menos aún de mirar sin cierto recelo esta máquina extraordinaria, inventada hacía más de un siglo, y elevada muy en breve a un grado maravilloso de perfección; máquina que teniendo por únicos elementos un poste, un rollo de alambre y una caja de ruedas, venía a constituir algo que hacía estremecer las entrañas de la materia alcanzando quizá aún a las raíces de la vida física; porque sólo así se comprendía que pudiera hablar a través de los espacios del mundo a un minúsculo receptor de metal.

El aire estaba extraordinariamente frío en comparación del calor que se había sentido el día precedente y del que podía esperarse dentro de algunas horas; y el sacerdote tiritaba un poco mientras contemplaba ora la figura inmóvil que permanecía sentada a su lado, ora la inmensa bóveda del cielo, que en este momento pasaba de una luz descolorida y yerta a un tierno tinte de gualda, al paso que la aurora se elevaba por encima del Tabor y de Moab. En la aldea inmediata resonó el canto del gallo en un grito agudo y metálico semejante al estridente vibrar de una trompeta; de allí a poco ladró un perro breves instantes, volviendo a reinar el silencio en los alrededores; y de pronto repicó nerviosamente el timbre fijo en un reborde del techado protector del aparato, anunciando la recepción del aviso.

El Papa entonces oprimió de nuevo la palanca dos veces, y después de breve pausa, llegó el segundo anuncio de que en la estación receptora aguardaban la comunicación. Se levantó enseguida e indicó al capellán que ocupara el asiento.

Así lo hizo el sirio, después de haber colocado su manto sobre los hombros del Pontífice, y aguardó después a que su señor se acomodase en un una silla, dispuesta de modo que ambos quedaron frente a frente. En esta situación permaneció el sacerdote, apoyando sus gruesos y negros dedos sobre el teclado del transmisor y con los ojos fijos en el rostro del Papa. Parecióle al capellán que el fino semblante del Pontífice bajo los pliegues del capuchón que le cubría, se mostraba todavía más pálido que nunca. A la fría luz del alba, la negrura espesa de las cejas hacía resaltar la densa palidez del rostro. El Pontífice entre tanto miraba fijamente el papel que tenia en la mano.

--Cercioraos bien de que es el Cardenal--dijo con sequedad.

El sacerdote hirió las teclas formulando una pregunta, y momentos después leía para sí, moviendo los labios, la contestación que apareció en la ancha banda de papel blanco.

--Su Eminencia es el que responde, Santísimo Padre contestó en voz baja; --está solo en el aparato.

--Perfectamente. Comenzad pues:

«--Hemos recibido la carta de Vuestra Eminencia y tomado nota de las noticias en ella contenidas... Debería habérseme prevenido por telégrafo: ¿por qué no se ha hecho?»

La voz calló mientras el sacerdote que había transmitido las frases anteriores en menos tiempo de lo que se tarda en leerlas, pronunciaba en voz alta la contestación:

«--No creí que fuera urgente el asunto; lo tomé por un nuevo ataque de nuestros perseguidores, parecido a los demás; pero tenía intención de enviar pormenores suplementarios, tan pronto como los hubiera recibido.

»--La urgencia era grande y manifiesta--repuso la voz del Pontífice con esa entonación deliberadamente uniforme que suele emplearse al dictar despachos.--No olvidéis que todas las noticias de la misma índole son siempre urgentes.

»--Así lo haré--leyó el sacerdote.--Lamento de todas veras mi error.

»--Según me decís--continuó el Papa con los ojos fijos sobre el papel, --la ley hay sido definitivamente aprobada; pero sólo mencionáis tres autoridades. Dadme ahora los nombres de las otras, si por ventura las tenéis.»

Hubo un momento de pausa. Luego el sacerdote sirio comenzó a leer:

«--Además de los tres Cardenales, cuyos nombres he remitido, los arzobispos de Tibet, El Cairo, Calcuta y Sidney han preguntado si eran o no verdaderas las noticias, y en caso afirmativo, qué conducta debería seguirse. Daré más pormenores, si puedo dejar este sitio por un instante.

«--Hacedlo»--respondió el Papa.

Se siguió un nuevo paréntesis de silencio. Luego comenzaron otra vez los nombres.

«--Los Obispos de Bucarest, de las islas Marquesas y Terranova, los franciscanos del Japón, los crucíferos de Marruecos, los Arzobispos de Manitoba y Portland y el Cardenal Arzobispo de Pequín. He despachado dos miembros de Cristo Crucificado a Inglaterra.

»--Decidnos cuándo y cómo habéis recibido la noticia.

»--Ayer por la noche, a eso de las veinte, fui llamado al aparato. El Arzobispo de Sidney preguntaba, por medio de la estación de Bombay, si las noticias eran ciertas. Respondí

que no sabía nada del asunto. En el espacio de diez minutos cuatro nuevas preguntas vinieron en idéntico sentido; y, tres minutos después, el Cardenal Ruspoli, enviaba informes ciertos desde Turín. Al poco tiempo el Padre Petrowski radiografiaba en términos análogos desde Moscú. Entonces...

»--Aguardad. ¿Cómo no lo hizo el Cardenal Dolgorowski?

»--El aviso de éste se recibió tres horas después.

»--¿Y por qué no inmediatamente?

»--Su Eminencia estaba ignorante de lo ocurrido.

»--Averiguad a qué hora se supo en Moscú; pero no en este momento, sino después.

»--Lo haré como deseáis.

»--Continuad.

»--El Cardenal Malpas lo comunicó a los cinco minutos de haberlo sabido por el Cardenal Ruspoli, y las restantes indagaciones se han recibido antes de la media noche. China lo anunció a las veintitrés.

»--Entonces, ¿cuándo suponéis que la noticia ha sido del dominio público?

»--El primer acuerdo se tomó en el consejillo secreto de Londres a las dieciséis poco más o menos de nuestro meridiano. A esa misma hora, según parece, fue firmada por los Plenipotenciarios, y poco después se dió a conocer al mundo entero. Aquí ha sido promulgado cerca de las veinticuatro.

»--De modo que Felsenburgh estuvo en Londres, ¿no es cierto?

»--No estoy seguro de ello todavía. El Cardenal Malpas me dice que Felsenburgh dió su consentimiento provisional el día anterior.

»--Bien; ¿y es éso todo lo que sabéis?

»--El Cardenal Ruspoli ha vuelto a pedir comunicación hace una hora; en la conferencia me dice que es inminente un levantamiento popular contra los católicos de Florencia, y prevé que ha de ser el principio de trastornos mucho más graves. Ruega que se le transmitan instrucciones a la mayor brevedad.

»--Decidle que Nos le enviamos nuestra apostólica bendición y que dentro de dos horas le comunicaremos las normas a que debe atenerse. Elegid doce miembros de la Orden para un servicio inmediato.

»--Así lo haré.

»--Transmitid también el despacho a todos los miembros del Sacro Colegio, rogándoles que lo comuniquen con la mayor discreción a los metropolitanos y obispos, de modo que el pueblo llegue a saber que el Papa los tiene a todos en su corazón.

»--Cumpliré la orden a la mayor brevedad, Santísimo Padre.

»--Por último, haced saber a los Cardenales que desde hace largo tiempo habíamos previsto los acontecimientos y que los encomendamos en nuestras oraciones al Padre Celestial, sin cuya providencia no cae un cabello de nuestra cabeza. Exhortadlos en mi nombre a no perder la serenidad y la confianza, y a limitarse a confesar su fe cuando fueren

interrogados judicialmente. Las demás instrucciones serán expedidas a los obispos sin pérdida de tiempo.

»--Todo se ejecutará como deseáis.»

Hubo de nuevo una pausa de breves momentos.

El Papa había hablado con la mayor tranquilidad, como quien reposa en agradable sueño, fijos los ojos en el papel que tenía delante, y erguido el cuerpo con la impasible inmovilidad de una estatua. No obstante, el sacerdote, que escuchaba despachando radiogramas en latín y leyendo en voz alta las respuestas, presentía, a pesar de no haber entendido el asunto de la conferencia, que amenazaba algo desusado y terrible. Había en el aire un no sé qué de fatídico y siniestro; y el capellán, aun sin deducir consecuencia alguna de la febril actividad con que el mundo católico se apresuraba a pedir instrucciones al Pontífice, no podía menos de recordar sus meditaciones de la noche, mientras aguardaba la llegada del mensajero. Parecía que todos los poderes del mundo y del infierno se conjuraban para un ataque definitivo contra Dios. En cuanto a la índole de esa guerra, era cosa que no inquietaba de un modo especial el ánimo del buen sirio.

El Papa comenzó de nuevo a hablar con acento tranquilo y el tono natural de voz que le era peculiar.

«--Padre--dijo al Cardenal Corkran, --lo que en este momento voy a deciros, debéis oírlo como si fuera en confesión. ¿Entendéis...?

» --Perfectamente. Comenzad, Santísimo Padre.» La entonación uniforme comenzó a dictar:

»--De aquí a una hora, tenemos intención de celebrar misa del Espíritu Santo; para cuando hayamos terminado, procuraréis que todo el Sagrado Colegio se halle en comunicación con vos y aguarde nuestras disposiciones. La nueva decisión, recientemente acordada contra Dios y su Cristo, carece de precedentes en la Historia; y así creemos que vos lo entenderéis. Ahora bien, entre los diversos planes que tenemos concebidos, ignoramos aún cuál sea el más conforme con la voluntad del Señor. Después de misa, os comunicaremos lo que Él se haya servido inspirarnos. Os encargamos, además, que apliquéis vos también el incruento sacrificio a intención nuestra. Despáchense cuanto antes todos los asuntos pendientes; y en cuanto al del Cardenal Dolgorowsky podéis dejarlo para más tarde, pero antes del medio día nos daréis a conocer el resultado de vuestras indagaciones, especialmente en Londres. *Benedicat te Omnipotens Deus, Pater et Filius et Spiritus Sanctus.*

»Amen»--murmuró el capellán leyendo la contestación en la hoja del receptor,

La capillita situada en los bajos de la casa, apenas se diferenciaba de las otras piezas en cuanto a la ornamentación. No había en ella otras ropas de iglesia que las absolutamente necesarias para la santa misa. En el enyesado de los muros veíanse algunos bajorrelieves que representaban las catorce estaciones de la Pasión; una estatuíta de la Virgen, esculpida en piedra, ocupaba uno de los ángulos con un candelero de hierro al pie; y encima del altar de piedra tosca, levantado sobre un sencillo escalón de la misma sustancia, había otros seis candeleros como el mencionado anteriormente y un crucifijo de madera. Al pie de éste y en el centro de la mesa del altar estaba el tabernáculo, también de hierro, cubierto con cortinas de lino; y, a la derecha, una especie de poyata o saliente del muro hacía las veces de credencia. La única ventana que iluminaba el recinto miraba al patio interior, de modo que ninguna persona extraña podía ver lo que pasaba dentro de la capilla.

Mientras el capellán sirio desempeñaba su tarea diaria de tender los ornamentos sobre la mesa de la sacristía, cuya puerta se abría a la derecha del altar, y preparaba las vinajeras y retiraba la cubierta que protegía el paño del ara, experimentaba una sensación de fatiga y

cansancio, efecto quizá de la pesadez del ambiente. También--a lo que él pensaba--podía provenir su desmadejamiento de no haber dormido la noche anterior, aunque nada tendría de extraño que todo ello se redujera a barruntos de un nuevo día de siroco. Las tintas amarillentas del alba no habían desaparecido en la salida del sol; y, aun a la hora algo avanzada del día, en que el sacerdote iba y venía silenciosamente con los pies descalzos desde el altar al reclinatorio, donde oraba la muda e inmóvil figura blanca del Pontífice, aun entonces percibía, a través de las hendeduras del techo y de la ventana del patio, ráfagas de cielo teñido de ese color gualda pálido que en Palestina es anuncio seguro de calor pesado y enervante.

Terminó, por fin, su labor, encendió las velas, se arrodilló y aguardó, con la cabeza inclinada, a que el Santo Padre acudiera a revestirse. Oyéronse los pasos de uno de los criados que atravesaba el patio en dirección a la capilla, y entonces el Papa se levantó y encaminó a la sacristía, donde los rojos ornamentos del Dios que descendió en lenguas de fuego --hallaban ya dispuestos para servir en el augusto sacrificio.

La manera de celebrar de Silvestre III se distinguía por la naturalidad sencilla y exenta de toda ostentación. Movíase en el altar con la agilidad de un joven; pronunciaba en voz baja, pero clara y distintamente; y sus pasos nada tenían de pomposos, ni de precipitados. Conforme a lo que pedía la tradición, empleaba media hora *ab amictu ad amictum*; y, aun en la capillita casi desierta donde ahora celebraba, sus ojos se mantenían constantemente bajos con el mayor recogimiento.

Y no obstante, el capellán sirio nunca ayudaba a su señor en la misa sin sentir cierto ligero estremecimiento respetuoso, algo parecido al temor. Lo cual obedecía, no sólo al conocimiento de la altísima dignidad del celebrante, sino al inexplicable aroma de emoción que irradiaba de la persona del Papa, hasta llegar a impresionar al sacerdote casi de una manera física y tangible: era como si experimentara la presencia de otra individualidad distinta de la que percibían sus ojos, sin comparación más excelsa, infinita y eterna. Aun en la misma Roma, en pasados tiempos, la misa del Padre Franklin había sido siempre uno de los espectáculos más notables hasta el punto de acudir constantemente a ella todos los seminaristas la víspera de su ordenación para aprender la manera de celebrar debidamente.

En el día de hoy todas las cosas iban como de ordinario, pero en el momento de la comunión el sacerdote levantó de pronto la cabeza con la vaga impresión de haber percibido un rumor o movimiento insólito; y al dirigir la mirada sobre el Papa, su corazón comenzó a palpitar con violencia, repercutiendo sus latidos en la base de la garganta. Sin embargo, el observador más atento nada de extraordinario hubiera podido advertir. El oficiante permanecía de pie, con la cabeza inclinada sobre el pecho, la barba apoyada en la extremidad de los dedos tendidos, y el cuerpo enteramente recto, en la curiosa posición de hallarse a punto de remontarse a lo alto, atraído por una fuerza contraria a la gravedad. Pero el sentido interior del ministro sirio percibía algo que no acertaba a explicarse con precisión; algo--se decía él después reflexionando sobre el hecho--semejante a la medrosa ansiedad del que aguarda la aparición de un fenómeno preternatural. En cualquier instante, la fuerza poderosa y delicada que, sólo visible para los ojos del alma, ardía bajo la roja casulla y la nívea alba, parece que iba a manifestarse en forma de visión luminosa, bañando en su resplandor el cuerpo y las vestiduras del celebrante; o bien esa manifestación podía verificarse al oído espiritual a modo de una corriente de armonía, símbolo de la fusión amorosa del alma con su Dios entre los rumores celestiales producidos por el fluir incesante del río de la vida bajo el trono del Cordero; o, por último, tomando la representación de un aroma, quinta esencia de la dulzura y suavidad más exquisitas, aliento sagrado de las rosas del Paraíso...

Los momentos pasaban en aquel silencioso éxtasis de pureza y de paz; en el exterior se sucedían los ruidos de la vida ordinaria; el rodar lejano de una carreta, el monótono chirrido de la cigarra a veinte yardas de la capilla; detrás del capellán, el criado suspiraba anhelosamente como abrumado por el peso de una insoportable emoción; y, entre tanto, el

Papa continuaba inmóvil, en la misma posición, sin que ni uno siquiera de los pliegues de sus vestiduras hiciera el menor movimiento. Cuando, por último, tendió el brazo para descubrir la Preciosa Sangre y puso sus manos sobre el corporal e hizo genuflexión, diríase que era una estatua súbitamente animada; el sirviente que oía misa no pudo reprimir un sollozo profundo que resonó como doloroso gemido.

Después de beber el cáliz consagrado, volvió a reinar la misma impresión sobrenatural, muriendo el elemento humano y externo en brazos del divino e invisible; y una vez más el silencio imperó solemne y fervoroso... Y de nuevo, al sentir el alma elevada hacia su origen por el impulso de la energía espiritual, Silvestre alargó el cáliz.

El ministro se levantó trémulo, adoró y se dirigió a la credencia.

Ordinariamente, después de su misa el Papa acostumbraba oír la celebrada por su capellán; pero hoy, tan pronto como se despojó de los sagrados ornamentos, el Pontífice se volvió hacia su ministro, que, mientras él se desnudaba, había ido colocando las ropas en un cajón de madera, y le dijo dulcemente:

--Padre mío, subid enseguida al pabellón del telégrafo y decid al Cardenal que se prepare. Dentro de cinco minutos estaré yo allí.

--¡Día de siroco!--exclamó el sacerdote al salir al ambiente libre de la azotea y pasear la vista por el horizonte. Por encima de su cabeza se extendía, en vez del límpido pabellón de azul blanquecino que contemplaba todos los días a esta misma hora, una bóveda de amarillo pálido, teñida en los bordes de matices obscuros y parduscos. El Tabor ante él cortaba a lo lejos el paisaje, elevando su mole sombría entre impalpable neblina de arena; y en el llano, por la parte opuesta, más allá de la mancha blanca de Naín, sólo se divisaban los contornos de las colinas proyectándose sobre el cielo. Aun siendo tan temprano, el aire era pesadamente cálido e irrespirable, agitado a veces por rafales del sudoeste que soplando a través de inmensos arenales, desde más allá del Egipto, recogían todo el calor del enorme continente privado de agua, y lo arrojaban sobre esta pobre faja de tierra. También el Carmelo se ofrecía a la vista del capellán sirio, envuelto en la base por una bruma medio seca y medio húmeda, sobre la cual descollaba su enorme cabeza de toro en ademán de desafío lanzado al horizonte.

La mesa del aparato, enteramente seca y áspera, calentaba la mano al tocarla, y el sacerdote pensó que antes de mediodía sería imposible soportar el contacto quemante de los aparatos de acero. Oprimió luego la palanca y aguardó; volvió a conectar y a permanecer en la misma actitud. Poco después resonó el timbre de respuesta, y, a través de las veinte leguas de espacio, el sacerdote telegrafió que urgía la presencia inmediata del Cardenal. Transcurrieron uno o dos minutos; vino enseguida un segundo repique y sobre la banda blanca del receptor aparecieron escritas las palabras:

«--Aquí estoy. ¿Es Su Santidad?»

Cuando el capellán se disponía a responder, sintió sobre su hombro la presión de una mano, y al volver la cabeza, vio al Pontífice, vestido de blanco, envuelta la cabeza en un capuchón, y de pie detrás de la silla.

«--Decidle que sí; y preguntad si hay más noticias.»

El Papa se sentó junto a la mesa, y un minuto después el capellán leía con creciente excitación la siguiente respuesta: «--Llegan sin cesar consultas de todas partes. Muchos esperan que Su Santidad conteste con digna energía a la provocación de los adversarios. Mis escribientes trabajan sin descanso desde las cuatro. La ansiedad es indescriptible. Algunos fieles dudan de la existencia de un Papa en la tierra. Todos claman pidiendo medidas eficaces e inmediatas.

»--¿Es eso todo?» --preguntó el Pontífice.

El sacerdote leyó poco después la contestación.

«--Sí y no. Las noticias de días pasados son ciertas. El decreto comenzará a regir inmediatamente, y, si no se toma pronto una resolución, cundirá por todas partes, ocasionando innumerables apostasías.

»--Muy bien--murmuró el Papa en el tono oficial de voz; --escuchad, pues, atentamente.»

Luego guardó silencio unos momentos con las manos juntas en la misma postura que el sacerdote le había visto en la misa; y, al cabo, comenzó a hablar en los términos siguientes:

«--Ha llegado el momento de entregarnos sin reserva en manos de Dios. La prudencia humana no debe apartarnos por un instante más de hacerlo así. Os ordenamos, por tanto, comunicar estos nuestros deseos con toda la discreción posible y bajo el secreto más riguroso sólo a las personas siguientes, y no a otras cualesquiera. Y para tal servicio os valdréis de mensajeros tomados de la Orden de Cristo Crucificado, dos para cada despacho, sin que por ningún concepto empleéis jamás escrito en que conste nuestra determinación.

De este modo prevendréis a los miembros del Sagrado Colegio en número de doce; a los metropolitanos y patriarcas del mundo entero, en número de veintidós, y a los cuatro generales de las órdenes religiosas: Compañía de Jesús, Frailes, Monjes Ordinarios y Monjes contemplativos. Las cuales personas, en número de treinta y ocho, con el capellán de Vuestra Eminencia, que desempeñará las funciones de notario, y mi propio capellán, que le ayudará en el mismo cargo--en total, cuarenta individuos, --deberán presentarse aquí, en nuestro palacio de Nazaret, antes de la vigilia de Pentecostés. Nos no queremos decidir las resoluciones que conviene tomar con respecto al nuevo decreto, sino después de haber oído el parecer de nuestros consejeros y de haberles facilitado la ocasión de comunicar libremente unos con otros. Tal es nuestra voluntad; y en la forma que acabamos de exponeros, será transmitida a todas las personas antes nombradas; y Vuestra Eminencia las informará además de que nuestras deliberaciones no han de durar más de cuatro días.

»--Por lo que respecta al hospedaje y sustentación de los miembros del Concilio y demás pormenores de la misma índole, Vuestra Eminencia se servirá enviarnos, desde hoy, el sacerdote que os hemos hablado, a fin de que, en unión de nuestro propio capellán, dé principio enseguida a los preparativos más indispensables.

»--Finalmente, a todos los que hubieren pedido instrucciones explícitas con motivo del nuevo decreto, comunicadles únicamente la siguiente contestación:

»--No perdáis vuestra confianza, que habrá de ser recompensada con un eterno galardón. Todavía una pequeña tregua y Él que ha de venir, vendrá y no tardará.--Silvestre, Obispo, siervo de los siervos de Dios.»

OLIVERIO Brand salió del salón de conferencias de Westminster el viernes por la tarde, después de terminado el consejo de Plenipotenciarios, y se encaminó a su domicilio. El efecto que la nueva decisión había de producir en Mábel, inquietaba al diputado por Cróydon mucho más que la opinión del resto del mundo. La notable mudanza que había advertido en las ideas y sentimientos de su esposa, databa de cinco meses atrás, época en que el Presidente del Mundo expuso por primera vez su programa político y las severas disposiciones que eran sus necesarias consecuencias. Oliverio, por su parte, había acabado aceptándolas y hasta dándoles en su fuero interno la más entusiasta aprobación; poco a poco, a fuerza de tener que defenderlas en pública llegó a convencerse íntimamente de la ineludible necesidad de tales recursos, pero Mábel, por el contrario, se había obstinado en reprobarlos con tenacidad inflexible.

La pobre mujer parecía haberse vuelto monomaníaca. En un principio se negó a creer que fueran genuinas las declaraciones atribuidas a Felsenburgh, algunas semanas después de ser aclamado en Westminster, puesto que se hallaban en abierta contradicción con la misión de paz que decía haber traído al mundo, Después, cuando ya no cupo duda alguna de que el Presidente había afirmado la probabilidad de tener que destruir a los supernaturalistas, sobrevino una escena terrible entre el diputado y su esposa. Esta protestó de que se la hubiera engañado; sostuvo que la esperanza del mundo era una burla monstruosa; que el reinado de la paz universal distaba más que nunca de ser un hecho, y que Felsenburgh había defraudado sus esperanzas y echado por tierra las promesas de una era de regeneración para el género humano.

La discusión fue violenta, y Oliverio se esforzaba por borrar de su espíritu hasta el recuerdo de lo ocurrido. Luego la joven había dado muestras de tranquilizarse; pero todos los razonamientos de su esposo encaminados a convencerla de su error habían fracasado, Mábel no quiso oír, y a las instancias reiteradas de su marido contestó con escépticos y desesperantes monosílabos, El diputado tuvo que consolarse pensando en que su esposa, al fin y al cabo, era un ser débil, susceptible de ser subyugado por la irresistible personalidad de Felsenburgh, pero incapaz de penetrar en la lógica de su argumentación; mas a pesar de tal consuelo, dolíale a par del alma la empedernida obstinación de la joven, ¡Con tal que el tiempo llegara a hacerla entrar en razón!

El gobierno de Inglaterra, por otra parte, no había perdonado medio de tranquilizar a los que, a imitación de Mábel, se hallaran tentados a retroceder ante la lógica inflexible de la nueva política, Un ejército de oradores recibió el encargo de recorrer las principales ciudades defendiendo y explicando las consecuencias de la doctrina de Felsenburgh; la prensa desplegó también actividad extraordinaria para convencer a la opinión; y bien se podía asegurar que ni uno solo entre los millones de habitantes de Inglaterra dejó de ver discutidas y refutadas sus objeciones, conforme a los deseos y espíritu del gobierno.

En resumen, y, abstracción hecha de toda retórica, los argumentos invocados en favor de la moderna política para calmar las inquietudes y escrúpulos de los espíritus más sentimentales eran los siguientes:

Hacíase notar desde luego, que, por vez primera en la Historia del mundo, la paz había llegado a ser una realidad universal. No quedaba un solo Estado, por remoto o pequeño que fuera, aislado de la solidaridad establecida entre las tres grandes divisiones del mundo; y este primer adelanto se disfrutaba desde hacía cerca de un siglo. Pero el segundo grado, es decir, la reunión de estas tres divisiones bajo una misma jefatura--resultado infinitamente superior al precedente, puesto que los intereses encontrados eran mucho más considerables, --constituía la magna empresa llevada a cabo por una sola persona que había aparecido en el instante crítico, cuando la madurez de las circunstancias lo hicieron necesario. Y en tal supuesto, dada la grandeza del beneficio conferido a los hombres por ese personaje, nada más natural por parte de éstos que asentir a la voluntad y juicio de su gran bienhechor, mucho más tratándose de un asunto en que de un modo evidente no se pretendía otra cosa que el completo afianzamiento de los progresos alcanzados. De manera que este primer argumento tenía por base la fe en el gran Regenerador del linaje humano.

El segundo argumento se dirigía principalmente a la razón. Según reconocían todas las personas ilustradas, la persecución era el procedimiento empleado por las gentes incultas y bárbaras para imponer a la fuerza sus opiniones a una minoría rebelde. Pero la malignidad de la persecución, tal como ésta se había ejercido en pasados tiempos no radicaba en el empleo de la fuerza, sino en el abuso de la misma. Que un gobierno cualquiera, por ejemplo, pretendiera dictar sus opiniones religiosas a una minoría de la nación, constituiría una tiranía insoportable, porque ningún Estado tiene el derecho de dictar leyes universales, toda vez que su vecino es muy libre para promulgar otras diametralmente opuestas. Semejante forma de persecución vendría a reducirse en el fondo al individualismo nacional, herejía más desastrosa todavía para el bienestar del mundo que el individualismo de

los particulares.

Pero con el establecimiento de la mancomunidad universal de intereses, la situación había cambiado radicalmente. La única personalidad total del género humano había substituido a la incoherencia de los individuos; y, merced a esta unificación, comparable al tránsito de la adolescencia a la virilidad, se había producido una nueva clase de derechos. La raza humana debía ser considerada en lo sucesivo como una sola e idéntica entidad con deberes supremos para consigo misma; no había que pensar ya en derechos privados, tal como realmente habían existido en el período anterior; el Hombre poseía ahora absoluto dominio sobre cada célula componente de su cuerpo místico; y siempre que cualquiera de esas células desarrollara actividades nocivas a la salud y perfección del organismo entero, los derechos de la totalidad para repeler cuanto pudiera oponerse a su desarrollo y conservación, carecían de límite definido.

Ahora bien; entre los diversos credos profesados en el mundo, uno solo, el católico, disputaba a las nuevas doctrinas el derecho a ejercer una autoridad sin restricciones. Las sectas de Oriente, cada una de las cuales seguía conservando sus caracteres peculiares, hallaban, a pesar de todo, en el Hombre Nuevo la encarnación de sus aspiraciones, y consiguientemente reconocían la autoridad del Cuerpo, cuya cabeza era aquél.

Pero la Religión Católica tenía por esencia la traición a la verdadera idea del hombre, Los cristianos tributaban sus homenajes a un supuesto Ser sobrenatural, no sólo distinto del mundo sino trascendente respecto de él, es decir, colocado en una categoría infinitamente superior, e inaccesible. De manera que los partidarios de tales ideas se declaraban separados del Cuerpo, a que pertenecían como miembros en virtud de su generación humana; eran, pues, miembros muertos, y sometidos a la dominación de una fuerza exterior distinta de la que podía vivificarlos, poniendo así en peligro la existencia del organismo entero. Importaba poco la fábula de la Encarnación que, al fin y al cabo, podía dejársela morir a manos de su misma insensatez; pero el concepto cristiano de la Divinidad era un crimen incalificable que destruía en su raíz el progreso y la felicidad del hombre.

El asesinato, el robo, el estupro y aun la anarquía misma, apenas tenían importancia, comparados con la monstruosa aberración deísta del Catolicismo, porque aquellos delitos herían al Cuerpo en regiones no necesarias para la vida, pero la última atacaba directamente al corazón; aquellos hacían sufrir a los individuos y por tal razón debían ser cohibidos y castigados, mas el dogma del Dios Trascendente era un veneno mortal que destruía en las células su lazo de unión con el principio de la vida. El catolicismo, pues, cometía el crimen de alta traición a los más sagrados intereses de la Humanidad, y la conservación de ésta exigía que tal creencia fuera barrida de la sobrehaz de la tierra.

Tales eran los principales argumentos presentados a la consideración de los que aún se retraían de aceptar las últimas declaraciones de Felsenburgh; y preciso era reconocer que el resultado había excedido a las esperanzas más optimistas. Ya se deja entender, sin necesidad de consignarlo, que el contenido lógico de los anteriores razonamientos fue servido al público, engalanado con variados adornos, entre doradas flores retóricas y arrebatos ardientes de pasión; y el efecto producido fue tan rápido, que pocos meses después pudo el Presidente del Mundo anunciar en comunicaciones oficiosas la intención de hacer votar en breve una ley que planteara las consecuencias emanadas de su sistema político.

A la sazón ese designio se había realizado plenamente.

Lo primero que hizo Oliverio, al regresar a su casa, fue dirigirse al cuarto de Mábel. Deseaba que ésta no recibiera la noticia sino de él mismo, a fin de atenuar la impresión del primer momento, Pero la joven estaba ausente, y los criados le hicieron saber que había salido, hacía más de una hora.

La contrariedad experimentada por Oliverio no es para descrita. La aprobación del decreto databa de hacía una hora; y, respondiendo a una pregunta de lord Pemberton, la

asamblea había declarado que en adelante no existía razón alguna para guardar el secreto, de modo que la decisión tomada podía comunicarse a la prensa. He aquí por qué el joven diputado había corrido apresuradamente a participar la noticia a su esposa; mas, para colmo de males, ésta no se hallaba en casa, y, de un momento a otro, los cuadros de anuncios darían a conocer al público el sensacional acuerdo recientemente aprobado por el Congreso pleno de representantes de la nación.

A pesar del profundo malestar que le atormentaba, Oliverio no se resolvió a practicar diligencia alguna, oprimido por mi sentimiento de vergüenza, Al cabo de una hora, llamó por fin a la camarera de Mábel, y le interrogó acerca del paradero de su señora, mas con resultados negativos: la sirvienta ignoraba a qué lugar se había dirigido su ama; quizá al templo próximo, donde en otro tiempo solía orar diariamente. Entonces envió allá la criada; y, entre tanto, se sentó junto a la ventana en la habitación de su mujer y se puso a contemplar tristemente la extensión inmensa, poblada de techumbres, doradas por el reflejo del sol próximo a ocultarse.

El cielo presentaba un aspecto extraño; en lugar del tinte de oro puro de las tardes precedentes, aparecían en él matices sanguinolentos que se extendían por la inmensidad del horizonte hasta donde la vista del observador alcanzaba a percibir. Pensó entonces maquinalmente en las noticias publicadas días atrás por los periódicos sobre los extraordinarios trastornos atmosféricos ocurridos en ciertas regiones del Asia. Además los telegramas de la víspera anunciaban grandes terremotos en América; y aquella misma mañana un ciclón formidable había asolado regiones enteras de los países escandinavos. Preguntábase interiormente si tales hechos guardarían alguna relación con... pero de pronto asaltóle de nuevo el recuerdo de su joven esposa.

Diez minutos después tuvo el consuelo de oír pasos en la escalera, y en el momento de levantarse para ver quién era el que subía, Mábel penetró en la habitación.

La expresión del rostro de la joven le reveló desde el primer momento que venía informada de todo. Entró sin decir una palabra, aunque harto elocuentemente hablaban la palidez intensa de su semblante, y la rigidez dura de su continente y modo de andar; no era indignación lo que en aquellas manifestaciones podía descubrirse, sino desesperación inmensa y resolución inquebrantable. Sus labios pálidos y contraídos, dibujaban una línea enteramente recta, mientras los ojos se ocultaban bajo los párpados con aire de supremo desdén e indiferencia. Se quedó de pie a la entrada del gabinete, cerrando maquinalmente la puerta detrás de ella, y sin avanzar un paso hacia su marido.

--¿Es cierto?--preguntó con acento duro.

Oliverio Brand hizo una profunda aspiración y volvió a sentarse.

--¿A qué te refieres, querida?

--¿Es cierto?--preguntó de nuevo la joven en el mismo tono de voz--¿es verdad que se va a someter a un interrogatorio a todo el mundo para llevar al patíbulo a los que crean en Dios?

Oliverio humedeció sus labios secos antes de responder.

--Hija mía, te expresas con una crudeza inverosímil.--La cuestión se reduce a si el mundo tiene o no derecho... Mábel le interrumpió con un brusco movimiento de cabeza.

--De manera que es cierto, ¿Y tú lo has firmado?

--Mira, querida, te ruego que no sigas de esa manera, Estoy enteramente abatido; y no te contestaré hasta que hayas oído lo que tengo que decirte.

--Dilo, pues,

--Hazme el favor de sentarte primero, Ella hizo con la cabeza un gesto negativo.

--Bien; como quieras... Pues la verdad es la siguiente: el mundo en la actualidad es uno y no múltiple. El individualismo ha muerto al ser elevado Felsenburgh a la Presidencia suprema y universal. Seguramente no dejas de ver claro que la situación en que hemos entrado es absolutamente nueva y sin semejante en ninguna época, Tú lo comprendes, tan bien como yo.

La respuesta fue un nuevo gesto de impaciencia,

--No; es preciso que te dignes escucharme hasta el fin--, continuó él con un acento en que se manifestaba el cansancio, --Perfectamente; ahora los acontecimientos han impuesto una moral nueva; estamos con toda exactitud en el caso de un niño que llega al uso de la razón, y, por lo tanto, debemos velar a fin de que el progreso continúe avanzando sin obstáculos ni retrocesos; tenemos obligación de no escatimar medio alguno para que los miembros todos del organismo social gocen de buena salud. «Si tu mano te escandaliza, córtala», dijo Jesucristo.

Pues eso es precisamente lo que nosotros repetimos en el caso presente. Ahora bien, cuando algún individuo afirma que cree en Dios--y digo «afirma que cree», porque dudo mucho que pueda encontrarse ningún creyente verdadero, o capaz de comprender la significación de tal creencia, --entonces el mero hecho de decir que se cree en Dios constituye el peor de todos los crímenes concebibles con respecto al porvenir de la especie humana; es lo que debe llamarse crimen de alta traición a los supremos intereses del mundo. Y, no obstante, a pesar de eso, nosotros no tratamos de apelar a la violencia. Todo habrá de ejecutarse de la manera más suave y humanitaria. ¿No has aprobado tú misma nuestras instituciones de eutanasia? Y bien; el procedimiento menos cruel y más caritativo es el que se empleará, y no otros.

Mábel repitió el signo mudo de disentimiento, hecho anteriormente, mientras el resto de su cuerpo continuaba en la rigidez e inmovilidad de una estatua,

--¿Y a qué viene todo eso?--preguntó.

Oliverio saltó en la silla, no pudiendo soportar la fría dureza de aquellas palabras...

--¡Mábel! ¡Amor mío...!

Los labios de la joven temblaron durante breves momentos; luego le dirigió una mirada de glacial indiferencia.

--No necesito explicaciones, ni súplicas--replicó; --son inútiles..., ¿De modo que verdaderamente has firmado?

--Sí; he firmado--respondió él por fin.

La joven volvió la espalda y se dispuso a abrir la puerta, pero Oliverio se lanzó sobre ella.

--¿Adónde vas?--le preguntó con ademán decidido,

Por la primera vez de su vida, Mábel contestó a su esposo lo contrario de lo que sentía, con intención plena y deliberada.

--Voy a descansar un rato. Nos volveremos a ver en seguida, a la hora de cenar.

Oliverio vaciló antes de dejarla partir; pero se tranquilizó al sentir la influencia de aquella mirada tan honrada y tan pura.

--Muy bien, querida mía... Sólo te ruego, Mábel, que procures hacerte cargo del as cosas.

Media hora después, bajó a cenar, tan provisto de razones como inflamado de apasionada esperanza, Los argumentos que se proponía exponer a su esposa le parecían contundentes; aceptadas las premisas como uno y otro lo habían hecho, era preciso aceptar también la conclusión.

Aguardó uno o dos minutos; y, en vista de que Mábel no llegaba, tomó la bocina de comunicación con las habitaciones de la servidumbre y preguntó:

--¿Dónde está la señora?

Después de unos instantes de silencio llegó la respuesta, --Ha salido hace media hora. Yo creía que el señor lo sabía.

Aquella misma tarde Míster Francisco se hallaba ocupadísimo en su despacho, estudiando los pormenores de la gran festividad de la Subsistencia, que debía celebrarse el día primero de julio. Era la primera vez que la ceremonia tendría lugar y ansiaba que el éxito feliz no desmereciera del obtenido en las anteriores. Las peculiares condiciones de la fiesta exigían que los ceremoniarios conociesen detenidamente las diferencias que la distinguían de las anteriores,

Así, pues, sentado delante del modelo que tenía sobre la mesa y que era una pequeña reproducción del interior de la Abadía, con minúsculas figuras de madera transportables de un punto a otro, Míster Francisco se preparaba a completar con notas marginales, esmeradamente escritas, las instrucciones de su ejemplar del Orden de las Ceremonias.

Cuando el portero de la casa le telefoneó, unos minutos después de las veintiuna, comunicándole que una señora deseaba verle, respondió, con cierta aspereza, que le era imposible recibir a nadie. Pero el timbre telefónico, resonó de nuevo, y a la pregunta impaciente de Míster Francisco, contestaron que era la señora de Brand la que deseaba una entrevista de breves minutos. Este anuncio cambió por completo la situación. Oliverio Brand era un personaje de elevada representación y poderosa influencia; su esposa, por consiguiente, merecía que se la tratara con todo género de miramientos. Por eso Míster Francisco, después de mil excusas, ordenó que la visitante fuera recibida inmediatamente en la antecámara,

La joven señora parece muy tranquila esta tarde--se dijo entre sí el exsacerdote al estrecharle la mano.--Traía el velo bastante caído por la parte anterior, de modo que difícilmente podía distinguirse el rostro, pero la voz le parecía haber perdido su ordinaria vivacidad.

--Siento muchísimo interrumpiros, Míster Francisco dijo la recién venida.--Deseo únicamente preguntaron una o dos cosas.

El gran ceremonlario sonrió, tratando de inspirar confianza a su interlocutora.

--El señor Brand, sin duda...

--No--interrumpió ella, --no es el señor Brand quien me envía: vengo para un asunto de mi personal incumbencia, que os expondré sin dilación, porque no quiero robaros el tiempo.

El incidente parecióle a Míster Francisco algo singular; pero pronto iba a saber de qué

se trataba.

--Supongo --continuó la joven--que habéis conocido al Padre Franklin; ¿no es así? Ha sido nombrado Cardenal, según mis noticias. ¿Qué hay de cierto en esto?

El interrogado respondió, siempre con la misma sonrisa de complacencia, que, en efecto, era verdad.

--¿Y sabéis si vive aún?

--No. El Padre Franklin ha muerto: estaba en Roma cuando esta ciudad fue destruida.

--¡Ah! ¿Pero estáis seguro de ello?

--Completamente seguro, Uno de los Cardenales logró escapar, Steinmann, que después fue ahorcado en Berlín. El Patriarca de Jerusalén, que no estaba en Roma en el momento de la catástrofe, falleció algunas semanas después.

--Y bien, señor, he aquí mi primera pregunta, que de seguro hallaréis bien extraña: ¿por qué creen los católicos en Dios? Para proponeros esta cuestión, tengo razones especiales que por el momento no puedo explicaron, pero que vos mismo comprenderéis muy pronto.

--La sorpresa del exsacerdote fue tan honda e inesperada, que por un instante se quedó mirando de hito en hito a su interlocutora, sin decir una palabra,

--Sí--repuso la señora Brand, tranquilamente, --ya sabía yo que mi pregunta había de pareceros rarísima, pero...

Aquí la joven vaciló un momento, y después continuó con resolución:

--Bien; yo os diré: el hecho es que tengo una amiga amenazada de muerte por el decreto últimamente promulgado. Deseo poder discutir con ella los fundamentos de su creencia para ver de traerla al buen camino, librándola del riesgo que corre; y, al efecto, necesito enterarme de las razones que he de oponer a sus argumentos, Y como vos sois el único sacerdote que conozco--es decir, la única persona que existe entre mis conocidos que haya gozado de la referida dignidad, ya que el Padre Franklin no existe, --he creído que no habíais de negaros a facilitarme la información que necesito.

Su voz era natural, sin el menor dejo de inseguridad ni agitación. Míster Francisco sonrió genialmente, mientras se frotaba suavemente las manos.

--¡Ah!--respondió.--Sí, ya comprendo... Esa es cuestión larga de exponer. ¿No sería preferible quizá mañana?

--A mí me basta con un breve resumen de la materia. Tengo vivísimo interés en enterarme a la mayor brevedad; porque la nueva ley, como sabéis, comenzará a aplicarse...

El ceremoniario asintió con una leve inclinación.

--Bien--dijo después, --la sustancia del asunto se reduce a esto: los católicos dicen que Dios puede ser percibido por la razón, y que del orden establecido en el universo se infiere la existencia de un Ordenador, de un Espíritu Inteligente, ¿comprendéis? Y luego añaden que pueden deducirse muchas otras cosas referentes a Dios, y en especial, que es Amor, a causa de la felicidad...

--¿Y el dolor?--interrumpió ella.

El exsacerdote sonrió de nuevo. --Ahí está, ahí está precisamente el punto flaco.

--Pero ¿cuál es su doctrina sobre el particular?

--Pues, en resumen, afirman que el dolor es consecuencia del pecado...

--¿Y el pecado? decidme, porque yo lo ignoro todo, Míster Francisco.

--El pecado es la rebelión de la voluntad del hombre contra la de Dios.

--¿Qué quieren decir con eso?

--Dicen que Dios deseó ser amado por sus criaturas, y que por tal razón las hizo libres, porque de otro modo su amor y servicio hubieran carecido de mérito, Pero, siendo libres, se entiende que podían prestar o rehusar a Dios el amor y la obediencia debidas; lo segundo es precisamente lo que se llama pecado. Ya veis qué tonterías...

La joven hizo un ligero movimiento de cabeza.

--Sí, si--repuso, --pero yo desearía llegar a conocer todo lo que piensan los católicos... ¿No hay más que lo que acabáis de exponer?

--¡Oh! hay mucho más, ciertamente. Lo dicho no contiene apenas más que algunas verdades fundamentales; pero quedan todavía otra infinidad de cosas.

--¿Cuáles son?

--Es imposible, señora, exponerlas en cuatro palabras. Pero creen además, por ejemplo, que Dios se ha hecho hombre, que Jesús es Dios, y murió por librarlos del pecado.

--¿De modo que los padecimientos y la muerte han sido los instrumentos de la expiación?

--Sí: los padecimientos y la muerte. Bien; lo principal es lo que ellos llaman la Encarnación del Hijo de Dios, Lo restante dimana de este hecho, Y debo confesar que, una vez admitida la Encarnación, todo lo demás se deduce necesariamente, aun el uso de los escapularios y del agua bendita,

--Míster Francisco, no entiendo una palabra de lo que estáis diciendo.

El ceremoniario sonrió con indulgencia.

--No lo extraño, señora; es un tejido de locuras extravagantes. Y, sin embargo, como sabéis, hubo un tiempo en que yo mismo las he creído.

--Pero todo ello parece antirracional.

Un ligero gesto de duda acogió esta observación. --Efectivamente --respondió el exsacerdote, --en cierto sentido es a todas luces irracional; pero mirado a otra luz...

De pronto la señora de Brand se inclinó hacia adelante, ansiosa de oír la continuación de lo que el ceremoniario había comenzado a decir.

--He ahí justamente lo que deseo saber. Decidme, pues, cómo justifican tales doctrinas, Míster Francisco permaneció silencioso unos momentos en actitud de reflexionar, y luego añadió lentamente: --Conforme a lo que yo puedo recordar, los católicos dicen que hay todavía otras facultades además de la inteligencia; así, por ejemplo, sostienen que el corazón descubre cosas ocultas a la facultad discursiva, es decir, tiene sus intuiciones que le

son peculiares, ¿Comprendéis? Afirman también que las cosas, tales como el sacrificio de sí mismo, el honor y aun el arte, provienen del sentimiento, y que las potencias intelectivas intervienen después para regularlas técnicamente mas no para producirlas, porque esto excede los límites de su eficiencia y virtualidad.

--Me parece que comprendo,

--Pues bien, la religión, según ellos, es una de estas cosas; lo cual equivale a reconocer que se reduce a mero asunto de emoción.

El exsacerdote se interrumpió de nuevo, como temiendo haber sido injusto. Luego prosiguió:

--Hablando con todo rigor, no es eso precisamente; pero en resumen--

--Acabad-- insistió la señora,

--En resumen, dicen que existe una cosa denominada fe, es decir, una especie de convicción profunda, sin semejante con ninguna otra clase de convicción, una gracia sobrenatural que se supone concedida por Dios a todos los que la desean, a los que la imploran y llevan una vida ajustada; y por el mismo estilo continúan...

--¿Y esa fe?

--Esa fe, apoyada en lo que ellos llaman motivos de credibilidad, les da la certeza absoluta de que hay un Dios, Creador del hombre, etc., y todo lo restante hasta la Iglesia en sus más insignificantes pormenores. Y agregan que prácticamente se hallan demostradas esas verdades por el efecto que su religión ha producido en el mundo y por el modo con que explica la naturaleza humana--En el fondo se trata, como veis, de un sencillo caso de autosugestión.

El narrador oyó un suspiro y se detuvo.

--¿Os parece más claro ahora?--preguntó a la joven.

--Gracias señor--respondió la interrogada; --pero sin duda creo entenderlo algo mejor después de vuestras explicaciones... Y ¿es cierto que son innumerables los mártires de la fe cristiana, a pesar de lo extraño de sus doctrinas?

--Oh, seguramente, millares y millares; pero de lo mismo se jactan otras religiones, por ejemplo, el mahometismo,

--Y los mahometanos creen también en Dios, ¿no es verdad?

--Creían en otro tiempo, porque hoy deben de ser muy contados entre ellos los verdaderos creyentes: los demás se han hecho esotéricos, como ellos dicen.

--Y ¿cuál de las dos partes del mundo os parece más adelantada, el Oriente o el Occidente?

--¡Oh! El último, sin duda alguna, El Oriente piensa poco y ejecuta menos. Y es sabido que tal proceder conduce fatalmente a la confusión y parálisis del pensamiento mismo.

--Pero el cristianismo ha sido la religión de los pueblos occidentales casi hasta nuestros días.

--Es verdad--afirmó Míster Francisco, sin hacerse cargo de la observación.

Calló entonces la joven, y el ceremoniario tuvo tiempo de reflexionar en lo extraño de la entrevista, Indudablemente era grande el afecto que profesaba a la amiga cristiana por quien se interesaba de aquel modo.

Entonces se levantó Mábel y lo mismo hizo Míster Francisco.

--Gracias, señor... No quiero molestaron más tiempo.

Él la acompañó mientras se dirigía a la puerta, pero después de dar algunos pasos, Mábel se detuvo.

--Y vos que habéis sido educado en esas creencias, ¿no volvéis a invocarlas de vez en cuando?

--Os aseguro que si alguna vez pienso en ellas, me producen el efecto de un sueño.

--Y ¿cómo explicáis ese hecho? o mejor ¿cómo lo explicarían vuestros antiguos correligionarios los católicos? --Diciendo que yo he abandonado la luz, y que la fe se ha retirado de mí.

--Pero vos mismo, ¿qué decís?

El exsacerdote reflexionó un momento.

--Pues yo diría sencillamente que me he impuesto una autosugestión más poderosa en sentido diferente.

--Comprendido, ¡Buenas noches, Mister Francisco!

La señora Brand no consintió que el ceremoniario la acompañara en el ascensor; de modo que cuando el último vio que la caja de hierro descendía suavemente y sin ruido, volvió a buscar su modelo de la Abadía y los muñecos de madera con que estaba entretenido, cuando la visita le sorprendió-- Pero antes de reanudar su tarea, permaneció largo tiempo con los labios cerrados y la mirada perdida en el vacío.

VANOS fueron los esfuerzos de Mábel cuando despertó, una semana después, a despuntar la aurora, para darse cuenta, en los primeros instantes, del lugar en que se hallaba, Hasta llegó a pronunciar en voz alta el nombre de Oliverio, mientras paseaba con extrañeza la mirada por el recinto de la habitación.--¿En dónde estoy?--se preguntó restregándose los ojos; pero de allí a poco reaparecieron sus recuerdos de los días anteriores y se tranquilizó.

Era el octavo día de su residencia en el asilo; el período de prueba quedaba terminado, y podía libremente ejecutar el proyecto que la había llevado allí, El sábado de la semana anterior había sufrido el examen privado ante un magistrado especial, confiándole, bajo las condiciones ordinarias de secreto absoluto, su nombre y dirección, así como los motivos que tenía para solicitar la aplicación de la eutanasia.

Manchester era el punto donde le pareció más conveniente realizar esa aplicación, por reunir las condiciones de ciudad lejana y bastante populosa para despistar las indagaciones de Oliverio; y, por cierto, que no se había equivocado en la elección, ni el sigilo había sido quebrantado. Ningún indicio le daba motivo a suponer que su marido tuviera la menor noticia del Intento que abrigaba; aunque nada tenía de particular, porque, como ella sabía bien, en casos de esta índole la policía tenía obligación de prestar auxilio a los fugitivos.

En la nueva organización social se había respetado al individualismo su último derecho; de modo que las personas cansadas de la vida podían abandonarla, a su arbitrio,

cuando lo creyeran conveniente. Sise trata de las razones que indujeron a Mábel a elegir la eutanasia con preferencia a los demás métodos, todas ellas se resolvían en la imposibilidad de recurrir a otro expediente. El cuchillo exigía destreza y resolución; las armas de fuego le eran odiosas por su estrépito escandaloso, y los venenos se obtenían con suma dificultad, dados los nuevos reglamentos de policía, Y aparte de esto, la joven deseaba seriamente poner a prueba sus intenciones y adquirir la plena seguridad de que no había otro medio de resolver el conflicto moral que la atormentaba.

Respecto de lo último poseía la más absoluta certeza. La idea del suicidio se le había presentado por primera vez ante el espectáculo de salvaje crueldad, de que fue testigo una noche de diciembre. Después, esa idea se había desvanecido ante la consideración de que el hombre continuaba sujeto a la influencia pasajera de sus pasados instintos.

Pero muy en breve, el designio fatal surgió de nuevo en el fondo de su espíritu, a modo de fantasma helado e irresistible que aparecía envuelto en las ráfagas de luz proyectadas por las últimas declaraciones de Felsenburgh. Desde entonces el fantasma se incrustó de un modo permanente en su pensamiento; pero ella le había resistido, esperando contra toda esperanza que la declaración del Presidente no fuera puesta en práctica, y recurriendo al olvido o rebelándose a veces contra los horrores de las nuevas doctrinas. Sin embargo, la funesta obsesión perseveró con inflexible tenacidad; y, por fin, cuando la teoría política se convirtió en ley, discutida y aprobada, Mábel hubo de ceder resueltamente a sus fatídicas sugestiones. Ocho días habían transcurrido desde entonces, sin que su decisión en el decurso de la semana vacilara un solo instante.

Sin embargo, en lo sucesivo, sus recriminaciones de otras veces habían cesado por completo, acalladas por la lógica. Lo único que le constaba es que por su parte no podía soportarlo; que se había equivocado y comprendido mal los dogmas de la fe nueva; y que, pensaran los demás como quisieran, para ella el nuevo Evangelio no encerraba el menor motivo de esperanza... Para colmo de males, la naturaleza ni siquiera le había concedido el consuelo de darle un hijo.

La semana reglamentaria de asilo había transcurrido en medio de la mayor tranquilidad. El dinero que la joven tuvo la precaución de llevar consigo le facilitó la admisión en uno de esos establecimientos particulares, cuya instalación lujosa y cómoda correspondía a sus hábitos anteriores; y las hermanas guardianas encargadas de la asistencia se le habían mostrado amables y cariñosas, evitándole todo motivo de queja.

Sin duda no le habían faltado sus ratos de sufrimiento producido por inevitables períodos de reacción. Especialmente la segunda noche de su llegada, mientras yacía en la oscuridad abrasadora de su alcoba, todo su ser sensible había protestado rebelándose contra el destino libremente aceptado por ella misma. Los instintos inferiores habían reclamado las satisfacciones ordinarias, la promesa de alimento, de aire respirable, de comercio humano; la negrura insondable del abismo hacia el que se sentía atraída la había hecho retorcerse de horror, sin que, en esta angustia espantosa, la joven hubiera recobrado la paz sino cuando una voz más profunda murmuró al oído de su alma, con acento sobrenatural de certeza, que la muerte no era el fin de la existencia. Después, al venir la claridad del día la calma se había restablecido; la voluntad, dueña otra vez de sus actos, había entrado de nuevo a regir los de las demás facultades, y la esperanza secreta en una vida ulterior había brillado con destellos de luz consoladora.

Posteriormente le asaltaron dos o tres veces los terrores de crueldades cometidas en establecimientos análogos al en que ella se encontraba, al acordarse de las revelaciones escandalosas que pusieron en conmoción a Inglaterra entera, diez años atrás, y motivaron la intervención directa del gobierno. Se descubrió, en efecto, que durante largos años, en los grandes laboratorios de vivisección, se habían hecho experimentos en personas refugiadas como ella en casas de eutanasia, después de administrarles gases que suspendían la vida en lugar de destruirla... Mas aun estos recelosos temores se habían desvanecido con la venida de la luz del día. El sistema nuevo cerraba en absoluto la puerta a la repetición de

tales abusos, por lo menos en Inglaterra y en otros muchos países, aunque no faltaran regiones, donde el sentimiento más debilitado y la lógica más imperiosa contribuían a llevar a las últimas consecuencias el principio de que «los hombres no eran más que animales...»

En cuanto a molestias de orden físico, la única verdaderamente penosa era el calor insoportable de los días y las noches. Los sabios afirmaban que acababa de producirse una corriente de calor, de origen desconocido; las teorías ideadas para dar explicación del hecho eran numerosas, y la fama de algunas había llegado hasta el retiro en que Mábel se encontraba, aunque sin mayores visos de probabilidad que las demás.

La joven reflexionó entonces en la ignorancia humillante de los hombres, en medio de sus pretensiones de haber tomado por su cuenta el gobierno del mundo. Para mayor desdicha, a las desagradables condiciones atmosféricas se habían unido otros graves trastornos y desastres: en varios puntos, temblores de tierra prodigiosos; una tempestad en América había destruido de una vez treinta y dos ciudades; los marinos hablaban de alteraciones anormales en los océanos, donde se advertía la desaparición de varias islas; el amenazador Vesubio parecía disponerse a poner término a sus devastadoras erupciones con un desenlace monstruoso.

Nadie conocía la explicación de tan extraños fenómenos. Alguien hubo bastante atrevido para insinuar que en el centro de la tierra había tenido lugar un cataclismo terrible... y Mábel recordaba haber oído a su nodriza que la catástrofe final sería producida por una conflagración general del globo... Sin embargo, no dió gran importancia a este recuerdo; harto más le apenaba que la elevada temperatura del aire no le permitiera pasear largo rato en el jardín, obligándola a permanecer día y noche en la relativa frescura de su cuarto, situado en el segundo piso.

Sólo quedaba otro asunto que la interesara, moviéndola a pedir noticias, es a saber, los resultados del nuevo decreto, pero la asistenta no parecía estar muy enterada. Se decía que habían ocurrido una o dos ejecuciones. La aplicación de la ley no había alcanzado todavía gran desarrollo; aunque, bien miradas las cosas, una semana no era tiempo bastante para que se dejaran sentir las consecuencias de la nueva ley, y los magistrados comenzaban a instruir las diligencias encaminadas a la formación del Censo prescrito.

Al despertar en la mañana de este mismo día y tender la vista alrededor de su gabinete, parecióle que el calor era más insoportable que nunca, Durante un minuto creyó haber dormido demasiado, pero su reloj de repetición le hizo ver que acababan de dar las cuatro. ¡Bah! afortunadamente no tendría que sufrir estas molestias por mucho tiempo, porque a eso de las ocho todo podría estar ya terminado. Tenía que escribir a Oliverio su carta de despedida, y arreglar muchos asuntos más,

Con respecto a la moralidad del acto que pensaba ejecutar, o en otros términos, por lo que se refería a la relación que guardaba su designio con el bien común de los demás hombres, Mábel no sentía la menor duda. Ella creía con el resto del mundo humanitarista que, si los dolores físicos justificaban el suicidio, con igual razón los padecimientos morales autorizaban a tomar la misma extrema resolución. Cuando la desgracia de un individuo le hiciera inútil para sí mismo y para el resto de los hombres, lo más caritativo era desaparecer de la colectividad, Pero nunca se le había ocurrido en tiempos pasados que pudiera caberle a ella esa desdicha, cuando la vida se le había mostrado tan llena de seducciones y atractivos,

La realidad, sin embargo, se le imponía al presente de una manera irresistible, abrumadora; sobre esto no había cuestión. En el transcurso de la semana había pensado frecuentemente, en la conversación sostenida con Míster Francisco. Habíase visto impulsada a hacer esta visita por un movimiento casi instintivo, arrastrada por la necesidad de saber cuáles eran las doctrinas del partido opuesto, y si el cristianismo era verdaderamente tan ridículo como ella había pensado siempre.

Ridículo, no lo era en modo alguno; en todo caso lo que podría llamársele era terriblemente patético, un sueño maravilloso, una exquisita concepción poética. Suprema ventura sería poder creer en ella. Pero ella no podía hacerlo: no, un Dios trascendente era a su juicio una idea absurda; y lo mismo pensaba del concepto del hombre trascendente.

Para ella no había, pues, solución posible. La única religión que podía aceptarse era la del humanitarismo; y ahora resultaba que su corazón no quería nada con el Dios de tal creencia. Los más delicados sentimientos que era capaz de sugerir se reducían a emociones refinadas.

Invocaba también ahora a la altísima opinión que le había merecido Felsenburgh: indudablemente era el hombre más portentoso que jamás había visto, y aun conceptuaba muy probable que fuese en realidad lo que ella había imaginado, la encarnación del hombre ideal, el primer producto perfecto de la especie.

Pero la lógica de sus doctrinas contradecía brutalmente a lo que a ella le dictaba el corazón. Porque comprendía bien que no había la menor sombra de contradicción en el hecho de haber proclamado Felsenburgh la necesidad de exterminar a los cristianos, pocas semanas después del célebre discurso en que condenó con los términos más duros la destrucción de Roma. El gran hombre había reprobado la pasión fratricida, la guerra de secta contra secta, calificándolos de elementos destructores de la raza; había execrado la pasión, pero no la acción universal y legal.

Su último decreto era un acto legítimo de la mayoría del mundo contra una ínfima minoría, que amenazaba de muerte el principio de la vida y de la fe; la ejecución de la ley debería ir acompañada de todo género de humanitarias consideraciones; en realidad no se veía espíritu de venganza, pasión ni partidismo, como no podía verse en la amputación de un miembro gangrenado. Oliverio se lo había hecho entender así bien claramente. Sí; aquella medida era lógica y necesaria; y, sin embargo, los instintos de su naturaleza se revelaban contra ella, privándole de la fuerza necesaria para resignarse...

¡Qué sublime era, a pesar de todo, la figura de Felsenburgh! El alma se solazaba, aun con el recuerdo solo de sus discursos y de su personalidad. ¡Cuánto habría gozado contemplándole otra vez! Pero, al cabo, de nada serviría; lo mejor era conservar el espíritu tranquilo hasta donde fuera posible. El mundo seguiría su camino sin ella, ni más ni menos que hasta el presente..., y, por su parte, no podía soportar por más tiempo el hastío de la realidad.

Todavía continuó divagando medio en sueños algunos instantes, hasta que, al abrir los ojos, vino a sorprenderle la presencia de un semblante dulce de mujer con tocas blancas, que se inclinaba sonriente sobre ella.

--Son ya cerca de las seis, querida, la hora en que debía venir a llamaros, según me dijisteis. ¿Queréis que os traiga el desayuno?

Mábel exhaló un profundo suspiro; luego se incorporó con movimiento rápido y se dispuso a abandonar el lecho.

La seis y media daban en el pequeño péndulo de la chimenea, cuando la joven escribía las últimas palabras de su carta. Recogió las hojas repletas de letra apretada que había ido colocando sucesivamente sobre la mesa; se echó atrás en su mullida butaca y comenzó a leer:

Casa de descanso, n.° 3, Manchester W. «Querido mío: De corazón lamento lo que sucede; pero me es imposible resistir por más tiempo al deseo vehemente de librarme de la angustia que me oprime, valiéndome, al efecto, del único medio aceptable. Aquí he gozado una semana de relativa calma y bienestar; todos han rivalizado en darme pruebas de consideración y de cariño, Supongo que la simple lectura del membrete que encabeza es-

tas líneas te habrá dado a comprender enseguida la clase de establecimiento en que me hallo...

»No dudarás, Oliverio de mi vida, que siempre te he querido con toda el alma y te quiero todavía de igual modo aun en este momento. Tienes, por tanto, derecho a conocer las razones de mi determinación, hasta donde yo misma las conozco, aunque no acabo de comprender bien el estado de mi espíritu; pero, desde luego, siento con insuperable evidencia que me faltan las fuerzas para sobrellevar la vida por más tiempo. Fui feliz, mientras me duró el entusiasmo de los primeros momentos, especialmente cuando se verificó la venida de Felsenburgh. A lo que yo entiendo, padezco irremediablemente de una desilusión imprevista que ha matado en mi corazón todo sentimiento de esperanza. Los acontecimientos han sido muy diferentes de como yo los había soñado. Al presente reconozco que lo sucedido es lógico y justo y que la paz del mundo debe tener sus leyes, así como también el derecho de defenderse por todos los medios. Pero, ya ves, amado mío, no es ésta la paz que responde a las aspiraciones de mi alma; y ahora creo de una manera indubitable que mi suprema desgracia consiste en vivir.

»Y luego, he aquí otra dificultad. Sé muy bien cuán profundamente identificado te encuentras con el nuevo orden de cosas; y me parece muy natural que así suceda siendo como eres infinitamente más fuerte, razonable y justo que yo. Pero si tienes una esposa, es preciso que piense y sienta como tú; y Mábel no está contigo, pobre amado del alma, no está en el fondo de tu corazón, a pesar de creer que tú eres el que estás en lo cierto y que posees la verdad... ¿Me comprendes bien, vida mía?

»Si hubiéramos tenido descendencia, sin duda habría sido otra cosa; sin duda me habría resignado a vivir por el amor del hijo de mis entrañas, Pero por la Humanidad... ¡ah, Oliverio! no puedo, no puedo de ningún modo.

»Ya veo que estoy equivocada, y que tú tienes razón: pero no puedo desprenderme de los sentimientos de mi naturaleza, y por lo mismo tengo la certeza de que debo desaparecer.

»Necesito decirte, además, que la muerte no me inspira horror ni miedo de ningún género; ni comprendo que pueda inspirarlos a nadie, como no sea a los cristianos. ¡Oh! Si fuera cristiana, me parece que habría de sentir un terror espantoso. Pero, ya ves, ambos sabemos con toda seguridad que no hay nada más allá del sepulcro. Además, si hubiera que soportar algunos padecimientos, sería natural que sintiera algún temor; pero los médicos me aseguran que el postrer instante llega sin el más leve indicio de malestar, como el principio de un sueño reparador. Los nervios mueren antes que el cerebro. Pienso aplicarme la eutanasia yo sola, y sin testigos, Dentro de contados minutos, mi asistenta Ana, que es persona de toda mi confianza y cariño, me traerá el aparato y se retirará después.

»Dejo absolutamente en tus manos las disposiciones posteriores a mi muerte y que se refieren a todas mis cosas, La cremación tendrá lugar mañana a mediodía; de modo que tienes tiempo de venir si lo estimas conveniente. O puedes telefonear, y se te enviará la urna cineraria. Sé que has querido tener en el jardín la que contiene los restos de tu madre, y acaso te agrade conservar los míos en el mismo lugar. Todo cuanto me pertenece te lo dejo íntegro.

»Ahora, querido mío, tengo que decirte además que siento a par del alma haber sido para ti tan fastidiosa y tan tonta. Creo haber dado crédito desde el principio a tus opiniones; pero siempre ha existido algo dentro de mí, que se oponía al convencimiento. ¿Comprendes en vista de esta confesión cuál ha sido la causa de los disgustos que te he ocasionado?

»¡Oliverio, amado mío, tú has sido extraordinariamente bueno para mí...! Sí; escribo estas palabras llorando, pero en el fondo me siento feliz. Lamento de todas veras las inquietudes que te habrá ocasionado mi ausencia durante la última semana; pero, como

comprenderás, me ha sido imposible evitarlo. De haber tenido tú noticia de mis intenciones y paradero, me habrías disuadido de llevar a cabo mi resolución; y esto hubiera sido lo peor que pudiera ocurrir. También te pido perdón por no haberte dicho la verdad cuando me preguntaste por el lugar adonde me dirigía; y te juro que es la primera y única vez que has oído de mis labios una mentira.

»No encuentro ni se me ocurre otra cosa más que escribirte. i0liverio, vida mía, amor de mi alma! ¡adiós...! Recibe mi amor y todo mi corazón.

MABEL. »

Continuó inmóvil todavía, después de la lectura, dejando correr en silencio las lágrimas abundantes que se agolpaban a sus ojos. Y, no obstante, era muy cierto que la perspectiva de retroceder en su propósito, la habría colocado en una situación mucho más desgraciada. El vivir le causaba náuseas; la muerte se le ofrecía como el único y supremo recurso; su alma la anhelaba con ansia, como el cuerpo rendido de fatiga anhela el descanso y el sueño.

Escribió con pulso firme la dirección, dejó la carta ya cerrada sobre la mesa, y se dejó caer de nuevo en la butaca frente al intacto desayuno que la hermana le había servido,

De pronto acudió a su mente el recuerdo de su conversación con Míster Francisco; y por una extraña asociación de ideas, recordó la caída del aéreo en Brighton, la figura del joven sacerdote de cabellos blancos prestando sus auxilios religiosos a los moribundos y las cajas para administrar la eutanasia...

Cuando Ana, su asistenta, entró algunos minutos después se sorprendió no poco de ver el estado de la joven. Esta se hallaba de pie, con las manos apoyadas en el alféizar de la ventana y los ojos fijos en el cielo, reflejando en su semblante una impresión de horror indecible.

La sirvienta atravesó rápidamente la pieza, dejando algo que traía, encima de la mesa, al pasar junto a ella, y cuando hubo llegado cerca de la joven, puso la mano sobre el hombro de ésta, diciendo:

--¿Qué es eso, hijita?

Se oyó entonces un prolongado sollozo, y Mábel se volvió para abrazar a su guardiana con una mano temblorosa, mientras con la otra señalaba a cierta región del cielo.

--¡Allí!--repuso con acento alterado.--¡Allí! ¡mirad...!

--Y bien, querida, ¿qué es lo que hay allí? Yo no veo más que el cielo está un poco oscuro.

--¿Oscuro?--repitió Mábel.--¿Un poco oscuro llamáis a eso...? ¡Oh! Negro, horriblemente negro debéis decir.

La asistenta atrajo suavemente a la joven hacia la butaca, advirtiendo los síntomas de una crisis de terror nervioso, fenómeno bastante habitual en los momentos de supremo esfuerzo.

Pero Mábel se desasió rápidamente de la camarera y volvió de nuevo a la ventana.

--¿Cómo podéis decir que aquello está solamente un poco sombrío? ¡Mirad, hermana, mirad...!

Nada de extraordinario había que valiera la pena de ser contemplado. Frente a la ven-

tana se alzaba la frondosa copa de un fresno; luego se veían las ventanas cerradas de las habitaciones que daban al patio, los muros fronterizos, el tejado, y en lo alto el cielo matinal un poco pesado y polvoriento, como barruntando tempestad; y nada más.

--Pero decidme qué hay, querida. ¿Dónde está eso de que habláis?

--¡Oh! ved, ved; y ahora, ¿no oís?

Un ruido sordo y lejano, semejante al producido por el rodar de un camión, se percibía de una manera tan confusa y débil, que hubiera podido tomársele por una simple ilusión acústica. Pero la joven se tapaba los oídos con ambas manos, y su rostro parecía una máscara de mármol con ojos espantados, imagen viva del terror. La guardiana la abrazó tiernamente con aire de maternal compasión.

--Hija mía--le dijo, --la excitación os ha trastornado, Eso que tanto os aterra no es más que un ligero rumor de tormenta. Tranquilizaos, pues, y no os agitéis inútilmente. Sentaos y estaréis mejor.

La camarera sintió temblar entre sus brazos el cuerpo de la joven; pero pudo, sin resistencia, instalarla cómodamente en la butaca.

--¡Las luces! ¡las luces!--sollozó Mábel.

--¿Me prometéis aquietaros?

La joven inclinó la cabeza en señal de asentimiento; y entonces la asistenta se dirigió a un rincón de la estancia, sonriendo con expresión de lástima. ¡Cuántas veces había presenciado escenas semejantes! Un instante después, la luz solar bañaba el interior de la pieza en fulgores de exquisita blancura y suavidad. Pero la camarera observó al volverse, que Mábel había aproximado su butaca a la ventana, y comenzaba otra vez a contemplar el cielo por encima de los tejados, mostrando en la actitud de sus manos crispadas la violenta crisis nerviosa que padecía,

--Querida mía--le dijo la camarera, --procurad dominar vuestros nervios, que están a punto de estallar, ¿Queréis que cierre las persianas?

Mábel volvió el rostro... Sí, ciertamente, la luz le producía notable alivio; su semblante conservaba aún la palidez y la expresión de asombro, pero los ojos recobraban su manera habitual de mirar.

--Hermana--dijo a su acompañante con voz desfallecida, tened la bondad de examinar otra vez el cielo, y decidme si véis o no algo anormal. Si me decís que no hay nada, voy a creer que me estoy volviendo loca.

Pero no, no había nada. El cielo estaba un poco oscuro, como si una tempestad se preparase, mas apenas se distinguía otra cosa que algunos estratos, y la luz aparecía empañada ligeramente por tonos cárdenos, exactamente con el aspecto que suele presentar poco antes de sobrevenir una tempestad de primavera.

El semblante de Mábel se serenó todavía más, --Gracias, hermana... Entonces...

Y mientras decía esto, se volvió hacia la mesita en que la guardiana había dejado lo que acababa de traer.

--Explicadme--añadió--la manera de usar el aparato.

Pero la camarera vaciló unos instantes.

--¿Tenéis certeza de que no os halláis demasiado asustada? ¿Deseáis que os traiga alguna cosa?

--No, no quiero nada--respondió Mábel con firmeza. Decidme cómo se hace la aplicación.

La asistenta se acercó a la mesita.

Sobre ella había una caja recubierta de esmalte blanco, y delicadamente pintada con flores; de una de las paredes del recipiente salía un tubo blanco, flexible, terminado por ancha embocadura y provisto de dos broches de acero; mientras en otro de los lados del aparato se veía un mango de porcelana.

--Pues bien, querida--comenzó tranquilamente la guardiana, observando los ojos de Mábel, que miraban alternativamente hacia la ventana y al interior de la habitación.--Os sentaréis en la misma forma en que os halláis ahora, con la cabeza un poco echada hacia atrás, si os parece. Cuando estéis preparada, aplicaréis el inhalador a la boca, sujetándolo a la cabeza con estos dos prendedores... Así... ¿lo véis...? esto se adapta de la manera más sencilla. Luego daréis vuelta a la manivela en este sentido, y aguardaréis tranquilamente.

Mábel significó, por señas, que estaba enterada; había recobrado el dominio de sí misma y prestado atención a las instrucciones de la asistenta; no obstante, su mirada se volvía incesantemente hacia la ventana,

--¿Eso es todo?--repuso.--Comprendo perfectamente. ¿Y después?

La camarera la contempló un momento con cierta inquietud.

--Después, nada, Respirad tranquilamente, y en breve os sentiréis adormecida; entonces cerraréis instintivamente los ojos, y habréis concluido.

Mábel dejó el tubo sobre la mesa y se levantó, enteramente dueña de sí misma.

--Dadme un beso, hermana--dijo después.

La camarera en el momento de salir de la pieza saludó a la joven con una inclinación de cabeza y una sonrisa; pero Mábel apenas lo advirtió, atraída siempre por el espectáculo que desde la ventana podía contemplarse.

--Volveré a la media hora--dijo la asistenta; y en aquel momento advirtió que había un sobre blanco encima de la mesa.--¡Ah, una carta!--añadió.

--Sí; haced el favor de llevárosla.

La sirvienta la tomó, y después de echar una ojeada a la dirección y otra a Mábel, vaciló.

--Después de media hora--volvió a decir.--No hay prisa. Sólo se tardan cinco minutos... Adiós, querida mía...

Pero Mábel continuaba mirando todavía por la ventana, y no contestó.

En la misma posición permaneció aún algún tiempo hasta que oyó el ruido producido por la llave, cuando la guardiana cerró la puerta. Después se dirigió una vez más a la ventana y se asió convulsivamente al listón inferior de la misma.

Desde el sitio que ocupaba, veía, en primer término, el pequeño patio inferior, cuyos escasos árboles se mostraban iluminados por la blanquísima luz que salía de la habitación;

y más allá, por encima de los edificios de la ciudad, una dilatada y espantosa extensión negra, matizada de una débil tinta rojiza. El contraste de ambos espectáculos tenía algo de pavoroso; diríase que la tierra brillaba con luz propia, mientras la del cielo se había extinguido para siempre.

Le parecía también a Mábel que reinaban en la naturaleza una calma y un silencio desusados, En el establecimiento, de ordinario tranquilo, no se oía el más leve rumor a la sazón en que la generalidad de los asilados descansaban; pero ahora la calma parecía el mudo reposar de un inmenso cementerio, o la general suspensión que suele dominar en la naturaleza momentos antes de estallar repentinamente las grandes tempestades. Pero he aquí que los instantes pasaban sin que la explosión llegara a producirse; una sola vez volvió Mábel a percibir cierto rumor pesado y confuso, semejante al ocasionado por un vagón gigantesco que circulara a lo lejos, y al mismo tiempo creyó distinguir que al ruido de las ruedas se unía un murmullo de voces innumerables que gritaban, cantaban y aplaudían. Poco después el silencio cayó de nuevo sobre el mundo, envolviéndolo como un mullido manto de algodón que extinguía todo sonido.

Mábel comenzó entonces a darse cuenta de su estado, y a explicarse el extraño fenómeno que tanto la había sorprendido. La oscuridad y los rumores no eran para todos los ojos ni para todos los oídos. La camarera no había percibido nada de extraordinario, como seguramente no lo percibía tampoco el resto del mundo. Nadie alcanzaba a vislumbrar otra cosa que los anuncios de una tormenta.

A pesar de todo, la joven no trató de establecer distinción alguna entre lo subjetivo y lo objetivo. Le importaba poco que perspectivas y sonidos fueran engendrados por su propio cerebro, o percibidos mediante alguna facultad desconocida. La impresión de la joven era que se hallaba desterrada del mundo en que vivía la tarde anterior; este mundo se alejaba de ella o más bien se transformaba en su espíritu, adquiriendo otra clase de existencia, de modo que la anormalidad de aquellas tinieblas e insólito silencio no te producía mayor extrañeza que la vista de la cajita pintada que descansaba sobre la mesa.

Y, de pronto, sin saber apenas lo que decía, comenzó a hablar, con los ojos fijos en la siniestra oscuridad del cielo... --¡Oh Dios!--exclamó.--Si verdaderamente existís ahí, si es cierto que existís...

Su voz desfalleció y tuvo necesidad de asirse a la poyata de la ventana para no caer. Se preguntó un instante por qué hablaba así, por qué se le habían ocurrido tales palabras sin darse cuenta de los motivos que las dictaban, y luego continuó:

--¡Oh Dios! Yo sé que no estáis ahí; sé que no existís. Pero si existieseis, yo os diría cuán perpleja y atormentada me hallo... Pero no, no necesitaría decirlo, porque Vos lo sabríais de antemano... Por lo que a mí hace, os diría sólo que deploro con toda mi alma la resolución que he abrazado y los motivos que me la han sugerido. Todo esto lo conoceríais Vos también mejor que yo... Y, luego, yo os rogaría que os acordarais de Oliverio y de todos vuestros pobres cristianos, que van a tener tanto que sufrir... ¡Dios! ¡Dios! Vos me comprenderíais seguramente, ¿no es así...?

Otra vez llegó a oídos de la joven el pesado rumor que sonaba a lo lejos y el coro estruendoso de millares de voces, que ahora parecían sonar más cerca... Ella nunca había gozado con el estrépito de las tempestades, ni con el alboroto de las multitudes; unas y otras la ponían enferma.

--¡Adiós!--dijo.--¡Adiós todo...!

E inmediatamente se sentó en la butaca. La embocadura... sí; allí estaba.

Se irritó contra sí misma al advertir que le temblaban las manos; dos veces resbaló el resorte del prendedor en los alisados bucles de sus cabellos... Al cabo quedó fijo y segu-

ro... y, como reanimada por la influencia de una brisa magnética, recobró plenamente la conciencia de sí misma...

Echó de ver en seguida que podría respirar fácilmente; su aliento no experimentaba resistencia alguna, antes al contrarío, sentía mayor comodidad. ¡Qué consuelo tan grande verse libre de los horrores de la sofocación...! Alargó la mano izquierda y tocó la manecilla, sintiendo menos la repentina frescura del esmalte que el calor insoportable en que la estancia parecía haberse sumergido súbitamente... Latíanle las sienes con fuerza extraordinaria, repercutiendo los golpes en sus oídos junto con el ruido sordo del vocerío lejano... Luego soltó el mango del aparato para quitarse con ambas manos la manteleta blanca que, al salir del lecho, se había puesto sobre los hombros... ¡Vaya! Ahora se encontraba más libre y respiraba mejor. De nuevo buscó a tientas y halló el resorte principal; pero el sudor brotaba abundante de sus dedos y el botón resbalaba. Al fin cedió sin esfuerzo, poco después.

Instantáneamente un aroma dulce y enervante la penetró por entero, cayendo sobre la conciencia de su ser, a manera de losa de plomo que la aplastaba bajo su peso; y la joven advirtió que aquel aroma era el de la muerte. Luego la firme voluntad que la había llevado al trance presente, se afianzó más y más en su resolución. Mábel apoyó con toda tranquilidad sus manos sobre las rodillas, y continuó efectuando profundas y fáciles aspiraciones. Había cerrado los ojos al hacer girar el resorte; pero a la sazón volvió a abrirlos movida por la curiosidad de observar el hecho de desvanecerse el mundo exterior. Así se lo había propuesto desde el día que entró en el establecimiento, con objetó de no perder ningún pormenor de esta única y postrera experiencia.

En un principio le pareció que todo continuaba de igual modo: frente a ella veía la frondosa copa del fresno y las techumbres de color plomizo; encima se extendía el fúnebre crespón del cielo negro, Una paloma enteramente blanca cruzó un instante por el cuadro de la ventana y desapareció.

De allí a poco se fueron presentando sucesivamente varias impresiones.

Lo primero de todo, una sensación de que todos sus miembros habían perdido el peso y la consistencia; trató de mover una mano y advirtió que no le era posible: había dejado de pertenecerle; quiso después apartar los ojos de la rosácea franja de tinieblas, en que los tenía fijos, y halló que no obedecían al mandato de su voluntad. Comprendió entonces que esta facultad había perdido su contacto con el cuerpo, y que el mundo de que pretendía huir se había alejado ya de ella indefinidamente. Esto era, en efecto, lo que ella esperaba; pero lo que más le sorprendía era la persistente actividad de su espíritu.

Verdad era que el mundo exterior había desaparecido del dominio de la conciencia, lo mismo que su cuerpo exceptuando, sin embargo, el sentido del oído que perseveraba singularmente agudo y despierto; --pero conservaba aún bastante memoria para recordar que existía tal mundo, en el que se agitaban otras personas, y que éstas se entregaban a sus ocupaciones habituales sin dárseles nada por lo que a ella le sucedía. El espíritu de Mábel continuó percatándose de ello; pero los semblantes, nombres y lugares, todo se habla borrado de su espíritu. En realidad la conciencia que la moribunda tenía de sí era absolutamente distinta de la anterior; le parecía haber penetrado por fin en un recinto de su ser, dentro del cual sólo había dirigido la mirada, antes de ahora, a través de un cristal empañado.

El espectáculo era soberanamente original, pero a la vez nada extraño ni ajeno a la personalidad que lo contemplaba; ésta sentía la impresión de haberse trasladado al centro de un círculo, cuya circunferencia había venido recorriendo constantemente en el transcurso de su vida, sólo que en lugar de ser un punto, parecía un lugar murado y envuelto por una superficie infranqueable... En el mismo instante advirtió que el oído acababa de morir...

Entonces sucedió una cosa admirable; sin embargo, se le figuraba que siempre había

sabido que así tenía que suceder, aun cuando jamás había formado de ello la menor idea, y fue lo siguiente:

La envoltura que aprisionaba su alma se deshizo en mil piezas con una especie de chasquido, y se halló de pronto en un espacio sin límites, diferente del material, animado y en incesante movimiento interno. Este espacio estaba vivo, a modo de un cuerpo que respira y se mueve; en él la visión se efectuaba por evidencia inmediata e irresistible; era uno y múltiple; inmaterial y absolutamente real, con una realidad jamás sospechada por el hombre... Y, no obstante, todo ello era para Mábel tan familiar como un sitio visitado muchas veces en sueños. Y en aquel punto, súbitamente, algo que era a la vez luz y sonido, algo que ella percibió como un ser único atravesó este espacio,,,

Entonces vio y comprendió...

Desde la desaparición de Mábel, Oliverio había pasado los días atormentado por un horror indescriptible. Practicó todas las averiguaciones imaginables; logró reconstituir la serie completa de las idas y venidas de la joven, hasta su llegada a la estación Victoria, donde por desgracia la pista se perdía en absoluto; púsose también en relación con la policía; y ésta le enviaba diariamente una comunicación oficial, lamentando siempre la esterilidad de sus gestiones para obtener noticias del paradero de la joven. Tres o cuatro días después de haber faltado aquélla, sabedor Míster Francisco de las indagaciones practicadas por Oliverio, le informó por teléfono de su entrevista con Mábel en la noche del viernes; pero esta noticia, lejos de consolar al atribulado esposo, sólo sirvió para presagiarle una segura desgracia, dada la extraña conversación sostenida por su esposa con el exsacerdote católico.

Como resultado de todo, Oliverio dedujo que sólo quedaban dos hipótesis aceptables: o su esposa se había refugiado en casa de algún cristiano desconocido, o bien--y esta idea le ponía fuera de sí, --la joven había solicitado la aplicación de la eutanasia en cualquiera de los establecimientos especiales, conforme a lo manifestado en cierta ocasión. De ser cierta la segunda parte, Mábel se hallaba al presente bajo la protección de la ley, y era uno de tantos casos como venían presentándose desde que fue aprobada en 1938 el Acta de Liberación. Lo más terrible era que Oliverio no podía entablar queja ni reclamación de ningún género contra una disposición legal, votada por él mismo.

Al caer la tarde del miércoles, mientras Oliverio se entregaba a sus tristes reflexiones, tratando por centésima vez de repasar la serie de escenas que entre su esposa y él habían ocurrido durante los últimos meses, resonó de pronto el timbre del teléfono. La inscripción roja de Whitehall indicóle el punto de donde llamaban; y, por un instante, latió de júbilo su corazón con la esperanza de recibir noticias de Mábel. Pero sus ilusiones se desvanecieron al escuchar las primeras palabras.

--Brand--decía imperiosamente la voz--¿sois vos?... Sí, soy Snowford. Es preciso que vengáis enseguida, ¿entendéis? Tenemos Consejo extraordinario a las veinte. Asistirá Felsenburgh. No necesito ponderaros la urgencia. No hay tiempo para más. Venid inmediatamente a mi despacho.

La premura e importancia de la comunicación no bastaron para sacar a Oliverio de la honda inquietud y angustia que le embargaban. Por lo demás, ni él ni nadie extrañaba estas repentinas apariciones del Presidente que iba y venía de una capital a otra, viajando sin cesar y desplegando en todas partes increíbles energías, aunque sin perder su calma, en apariencia inalterable.

Eran las diecinueve; Oliverio cenó inmediatamente, y a eso de las veinte menos cuarto, se presentó en el gabinete de Snowford, donde halló ya reunidos; a una media docena de sus colegas.

El ministro de Cultos los recibía con evidentes señales de extraordinaria agitación. Al

ver a Oliverio le tomó del brazo y llevándole a un ángulo apartado de la pieza le dijo:

--Oíd, Brand; conviene que habléis el primero, inmediatamente después del Secretario del Presidente; los dos vienen de París. Se trata de un asunto importantísimo y enteramente nuevo. El Presidente ha recibido confidencias sobre el paradero actual del Papa... Según parece, el que sucumbió en la destrucción de Roma ha tenido sucesor... ¡Oh! La historia es larga de contar... Pero mudando de conversación--continuó al advertir la abatida expresión de Oliverio, --me conduelo de vuestra desgracia. La he sabido por Pemberton hace unos instantes.

Oliverio se encogió de hombros con aire de despecho.

--Y bien, ¿cuál va ser el tema de mi discurso?

--En mi concepto el Presidente presentará alguna proposición relativa a la manera de acabar con el nuevo Papa. Nada más oportuno, en este caso, que expongáis vuestras opiniones y sentir con respecto a los católicos.

Los párpados del orador comunista se contrajeron hasta reducir la abertura de los ojos a dos líneas brillantes, e inmediatamente asintió con una inclinación de cabeza.

En este momento llego Catwright, corpulento anciano de busto encorvado y semblante enjuto, verdadero tipo de curial, elevado al cargo supremo de la Administración de Justicia.

--A propósito, Brand--dijo encarándose con éste.--¿Qué sabéis de un sujeto llamado Filips? En sus declaraciones ha citado, según parece, vuestro nombre.

--Ha sido mi secretario. ¿Qué es de él?

--El pobre ha debido de perder el juicio. Se ha presentado espontáneamente al magistrado, pidiendo ser sometido a examen sin dilación alguna. Por lo visto el hombre no quiere aguardar a que se organicen en debida forma los tribunales de instrucción.

--Pero ¿qué declaraciones son las que hace?

--Pues es lo curioso. Dice que él no puede negar la existencia de Dios, pero que tampoco puede afirmarla... ¿conque, según decís, ha sido secretario vuestro?

--Sí; y, tan pronto como descubre sus simpatías por el cristianismo, le exoneré del empleo y le despedí de mi casa.

--Bien; he mandado recluirle durante una semana, con objeto de ver si entra en razón.

Luego siguieron conversando sobre otros asuntos. Varios consejeros tomaron parte en la plática, manifestando deseos de conocer la historia de la desaparición de Mábel.

Cinco minutos antes de la hora sonó un toque de campana, y se abrió de par en par la puerta de la galería.

--Pasad, señores--dijo el Primer Ministro.

La sala del Consejo era un local largo y espacioso, situado en el primer piso; sus muros aparecían cubiertos desde el arranque inferior hasta el cielorraso por una estantería repleta de libros, y el revestimiento de caucho que guarnecía el suelo ahogaba el ruido de las pisadas, No había en ella ventana alguna, obteniéndose la ventilación por enrejillados que prestaban a la vez el servicio de caloríferos, hábilmente dispuestos en los ocho vértices de los triedros. El alumbrado pertenecía al novísimo sistema de irradiadores solares, con fo-

cos invisibles de distribución uniforme. Una larga mesa recorría el salón de un extremo a otro; a los lados veíanse los sillones de los consejeros en dos series de ocho cada una, y en la cabecera se alzaba el sitial del Presidente, más elevado que los demás y cubierto por un dosel.

Cada ministro se colocó en su puesto y aguardaron en silencio la llegada de Felsenburgh.

El ambiente de la sala era de una frescura exquisita, que contrastaba notablemente con el calor asfixiante del exterior. Más de una vez había servido de tema a la conversación de los asistentes la temperatura elevadísima que se venía padeciendo en Londres, sin que los meteorólogos pudieran dar explicación satisfactoria del hecho, pero en los momentos actuales otro asunto de mayor importancia absorbía la atención general.

La venida del Presidente era un acontecimiento que solía volver taciturnos aun a los más locuaces.

Un minuto antes de las veinte, sonó de nuevo la campana hasta cuatro veces, quedando después en silencio. Desde el primer tañido todos los asistentes se volvieron instintivamente hacia la alta puerta, situada detrás del trono presidencial. Dentro y fuera del edificio imperaba el silencio más absoluto, porque las grandes oficinas del gobierno se hallaban provistas de aparatos que apagaban todo género de ruidos, y ni el rodar de los grandes automóviles por las calles inmediatas podía transmitir vibración alguna a través de las espesas capas de caucho sobre que reposaban los muros. El único sonido capaz de penetrar en Whitehall era el del trueno, contra el que se habían estrellado inútilmente los esfuerzos de los ingenieros.

De nuevo el silencio se hizo más profundo, como si un espeso velo de inmovilidad hubiera caído sobre los ámbitos del salón, se abrió, enseguida, la puerta, y entró por ella precipitadamente una figura, seguida de otra vestida de escarlata y negro.

Felsenburgh se encaminó directamente a su trono, seguido de dos secretarios, saludó con una leve inclinación a la concurrencia, ocupó su sitial y con un gesto invitó a los consejeros a que se sentaran. Por la centésima vez Oliverio contempló con la mayor atención al Presidente, maravillándose de su tranquila y fascinadora personalidad. Vestía hoy la toga judicial inglesa de siglos pasados, negra y encarnada con mangas torradas de blanco armiño y ceñidor carmesí era el uniforme últimamente elegido como peculiar del alto cargo que desempeñaba. Pero la impresión de asombro producida por Felsenburgh dimanaba de su persona, y se difundía en todas direcciones en las ondas magnéticas que de él irradiaban, había allí algo que fatalmente atraía, deslumbraba, aturdía exhalando un influjo maléfico y perturbador que abrumaba como el aliento envenenado del siroco.

Para definirlo habían agotado los escritores todos los recursos de su fantasía, comparándole al brillo de un diamante, a la insondable profundidad de un abismo, al amor de una mujer... Otros decían que la acción de su presencia era como la del hálito del mar sobre la naturaleza física, tan deleitosa y atrayente como la vista de un huerto cargado de flores y frutas en primavera, tan conmovedora como el gemido doloroso de un inocente, tan irresistible como el impulso de la tormenta.

Sus metáforas llegaron en ocasiones a traspasar los límites de toda racional conveniencia, denominándole síntesis suprema del universo, encarnación perfecta de la naturaleza divina...

De este modo dejaba Oliverio correr sus reflexiones, cuando el Presidente con los ojos bajos y la cabeza un poco echada atrás, hizo una leve seña al secretario que tenía a su derecha; y éste, puesto de pie, comenzó a hablar sin acompañamiento de acción ni gesto oratorio, a la manera de un actor que repite mecánicamente su papel a fin de grabarlo mejor en la memoria.

«--Señores--dijo con voz sonora y uniforme, --el Presidente ha venido directamente de París. Esta tarde Su Honor estuvo en Berlín adonde llegó procedente de Moscú, ayer conferenció en Nueva York; a la noche se dirigirá a Turín, y mañana comenzará la vuelta por España, Grecia, el norte de África y los estados sudorientales. »

Esta era la fórmula, de ordinario empleada para dar principio a discursos como el presente, Felsenburgh hablaba muy poco en público desde que se le confió la presidencia del mundo; pero no por eso dejaba de procurar que sus súbditos recibieran amplia información sobre los asuntos internacionales del día. Después de una leve pausa continuó:

--«He aquí, ahora, señores, lo que de orden del Presidente me cabe la honra de comunicaros:

»El jueves último, como sabéis, los Plenipotenciarios firmaron en esta misma sala el Acta Juramento de Prueba, que inmediatamente ha sido comunicada al mundo entero. A las dieciséis, Su Honor ha recibido confidencias especiales de un ruso llamado Dolgorowski, que decía ser uno de los Cardenales de la Iglesia Católica. Las diligencias practicadas para poner en claro la circunstancia aludida han demostrado que el hecho era exacto. La comunicación de Dolgorowski ha venido a confirmar una presunción, abrigada tiempo ha por nuestro Presidente, es a saber: que vive, todavía hoy, un hombre con pretensiones de ser el Pontífice Supremo de la Iglesia, el cual, pocos días después de la destrucción de Roma, ha creado (según la expresión admitida) cierto número de Cardenales. Se sabe, además, al presente, que la elección de este Papa ha tenido lugar en Jerusalén, interviniendo en ella los únicos dos Cardenales supervivientes, y que ya no existen.

El nuevo jefe de la religión católica; mostrando una consumada prudencia política ha querido mantener ocultos el nombre y lugar de su residencia aun a los mismos fieles, sin otra excepción que la de los Cardenales por él elegidos. Además, por mediación de éstos y con el auxilio de una Orden religiosa recientemente fundada por su predecesor, ha llevado a cabo notables progresos en la reorganización de la Iglesia Católica, desde el apartado rincón del globo en que ejerce con entera seguridad sus funciones de Cabeza de aquélla.

»Su Honor lamenta la falta de celo y perspicacia de los empleados públicos en el servicio de transportes y comunicaciones, causa principal de no haber visto confirmadas a tiempo sus sospechas acerca de la existencia de un Papa sobre el cual descansa todavía, como sobre una roca, la estructura entera del Catolicismo. Y estima además nuestro Honorable Presidente que antes de ahora deberían haberse practicado indagaciones en el lugar donde en la actualidad vive el nuevo Pontífice.

»El nombre de éste, señores, según informes dignos de todo crédito, es Franklin...

Oliverio saltó involuntariamente en su silla; pero la mirada de Felsenburgh le restituyó de nuevo a su estado de atención, dócil y apasionada.

»Percy Franklin--repitió el secretario, --y el lugar de su residencia es Nazaret, donde el Fundador del Cristianismo pasó los primeros años de su vida.

»Los datos que acabáis de oír han llegado a noticia de Su Honor el jueves de la semana pasada. De la información incoada sin pérdida de tiempo con objeto de esclarecer debidamente el asunto, ha resultado que el Papa se dispone a celebrar en el mismo Nazaret una reunión de Cardenales, la cual habrá de deliberar sobre la actitud en que deben colocarse los fieles ante la ley del Juramento de Prueba. Medida, esta última, que a juicio de nuestro Presidente arguye una temeridad e imprudencia, verdaderamente inconcebibles en persona dotada al parecer de penetración y habilidad nada comunes. Los denominados Cardenales han sido convocados por conducto de mensajeros especiales, y deberán hallarse congregados en Nazaret el sábado próximo, a fin de dar principio a las deliberaciones al siguiente día, previas determinadas ceremonias de su culto.

»Sin duda, señores, desearéis conocer los motivos que han impulsado a Dolgorowski a revelar las noticias precedentes.

Su Honor ha interrogado personalmente al mencionado Cardenal, y adquirido la plena convicción de que las manifestaciones de éste son sinceras, Dolgorowski ha venido perdiendo, de muy atrás, la fe en su religión; de hecho ha llegado a creer que el Catolicismo constituye el supremo obstáculo para la consolidación de la raza humana. Precisamente por esta razón se ha creído en el deber de comunicar a su Honor todo lo que sabía.

No deja de ser interesante hacer notar, por vía de paralelo histórico, que el origen del Cristianismo haya reconocido por causa ocasional un incidente análogo al que, según esperamos, determinará la extinción definitiva de la misma creencia. En efecto, entonces como hoy, uno de los apóstoles de la religión nueva denunció a las autoridades civiles el lugar donde podría ser apresado el personaje principal de la secta, así como los procedimientos eficaces para llevarlo a cabo. Y no menos significativa os parecerá la circunstancia de que la escena donde se realizará la extinción del Cristianismo sea precisamente el lugar mismo de su inauguración.

»Ahora bien, señores, fundándose Su Honor en la adhesión unánime que habéis dispensado siempre a sus proyectos y designios, se complace en proponeros la manera de llevar a cumplido término el que en la actualidad le preocupa. Nuestro Presidente conceptúa lo más acertado, que durante la noche del sábado próximo salga para Palestina una expedición de voladores, y que esta fuerza, al día siguiente por la mañana, en el momento de hallarse reunidos los últimos jefes del Cristianismo, acabe, de la manera más rápida y humanitaria, con los postreros restos de la superstición cristiana.

Hasta ahora, todos los gobiernos consultados han dado unánimemente y sin reservas su consentimiento, y Su Honor no duda que el resto del mundo ha de observar igual comportamiento. Su Honor tiene conciencia de que no le es lícito proceder bajo su sola responsabilidad en materia de tanta importancia. No se trata de una acción local, sino de un acto de justicia que alcanzará a todas partes y del que el género humano debe reportar incalculables beneficios.

»Descendiendo ahora a los pormenores de la ejecución, el método que Su Honor prefiere, entre los diversos que podrían aplicarse es el siguiente:

Todos los gobiernos del mundo deberán prestar su correspondiente cooperación en la empresa, de manera que la realización de la misma tenga cierto carácter simbólico. Al efecto, nuestro Honorable Presidente propone que cada uno de los tres grandes departamentos del mundo despache un número de bajeles aéreos igual al de los Estados que lo constituyen, es decir, ciento veintidós en total, los cuales ejecutarán de común acuerdo la sentencia.

Importa mucho que estos aéreos sigan diferentes rutas al dirigirse a su punto de concentración, que es Nazaret, porque de otro modo el proyecto sería descubierto por la Orden de Cristo Crucificado, la cual posee un sistema de espionaje de los más perfectos. No habrá, por tanto, otro lugar de reunión que el mismo Nazaret, y la hora común de llegada para todos los aéreos opina Su Honor que debe ser la de las nueve de la mañana según la cronometría de Palestina. Sin embargo, estos pormenores serán oportunamente comunicados, tan pronto como se obtenga la aprobación del proyecto.

»En cuanto a la forma de proceder en el hecho mismo de la ejecución, Su Honor se inclina a creer que lo más caritativo es abstenerse de entrar en negociaciones con los interesados. Únicamente convendrá avisar en momento oportuno a los habitantes de la aldea, para que procuren poner a salvo sus vidas, si así lo desean, y cumplido este deber de humanidad, los explosivos harán que el fin sea prácticamente instantáneo.

»Su Honor propone, además, al Consejo, el deseo que le anima de hallarse presente al

acto y de iniciar por sí mismo la descarga de los torpedos. En el caso presente, juzga natural y legítimo que el mundo ejecute la gran obra de purificar el ambiente moral por mano de la persona colocada al frente de los destinos del mundo, y considera que esta intervención ha de constituir una muestra de respetuosa distinción tributada a una creencia que, a pesar de su infame carácter, tiene el mérito de ser la única fuerza capaz de resistir al progreso normal de la raza.

»El Presidente, señores, empeña solemnemente su palabra para aseguraros que una vez realizado el plan que tiene a bien someter a vuestra aprobación, habrán terminado de una vez y para siempre los trastornos ocasionados por el cristianismo.

»Ya el efecto moral de la reciente ley ha sido prodigioso.

Por decenas de millares se cuentan en todas partes los católicos que han abjurado públicamente sus falsas creencias, siendo de notar que muchos de ellos eran, además, miembros de la fanática Orden; y es bien obvio que un último golpe asestado a la cabeza y corazón de la Iglesia Católica, destruyendo estos dos centros vitales que animan el organismo entero, imposibilitará en absoluto su resurrección. No cabe dudar de que, extinguida la línea de los Papas, junto con los elementos indispensables para la continuación de la misma, han de aparecer las promesas de Jesús, aun a los ojos de los más ignorantes, destituidas de fundamento racional y admisible. La Orden misma que ha facilitado la reorganización presente del Catolicismo dejará también de existir.

»La dificultad que pudiera ofrecerse, dimanaría de la supervivencia de Dolgorowski, porque un sólo Cardenal basta para reconstituir la serie; pero Su Honor se cree en el caso de proponer, aunque con repugnancia, que, terminado el asunto Dolgorowski, éste deberá ser caritativamente eliminado a fin de preservarle de una posible recaída.

»Y ahora, señores, el Presidente os pide que expongáis lo más brevemente vuestras opiniones sobre los diversos puntos que por mandato de Su Honor acabo de proponeros.»

La voz tranquila y monótona cesó de hablar.

El discurso anterior fue pronunciado sin que el orador mudara de postura desde el principio al fin.

Siguió luego un silencio de breves instantes, durante el cual todas las miradas se clavaron ansiosas en la figura inmóvil, vestida de negro y escarlata.

Entonces se levantó Oliverio. Su semblante estaba pálido como el de un cadáver; y un fulgor extraño brillaba en sus ojos dilatados.

--Señores-- dijo: --tengo la evidencia de que todos los aquí presentes participamos de las mismas ideas y sentimientos. En nombre, pues, de mis colegas, me concreto a dar el más incondicional asentimiento a la proposición del Presidente, dejando en manos de Su Honor los pormenores todos de la ejecución de la empresa.

Felsenburgh levantó los ojos y paseó la mirada por los rostros inmóviles, vueltos hacia él.

Entonces, en medio de un silencio sepulcral, dejó oír su voz, inconfundible con la de ningún hombre, y en esta ocasión fría como un río de hielo.

--¿Hay alguna otra proposición qué presentar?

Un murmullo de negaciones contestó a la pregunta, mientras los asistentes se ponían de pie.

--Gracias, señores--concluyó el secretario.

El sábado siguiente, poco antes de las siete de la mañana, se apeaba Oliverio del automóvil que le había transportado a Wimbledon Common, y empezó a subir la escalera que conducía al antiguo muelle de partida de los aéreos, abandonado ahora desde hacía tinco arios. Por razón del secreto que imponían las circunstancias, se creyó lo más acertado que los delegados de Inglaterra en esta expedición embarcaran en un punto relativamente desconocido y que sólo servía de cuando en cuando para el ensayo de máquinas nuevas. Hasta el ascensor faltaba de su lugar, y Oliverio se vio precisado a subir a pie los ciento cincuenta escalones que había hasta el embarcadero.

Muy contra su voluntad había aceptado el joven ministro la designación para prestar su cooperación en esta empresa; porque careciendo aún de noticias sobre la suerte de Mábel, le aterraba tener que abandonar Londres sin saber a qué atenerse respecto del paradero de su esposa. Después de haber reflexionado largo tiempo, se sintió menos inclinado que nunca a suponer el suicidio por medio de la eutanasia. Las amigas de Mábel, con quienes había conferido sus dudas, no recordaban haber escuchado nunca de labios de la joven indicaciones que dieran pábulo a semejante hipótesis. Y aunque no ignoraba el plazo de ocho días señalado por la ley, aun admitiendo que se hubiera decidido a dar ese paso, nada inducía a pensar que permaneciera todavía en Inglaterra; antes bien, lo más verosímil era que se hubiera retirado a cualquier punto del extranjero, donde las condiciones permitían mayor libertad.

En resumen; parecióle que de nada serviría en el asunto de su esposa permanecer en el país; y prevaleció al cabo la tentación de hallarse presente al acto final de justicia proyectado en Oriente a fin de barrer a los causantes indirectos de la tragedia de su hogar, y muy especialmente a Franklin, verdadera caricatura del Señor del Mundo.--Se agregó a esto la insistencia con que sus colegas le recomendaron que no dejara de formar parte de la expedición, y la influencia irresistible que en su ánimo ejercía la personalidad de Felsenburgh. Así pues, dejó en casa a su secretario con instrucciones especiales de no perdonar gasto alguno para comunicarle inmediatamente cualesquiera noticias de Mábel que llegaran durante su ausencia.

El calor era insoportable aquella mañana; y cuando Oliverio consiguió llegara la plataforma, no sin grandes dificultades, advirtió que el aéreo estaba ya envuelto, en su estuche blanco de aluminio, y sus grandes aletas habían comenzado a funcionar. Entró en el vehículo; puso su maleta bajo uno de los asientos del salón, y, después de cambiar breves frases con el guarda, que, como era natural, ignoraba todavía el objeto del viaje, en vista de que los demás no habían llegado aún, salió otra vez a la plataforma, ganoso de respirar aire libre y entregarse más tranquilamente a sus meditaciones.

Parecióle que el aspecto de Londres se mostraba más extraño que en ninguna otra ocasión. A sus pies se tendía la gran pradera comunal, agostada enteramente por los calores de la semana anterior; el suelo estaba seco y endurecido, el césped amarillento y destrozado, y los árboles desnudos de una gran parte de su follaje. Más allá, a la distancia de media milla, comenzaba la espesa red de edificios, rota en algunos puntos por los trozos de río que se divisaban a trechos y prolongándose a lo lejos hasta perderse de vista. Nada de la frescura y transparencia del ambiente matinal; era imposible señalar en ninguna dirección el comienzo del oscuro velo que se dilataba por todas partes. Aun en el cenit no se distinguía el menor rastro de azul en el sucio color de fango que le cubría como de espeso barniz; y el sol parecía estriado de unas franjas de rojo parduzco, que le daban la apariencia más rara que era dable imaginar.

Oliverio pensó que se preparaba una gran tormenta, o quizá un terremoto que se verificaba en el hemisferio opuesto producía las manifestaciones que tenía a la vista, confirmando así la solidaridad existente entre todos los fenómenos del globo. No importaba: el viaje valía la pepa de hacerse, aunque sólo fuera por el interés de observar los cambios de clima; pero imaginó que el calor había de ser terrible cuando llegaran al mediodía de

Francia.

Luego los pensamientos de Oliverio volvieron repentinamente al penoso enigma que los venía atormentando en el transcurso de la semana pasada.

Diez minutos después el automóvil rojo del ministerio avanzaba rápidamente procedente de Fulham y en dirección al embarcadero; y, al poco tiempo, llegaron con sus criados los otros tres miembros de la expedición, Maxwell, Snowford, y Cartwrigh, todos envueltos de la cabeza a los pies en capuchones blancos como lo estaba Oliverio.

Ni una palabra dijeron sobre el asunto que allí les congregaba, porque los empleados y guardias iban y venían de una parte a otra y se trataba de evitar a todo trance el riesgo de una indiscreción. Los guardias habían sido informados simplemente de que el aéreo tendría que viajar durante cerca de tres días, siendo el primer punto adonde debían dirigir el rumbo el centro de las Dunas del Sur. La primera etapa se efectuaría sin interrupción durante un día y una noche.

Los delegados llevaban amplias instrucciones del Presidente, recibidas la mañana anterior, con la noticia de que todas las Potencias del mundo habían prestado su asentimiento a la empresa. Snowford se lo comunicó en voz baja a Oliverio mientras los cuatro delegados se hallaban reunidos en el extremo de un departamento, entretenidos en contemplar el panorama de la ciudad.

El plan de la expedición, por lo menos en cuanto a Inglaterra se refería, era el siguiente: el volador debería penetrar en Palestina siguiendo la dirección del Mediterráneo, después de haberse unido a los aéreos francés y español a unos diez kilómetros de la extremidad oriental de la isla de Creta. A las veintitrés, el aéreo encendería su cuadro de señales en el que se dejaría ver una línea roja sobre campo blanco; y en el caso en que los otros dos bajeles no estuvieran a la vista, se trataría de divisarlos subiendo a la altura de ochocientos pies.

Con objeto de prevenir cualquier contingencia que pudiera presentarse, el volador del Presidente, que efectuaría su entrada en el campo de operaciones por el sur, llevaría a sus órdenes un volador ayuda de campo, rapidísimo en sus movimientos, cuyas señales deberían ser obedecidas como ordenadas por el mismo Felsenburgh. Después la expedición continuaría hasta quinientas millas del valle de Esdrelón, punto general de encuentro que estaba señalado para las nueve de la mañana siguiente.

Tan pronto como se completara el círculo cuyo centro debería ser el mismo Esdrelón, los voladores tenían orden de proseguir su marcha descendiendo gradualmente hasta la altura de quinientos pies sobre el nivel del suelo y disminuyendo las distancias de uno a otro sin traspasar el límite de unas veinticinco millas poco más o menos, a partir de la cual la aproximación continuaría efectuándose con todo género de precauciones.

Avanzando enseguida en esta disposición con una velocidad de cincuenta millas por hora, los voladores deberían hallarse todos a vista de Nazaret, el domingo a eso de las nueve de la mañana.

El guarda se llegó a los cuatro hombres que continuaban de pie y silenciosos contemplando el panorama de la ciudad. --Señores--dijo--ya estamos preparados.

--¿Qué pensáis respecto del tiempo que tendremos?--preguntó secamente Snowford.

El interrogado contestó con un gesto de duda,

--Me parece que nos espera alguna tronada -- añadió después.

Oliverio se le quedó mirando con cierta curiosidad.

--¿Nada más?--preguntó.

--Bien pudiera ser una tormenta deshecha. Snowford se volvió hacia el puente, diciendo:

--Ea, señores; lo mejor es partir cuanto antes. En todo caso pronto podremos perder el tiempo, si lo creemos conveniente.

Todavía transcurrieron algunos minutos antes de que los pormenores todos para la partida estuvieran definitivamente arreglados.

De la proa del bajel vino cierto olor de condimentos culinarios, indicando que el almuerzo Iba a ser servido en seguida; y un cocinero de gorro blanco asomó la cabeza, por un momento, para interrogar al guarda. Los cuatro delegados se acomodaron en el suntuoso salón de proa.

Oliverio, un poco separado de sus colegas, mostrábase taciturno y abstraído en sus propios pensamientos; los otros tres conversaban juntos en voz baja.

Una vez más el guarda pasó en dirección a su camarote de la parte anterior del aéreo, echando al pasar una ojeada para cerciorarse de que los pasajeros estaban, sentados; y un instante después sonó la señal de partida. En aquel momento se hizo sentir en toda la longitud del volador la sacudida del propulsor que comenzó a funcionar con rapidez inusitada, porque el aéreo poseía la mejor máquina conocida en Inglaterra. Simultáneamente Oliverio, que estaba mirando al exterior por la ventana de cristal, vio hundirse de pronto la barandilla de la plataforma, mientras se alzaba bruscamente la gran línea de Londres, cuya palidez contrastaba con el tinte sombrío del cielo. Divisó por un instante un pequeño grupo de personas que miraban al volador, y que desaparecieron enseguida. La gran pradera comunal, en cuyas cercanías habían embarcado, se redujo a una faja de color verde pálido, para desvanecerse al poco tiempo; mientras un pavimento de techumbres comenzó a deslizarse rápidamente por debajo del navío, y el área entera de Londres apareció circunscrita a un limitado espacio que se encogía y rarificaba entre pequeñas masas verdosas. Poco después sólo se veía la campiña lisa, monótona, ilimitada. Snowford se levantó vacilante y dijo a sus compañeros:

--Ahora puedo prevenir al guarda. Así no seremos interrumpidos ni molestados.

El sacerdote sirio despertó sobresaltado bajo la influencia de una angustiosa pesadilla, Había visto en sueños miríadas de rostros que fijaban en él sus miradas amenazadoras desde el rincón de la azotea, opuesto al en que yacía su lecho. Se incorporó sudando y medio asfixiado, acezando en el ansia de encontrar aire que respirar. Por el momento llegó a creer que se hallaba a punto de muerte y entre visiones del otro mundo; pero, no mucho después, recobró plenamente el uso de los sentidos, se levantó y se vistió aspirando a todo pulmón el espeso y abrasado ambiente de la noche.

Encima de él se tendía el cielo como un inmenso agujero negro y vacío; no brillaba en la extensión entera del horizonte el más leve rayo de luz, a pesar de haber salido la luna hacía tiempo; porque el capellán la había visto, dos horas antes, surgir por encima del Tabor en forma de una hoz incandescente. En toda la gran superficie de la llanura, sus ojos no divisaban más que tinieblas. Sólo, a pocas yardas de allí, salía de una ventana entreabierta una lámina de luz que proyectaba en el suelo la figura de una lanza torcida; pero más allá ya no se veía nada. Por la parte del norte, la misma impenetrable oscuridad; hacia el poniente una débil fosforescencia, tan débil y pálida como el ala de una falena, señalaba el lugar donde reposaba Nazaret; el oriente era una zona vacía y negra que remedaba la boca de una caverna gigante. Sin la línea de luz que brillaba a sus pies, y la claridad gris un poco más distante, el sacerdote hubiera creído hallarse en lo alto de una torre perdida en la inmensidad de un desierto.

En la azotea, por lo menos, el sirio lograba distinguir los contornos de algunos objetos, gracias a los reflejos que salían por el boquete de la escalera, procedentes de las profundidades de la casa.

En el rincón más próximo yacía un bulto blanco; debía de ser la almohada del abad benedictino; el capellán la había visto allí anteriormente, aunque no sabía cuándo: lo mismo podía hacer cuatro horas que cuatro siglos. Una forma cenicienta se dilataba a lo largo del muro blanquecino--probablemente, pensó, será el hermano que ha venido con el abad; --en otros sitios, varias sombras irregulares manchaban aquí y allá el parapeto de la terraza.

Pisando con gran precaución para no despertar a nadie, atravesó el enladrillado de la azotea, y, desde la banda opuesta, repitió su exploración del exterior, tratando a la vez de adquirir la certidumbre de que estaba en realidad vivo y en el mundo de los hombres de carne y hueso. Sí; indudablemente, todavía se encontraba en la tierra. Ahora percibía una luz, bien real y distinta, que brillaba entre las rocas inmediatas, y cerca de ella aparecía, con la delicadeza de dibujo y colorido propios de una miniatura, la cabeza y espaldas de un hombre ocupado en escribir. Otras figuras se divisaban en el mismo círculo de luz, que reposaban tendidas en el suelo en actitud de dormir, y además algunos postes clavados en tierra para servir de soportes a una tienda que debería ser armada a la mañana siguiente, junto con un montón de maletas y mantas de viaje. Fuera del área luminosa del círculo, otros bultos y contornos se perdían en la horrible negrura de las tinieblas.

El hombre que escribía movió la cabeza, y una sombra monstruosa se deslizó rápida sobre el suelo; un grito extraño, semejante al aullido ahogado de un perro, resonó de pronto a espaldas del sacerdote, y éste, al volverse, vio una forma humana que hacía esfuerzos por incorporarse con ademanes de terror, como si acabara de salir de una pesadilla análoga a la que él mismo había experimentado. Otro de los que dormían se agitó, molestado por el ruido; y los dos cayeron pesadamente contra el muro, exhalando suspiros angustiosos. El testigo de aquella escena regresó a su puesto, dudando aún de la realidad de lo que veía, y de nuevo el silencio volvió a reinar, mudo e imponente, sobre la azotea y sus alrededores.

El capellán durmió sin soñar durante un largo rato, y al despertar echó de ver el cambio notable que se había producido. Desde el rincón en que yacía, sus ojos aletargados tropezaron, al mirar de frente, con un resplandor que deslumbraba; pero un instante después advertía que el resplandor dimanaba sencillamente de la llama de una candela, detrás de la cual brillaban dos enormes ojos negros, que resaltaban sobre un rostro de mate blancura. Comprendió enseguida lo que pasaba, y se levantó precipitadamente: era el mensajero de Damasco que, conforme a lo convenido la noche anterior, venía a despertarle.

Al atravesar la terraza miró en torno de sí, pareciéndole que alboreaba hacía rato, porque el cielo, envuelto hasta entonces en espesas tinieblas, aparecía a la sazón visible. Una bóveda enorme, opaca y plomiza, dilataba su cóncava superficie hasta perderse en los lindes fantásticos del horizonte, más allá de la gran llanura, donde los montes lejanos erguían sus agudas crestas de bordes lisos y escuetos, como recortados en una hoja de papel. Frente a él se alzaba el Carmelo --así por lo menos lo creyó el sacerdote, --avanzando su cabeza y cuello de toro en ademán de arremeter a las nubes, y descendiendo luego en rápida pendiente.

Más allá, la yerta claridad del cielo, sin manchas de vapores que rompiesen la monótona palidez sombría del inmenso domo, en cuyo centro se hallaba enclavada la azotea de la residencia pontificia. Por encima del parapeto descubrió, al echar una ojeada hacia la derecha antes de bajar las escaleras, los campos de Esdrelón, sombríos y tétricos, recubiertos de una especie de pátina metálica. El conjunto era tan exótico y extraño a la realidad ordinaria, que hubiera podido tomársele por un paisaje imaginario, pintado por quien, no hubiera visto en su vida la clara luz del sol. El silencio era completo y profundo.

El capellán sirio avanzó entre las sombras movedizas que se agitaban en torno de la

candela de su acompañante, y descendió en pos de él las escaleras, siguiendo, luego por un estrecho pasillo donde sus pies tropezaron con el cuerpo de un hombre que dormía tirado en el suelo como un perro fatigado; retrocedió maquinalmente, y un débil gemido se dejó oír en la oscuridad. Luego continuó hasta tomar la delantera al mensajero, que se detuvo a la entrada de la habitación adonde habían llegado, y penetró él solo.

Allí estaban reunidos hasta una veintena de hombres, todos vestidos de blanco y en silencio, de pie y apartados unos de otros. En aquel momento el Papa entró en la cámara por la puerta del fondo; y, al verle, los circunstantes se arrodillaron levantándose enseguida y permaneciendo fijos en sus puestos, en actitud respetuosa y con los semblantes pálidos como la cera. El sirio los recorrió con la mirada después de colocarse detrás de la silla de su señor. Entre ellos había dos personas que conocía por haberlas visto la noche precedente: el Cardenal Ruspoli, cuyos ojos grandes y piel morena le caracterizaban de un modo inconfundible, y el estirado y flaco Arzobispo de Australia; sin contar al Cardenal Secretario Corkran que estaba de pie junto a su silla, colocada a la derecha del Papa, con un rollo de papeles en la mano.

El Pontífice se sentó e invitó a los circunstantes a que hicieran lo mismo. E inmediatamente comenzó a hablar con aquella voz tranquila que su capellán conocía tan bien.

--Eminencias, henos aquí ya a todos retenidos; por lo menos creo que no falta en este lugar ninguno de los que han llegado a Nazaret. De todos modos, no hay tiempo que perder... El Cardenal Corkran tiene que comunicaros algo importante --y al decir estas palabras se volvió un poco hacia su secretario.--Padre--dijo luego al capellán sirio, --sentaos también. El asunto nos entretendrá por algún tiempo.

El sacerdote atravesó la sala y fue a colocarse en el asiento de piedra situado junto a la ventana, desde donde podía observar el rostro del Pontífice a la luz de las dos candelas que ardían entre él y el Cardenal Secretario. Entonces comenzó éste pausadamente, después de echar una ojeada a sus papeles:

«--Santísimo Padre: Si Vuestra Santidad no lo estima inoportuno, desearía tomar el asunto desde un poco atrás, teniendo en cuenta que Sus Eminencias carecen de los necesarios antecedentes...

»He aquí, pues, la historia de lo ocurrido: el viernes de la semana pasada recibí en Damasco varias consultas de prelados pertenecientes a diferentes partes del mundo, sobre la conducta que deberán observar en vista de las últimas medidas de persecución. En un principio nada concreto pude responder, porque hasta las veinte no me había puesto al corriente de los hechos el Cardenal Ruspoli de Turín. El Cardenal Malpas me confirmó algunos minutos después en los informes recibidos, y el Cardenal Arzobispo de Pequín lo hizo a su vez a las veintiuna. Al día siguiente sábado, antes de mediodía, tenía ya en mi poder todas las reseñas auténticas remitidas por mis mensajeros de Londres.

»Con no pequeña sorpresa eché de ver que el Cardenal Dolgorowski no enviaba comunicación alguna; las únicas noticias recibidas de Rusia el viernes por la tarde me fueron transmitidas por un sacerdote, miembro de la Orden de Cristo Crucificado en Moscú. Por cierto que no les atribuí importancia--porque aquí. Eminentísimos Señores, solemos seguir esa norma con las comunicaciones no autorizadas.--Sin embargo, a consecuencia de una indagatoria ordenada por Su Santidad, logré averiguar que los cuadros oficiales de anuncios en Moscú habían dado a conocer el decreto a las veintidós, como en las demás ciudades.

»No se explicaba, por tanto, que el Cardenal Dolgorowski careciera de información, o que, poseyéndola no hubiera cumplido con su deber de avisarme inmediatamente.

»Pero desde entonces. Eminentísimos Señores, se han puesto en claro los hechos siguientes. Nos consta con absoluta certeza que el Cardenal Dolgorowski ha recibido en

audiencia a un mensajero misterioso la tarde del viernes. Su Santidad, no obstante, me encargó conducirme con el mencionado Cardenal como si nada de particular hubiera ocurrido, convocándole para la reunión presente con los demás miembros del Sacro Colegio. Es de saber que mis informes procedían del capellán del Purpurado, persona de notoria piedad y celo por el bien; de la Iglesia en Rusia. A pesar de lo cual, Dolgorowski no tuvo reparo en asegurar que, durante la tarde entera en que fueron publicados los anuncios, permaneció solo en su casa sin querer recibir a nadie. A mi convocación respondió el Cardenal en un principio que vendría; pero ayer, poco antes de las doce, ha remitido un despacho participando que, impedido por un accidente imprevisto, difícilmente le sería posible hallarse aquí a la hora señalada. Desde entonces no se han recibido ulteriores noticias.»

Esta relación del Cardenal Secretario fue acogida con un silencio de muerte.

Entonces el Papa se dirigió al sacerdote sirio diciéndole:

--Padre, vos que habéis recibido los despachos del Cardenal Dolgorowski, ¿tenéis algo que añadir a lo expuesto?

--No, Santísimo Padre.

El Pontífice insistió:

--Hijo mío, referid aquí en público lo que nos habéis comunicado privadamente.

Entonces un hombrecillo de ojos brillantes salió inesperadamente de la sombra.

--Beatísimo Padre--dijo.--Yo soy el portador del mensaje para el Cardenal Dolgorowski. Este se negó en un principio a recibirme; y cuando, a fuerza de reiteradas instancias, logré verle y comunicarle la orden de asistir a la presente asamblea, permaneció silencioso por largo tiempo, y luego, sonriendo, me dijo que podía informar a Damasco su resolución de obedecer.

Después de la declaración del mensajero, volvió a quedar la sala en absoluto silencio.

De pronto el alto y seco arzobispo australiano se levantó y dijo:

--Debo confesar, Santísimo Padre que en otro tiempo he sostenido amistosas relaciones con ese hombre. Precisamente por mediación mía ingresó en el seno de la Iglesia católica. Esto hace ya más de catorce años, época en que la religión daba algunas muestras de prosperar... Pero, desde hace dos años, he suspendido todo trato amistoso con él; y, ahora, me cumple añadir que, juzgando por lo que desgraciadamente he podido conocer al Cardenal Dolgorowski, no hallo dificultad en admitir...

La voz del anciano se quebró en un sollozo, y Silvestre le impuso silencio levantando la mano.

--Huelgan las recriminaciones, Eminentísimo Señor. La misma evidencia de la traición no serviría de nada, porque se ha cumplido lo que debía suceder... Por nuestra parte no dudamos en lo más mínimo acerca de la índole y significación del crimen cometido. Su autor es la decretada reproducción típica de aquel a quien Cristo alargó el bocado de pan diciendo: Lo que has de hacer, hazlo cuanto antes. Luego, pues que hubo recibido el trocito de pan, salió enseguida. Era ya de noche...

Nuevamente permaneció el local en silencio, oyéndose entonces un prolongado suspiro que venía del exterior. Era una especie de gemido doloroso, exhalado por uno de los que dormían en el pasillo, rendidos por las fatigas del viaje, y podía comparársele al suspirar de un alma que pasa de la luz a las tinieblas.

Después el Pontífice volvió a hablar. Y mientras lo hacía, se puso a rasgar en pedacitos, como obedeciendo a un impulso maquinal, un largo papel que contenía la lista de los asistentes a la asamblea.

--Eminencias--dijo, --son las tres de la mañana, y a las cinco he de celebrar el augusto sacrificio con asistencia de todos los presentes y comunión. Nos concedemos a todos y a cada uno de los aquí congregados Indulgencia Plenaria de sus pecados, siempre que de ellos haya el debido arrepentimiento. Padre continuó, dirigiéndose al capellán sirio, --exponed enseguida el Santísimo Sacramento, e inmediatamente salid a la aldea y avisad a sus habitantes, que si desean salvar sus vidas, huyan de Nazaret sin pérdida de tiempo--entendedlo bien, --con la mayor brevedad posible... Aunque al cabo será igual.

El sacerdote sirio no acertaba a salir de la estupefacción que le produjeron las palabras de su señor.

--Santísimo Padre --dijo al fin, --la lista de los que aquí necesitan hallar albergue y sustento, es de absoluta necesidad para el servicio.

Pero el Papa sonrió, mientras recogía los pedazos de papel dispersos sobre la mesa.

--No necesitáis molestaros, hijo mío... Dentro de breves horas tendremos otro albergue y comida más excelentes que los de la tierra... Ahora una última palabra, Eminencias... Si entre los presentes hay algún corazón que duda o vacila, he aquí lo que tengo que decirle para consolarle y fortalecerle. Calló durante unos instantes, mientras paseaba la mirada por los asistentes, y añadió:

--He tenido una Visión de Dios. Escuchad, hijos míos... Y entonces les habló del gran fin y de la barca de Pedro, errante a través de una noche de veinte siglos, y del Maestro que dormía en la nave profundamente. Y mientras hablaba así, el sacerdote sirio vio manifestarse en el rostro de su señor un cambio extraordinario. Repetidas veces el capellán cerró y volvió a abrir los ojos, creyendo que la ilusión se desvanecería; pero cada vez, al contrario, se afirmó en él más profundamente la convicción de estar presenciando un espectáculo nunca visto. Dirigió la mirada sobre la concurrencia, y observó que todos los asistentes contemplaban asombrados la maravillosa transformación operada en el semblante del Vicario de Cristo.

Parecíále al sacerdote que en el interior de aquel rostro ardía una luz, tan visible y material como la de las bujías que en él se reflejaba. Al modo que entre las luces del altar resplandece la Hostia consagrada con una blancura que sobrepuja en esplendor a todo lo que la rodea, el albor de la seda y los destellos del oro y piedras preciosas y la pureza de los lirios, así resplandecía el rostro de Silvestre durante aquellos minutos de éxtasis. Y sus manos que descansaban tranquilamente sobre la mesa, habían adquirido la misma transparencia sobrenatural; y sus vestiduras, transfiguradas como las de Jesús en el Tabor, deslumbraban con una blancura superior a la de la nieve; el timbre de su voz se apartaba del acento ordinario de la voz humana, tanto como la vibración del cristal difiere del ronco estrépito de las trompetas y el redoble de los tambores.

Ningún otro rumor se oía en la habitación, porque los asistentes escuchaban inmóviles. Y al sacerdote le parecía que cada uno participaba a su vez del tranquilo y sublime milagro. La sala misma con sus paredes revocadas de blanco, las viejas tablas del techo, los candelabros, todo el recinto en que aquellos hombres se albergaban, se mostró súbitamente transfigurado.

--¡Ved!--exclamó Silvestre, --¡ved cómo todas las cosas esperan ya al juez que se acerca! ¡Mirad cómo vienen de lejos las águilas de que Él ha hablado, guiadas por el Príncipe que no tiene parte alguna en Él... ¡

Abrió los brazos con un movimiento brusco y amplio, y continuó:

--¿No las veis? ¿No las veis?

Y entonces el sacerdote sirio tuvo también un relámpago momentáneo de visión, y durante algunos segundos pudo ver lo mismo que el Pontífice estaba contemplando.

Bajo un cielo sin estrellas, el mar inmenso se extendía enlutado a sus pies, matizado aquí y allá de manchitas blancas que denunciaban su movimiento infinito, y en una región del horizonte, frente a los ojos del sirio, se abría el gabinete iluminado de un bajel aéreo. Un hombre aparecía allí sentado, a más de mil pies por encima de las olas; otro ocupaba un lugar frente a él, y entre ambos se alzaba una mesa cubierta de papeles. El primero señaló con el dedo un punto de un mapa, y los dos sonrieron con el semblante inundado de esperanza y de placer. Los menores detalles de la escena se distinguían con una claridad asombrosa; las suaves luces de las lámparas, la blanda y mullida alfombra, la puerta de cristal y los rostros de los personajes enteramente desconocidos para el sirio, la cabellera blanca y los rasgos juveniles del que parecía el Jefe, con sus ojos penetrantes y labios finos de aspecto elocuente, y la expresión de cansancio y agotamiento que caracterizaba al otro personaje, iluminado, sin embargo, por la alegría de un próximo triunfo.

Así lo vio el sacerdote, no con la mirada de los ojos, sino con la del espíritu; de una manera distinta de como se muestran las cosas en la visión sensitiva, porque todo se le representaba sobre un mismo plano, el mar abajo, el aéreo que se movía en la atmósfera, el interior del bajel, los menores rasgos de los rostros, y las cartas geográficas abiertas sobre la mesa. Pero vio aún más que esto, porque comprendió en seguida quiénes eran esos hombres y qué pensaban y qué fin se proponían, revelándose además el fracaso lamentable de su empresa vio los volar a la muerte eterna, cuando se imaginaban ir a conseguir la victoria definitiva, Y supo la razón de hallarse aquellos hombres sentados en aquel lugar; y comprendió por qué avanzaba el aéreo con toda su velocidad; por qué aquella tropa de águilas se había congregados allí, viniendo de los cuatro puntos cardinales, armada de terrible poder; y entendió que lo que veía era el resumen de todas las fuerzas de la tierra, unidas para triunfar, de una vez para siempre, de los últimos sostenes de la fe cristiana. El sacerdote vio claramente todo esto, sin experimentar el menor asomo de temor.

Porque en esta misma visión de éxtasis descubrió también otro mundo, trascendente y superior a todo cuanto la imaginación humana es capaz de concebir, un mundo de voluntades e inteligencias, en comparación del cual el universo físico era un montón de polvo disperso. Aquello que siempre había constituido el objeto de sus aspiraciones como sacerdote cristiano, aquello que de una manera secreta había informado su vida religiosa, era lo que ahora estaba en vías de pasar del campo de su fe al de la visión clara y directa. Al presente, en este segundo infinito, su alma no tenía necesidad de esfuerzo alguno para elevarse a ese mundo superior, porque sólo ese mundo encerraba la verdadera realidad, mientras que el antiguo se desvanecía como un sueño pasajero.

Y, cuando esta segunda iluminación terminó en el momento que el Papa hubo bajado las manos, el conocimiento de las cosas contempladas subsistió en el fondo del corazón del sacerdote sirio, que permaneció así asegurado e inconmovible para lo venidero. La realidad sobrenatural le fue desde entonces tan familiar como puede serle a cualquiera el semblante de su amigo; y tuvo en su mano representársela con la misma fidelidad que despliega nuestra memoria al reconstituir la imagen de un jardín, percibido al resplandor de un relámpago. Y, cuando enseguida la voz de Silvestre continuó hablando en un inspirado arrebato de entusiasmo, el sacerdote no percibió más que el ruido de las palabras. Porque toda su alma persistía absorta en la consideración de lo que se le había dado a entender, ingeniándose en interpretar el espectáculo maravilloso de su visión: el camarote del bajel aéreo, los semblantes de los dos hombres, sus perversas intenciones, y sus vanas esperanzas...

Una hora después el capellán salió al patio, arrastrado por el mismo extraño impulso que le había obligado a vagar errante por las calles de la aldea, a la manera de un sonámbulo que camina sin saber--adónde ni por qué, y avanza, no obstante, sin detenerse.

Los objetos de la naturaleza parecían hallarse todos bajo la influencia sobrenatural que a él mismo le dominaba. Los asistentes a la asamblea, quedaron como embargados y suspensos al caer sobre ellos las últimas palabras de Silvestre; todos habían abandonado el local silenciosos; algunos habían atravesado el patio al mismo tiempo que el sacerdote para recogerse en la capilla; y, después de entrar en ella, se habían postrado en tierra y yacían inmóviles sobre las losas del pavimento. No pocos, retirados aparte, hacían su última confesión, mientras el capellán sirio preparaba el altar para el oficio prescrito. Uno hubo entre ellos que, puestos los brazos en cruz, iba y venía de un extremo a otro de la casa, con los ojos desmesuradamente abiertos, pero sin ver nada de lo que ocurría a su alrededor. Otro, dominado por cierta necesidad maquinal de movimiento como el sirio, había recorrido las calles de Nazaret, hablando en voz alta consigo mismo, mientras por las puertas y ventanas de las casas asomaban rostros llenos de estupor que le contemplaban a la luz incierta de la desusada y monstruosa neblina. Las últimas frases del Pontífice habían producido, en -- los que las escucharon, el efecto milagroso de cortar, digámoslo así, su existencia terrena, despojándolos de los pensamientos y cuidados de este mundo, como de un manto pesado e inútil para lo sucesivo.

El mismo sacerdote sirio con dificultad se daba cuenta del estado en que se encontraba. Le parecía que el tiempo había suspendido su marcha, y que no era él mismo quien se movía sobre la tierra, sino ésta la que se movía bajo sus pies. Y mientras iba y venía de un lado a otro, levantaba sin cesar los ojos al cielo hacia Oriente, en espera de lo que tenía que venir, conforme él sabía con una certeza absolutamente exenta de temor.

Ningún cambio se había producido en el cielo desde hacía una hora, como no fuera un débil aumento de claridad procedente de la mayor altura alcanzada por el sol detrás del impenetrable velo de la bruma. Las montañas, la hierba, los rostros humanos, todo adquiría un aspecto cada vez menos real; eran como objetos soñados, vistos por ojos adormecidos a través de párpados cargados de plomo. Y esta impresión de irrealidad se extendía también a los demás sentidos. El silencio no se reducía sencillamente a la cesación de todo sonido, sino que se había convertido en una cosa en sí, positiva y material, cuyo peso enorme no obedecía ya ni al ruido de pasos, ni a ladridos de perros, ni a murmullo de voces. El sirio pensaba en su interior, que sin duda la calma de la eternidad había comenzado ya a descender, extendiendo su velo infinito sobre todas las actividades del mundo agonizante. La materia conservaba todavía su ser y ocupaba aún los ámbitos del espacio; pero su naturaleza era puramente subjetiva, dimanaba de la virtud representativa del espíritu sin otra sustancia ulterior e independiente de las facultades de conocer.

El sacerdote se sentía apenas ligado al resto del mundo por un hilo que se hacía cada vez más y más sutil. Sabía que el calor asfixiante perduraba aún; y de nuevo, la tierra que hollaba con sus pies se hundió al contacto y presión de los mismos, humeando como un hierro incandescente sobre el que cae una gota de agua. Podía sentir este calor en su frente y en sus manos, todo su cuerpo estaba penetrado de él; y sin embargo, no lograba percibir este calor ni este cuerpo más que desde fuera y de lejos, a la manera de ciertos enfermos que, al experimentar dolor, se imaginan que no está en ellos, sino en el lecho donde descansan.

No sentía ya ni temor ni siquiera esperanza; el mundo, su propia persona y hasta la presencia terrible del Espíritu, se le representaban como hechos que llegarían a ser reales muy pronto, pasados breves instantes, pero que a la sazón se confundían en una especie de inmenso sueño universal. Allí se alzaba la mole del Tabor ante él --o por lo menos lo que en otro tiempo había sido el monte así denominado; --pero al presente no era más que una enorme y sombría forma convexa que impresionaba su retina y despertaba en su cerebro la idea de una montaña, aunque su existencia no se mostraba más sólida y consistente que la de un espectro impalpable a punto de desvanecerse.

Así, pues, no se maravilló de ver, al regresar por el pasillo y abrir la puerta de la capilla, todo el pavimento de ésta cubierto de figuras postradas e inmóviles. Los Cardenales y asistentes a la asamblea de aquella noche yacían tendidos sobre las losas, envueltos en los

albornoces blancos que el capellán les había distribuido, y delante de ellos, en una de las gradas del altar, en la misma actitud de profunda adoración, con la frente descansando sobre los brazos, como cuando se canta la Letanía de los Santos en la ordenación de las sacerdotes, aparecía el Pontífice, cuya blanca cabellera contrastaba con el fondo oscuro del escalón en que reposaba. En el altar ardían los seis grandes cirios, y entre ellos, sobre un pequeño trono, se elevaba la custodia de metal con su disco de nívea blancura...

Entonces el sacerdote se postró también y adoró.

No supo nunca precisar cuánto tiempo permaneció en aquel estado, antes de perder su conciencia individual y su hábito de observación, antes de que cesara en su cerebro la corriente de imágenes y la sucesión de pensamientos, recobrando por fin su alma la suprema quietud y reposo, como la recobra el agua de un estanque agitada por la caída de una piedra. Pero llegó al cabo ese momento, y con él la tranquilidad bienaventurada con que Dios recompensa a las almas fieles, a veces aun en esta vida, siquiera sea por breves instantes, feliz reposo en el corazón de la fuente de la existencia, que constituye la remuneración eterna de los santos. El pensamiento del sacerdote quedó fijo en plena contemplación, sin movimiento alguno de análisis ni razonamientos. Había pasado del círculo en que el alma mira dentro de sí al en que contempla la gloria eminente con luz sobrenatural irradiada del Foco mismo del verdadero Ser.

En aquella suprema calma desaparecen las divisiones del tiempo; no hay más que conciencia de la absorción en el Infinito eterno, sin instantes, ni días, ni siglos. Cuando volvió a la conciencia inferior de lo transitorio, el primer signo por donde reconoció que el tiempo pasaba, fue un murmullo de palabras, oídas y comprendidas distintamente, aunque con cierta vaga impresión de remota lejanía, como si el sonido llegara hasta él, filtrado por un velo sutil que sólo dejara pasar la esencia de las ideas.

SPIRITUS DOMINI REPLEVIT ORBEM TERRARUM... El Espíritu del Señor Inundó el mundo, ALLELUIA; y aquello que contiene todas las cosas, posee el conocimiento de la voz, ALLELUIA, ALLELUIA, ALLELUIA.

Luego la voz se elevó un poco:

EXSURGAT DEOS... *Surja el Señor y sean dispersos sus; enemigos; y el que le odia, huya de su rostro.*

Gloria Patri...

El capellán levantó penosamente su cabeza, y vio en el altar una forma blanca que parecía flotar en el aire más bien que descansar en el suelo, con los brazos tendidos, y una cabellera de nieve coronada por solideo del mismo color, toda ella iluminada por la luz de los cirios.

Kyrie eleison... ¡Gloria in excelsis Deo! oyó el sacerdote resonar sin sonido de palabras en el fondo de su espíritu; y después: *Deus qui hodierna die...* y por fin: *Cum complerentur dies Pentecostés...*

Al cumplirse los días de Pentecostés, todos los discípulos estaban juntos en el mismo lugar; y allí vino de los cielos repentinamente un gran ruido como de viento impetuoso, y llenó toda la casa donde estaban sentados...

Entonces el sirio recordó que aquel día era la fiesta de Pentecostés, y con el recuerdo adquirió de pronto el poder de reflexionar.--¿Dónde estaban--se preguntó--el viento, y la llama, y el terremoto y la voz secreta? El mundo yacía en silenciosa rigidez, absorto en el supremo esfuerzo de afirmar y sostener su existencia que se le escapaba por instantes; ningún estremecimiento indicaba que Dios se disponía a dejar sentir su eterna cólera; ningún rayo de luz rompía la maciza bóveda de tinieblas, tendida sobre las tierras y los ma-

res, para revelar la existencia de la llama eterna que ardía en lo escondido llena de soberanía y de poder; ninguna voz conmovía la pétrea inmensidad de aquel silencio de muerte.

No obstante, el sacerdote comprendía con la segura certeza que le habían dado las palabras de su Señor, que el mundo, cuya monstruosa parodia se le había representado en sueños durante la noche, era enteramente distinto de como él temía que fuera; ese mismo mundo era dulce, no terrible; bondadoso y agradable, no áspero y agresivo; claro, no tenebroso; patria y no destierro... Dejó caer de nuevo la cabeza sobre los brazos, avergonzado de sus pasados temores, y al mismo tiempo complacido de haber recobrado su seguridad, y otra vez se sumergió en las profundidades de la paz interior.

Ya no volvió a percibir, ni siquiera por un instante, sus propios pensamientos y voliciones, ni lo que fuera de él pasaba a la distancia de algunas yardas en el escalón inmediatamente inferior. Una sola vez rizó el mar helado de su conciencia una leve onda de fuego y sonido, a la manera que resbala el fugitivo parpadeo de una estrella sobre la superficie inmóvil de un lago dormido, o como la imperceptible vibración de una cuerda hace estremecer el seno de una noche obscura y silenciosa; y entonces vio súbitamente que una naturaleza inferior era llamada a la existencia y unión con Dios...

...Y nada más, hasta que de pronto se halló de rodillas junto a la barandilla del comulgatorio, y conoció que la Única Existencia verdadera sobre la tierra se acercaba a él con la rapidez y sutileza del pensamiento y la vehemencia ardiente del Amor Divino...

Al final de la misa, cuando el sacerdote elevaba su alma a Dios para recibir la postrera dádiva, resonó en el pasillo un grito repentino, y luego apareció a la entrada un hombre mascullando palabras árabes: «¡Aprisa! ¡aprisa! ¡todo el mundo fuera de aquí...! Aéreos de guerra vienen sobre Nazaret... La casa del Europeo condenada a la destrucción.»

Sin embargo, ni los gritos ni la presencia del mensajero hicieron vibrar apenas en el alma del sacerdote sirio el hilo infinitamente tenue que le unía al mundo de los sentidos vio y oyó el tumulto de los que se agolpaban al corredor en busca de la salida, el espectáculo de varios rostros con ojos Inflamados y bocas abiertas, lanzando agudos lamentos, y el contraste que formaba todo esto con la impasible quietud de los cardenales, pálidos y en éxtasis; pero la escena se verificaba, tal como el sacerdote la aprehendía, en otra región extraña a la suya, a la manera que la representación de una pieza dramática tiene lugar en una parte del teatro distante y separada del espectador que la contempla desde cualquier palco.

En el mundo material, reducido ahora a la delgadez de una superficie reflectora de imágenes, los acontecimientos se palpaban; mas para el alma del sirio sumergida en la verdadera realidad, los fenómenos del orden físico y sensible se reducían a una especie de recuerdo lejano y confuso.

Se volvió hacia el altar; y allí, conforme sabía de antema-- no, entre los resplandores de los cirios reinaba la paz: el celebrante adoró mientras conmemoraba el misterio del Verbo hecho carne, y pasando al centro se hincó de rodillas.

El capellán sirio sintió reflejarse en el cristal de su pensamiento--porque ahora sólo entendía por Intuición y no por discurso--la luz del augusto milagro en que se fundían hipostáticamente lo finito y lo infinito en un abrazo eterno e indisoluble; y arrastrado por irresistible impulso, comenzó a cantar en voz alta con palabras que, al salir de sus labios, se abrían como flores que por vez primera muestran al sol sus secretos:

O salutaris hostia

Quae caeli pandis hostium...

Todos los circunstantes cantaban ahora; hasta el mismo catecúmeno mahometano, que

acababa de entrar lanzando gritos de terror, cantaba también, acompañando a los demás, con la cabeza erguida y los brazos cruzados sobre el pecho; la reducida capilla vibraba al impulso de las cuarenta voces, que formaban un coro solemnísimo; y la vasta extensión del universo temblaba al resonar y difundirse por ella aquel canto maravilloso...

Todavía continuaba el himno, cuando el sacerdote vio que un ser en forma de espectro puso un velo sobre los hombros de Silvestre; y luego comenzó un desfilar de figuras, como sombras proyectadas sobre la sustancia sacramental.

Uni trinoque Domino...

Y el Papa permaneció de pie y recto, presentando el aspecto de una palidez humana envuelta por los resplandores de los cirios, con pliegues fantásticos de seda, que caían de los hombros y se le arrollaban entre las manos y la cabeza inclinada y oculta por la custodia, coronada de rayos de plata donde resplandecía la Inmaculada Blancura,

Qui vitam sine termino

Nobis donet in patria...

...Los asistentes se movían ahora, y el mundo de la vida oscilaba con ellos; de todo lo cual el sacerdote sirio adquiría noticia. No tardó en hallarse fuera, en el pasillo, entre los semblantes lívidos y aterrados, que contemplaban con la boca abierta el espectáculo de los cuarenta sacerdotes, indiferentes a la próxima catástrofe, y enteramente absortos en el canto sonoro del *Pange lingua*... En el rincón extremo volvió por un instante a ver las seis pálidas llamas que se movían a lo largo, una docena de metros más atrás, como puntas de alabardas alrededor de un Rey, y en medio de ellas la gloria de plata de la Custodia y el Corazón Blanco de Dios... Luego salió al exterior, donde la batalla se preparaba.

El cielo que una hora antes había contemplado, presentaba un aspecto enteramente distinto del anterior; las espesas tinieblas bañadas en tenue claridad plomiza, se hablan trocado en luz de sangre cargada de tinieblas; la noche tenebrosa se había convertido en Día de Venganza, vestido de rojo resplandor...

Desde el Tabor a la izquierda, hasta el Carmelo a la derecha, por encima de todas las alturas de la comarca, se alzaba una enorme bóveda de color sin gradación alguna desde el cenit al horizonte, color de carmesí profundo, de hierro enrojecido, que recordaba el de las puestas de sol en ciertos días de lluvia, en que las nubes, más translucientes a cada instante, reflejaban la magnificencia de los resplandores que ellas no pueden contener. Ahora se veía también el sol, pálido como una hostia, colocado a modo de frágil disco sobre el Monte de la Transfiguración; y allá lejos en occidente, sobre el lugar donde en otro tiempo los hombres habían invocado inútilmente a Baal, pendía el cuadrante de la luna semejante a una hoz de acero bruñido, toda ella de hermoso color blanco mate.

In supremae noche cenae,

cantaban no ya cuarenta, sino miríadas de voces.

Recumbens cum fratribus,

Observata lege plene

Cibis in legalibus,

Cibum turbae duodenae

Se dat suis manibus...

Y vio también, suspendidas en el aire a modo de partículas de polvo en un rayo de luz, numerosas figuras pisciformes, blancas con el albor mate de la leche, salvo los instantes en que el resplandor del cielo las teñía de púrpura, provistas de aletas también blancas, semejando un enjambre de libélulas de variable tamaño, desde la menuda e imperceptible que se perdía a lo lejos por la parte del sur, hasta la monstruosa más próxima a la distancia de pocas yardas; y mientras las contemplaba sin dejar de cantar, comprendió que el círculo se estrechaba cada vez más, y que los tripulantes de los bajeles continuaban ignorando el gran secreto...

... Verbum caro, panem verum

Verbo carnem efficit...

... Las formas flotantes se acercaron todavía más, y junto a sus pies se deslizó a lo largo del suelo la sombra de un ave monstruosa, blanquecina y de contornos mal definidos; y era que uno de los bajeles, suspendido un momento antes sobre la cima del Tabor, se movía entre el cadavérico sol y el sacerdote... Entonces éste retrocedió algunos pasos y esperó...

... Et si sensus deficit

Ad firmandum cor sincerum

Sola fides sufficit...

... El sirio, que se había detenido momentos antes, se volvió entonces hacia sus compañeros y se colocó en medio de ellos, oyendo, a lo que pensó, vibrar de arpas y batir de tambores que venía de lo alto de los cielos, mientras las seis llamas de los cirios, rígidas como láminas de acero enrojecido, se movían en medio de aquella estupenda suspensión de todo universo material, llevando siempre en el centro la gloria de rayos plateados y la Blancura de Dios hecho Hombre...

... Resonó el fragor de un trueno espantoso que conmovió los cimientos del mundo, repercutiendo de círculo en círculo por todos los órdenes de las existencias; Tronos, Potestades, Dominaciones, ante las que el universo físico es como leve sombra, siéndolo ellas a su vez ante el Supremo anillo de los seres, que es la Absoluta Divinidad... El trueno estalló sacudiendo la tierra, que entraba al fin en el trance supremo de su disolución...

TANTUM ERGO SACRAMENTUM

VENEREMUR CERNUI

ET ANTIQUUM DOCUMENTUM

NOVO CEDAT RITUI...

Ahora era llegada la aparición de Aquel a quien Dios esperaba en su eternidad; Aquel que se mostraba amenazador bajo la sombra temblorosa del domo ensangrentado, en su espléndido carro de andar ligero como el viento; Aquel que no tenía ojos sino para clavarlos airado en el objeto de sus odios, cuya destrucción había venido procurando durante siglos y siglos, sin advertir que su mundo estaba a punto de corromperse a su alrededor. He aquí su sombra que se movía en forma de una nube pálida sobre la misma llanura en que Israel había peleado las batallas del Señor, y Senaquerib alardeado de su poderío; llanura iluminada ahora de rojizos resplandores, iguales a los del cielo, y encendiéndose en resplandores cada vez más vivos, procedentes de una llama espiritual de superior virtud que la envolvía en la gloria de ver domeñado y hundido para siempre el poder, cuyos destinos se hallaban ligados a la revelación final.

Por última vez las voces cantaron:

PRAESTET FIDES SUPLEMENTUM

SENSUUM DEFECTUI...

...Hele aquí volando sobre las nubes, más rápido que nunca, el heredero de las edades temporales, el desterrado de la Eternidad, miserable Príncipe de los rebeldes, criatura alzada contra Dios, más ciego que el sol, cuya palidez parece presentir la gran catástrofe postrera, y menos sensible que la tierra sacudida por estremecimientos de agonía. Y al acercarse, pasando aún entonces por el último estado de la materia que se reducía a la sutileza de una creación espiritual, el círculo de bajeles flotantes giraba en pos de él, rodeando como aves fantasmas a un monstruo también fantasmagórico... Hele aquí, viniendo al cumplimiento de sus fatídicos destinos, mientras la tierra se desgarraba y gemía en la lucha de encontrados homenajes...

...Y su sombra descendía barriendo la gran llanura, pero desapareció; y las alas blanquecinas y límpidas se alzaron en una suprema contracción, y se oyó el tañido de la gran campana, ahogado por el inmenso coro de millares de voces, que resonaba como el trueno de una súplica eterna...

GENITORI GENITOQUE

LAUS ET JUBILATIO

SALUS, HONOR, VIRTUS QUOQUE

SIT ET BENEDICTIO

PROCEDENTI AB UTROQUE

COMPAR SIT LAUDATIO...

Y una vez más:

PROCEDENTI AB UTROQUE

COMPAR SIT LAUDATIO...

Y luego este mundo pasó y toda su gloria se convirtió en nada.